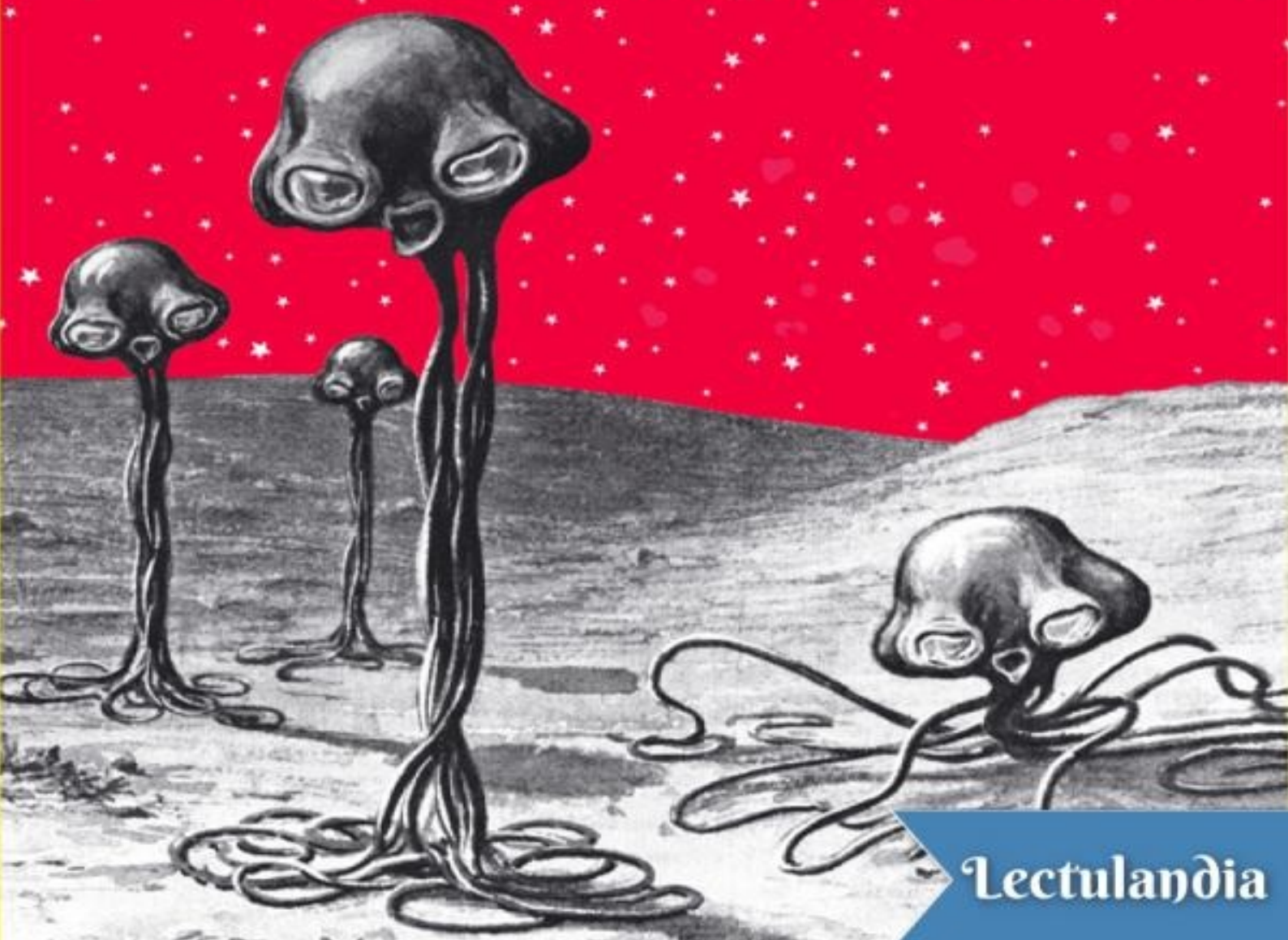


Pioneros de la ciencia ficción rusa

Alekséi N. Apujtin
Porfiri P. Infántiev
Valeri Y. Briúsov
Serguéi R. Mintslov



Lectulandia

Reunimos en este libro cinco espléndidos relatos de los padres de la ciencia ficción rusa, desconocidos en lengua española. «Entre la vida y la muerte» (1892) de Alekséi N. Apujtin plantea el dilema de la conciencia enfrentada a la muerte y recrea una inquietante experiencia de déjà vu. «En otro planeta» (1896) de Porfiri P. Infántiev relata un asombroso viaje a Marte. De Valeri Y. Briúsov recogemos dos intensas visiones apocalípticas: en «La Montaña de la Estrella» (1899), un explorador errante descubre una extrañísima y cruel civilización de origen marciano asentada en un desierto africano; «La República de la Cruz del Sur» (1904-1905) anticipa tanto la dictadura del proletariado como las historias de zombis en la crónica de una epidemia de locura en una próspera república fundada en el Polo Sur. Por último, «El misterio de las paredes» (1906) de Serguéi R. Mintslov gira en torno a un aparato que permite ver y oír lo ocurrido hace siglos entre las paredes de un edificio.

(1840-1893), hijo de noble, íntimo amigo de Chaikovski, estudió Derecho y fue funcionario del Ministerio del Interior en San Petersburgo. Su relato «Entre la vida y la muerte» (1892) es atípico dentro de su producción literaria.

(1860-1913), hijo de un sacerdote de la iglesia ortodoxa, participó en los movimientos estudiantiles revolucionarios y llegó a ser encarcelado. Fue etnógrafo y periodista. «En otro planeta» (1896), mutilado por la censura, es el primer ejemplo de ciencia ficción rusa localizado en Marte.

(1873-1924), nacido en una familia de comerciantes de ideas revolucionarias, fue un hombre de letras polifacético y uno de los fundadores del simbolismo ruso. «La Montaña de la Estrella» (1899) y «La República de la Cruz del Sur» (1904-1905) revelan su faceta más visionaria y apocalíptica.

(1870-1933), nacido en una culta familia de origen lituano, trabajó en el Instituto de Arqueología de Nizhegorodosk, para cuya biblioteca recopiló volúmenes en toda Rusia. Publicó relatos autobiográficos y novelas históricas, y algún cuento de ciencia ficción como «El misterio de las paredes» (1906).

Lectulandia

AA. VV.

Pioneros de la ciencia ficción rusa

ePub r1.0

Narukei 19.08.13

Título original: *Pioneros de la ciencia ficción rusa*

AA. VV., 2013

Traducción: Alberto Pérez Vivas

Diseño de portada: Pepe Moll de Alba

Editor digital: Narukei

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Entre la vida y la muerte

(1892)

Alekséi N. Apujtin

C'est un samedi, à six heures
du matin que je suis mort.^[1]

ÉMILE ZOLA

I

Eran pasadas las ocho de la tarde cuando el doctor aplicó su oído a mi corazón, acercó un pequeño espejo a mis labios y, dirigiéndose a mi esposa, dijo solemnemente en voz baja:

—Todo ha terminado.

Por esas palabras, yo deduje que había muerto.

Hablando con propiedad, yo ya había muerto bastante antes. Llevaba más de mil horas yaciendo inerte y sin poder pronunciar palabra, aunque seguía respirando de vez en cuando. A lo largo de mi enfermedad había tenido la impresión de estar atado con innumerables cadenas a alguna remota pared, y eso me torturaba. Poco a poco la pared me fue liberando, el sufrimiento disminuyó, las cadenas se aflojaron y acabaron por desmoronarse. Los dos últimos días aún me sentía ligado por un fino cordón; pero ahora que se había roto, experimenté una sensación de ligereza como nunca en mi vida.

A mi alrededor se armó un tremendo alboroto. Mi amplio despacho, al que me habían trasladado desde que comenzara mi dolencia, se llenó de personas que cuchicheaban, comentaban y gimoteaban todas a la vez. La anciana ama de llaves Yúdishna, hasta empezó a dar voces en un tono que no parecía el suyo. Mi mujer, lanzando un grito, se arrojó sobre mi pecho; había llorado tanto durante mi enfermedad, que me sorprendía ver cómo aún le quedaban lágrimas. Pero, entre todas las voces, destacaba temblorosa y senil la de mi mayordomo Savieli. Ya desde mi infancia fue designado mi asistente personal y desde entonces no se había separado de mí jamás, aunque ya era tan anciano que prácticamente vivía sin ocupaciones que desempeñar. Por la mañana me traía la bata y el calzado y luego se pasaba el día brindando con vodka de abedul y discutiendo con el resto del servicio. Mi muerte, más que entristecerlo, tuvo el efecto de endurecer su carácter y le sirvió además para cobrar una importancia que nunca había tenido. Pude oír cómo mandaba a alguien a que fuera a recoger a mi hermano, a otro le estaba echando algo en cara y en algunos asuntos quería disponerlo todo según su voluntad.

Mis ojos estaban cerrados, pero podía verlo todo y escuchaba lo que ocurría en torno a mí.

Entró mi hermano, ensimismado y altivo como siempre. Mi mujer no podía soportarlo, sin embargo, se abrazó a su cuello y su llanto se hizo aún más sonoro.

—Vale Zoia, déjalo ya, llorando no ayudas nada —le dijo mi hermano fríamente y en un tono que parecía estudiado—. Debes cuidarte para atender a los niños; créeme, él estará ahora en un sitio mejor.

A duras penas consiguió librarse de su abrazo y la sentó en el diván.

—Ahora tenemos que ocuparnos de algunos asuntos... ¿Me permitirías ayudarte,

Zoia?

—¡Ah...! André, por amor de Dios, encárgate tú de todo... ¿Crees que ahora puedo pensar en algo?

Y de nuevo se echó a llorar, mientras mi hermano se acomodaba tras el escritorio y llamaba al joven cantinero Semión, que era un muchacho muy despabilado.

—Este anuncio lo vas a mandar a *Nuevos Tiempos*^[2] y después irás a ver al fabricante de ataúdes, y de paso pregúntale si conoce algún buen salmista.

—Señor —respondió Semión con una inclinación—, no es necesario acudir al encargado de las pompas fúnebres: aquí hay cuatro que llevan dándose empujones en el portal desde por la mañana. Por más que los intentamos echar, no hay forma. ¿Desea que les haga entrar?

—No, yo mismo saldré a la escalera.

Entonces leyó en voz alta el anuncio que había escrito:

La princesa Zoia Borísovna Trubchévskaia con gran pesar de su corazón, hace constar el fallecimiento de su esposo el príncipe Dmitri Aleksándrovich Trubchevski, acaecido el 20 de febrero a las ocho de la tarde, después de sufrir una grave y prolongada enfermedad. Los oficios se celebrarán a las 2 del mediodía y a las 9 de la tarde.

—¿No necesita nada más, Zoia?

—No, claro que no. Lo único... ¿por qué ha puesto la palabra «pesar»? *Je ne puis pas souffrir ce mot. Mettez*^[3]: con un profundo dolor.

Mi hermano lo corrigió.

—Entonces lo envío a *Nuevos Tiempos*. Creo que es suficiente.

—Sí, por supuesto que lo es. Quizá también al *Journal de St. Pétersbourg*^[4].

—Está bien, lo escribiré en francés.

—No te preocupes, ellos lo traducirán.

Mi hermano salió, y mi mujer se acercó a mí, se desplomó en el sillón que estaba junto a la cama, y durante mucho tiempo estuvo contemplándome con una mirada implorante y en cierto modo interrogativa. Y en esa callada mirada pude percibir mucha más pena y amor que en todos los llantos y sollozos anteriores. Ella estaba rememorando la vida que habíamos tenido en común, en la que no faltaron preocupaciones y momentos turbulentos. Ahora se echaba la culpa de todo y pensaba cómo debía haber actuado entonces. Estaba tan ensimismada que no notó la presencia de mi hermano con el fabricante de ataúdes, y desde hacía minutos el primero esperaba a su lado, sin querer romper ese momento de reflexión. Cuando vio al hombre de la funeraria, lanzó un grito agudo y perdió el conocimiento. Al momento la trasladaron al dormitorio.

—No se preocupe, señor —dijo el fabricante de ataúdes, mientras me tomaba las medidas con la misma desenvoltura con que lo hacían antes mis sastres—, lo tenemos todo previsto: tanto el manto como los candelabros. En una hora podrán pasar a la

sala. Y sobre el ataúd, no le quepa la menor duda: tendrá tal féretro que hasta un vivo querría acostarse en él.

El despacho se volvió a llenar de gente. La gobernanta trajo a los niños.

Sonia se me abrazó llorando igual que su madre, pero el pequeño Kolia, que se quedó clavado y por nada del mundo quería acercarse a mí, había roto a llorar aterrorizado. También llegó con paso lento Nastasia, la doncella favorita de mi mujer, que había contraído matrimonio hacía un año con el joven de la cantina, Semión, y se encontraba en su período final de embarazo. Se santiguó con un grácil movimiento e hizo intención de arrodillarse, pero se lo impedía su estado y se puso a gimotear con desgana.

—Escucha, Nastia^[5] —le susurró Semión—, no debes intentar agacharte así como si nada. Sería mejor que te fueras a tu habitación y allí rezaras un poco, con eso ya es bastante.

—¿Y cómo no voy a rezar por él? —contestó ella casi en tono de salmo y levantando la voz adrede para que todos la oyeran—. Él no era un hombre, sino un ángel del Señor. Incluso hoy mismo, a las puertas de la muerte, se acordó de mí y ordenó que Sofia Frántsevna no se separara de mí.

Nastasia decía la verdad. Sucedió lo siguiente. Durante la última noche mi mujer no se apartó un solo momento de mi lado, sin dejar apenas de llorar. Eso acabó por agotarme. Por la mañana, a primera hora, intentando llevar sus pensamientos por otros derroteros, y lo que es más importante, para comprobar si aún podía expresarme con claridad, le pregunté lo primero que se me vino a la cabeza: si había dado ya a luz Nastasia. Ella se alegró enormemente al ver que yo era capaz de hablar y me preguntó si no debería llamar a la conocida matrona Sofia Frántsevna. Yo le contesté: «Sí, ve». Después de eso, creo que ya no volví a decir una palabra, y Nastasia creyó ingenuamente que mis últimos pensamientos habían sido para ella.

Yúdishna, el ama de llaves, dejó por fin de vociferar y se puso a rebuscar algo en mi escritorio. Savieli se lanzó sobre ella con aspereza.

—¡Eso sí que no! Praskovia Yúdishna, deje en paz la mesa del señor —le dijo en un rabioso susurro—, aquí no se le ha perdido nada.

—¡Lo mismo que a usted, Savieli Petróvich! —respondió ofendida Yúdishna—. No he venido a robar nada.

—Lo que usted piensa hacer, eso no lo sé, pero hasta que no se lea el testamento no permitiré que nadie se acerque a esa mesa. No en vano serví cuarenta años al difunto príncipe.

—¿Para qué me restriega usted por la cara sus cuarenta años? Yo misma vivo en esta casa hace más de cuarenta años, y ahora resulta que no tengo derecho a rezar por el alma de mi señor...

—Rezar puede, pero sin tocar la mesa...

Todas estas personas, por respeto a mí, discutían en voz baja, y mientras tanto yo estaba escuchando cada una de sus palabras. Eso me tenía terriblemente impresionado. «¿Quizá esté solo aletargado?», pensé aterrorizado. Hacía un par de años había leído una obra francesa en la que se describía con detalle la experiencia de un hombre enterrado vivo. Hice un enorme esfuerzo por recuperar en mi memoria ese relato, pero no podía recordar en modo alguno lo más importante, a saber: qué es lo que había hecho concretamente el protagonista para salir del ataúd.

En el comedor dio la hora el reloj de pared; conté once campanadas. Vasiutka, la chica de los recados que vivía en la casa, entró corriendo y anunció que ya había llegado el sacerdote y que en la sala estaba todo preparado. Trajeron una jofaina grande con agua, me desnudaron y comenzaron a frotarme con una esponja húmeda, pero yo no notaba su contacto; me parecía como si estuvieran lavando un torso ajeno, unas piernas de alguien que no era yo.

«Bien, está claro que no es un letargo —razoné, mientras me envolvían en ropa limpia—, pero ¿entonces qué es?»

El doctor declaró: «Todo ha terminado», están llorando por mí, ahora me van a meter en un ataúd y al cabo de dos días me enterrarán. El cuerpo que me ha servido durante tantos años ahora ya no es mío; sin duda he muerto, pero mientras tanto sigo viendo, oyendo y entendiendo todo. Es posible que en el cerebro la vida se prolongue más tiempo, pero el cerebro forma parte del cuerpo. Ese cuerpo era como una casa en la que viví mucho tiempo y de la que he decidido ahora partir. Todas las puertas y ventanas de la casa están abiertas de par en par, todos los enseres se han trasladado, todos los que la habitaban se han ido, y solo queda el amo, inmóvil en el umbral y despidiéndose con la mirada de las habitaciones en las que antes bullía la vida y que ahora abruman por su vacuidad.

Y he aquí que, por primera vez en medio de las tinieblas que me rodeaban, se iluminó una pequeña y débil lucecita. No era una sensación y tampoco era un recuerdo. Me parecía que algo estaba pasando conmigo en ese instante, que ese estado me resultaba familiar, que yo ya había vivido algo parecido, solo que hacía mucho, mucho tiempo...

II

Cayó la noche. Me hallaba tendido en una gran sala, sobre una mesa revestida con

un paño negro. Se habían llevado todo el mobiliario, las cortinas estaban bajadas y los cuadros cubiertos con tafetán negro. Un manto con brocados de oro ocultaba mis piernas y en los elevados candelabros de plata ardían con intensidad los cirios. A mi derecha, apoyándose en la pared, se encontraba Savieli, con sus pómulos amarillentos sobresaliendo acusadamente de su rostro, su desnudo cráneo, su boca desdentada y sus manojos de arrugas alrededor de los ojos entornados; él, más que yo, recordaba al esqueleto de un muerto. A mi izquierda, de pie ante el atril, había un hombre pálido y de elevada estatura, que vestía una sotana hasta los pies y con una voz monótona y gutural que repercutía sonoramente por toda la estancia, leía:

—«Yo me callo, no me atrevo a abrir la boca, porque eres tú quien hizo todo esto. Aparta de mí tus golpes: ¡me consumo bajo el peso de tu mano!»^[6]

Justo hacía dos meses que en este mismo salón sonaba la música, giraban alegremente las parejas y todo el mundo —ya fueran jóvenes o de cierta edad— se saludaba cordialmente o aprovechaba para chismorrear sobre el prójimo. Siempre odié los bailes y, además, desde mediados de noviembre no me encontraba muy bien y por eso intentaba oponerme con todas mis fuerzas a esas celebraciones, pero mi mujer se obstinaba en organizarlas porque siempre tenía motivos para pensar que asistirían personas de muy elevada posición. Estuvimos a punto de discutir seriamente, pero ella insistió. El baile fue tan deslumbrante como insufrible para mí. Esa velada sentí por primera vez lo fatigado que estaba de la vida y fui consciente de que ésta no se prolongaría ya demasiado.

Toda mi historia se resume en una sucesión de bailes y ahí radica la verdadera tragedia de mi existencia. A mí me gustaba el campo, la lectura, la caza, adoraba la tranquilidad del ambiente familiar; en cambio pasé mis días dedicado a la vida en sociedad, primero para dar gusto a mis padres y después a mi mujer. Siempre creí que el individuo nace con buena parte de sus inclinaciones ya determinadas y con todas las aptitudes que conformarán su futura personalidad. Su tarea consistiría precisamente en desarrollar esa naturaleza; y todos los males vienen de que las circunstancias en ocasiones limitan la manifestación de esos rasgos individuales. Y entonces empecé a repasar ese otro comportamiento, todas las acciones que en un tiempo perturbaron mi conciencia. Y llegué a la conclusión de que todas ellas vinieron determinadas por el desacuerdo entre mis inclinaciones y esa vida que me veía obligado a llevar.

Mis recuerdos fueron interrumpidos por un leve ruido a mi derecha. Savieli, que llevaba un buen rato traspuesto, comenzó en un momento dado a balancearse hasta que por poco no dio con sus huesos en el suelo. Se recompuso santiguándose, salió al recibidor y, volviendo con una silla, se quedó dormido como un bendito en el rincón más apartado de la sala. El orador iba leyendo cada vez más despacio y desgano, hasta que enmudeció completamente y decidió seguir el ejemplo de Savieli. Se

produjo entonces un silencio sepulcral.

En medio de esa profunda quietud, mi vida entera pasó ante mis ojos, como un todo ineluctable, cuya lógica aplastante infundía temor. Ya no veía fragmentos de lo ocurrido, sino una línea continua que se iniciaba en mi nacimiento y concluía en la presente velada. Más allá no podía ir, eso estaba tan claro como el día. Por otra parte, como dije, ya había sentido la proximidad de la muerte hacía dos meses.

Todo el mundo alberga la certeza sobre ese momento. El presentimiento es uno de esos misteriosos fenómenos que afectan al ser humano, sin que éste sea capaz de controlarlo. Un famoso poeta lo describió con gran precisión al decir que «los acontecimientos venideros proyectan su sombra sobre nosotros». Si a veces la gente se queja de haber sido engañada por un presentimiento, se debe a que no sabe interpretar sus percepciones. Siempre está deseando algo con fuerza o temiéndolo con igual intensidad, tomando su esperanza o su miedo por un augurio. Yo, por supuesto, no podía determinar con exactitud la fecha y hora de mi muerte, pero lo intuía aproximadamente. Siempre había gozado de muy buena salud, y de repente a principios de noviembre me empecé a sentir indispuerto. Aún no se manifestaba ninguna enfermedad, pero notaba una «inclinación a la muerte» tan clara como podría sentir una inclinación al sueño. Normalmente, a principios del invierno, solíamos mi mujer y yo hacer planes para el verano. Pero esta vez no podía pensar nada, no me podía figurar imagen alguna del verano: como si realmente no fuera a haberlo. Entretanto seguía sin mostrar síntomas de mi enfermedad, como si de una invitada se tratara y requiriera algún tipo de presentación protocolaria. Y he aquí, por fin, que fueron llegando los indicios desde todas partes. A finales de diciembre tenía previsto salir para la caza del oso. Hacía mucho frío y mi mujer, que sin motivo aparente alguno empezó a mostrarse preocupada por mi salud (seguramente también había tenido algún tipo de presentimiento), me suplicó que no fuera. Yo era un fanático de la caza y decidí ir a pesar de todo, pero cuando estaba a punto de partir recibí un telegrama en el que se avisaba de la espantada de los osos y la consiguiente suspensión de la cacería. Por esa vez, la invitada se quedó a las puertas de mi casa. Al cabo de una semana, una dama por la que sentía cierta simpatía organizó un picnic-*monstre*^[7] con troikas^[8], gitanos y descensos por las laderas montañosas. El resfriado estaba asegurado, pero mi esposa enfermó seria y repentinamente, y me pidió que me quedara en casa con ella. Es posible que estuviera fingiendo, ya que al día siguiente se fue al teatro. En cualquier caso, la convidada volvió a pasar de largo. Dos días más tarde, falleció mi tío Vasili Ivánovich. Era el más anciano del principado de los Trubchevski; mi hermano, que tanto se jactaba de sus orígenes, solía referirse a él diciendo: «Ése es nuestro conde Chambord»^[9]. Independientemente de eso, yo lo quería mucho y habría sido impensable dejar de asistir a su entierro. Fui todo el camino a pie tras el féretro, la ventisca era horrible y me congelé hasta los huesos. La

solemne invitada no se hizo de rogar, y se alegró tanto por la ocasión que esa misma tarde irrumpió con violencia en mi hogar. Al tercer día los médicos dictaminaron que tenía una infección pulmonar con todo tipo de complicaciones y concluyeron que no me quedaban más de dos días. Pero hasta el 28 de febrero aún quedaba mucho y yo no podía fallecer antes. Entonces comenzó esa lenta agonía que desconcertó a tantos hombres instruidos. Ora me recuperaba, ora recaía con mayor intensidad aún; a ratos sufría lo indecible, otras veces se esfumaba todo dolor, hasta que no expiré hoy mismo con todo el rigor científico requerido, el mismo día y a la misma hora que me fueron predestinados desde el minuto en que nací. Como cualquier actor entregado, representé mi papel sin añadir ni quitar una sola palabra del texto del autor. Ese manido símil de la vida como representación de una pieza teatral adquirió para mí un sentido mucho más profundo. Pues, si efectivamente había desempeñado mi papel como actor consagrado, era muy posible que hubiera interpretado antes otros papeles, que hubiera actuado en otras obras. Si realmente no había muerto después de mi evidente defunción, significaba que no moría nunca y llevaba existiendo tanto tiempo como el propio mundo. Lo que ayer percibía como una vaga sensación, ahora se había transformado en una certidumbre. Pero entonces, ¿cuáles habían sido esos otros papeles, esas otras obras?

Empecé a rebuscar en el devenir de mis días, para dar con alguna clave que resolviera este misterio. Recordé algunos sueños que me habían sobrecogido en su momento, repletos de países y caras que me eran desconocidos; evoqué diversos encuentros que habían dejado en mí una inaprensible y cuasi mística huella. Y de pronto recordé el castillo de Laroche-Modène.

III

Fue uno de los episodios más interesantes y enigmáticos de mi vida. Hace algunos años, por cuestiones de salud de mi mujer, pasamos casi medio año en el sur de Francia. Allí, entre otras cosas, conocimos a la encantadora familia del conde Laroche-Modène, que en una ocasión nos invitó a su castillo.

Recuerdo que ese día tanto mi mujer como yo estábamos especialmente alegres. Fuimos en un carruaje descubierto, uno de esos cálidos días de octubre que son tan agradecidos sobre todo en esa región. Los campos despoblados, las viñas abandonadas, la variedad de colores en el manto arbóreo... todo ello bañado por los

suaves rayos de un sol que aún calentaba adquiría un aspecto en cierto modo festivo. El aire fresco y puro predisponía sin querer a la diversión, y no paramos de hablar animadamente en todo el camino. Y he aquí que estábamos ya entrando en los dominios del conde de Modène cuando toda mi alegría se esfumó bruscamente. De repente sentí que ese lugar me era familiar, incluso cercano, que hubo un tiempo en que había vivido allí... Era una sensación un tanto extraña, inquietante y que me oprimía el corazón, más fuerte a cada momento. Finalmente, cuando entramos en una ancha *avenue*^[10], que conducía hasta las puertas del castillo, decidí comentárselo a mi esposa.

—¡Qué bobada! —exclamó ella—. Precisamente ayer decías que, cuando eras pequeño y vivías con tu difunta madre en París, nunca os acercasteis hasta aquí.

No intenté contradecirla, pues no estaba yo para discusiones. Mi imaginación, cual correo que se hubiera adelantado al galope, me iba informando de todo lo que estaba a punto de ver a continuación. Aquí un amplio patio (*la cour d'honneur*)^[11], recubierto de arcilla roja; ahí el porche de entrada coronado con el escudo de los condes de Laroche-Modène; las salas orientadas a ambos lados; el gran recibidor, adornado con retratos de la familia. Incluso el peculiar e inconfundible olor de este último —en el que se mezclaban el almizcle, el moho y los rosales—, me embelesó como si fuera algo del todo familiar para mí.

Me sumí en una profunda reflexión, acentuada aún más cuando el conde me propuso dar un paseo por el parque. En este lugar me asaltaron por todas partes recuerdos tan vivos, aunque nebulosos, que apenas prestaba atención al derroche extraordinario de amabilidad del que hizo gala mi anfitrión, para que participara en la conversación. Finalmente, cuando respondí a una de sus preguntas de forma tan falta de sentido, se me quedó mirando de lado con expresión compasiva.

—No se extrañe de mi obnubilación, señor conde —le dije, comprendiendo su mirada—, estoy experimentando una sensación hartamente extraña. No me cabe duda de que es la primera vez que visito su castillo y sin embargo me parece como si hubiera vivido aquí varios años.

—No hay nada de extraño en eso: aquí todos los viejos castillos se parecen unos a otros.

—Ya, pero es que yo viví precisamente en éste... ¿Usted cree en la transmigración de las almas?

—Como decirle... Mi esposa cree, pero yo no mucho... Claro que todo es posible.

—Ya ve, usted dice que es posible, y yo estoy más y más convencido a cada minuto que pasa.

El conde me respondió con una frase entre amable y burlona, lamentando no haber vivido allí cien años antes, para haber tenido el gusto de recibirme en su

castillo de la misma forma que lo hacía ahora.

—Quizá deje de burlarse —me defendí, haciendo un gran esfuerzo de memoria—, si le digo que ahora saldremos a un amplio paseo de castaños.

—Tiene toda la razón, ahí está, a la izquierda.

—Y tras recorrer el camino, veremos un lago.

—Es usted demasiado condescendiente, llamando así lo que no es más que una pequeña masa de agua (*cette pièce d'eau*). Veremos más bien un estanque.

—Está bien, se lo concedo, pero será un estanque de gran tamaño.

—En tal caso, permítame a su vez devolverle la razón llamándolo pequeño lago.

Más que caminar, corrí por la avenida de castaños. Cuando llegué al final, pude contemplar la escena en todo su detalle, tal cual se había representado en mi imaginación minutos antes. Numerosas flores de formas caprichosas orlaban el extenso estanque, en el embarcadero había amarrado un bote, y en la orilla de enfrente se divisaba un grupo de sauces llorones... ¡Dios mío! Por supuesto que yo había vivido aquí en otra época, paseado en esta misma barca, me había sentado a la sombra de aquellos sauces y recogido esas flores encarnadas... Continuamos en silencio recorriendo la orilla.

—Pero disculpe —le dije algo confuso mirando hacia la derecha—, aquí debería haber un segundo estanque y más allá un tercero...

—Pues no, mi querido príncipe, esta vez la memoria o la imaginación le han traicionado. No hay otro estanque.

—Pues seguramente lo había. ¡Mire esas flores rojas! Rodean ese claro de la misma forma que rodean el primer estanque. El segundo debía existir y seguramente lo cegaron, es evidente.

—Por mucho que quiera estar de acuerdo con usted, mi querido amigo, no puedo. Pronto cumpliré cincuenta años, nací en este castillo y le puedo asegurar que aquí nunca hubo un estanque.

—¿Es posible que con usted aún viva alguno de los antiguos guardeses?

—Mi secretario, Joseph, es bastante mayor que yo... Le preguntaremos al volver a casa.

En las palabras del conde de Modène, a pesar de su exquisita cortesía, se adivinaba el temor de estar tratando con algún maníaco, a quien no se debía llevar la contraria.

Cuando antes de comer pasamos al cuarto de aseo para adecentarnos un poco, le recordé lo que dijo sobre Joseph, y el conde mandó llamarlo de inmediato.

Entró un vigoroso anciano de unos setenta años, y a todas mis preguntas contestó sin dudar, confirmando que en el parque nunca había habido un segundo estanque.

—Además conservo todos los antiguos planos y, si el conde me lo permite, podría traerlos...

—Sí, por favor, tráigalos cuanto antes. Tenemos que zanjar esta cuestión, o de lo contrario nuestro invitado no probará bocado durante la comida.

Joseph regresó con los planos, y el conde se puso a estudiarlos con cierta desidia; de repente lanzó un grito de sorpresa. En un vetusto plano de fecha imprecisa, aparecían claramente delimitados tres estanques, que daban incluso nombre a esa zona del parque: *les étangs*^[12].

—*Je baisse pavillon devant le vainqueur*^[13] —pronunció el conde con fingida alegría y ligeramente pálido.

Pero yo no veía ni mucho menos al vencedor. Estaba todavía bajo los efectos de este descubrimiento, como si hubiera sucedido la desgracia que temía desde hacía tiempo.

Cuando volvimos a vernos en el comedor, el conde me pidió que no le dijera nada a su mujer, pues era una persona muy nerviosa y con tendencia al misticismo. A la comida acudieron numerosos invitados, pero tanto el dueño de la casa como yo estuvimos tan callados que recibimos sendos correctivos de nuestras respectivas esposas por nuestra conducta descortés.

Después de aquello, mi mujer visitó con frecuencia el castillo de los Laroche-Modène, pero yo nunca me decidí a volver. Entablé una buena amistad con el conde, el cual venía a verme a menudo, pero sin insistir en que yo respondiera a sus invitaciones, pues me comprendía perfectamente.

El tiempo fue mitigando poco a poco la impresión recibida en aquel extraño episodio de mi vida; procuraba no pensar en ello como si fuera algo de suma gravedad. Ahora, yaciendo en mi propio ataúd, intentaba devolverlo a mi memoria en todos sus detalles para poder reflexionar con claridad. Estando a la sazón tan seguro de que ya había vivido antes en este mundo como que me llamaba príncipe Dmitri Trubchevski, no me cabía duda de que había morado en el castillo de Laroche-Modène. Pero ¿en calidad de qué? ¿Fui a parar allí de casualidad o vivía permanentemente? ¿Era el señor, un invitado, un mozo de cuadra o un simple campesino? Para esas preguntas no tenía respuesta, pero sobre algo no vacilaba en absoluto: yo había sido allí muy desgraciado; de lo contrario no se explicaría ese abrumador sentimiento de melancolía que me invadió nada más entrar en el castillo, y que me sigue angustiando ahora al recordarlo.

A veces esos recuerdos se hacían más concretos y algo que actuaba como hilo conductor empezaba a entrelazar imágenes y sonidos, pero el placentero ronquido de Savieli y el salmista me distraían, el hilo se rompía y la idea se perdía sin poder concentrarse de nuevo en ese punto.

Los dos estuvieron durmiendo un buen rato. Las velas que antes ardían con fuerza en los candelabros ya se habían extinguido y los primeros rayos del frío y claro día hacía tiempo que me iluminaban a través de las cortinas suspendidas de los amplios

ventanales.

IV

Savieli se puso en pie de un salto, se santiguó, se frotó los ojos y, viendo que el salmista dormía, le despertó, no sin dejar pasar la ocasión de obsequiarle con los más amargos reproches. Después salió, se lavó, se adecentó, seguramente echó un buen trago de *berezovka*^[14] y volvió con actitud decididamente intransigente.

—«¿Qué se ganará con mi muerte o con que yo baje al sepulcro? ¿Acaso el polvo te alabará o proclamará tu fidelidad?»^[15] —comenzó el salmista con su lánguida voz.

La casa se estaba desperezando y por sus distintos rincones se escuchaba el bullicio del ajetreo cotidiano. De nuevo la gobernanta trajo a los niños. Sonia estaba más tranquila en esta ocasión y a Kolia le encantó el manto de brocado y ya sin temor alguno se puso a jugar con los flecos. Después llegó la matrona Sofia Frántsevna y le hizo cierta observación a Savieli, mostrando por cierto conocimientos tan detallados sobre los asuntos funerarios que nadie habría esperado dada su especialidad. Vinieron a despedirse de mí el personal de las cuadras, los cocheros, los rudos cocineros, los barrenderos y hasta gente que me era completamente desconocida: unas misteriosas ancianas, porteros y cuidadores de las casas vecinas. Todos ellos rezaban con diligencia y las viejas añadían su amargo llanto. Aparte de esto, me di cuenta de algo: todos los que habían llegado para darme su último adiós, si eran gente sencilla, del pueblo llano, no solo me besaban en los labios, sino que lo hacían con verdadera complacencia; en cambio, las personas de mi círculo, incluso las más allegadas, mostraban aprensión, lo cual me habría ofendido notablemente de haberlo presenciado con mis anteriores ojos terrenales. Entró de nuevo casi arrastrándose Nastasia con su amplio capote azul adornado con flores rosas. Esa indumentaria no le gustó a Savieli, cosa que le recriminó sin tardanza.

—¿Y qué voy a hacer, Savieli Petróvich? —se justificó ella—. Probé a ponerme un vestido oscuro, pero ninguno me quedaba bien.

—¡Vaya!, así que no le sentaban bien. Pues haberse quedado entonces en la cama. A otra en tu lugar le daría vergüenza venir hasta el mismísimo ataúd principesco con esa barriga.

—Pero ¿por qué la ofende de esa manera, Savieli Petróvich? —intervino Semión

—. Ella es legalmente mi mujer y aquí no hay pecado alguno.

—Ya me conozco yo a estas pindongas legítimas —farfulló Savieli apartándose a su rincón.

Nastasia quedó visiblemente ofuscada y habría querido responder con mordacidad fulminante, pero no le salieron las palabras; tan solo sus labios se contrajeron en una mueca y en sus ojos asomaron las lágrimas.

—«Caminarás sobre leones y víboras —salmodiaba el orador—, pisotearás cachorros de león y serpientes.»^[16]

Nastasia se acercó hasta pegarse a la cara de Savieli y le espetó en un susurro:

—Usted sí que es una víbora.

—¿Quién es una víbora? Ya verás tú...

Savieli no concluyó la frase porque en la escalera resonó un fuerte timbrazo y Vasiutka entró corriendo para anunciar la llegada de la condesa Maria Mijáilovna. La sala se quedó desierta en un momento.

Maria Mijáilovna, tía de mi esposa, era una anciana muy renombrada. Se acercó a mí con paso lento, rezó majestuosamente y se dispuso a besarme, pero se arrepintió y durante algunos minutos se quedó junto a mí balanceando su entrecana cabeza, cubierta por un negro tocado semejante al monacal; después, sostenida respetuosamente por su dama de compañía, se dirigió a la habitación de mi mujer. Un cuarto de hora más tarde, se contrarió aún más al ver el aspecto que ofrecía ésta: ataviada con un camisón blanco de noche, el cabello desordenado y los párpados tan hinchados por el llanto, que apenas podía abrir los ojos.

—*Voyons, Zoe, mon enfant* —le decía su tía para tranquilizarla—, *soyez ferme*^[17]. Recuerda todas las penas que he pasado yo, hazte una idea.

—*Oui, ma tante, je serai ferme*^[18] —respondió ella y se acercó a mí con paso decidido, pero por lo visto yo debía haber cambiado mucho en el transcurso de una noche, porque retrocedió bruscamente, lanzó un grito y cayó en brazos de los que la rodeaban; tuvieron que llevársela de allí.

Mi esposa, sin lugar a dudas, estaba terriblemente afligida por mi fallecimiento; no obstante, en cualquier demostración pública de dolor está presente invariablemente cierta dosis de teatralidad, que rara vez hay quien pueda evitar. Incluso la persona más sincera en su desconsuelo no puede apartar la idea de que otros la están mirando.

A partir de la una, empezaron a reunirse los invitados. El primero en aparecer fue un gallardo general de edad madura, con sus blancos bigotes enroscados y el pecho cubierto de innumerables condecoraciones. Se acercó a mí con intención de besarme, pero desistió y se conformó con santiguarse sobradamente sin que sus dedos llegaran a tocar siquiera la frente o el pecho, sino marcando los movimientos con sus brazos en el aire. A continuación se dirigió a Savieli:

—Qué se le va a hacer, amigo Savieli, hemos perdido a nuestro príncipe...

—Así es, señor, cuarenta años le he servido y cómo iba yo a pensar...

—Bueno, bueno... la princesa no te abandonará.

Y, dándole unas palmaditas en el hombro, el general fue al encuentro del nimio y apergaminado senador, que sin osar acercarse a mí se fue derecho a ocupar la misma silla donde había dormitado Savieli la noche anterior. La tos empezaba a sofocarlo.

—Aquí estamos, Iván Efímovich —dijo el general—, hemos perdido a uno más de los nuestros.

—Sí, desde el Año Nuevo ya es el cuarto.

—¿Cómo el cuarto? No puede ser.

—¿Qué es eso de «no puede ser»? El mismo día de Año Nuevo falleció Pólzikov, después le siguió Borís Antónovich, y luego el príncipe Vasili Ivánovich...

—Al príncipe Vasili Ivánovich no hay por qué contarle, llevaba ya dos años sin pisar nuestro club.

—Al menos iba renovando su suscripción.

—Pólzikov tenía ya una edad, pero el príncipe Dmitri Aleksándrovich... ¡válgame Dios!, en la flor de la vida, un hombre sano y lleno de vitalidad...

—¡Qué le vamos a hacer! «No sabemos ni el día, ni la hora...»^[19]

—¡Sí, todo eso está muy bien! Pero, se sepa o no, así sucede. ¡Resulta indignante marcharse del club por la tarde, sin tener la certeza de que se regresará al día siguiente! Y lo que es peor, nadie puede adivinar dónde te acechará esa bribona. Y es que el príncipe Dmitri Aleksándrovich asistió al entierro de Vasili Ivánovich y allí se resfrió, pero nosotros también estuvimos y no enfermamos.

Al senador le sobrevino un nuevo ataque de tos, después de lo cual solía empeorar su humor.

—Sí, un destino sorprendente el de este príncipe Vasili Ivánovich. Toda su vida cometió cuantas tropelías le vinieron en gana. Y, ahora que está muerto, podría pensarse en el final de sus fechorías. Pero resulta que no, hasta en su propio entierro fue capaz de llevarse a la tumba a su sobrino carnal.

—¡Vaya lengua tiene usted, Iván Efímovich! No tiene bastante con hacer reproches a los vivos y tiene que meterse también con los muertos. Hay una expresión que dice: *De mortis, de mortibus...*

—Querrá decir: *De mortuis aut bene, aut nihil*^[20]. Pero es una frase desafortunada. Yo la corrijo a mi modo, y digo: *De mortuis aut bene, aut male*^[21]. De lo contrario estaríamos eliminando la historia, si no pudiéramos emitir un juicio justo sobre un personaje histórico malvado, simplemente por el hecho de estar muerto. Y el príncipe Vasili fue en cierto modo una figura histórica, pues cuenta con toda una serie de terribles historias a sus espaldas...

—Deje, deje, Iván Efímovich, no vaya a irse al otro mundo por esa verborrea

suya... Al menos de nuestro querido Dmitri Aleksándrovich no podrá usted decir nada malo y debe reconocer que era una excelente persona...

—Tampoco hay que exagerar, general. Si decimos que era una persona atenta y afable, es del todo suficiente. Y créame que, para ser un Trubchevski, eso supone en él un gran mérito, porque por lo común en el principado de los Trubchevski no se distinguen precisamente por su amabilidad. Sin ir más lejos, su hermano Andréi...

—Eso no se lo puedo discutir; Andréi no me resulta en absoluto simpático. ¿Y por qué se da esos aires de grandeza?

—No tiene en absoluto por qué, pero ésa no es la cuestión. Que a una persona como el príncipe Andréi Aleksándrovich se la tolere en sociedad solo pone de manifiesto nuestra desmesurada indulgencia. Lo natural sería que a un individuo así no se le estrechara ni la mano. Escuche lo que averigüé de él hace poco, de una fuente de toda confianza...

En ese momento apareció mi hermano y ambos contertulios le abordaron para expresarle sus más sinceras condolencias.

Después, con paso inseguro entró mi amigo Misha Zviaguin. Era una persona muy bondadosa y enredada al mismo tiempo en mil quehaceres. A principios de octubre me había hecho una visita, me expuso la situación desesperada en que se encontraba y me pidió que le prestara cinco mil que podían ser su salvación, para devolvérmelos al cabo de dos meses. No sin cierta resistencia, le extendí finalmente un cheque; él me ofreció una letra de cambio, pero yo le dije que no era necesario. Al pasar los dos meses, quedó claro que no podía pagarme y comenzó a rehuirme. Durante mi enfermedad envió varias veces a alguien para recabar noticias sobre mi estado de salud, pero él no se atrevió a aparecer ni una sola vez. Cuando se acercó al féretro, pude percibir en sus ojos una mezcla de sentimientos: pesar, vergüenza, miedo e incluso, en algún lugar en el fondo de sus pupilas, una mínima alegría por el hecho de tener ahora un acreedor menos. Sin embargo, sorprendido él mismo por la idea, se avergonzó enormemente y se puso a rezar con fervor. En su interior se libraba una batalla. Por una parte debía informar sobre su deuda a no más tardar, pero, por otra, ¿para qué revelarlo si no podía pagar? Lo que debía lo iría pagando con el tiempo, pero ahora... ¿estaría alguien más al corriente, aparecería anotado en algún libro? No, debía contarle todo en ese mismo momento.

Misha Zviaguin se acercó con actitud decidida a mi hermano y empezó a hacerle preguntas sobre mi enfermedad. Este último le respondió con desgana y dirigió la mirada hacia otro lado: mi muerte le daba derecho a comportarse de forma desconsiderada y arrogante.

—Verá, príncipe —comenzó tartamudeando Zviaguin—, yo estaba en deuda con el difunto...

Mi hermano entonces le prestó atención y le dirigió una mirada interrogativa.

—Es decir, que me siento más que obligado hacia el difunto Dmitri Aleksándrovich. Nuestra relación de tantos años...

Mi hermano se dio la vuelta de nuevo y el pobre Misha Zviaguin se retiró a su anterior posición. Sus mejillas enrojecidas temblaban, mientras sus ojos recorrían nerviosamente el salón. Ésa fue la primera vez desde mi muerte que lamentaba no poder hablar. Me hubiera gustado decirle: «Quédate de una vez con esos cinco mil, que a mis hijos no les va a faltar el dinero».

La sala se fue llenando rápidamente. La mayoría de las damas solían llegar en pareja y se situaban a lo largo de la pared. Casi nadie se me acercaba, como si les diera reparo hacerlo. Las más allegadas se acercaban a mi hermano para preguntarle si podían ver a mi esposa; él, haciendo una silenciosa reverencia, les indicaba la puerta del recibidor. Las damas se detenían junto al umbral en un momento de reflexión, para después bajar la cabeza y sumergirse en el recibidor, como los bañistas que tras la duda inicial se lanzan de cabeza a las frías aguas.

Hacia las dos, ya se habían reunido todas las celebridades de Petersburgo, lo cual de haber sido yo vanidoso, me habría llenado de satisfacción. También aparecieron personajes sobre cuya llegada informaban con discreción a mi hermano, que salía a recibirlos a la escalera.

Yo siempre había asistido a los funerales profundamente conmovido, aunque buena parte de lo que sucede en ellos me resulta incomprensible. Sobre todo me incomodaba oír decir «la vida eterna»; esta expresión, dicha en un velatorio, me parecía la más amarga de las ironías. Ahora todas esas fórmulas cobraban en mi pensamiento un profundo sentido. Yo mismo estaba experimentando esa «vida eterna» y precisamente me encontraba en ese lugar «donde no hay enfermedades, ni penas, ni angustiosos suspiros».

Por contraste, los vivos que se acercaban a mí suspirando me parecían ajenos e incomprensibles.

Nada más iniciarse el canto fúnebre, se produjo como respuesta un estallido de sollozos contenidos por toda la sala. Mi mujer no pudo soportarlo y tuvieron que llevársela.

El réquiem concluyó. El diácono pronunció con su espesa y grave voz las siguientes palabras: «En el Reino de tu Gloria...», pero en ese momento ocurrió algo extraño. La sala se ensombreció de repente, como si acabara de caer el crepúsculo sobre la tierra. No podía distinguir las caras, solo veía oscuras siluetas. La voz del orador empezó a debilitarse y paulatinamente se oía más y más lejana. Finalmente se extinguió, las velas se apagaron y todo desapareció de mi vista. En ese momento dejé de ver y oír.

V

Me encontraba en un lugar oscuro y desconocido para mí. Digo «lugar» por costumbre: no existía ningún tipo de referencia espacial. Tampoco existía el tiempo, de manera que no puedo determinar cuánto duró el estado en que estaba sumido. Ni veía ni escuchaba nada, solo podía pensar; esforzada y continuamente, pensaba.

El misterio que me había torturado toda la vida había sido resuelto. La muerte no existía, la vida era única e ilimitada. Yo ya estaba convencido de ello anteriormente, pero no había sido capaz de establecer una formulación para tal convicción. Esta idea se basaba en el hecho de que de lo contrario, toda la vida sería un completo e inadmisiblemente absurdo. El hombre siente, razona, percibe todo lo que le rodea, disfruta y sufre, para después... desaparecer. Su cuerpo se descompone y sirve a la formación de otros nuevos. Es algo que vemos a diario. Pero ¿adónde va a parar aquello que nos hace ser conscientes de nosotros mismos y del mundo circundante? Si la materia es inmortal, ¿por qué hemos de concebir que la conciencia perezca sin dejar rastro? Y, si así fuera, ¿de dónde procedía entonces? ¿Cuál sería la finalidad de una existencia tan efímera? Todo eso me parecía un auténtico disparate y no estaba dispuesto a admitirlo.

Ahora, por propia experiencia, sabía que la conciencia no muere, que yo nunca había dejado ni probablemente dejaría de existir. Pero al mismo tiempo se alzaban ante mí nuevas e incómodas «preguntas envenenadas». Si nunca he muerto y siempre voy a renacer de nuevo en la tierra, ¿qué sentido tienen esas sucesivas vidas? ¿A qué leyes obedecen y adónde me conducirán finalmente? Quizá fuera capaz de captar ese principio y comprenderlo, si pudiera recordar, si no todas, al menos alguna de esas vidas precedentes... pero ¿por qué precisamente nos vemos privados de ese recuerdo? ¿Quién ha dictado que sea algo eternamente ignorado, hasta el punto de que el concepto de inmortalidad no pase de ser un cúmulo de conjeturas para nosotros? Y, si por alguna ley desconocida debe caer en el pozo del olvido, ¿por qué surgen en esa oscuridad extraños claros, como el que por ejemplo tuve ocasión de presenciar cuando visité el castillo de Laroche-Modène?

Entonces me aferré con todas mis fuerzas a ese recuerdo, como un naufrago se agarra a una tabla. Tenía la impresión de que, si conseguía recordar con claridad y precisión mi vida en esa fortaleza, podría arrojar luz sobre todo lo demás. No me distraía ninguna sensación del exterior, por lo que podía intentar traerlo a mi memoria sin impedimentos y sin pararme a pensar o reflexionar. Y he aquí que de algún profundo rincón de mi alma, de la misma forma que la niebla se levanta desde el río, fueron surgiendo vagas y desdibujadas imágenes. Aparecían fugazmente figuras de personas, se oían extraños sonidos como de palabras apenas inteligibles, pero en todo lo que recordaba había espacios en blanco que no podía completar: las caras de la

gente aparecían envueltas en bruma, las palabras no estaban relacionadas y todo se componía de meros retazos. Ahí estaba el cementerio familiar de los condes de Laroche-Modène. En la nívea lápida de mármol distingo claramente unas letras negras: *Ci-gît très haute et recommandable dame...*^[22] A continuación le seguía el nombre, pero no consigo descifrarlo. Al lado está el sarcófago encerrado en una urna de mármol, sobre la que leo: *Ci-gît le coeur du marquis...*^[23] Y entonces resuena en mis oídos una voz aguda e impaciente, que está llamando a alguien: Zo... Zo... Hago un esfuerzo con la memoria y con gran alegría escucho perfectamente el nombre: ¡Zorobabel! ¡Zorobabel!... Ese nombre, del todo conocido para mí, libera repentinamente toda una serie de imágenes. Estoy en el patio del castillo, entre la masa del pueblo. ¡*A la chambre du roi! ¡A la chambre du roi!*...^[24], grita con autoridad la misma voz cortante y apremiante. En cada castillo de la vieja Francia existían unos aposentos del rey, es decir, la habitación que ocuparía el monarca en caso de hacer acto de presencia en alguna ocasión. Y he aquí que veo hasta el más mínimo detalle de esa estancia en el castillo Laroche-Modène. El techo está decorado con sonrosados amorcillos que portan guirlandas, y escenas de caza pintadas por los gobelinos. Puedo ver con claridad un ciervo de gran cornamenta detenido ante un arroyo en actitud desesperada y a los tres cazadores que le dan alcance. Al fondo de la sala se halla la alcoba rematada con la corona dorada y cuyo baldaquín de damasco azulado lleva bordadas las blancas flores de lis. En la pared opuesta, un gran retrato de cuerpo entero del monarca. Puedo ver el pecho cubierto con su armadura, sus piernas largas y ligeramente arqueadas con las mallas de piel de alce y botas de montar, pero la cara no llego a distinguirla de ningún modo. Si pudiera verla, quizá averiguaría en qué época viví en este castillo, pero es precisamente esto lo que no alcanzo a ver; alguna testaruda y atorada válvula en mi memoria se niega a abrirse. «¡Zorobabel! ¡Zorobabel!», clama la impulsiva voz. Hago un máximo esfuerzo, y por fin se abre en mi cabeza otra llave de un cariz completamente distinto. El castillo de Laroche-Modène desaparece... ¡y una nueva e inesperada escena se presenta ante mí!

VI

Vi una gran aldea rusa. Casas hechas de troncos y con cubierta de heno se extendían a los pies de la montaña, a ambos lados de una amplia calle. Era un día gris

y otoñal, o quizá ya estuviera anocheciendo. Una fría lluvia caía en finas y diminutas gotas desde el cielo monocromo, el viento rugía y silbaba por la ancha calzada levantando las pajas de los ruinosos tejados y haciéndolas girar en el aire. Abajo, en un pequeño riachuelo brincaban corriente abajo plomizas y encrespadas aguas. Crucé a la otra orilla del río por un encorvado puente sin pretil, que tembló bajo mis pies. Pasado el puente, el camino se dividía en dos: hacia la izquierda, yendo hacia la montaña, se prolongaba la aldea; a la derecha, como asomándose al precipicio, se alzaba una vieja iglesia de madera con sus cúpulas verdosas. Tomé el camino diestro. Detrás de la iglesia se entreveía una serie de terrenos con cruces ennegrecidas por el tiempo; entre las tumbas se mecían al viento los retoños humedecidos y casi deshojados de los abedules; todo el camposanto estaba cubierto de una capa de hojas oscuras, amarillentas, a modo de alfombra. Más allá se extendía el labrantío yermo y oscuro. Sin embargo, a pesar de ese panorama desolador, un aire positivo y familiar de la vida que antaño transcurriera allí llegaba hasta mis sentidos. Pero ¿a qué se debía tal abandono y despoblación en aquel lugar? ¿Por qué no se veía ni un alma? ¿Cómo es que todas las casas aparecían abiertas de par en par? ¿En qué época viví yo en esa aldea? Pudo ser durante las invasiones de los tártaros... o quizá después. ¿Fueron forasteros los que asolaron ese poblado o bandidos locales que expulsaron a sus habitantes, obligándolos a refugiarse en los bosques y estepas?

Regresé hasta el puentecillo y me dirigí esta vez hacia la izquierda, en dirección a la montaña. La misma ausencia de lugareños y los mismos signos de destrucción. Finalmente, junto a un pozo semiderruido pude distinguir al único ser vivo. Se trataba de un viejo perro, tremendamente flaco y seguramente moribundo de hambre. Había perdido todo el pelo, su lomo y costados dejaban casi al descubierto los huesos. Al verme, se levantó sobre sus patas con un increíble esfuerzo, pero no pudo moverse y tras caer de nuevo en el barro emitió un lastimero aullido.

Con toda mi alma traté de imaginarme mi aldea natal en otras circunstancias. Pues aquí debía asomar la sonrosada aurora, debía ponerse el sol majestuoso tras la montaña, debía extenderse el campo espigado de centeno y el riachuelo se congelaría mientras la sierra reverberaba con hilos de plata en las gélidas noches de luna... Pero, por más que forzara mi memoria, no podía figurarme nada parecido. Como si todo el año ese cielo plomizo impregnara con su lluvia menuda ese desdichado pueblo, mientras el viento que penetraba sin resistencia en las cabañas desguarnecidas escapaba al exterior a través de las ahora desusadas e inútiles chimeneas.

VII

El marco de mi memoria se dilataba cada vez más. Ante mí surgían lejanos y ya olvidados países, que no recordaba haber visto nunca; agrestes forestas, grandes batallas en las que se mezclaban fieras y hombres... Pero todo lo veía con un perfil borroso, sin que pudiera definirse ni una sola imagen. Entre esas escenas aparecía fugazmente una muchacha con un vestido azul. Hacía tiempo que ese rostro me resultaba familiar; en mi última existencia se me había aparecido alguna vez en sueños y yo siempre había considerado esas visiones un mal augurio. Era una niña de unos diez años, delgada, pálida y poco agraciada, aunque tenía unos ojos maravillosos: negros, profundos, con una expresión grave que en nada parecía infantil. En ocasiones podía verse en ellos tal sufrimiento y terror que al cruzarme con su mirada me despertaba al instante con el corazón acelerado y un sudor frío recorriendo mi frente. Después de eso ya no podía conciliar el sueño y durante varios días me mostraba irascible y nervioso. Ahora estaba convencido de que esa muchacha había existido realmente y de que yo la había conocido en otro tiempo... Pero ¿quién era? ¿Sería mi hija, mi hermana o alguien del todo ajeno a mi familia? ¿Y qué provocaba en esos ojos una expresión de dolor tan inhumana? ¿Qué monstruo aterrorizaba a esa pobre? Quizá yo mismo había sido su torturador en otra época y por eso se me aparecía en sueños, como castigo y acusación.

Era curioso que, entre mis recuerdos, no los hubiera alegres ni divertidos, que mis ojos espirituales solo pudieran leer las páginas llenas de maldad y desgracia. Por supuesto que en mi vida hubo días felices, pero por lo visto debieron ser muy pocos, pues habían sido arrinconados y diluidos en un mar de infinitos sufrimientos. Y, si eso fuera así, ¿qué sentido tendría mi propia vida? Es difícil suponer que la existencia pueda estar únicamente orientada al más completo infortunio. Debe albergar alguna otra finalidad ulterior... Sin duda la habrá, pero ¿llegaré a conocerla algún día? En vista de semejante ignorancia, mi actual estado —es decir, en la más absoluta inmovilidad y quietud— debería parecerme el colmo de la felicidad. Pero al mismo tiempo, entre la vorágine caótica de confusos recuerdos, empezaba a nacer en mí un extraño sentimiento: algo me atraía nuevamente hacia ese valle de lágrimas y dolor que acababa de abandonar. Intentaba ahogar en mi interior esa sensación, pero crecía y se fortalecía doblegando todo razonamiento, hasta que finalmente se transformó en un ardiente e irreprimible deseo de vivir.

VIII

¡Oh, si pudiera vivir! Ni siquiera pido continuar con mi anterior existencia, me da igual cómo nacer: príncipe o campesino, rico o miserable. La gente dice: «El dinero no da la felicidad», y sin embargo considera la felicidad como todos aquellos bienes que pueden adquirirse con dinero. Pero la felicidad no está en esos bienes materiales, sino en la satisfacción interior del ser humano. ¿Dónde empieza y acaba esa satisfacción? Todo se presta a comparación, dependiendo del horizonte y de la escala con que se calibre. El pobre que tiende la mano en busca de un *grosh*^[25] y recibe un rublo^[26] de un desconocido benefactor probablemente experimente un grado de satisfacción mayor que el banquero que en una operación gana dos mil inesperadamente. Ya antes pensaba así, pero los prejuicios inculcados desde la infancia y tomados como axiomas me impedían reafirmarme en esas ideas. Ahora esos espejismos se habían disipado y lo veía todo con más claridad. Yo, por ejemplo, sentía pasión por el arte, pensaba que el sentido de la belleza era algo solo asequible a la gente de cierta cultura y posición, y sin ese elemento la vida entera me parecía empobrecida. Pero ¿qué es el arte? El concepto de arte es tan relativo como el del bien o del mal. Cada siglo y cada país juzgan lo malo o lo bueno de forma diferente; lo que se considera heroico en un país puede ser un acto de delincuencia en otro. Por lo que al arte respecta, al margen de esas diferencias geográficas y temporales, se añade la infinita variedad de los gustos individuales. En Francia, considerado el país más culto del mundo, hasta el siglo presente no empezaron a asimilar y reconocer la obra de Shakespeare; como éste hay innumerables ejemplos. Y yo creo que no hay ningún hombre, por muy pobre o primitivo que sea, en el que no brille alguna que otra chispa de sentido de la belleza, aunque su concepto de arte sea muy peculiar. No es menos cierto que los rudos hombres del campo que se sientan en la hierba en las cálidas tardes primaverales, en torno a su guitarra o balalaika, no gozan menos que los profesores del conservatorio escuchando la *Fuga* de Bach.

¡Oh, si pudiera vivir! ¡Si pudiera ver las caras de la gente, escuchar las voces humanas, poder relacionarme de nuevo con personas de todo tipo... buenas y malas! ¿Acaso hay en el mundo sujetos que sean del todo indeseables? Si recordamos las severas condiciones de indefensión e ignorancia en torno a las cuales gira la vida del hombre, entonces debemos admirarnos de que pueda existir gente honrada en el mundo. El ser humano no sabe nada de lo que más necesita saber. Ignora para qué nació, para qué vive y para qué morirá. Olvida todas sus existencias precedentes y no puede hacer siquiera conjeturas sobre las venideras. No puede comprender el sentido de esta sucesión de subsistencias y se limita a dejar transcurrir su vida como si fuera un ritual incomprensible en medio de la oscuridad y de los más variados padecimientos. Y cómo le gustaría poder librarse de esa negrura, cómo se esfuerza

por comprender, cómo exprime hasta el infinito su pobre y limitado raciocinio. Y todo ese esfuerzo resulta en vano; ninguna de sus invenciones —a menudo geniales— resuelve las grandes preguntas que le inquietan. Frente a todas sus aspiraciones, siempre se topará con una barrera, más allá de la cual no podrá seguir adelante. Por ejemplo, sabe que aparte de la Tierra hay otros mundos, otros planetas. Por medio de cálculos matemáticos puede determinar el movimiento de esos planetas en su aproximación al nuestro y también en su alejamiento; pero lo que ocurra en esos mundos y si están habitados o no por seres similares a él solo puede suscitar elucubraciones sin que sea probable llegar a saberlo jamás. Y sin embargo no pierde la esperanza y sigue buscando. En una de las montañas más altas de América, pretenden hacer una especie de gran hoguera con luz eléctrica, a modo de señal dirigida hacia los habitantes de Marte. ¿No resulta conmovedora esa hoguera por su pueril ingenuidad?

¡Oh, quiero volver a estar entre esas desgraciadas, lastimeras, pacientes y queridas criaturas! Quiero tener una vida en común con ellas, quiero estar de nuevo inmerso en sus mezquinos intereses y disputas, a los que otorgan tanta importancia. A muchos los querré, a otros me tendré que enfrentar y a los terceros los odiaré, pero ¡necesito ese amor, esa lucha y ese odio!

¡Oh... si pudiera vivir! Quiero ver cómo se pone el sol tras la montaña, cómo el cielo limpio se cubre de estrellas, como en la cristalina superficie del mar aparecen blancas manchas aborregadas, y los acantilados son batidos por las olas en el rugir imprevisto de la tempestad. Quisiera salir en la nave al encuentro de esa tormenta, galopar en la desaforada troika por las estepas nevadas, ir a la caza del temible oso *kinzhal*^[27] en mano, experimentar todas las emociones y pequeñas cosas de este mundo. Quisiera ver cómo el rayo cercena el árbol, cómo el verde escarabajo pasa de una rama a otra. Quiero sentir el aroma del heno y el olor que desprende la brea; poder escuchar el canto de los ruiseñores en el lilo y el croar de las ranas a orillas del estanque, el tañido de las campanas en la iglesia de la aldea y el golpeteo de los carruajes por los caminos. Quiero escuchar los solemnes acordes de la sinfonía *Heroica* y también los atrevidos sonos del cántico gitano.

¡Oh... si pudiera vivir! Tan solo tener ocasión de respirar el aire de la tierra y poder pronunciar una sola palabra, ¡si pudiera gritar, gritar!...

IX

Y de repente grité, a pleno pulmón, grité con todas mis fuerzas. Me invadió una inmensa alegría con ese grito, pero el sonido que produjo me sorprendió sobremanera. No era mi voz de siempre: era como un grito débil y raquítico. Abrí los ojos, y la fuerte luminosidad de la límpida y fría mañana estuvo a punto de cegarme. Me encontraba en la habitación de Nastasia. Sofia Frántsevna me sostenía en sus manos. Nastasia estaba tumbada en la cama, toda enrojecida, rodeada de almohadas y respirando agitadamente.

—Escucha, Vasiutka —se oyó decir a Sofia Frántsevna—, intenta abrirte paso hasta el salón y haz venir un momento a Semión.

—Pero ¿cómo voy a colarme hasta allí, tía? —respondió Vasiutka—. Ahora van a sacar el féretro y se ha reunido un montón de invitados.

—Pues acércate como sea y hazlo venir aunque solo sea para un minuto; después de todo es el padre.

Vasiutka desapareció, para regresar al poco tiempo con Semión. Lucía un frac negro con hilvanado de luto y llevaba en sus manos una enorme toalla.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó entrando a toda prisa.

—Todo ha ido bien, ¡enhorabuena! —expresó Sofia Frántsevna ceremoniosamente.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo Semión, y sin mirarme siquiera salió presuroso por donde había venido—. ¿Es niño o niña? —preguntó ya desde el pasillo.

—¡Es niño, niño!

—¡Oh, gracias a Dios! —repitió él y desapareció.

Al mismo tiempo, Yúdishna terminaba de acicalarse frente a la cómoda, que servía de apoyo a un viejo y abombado espejo con la moldura de cobre. Tras anudarse a la cabeza un pañuelo oscuro de lana para salir junto a la comitiva fúnebre, dirigió una última mirada de reprobación a Nastasia.

—¡Qué oportuna!, no se puede decir otra cosa. Están sacando al señor de cuerpo presente y se le ocurre parir en ese mismo momento. ¡Oh, ojalá que no...!

Yúdishna escupió varias veces a un lado^[28] y se santiguó devotamente, mientras cruzaba a paso lento el corredor.

Nastasia no respondió nada, se limitó a dedicarle a su paso una beatífica sonrisa.

A mí me bañaron en una jofaina, me envolvieron cuidadosamente y me colocaron en una cuna. Me quedé tan rápidamente dormido como un peregrino después de su agotador camino, y durante ese profundo sueño olvidé todo lo que me había sucedido hasta ese mismo minuto.

Al cabo de unas horas desperté convertido en una criatura indefensa, inútil y endeble, condenada a un futuro padecimiento sin descanso.

Y así, nació a una nueva vida...

En otro planeta **(1896)**

Porfiri P. Infántiev

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Este libro ya se encontraba en la imprenta^[1], cuando en el periódico *Nuevos Tiempos*, como en muchos otros después, se publicó lo siguiente:

Si damos crédito a la información publicada en el diario *Le Matin*^[2] por el señor Woldfried Vonwell, el acontecimiento astronómico del año lo constituyen las señales de Marte. Fueron captadas el 8 de diciembre por Mr. Douglas, director del observatorio Flagstaff, en el estado de Arizona. Así lo comunicó el rector de la Universidad de Harvard al Centro Astronómico de Kiel, que a su vez radiotelegrafió la primicia a todos los observatorios del mundo; el observatorio de París divulgó igualmente la noticia ante la opinión pública; días después fue publicada en la revista londinense *Nature* y en el *Astronomische Nachrichten*.^[3]

En los últimos tiempos, los astrónomos se acercan cada vez más a la convicción de que Marte está habitado, y de que su población —al parecer— pertenece a una civilización superior. Todo el planeta se halla surcado por una red de canales, que harían palidecer las grandes construcciones de los antiguos mongoles, los emperadores chinos o los faraones egipcios. La superficie está cubierta de manchas oscuras, interpretadas por los observadores como mares interiores. Uno de ellos, el que se sitúa más próximo al meridiano 1, ocupa una extensión equivalente al territorio de Francia y ha sido bautizado como Icaria. Mientras realizaba sus observaciones de esa región, Mr. Douglas se vio sorprendido por un extraño fenómeno: captó de repente una serie de luces dispuestas en línea recta, que se prolongaban algunos cientos de kilómetros. Estas enormes luces estuvieron brillando una hora y diez minutos, para después desaparecer de forma tan repentina como aparecieron. Esa disposición rectilínea de las luces parece indicar voluntariedad, la actividad de alguna inteligencia, lo cual se confirma por la forma sincrónica de aparecer y desaparecer.

Los astrónomos vigilan el planeta estrechamente, y cualquier repetición de estas señales no escapará a su atención. Tienen dos meses por delante, ya que el 22 de febrero Marte entrará en una posición que dificulta su observación.

A los pocos días, siguiendo con la misma noticia, *Nuevos Tiempos* añadió la siguiente reseña:

A raíz de las dudas vertidas en la prensa y en la opinión pública respecto a la veracidad del sensacional comunicado astronómico sobre las señales de Marte, decidimos elevar una consulta al Observatorio Astronómico de la Universidad de Petersburgo, cuyo rector —el profesor S. P. Glazenap— nos reveló el contenido sucinto de este despacho telegráfico, que incluye la nota procedente de Cambridge (Massachusetts) de fecha 8 de diciembre (25 de noviembre)^[4].

Douglas, del Observatorio Astronómico Lowell, telegrafió lo siguiente: «La pasada noche, una señal luminosa se pudo observar durante 17 minutos en el extremo norte del mar de Icaria. Pickering».

Este telegrama de Pickering, director del Observatorio Americano de Cambridge, fue difundido por el departamento de comunicados astronómicos del Observatorio de Kiel el 9 de diciembre (26 de noviembre) en forma de circular a todos los observatorios europeos, incluido el de Púlkov, el más conocido de los centros astronómicos universitarios de Rusia. La misma nota, al igual que el resto de comunicados del Complejo Astronómico de Kiel, fue publicada íntegra en uno de los últimos números de la prestigiosa revista de astronomía *Astronomische Nachrichten*.^[5]

Este suceso fue para mí de lo más oportuno. Antes de decidirme a publicar la aventura en que me vi envuelto un día en las montañas del Mont Blanc, estuve dudando mucho tiempo, debido a su carácter extraordinario. ¿Merecía la pena hacerlo? ¿Podría creer alguien en la realidad de lo que me disponía a describir? ¿No

me convertiría en el hazmerreír de los lectores? Pero ahora, cuando en todo el mundo civilizado se habla tan insistentemente sobre criaturas inteligentes en Marte que envían señales a la Tierra, puedo sacar a la luz este libro con la conciencia más tranquila.

Ciudad de Nóvgorod, 17 de diciembre de 1900

EL AUTOR

I

En julio de 1887, siendo estudiante, emprendí con uno de mis amigos un viaje a pie por Suiza.

Saliendo de Ginebra y bordeando el lago que recibe el mismo nombre, llegamos al valle del Ródano y, a través del paso de Simplon, alcanzamos el valle de Chamonix, desde el cual pretendíamos —una vez culminado el glaciar Mez de Glace— cruzar las cimas del Mont Blanc, para descender hasta Italia. Era un camino difícil y peligroso, por lo que los turistas que no conocieran bien la ruta por el Mont Blanc, debían llevar guías con escalas, cuerdas, leña y provisiones; a veces era necesario abrirse camino entre los glaciares, ascender por las escalas al borde de las grietas abiertas y los precipicios, dormir a cielo abierto, etc. En aquella época, mi amigo y yo éramos jóvenes e inexpertos. Ni siquiera preguntamos cómo debíamos actuar ante las dificultades y peligros que pudieran salirnos al paso. Nuestro razonamiento era que, si otros habían hecho esa ruta, ¿por qué no podíamos hacer lo mismo? Pensábamos que llevar guías estaba de más, y por otra parte tampoco disponíamos de recursos para permitirnoslo. Como auténticos rusos, en este caso lo dejábamos todo en manos del «azar».

Sin embargo, al encontrarnos en el reino de las nieves eternas, en medio de agrestes y yermos acantilados, sin indicios siquiera de huellas o sendero alguno, comprendimos enseguida que habíamos actuado de forma imprudente. ¿Hacia dónde avanzar? ¿Qué rumbo fijar? Por doquier grises acantilados, nieve, glaciares, precipicios, simas... Para no extraviarnos contábamos, por supuesto, con la ayuda de una brújula; pero semejante referencia era a todas luces insuficiente por esos lares. Podíamos vagar mucho tiempo y aun así no seguir por donde debíamos. Por si fuera poco, llevábamos provisiones tan solo para un par de días y nuestra ropa era demasiado ligera para la temperatura que reinaba en aquellas alturas. Regresar suponía reconocer nuestra imprudencia... No, mejor seguir adelante, ¡pasara lo que pasara! Con suerte, de una u otra forma, ¡iríamos a parar a alguna parte!

Y así, superando una tras otra las crestas rocosas, evitando a cada paso los despeñaderos, finalmente nos encontramos tan perdidos que incluso dejamos de ver el camino por el que habíamos llegado. Nuestra situación se volvía delicada por momentos. Entretanto, caía la noche y empezaba a refrescar sobremanera. Con gran dificultad, pudimos recoger los escasos arbustos y la hierba seca que quedaba en las hondonadas del terreno, y que nos serviría como combustible para prender una pequeña hoguera. Llevábamos una lámpara de alcohol de viaje; pusimos a hervir el té, churruscamos algo de carne, cenamos, y más o menos pudimos pasar la noche. Ya de mañana, nos pusimos de nuevo en marcha, a la aventura. Con gusto habríamos desandado el camino de vuelta, pero resultó del todo imposible dar con él. En

ocasiones debíamos arrastrarnos o trepar por los peligrosos escarpes, pero no había otro remedio, teníamos que salir lo antes posible de aquel laberinto de rocas, peñascos y glaciares costara lo que costara. Después de congelarnos la noche anterior, no queríamos arriesgarnos a sufrir de nuevo la misma tortura.

Finalmente, a punto de perder el juicio y sin tener idea de dónde estábamos, decidimos escalar hasta una de las nevadas cimas que nos salían al paso, para poder observar desde allí el valle descendente, orientarnos y tratar de encontrar alguna bajada que fuera cómoda.

Dicho y hecho. Apoyándonos en nuestros piolets, iniciamos el ascenso, corriendo el riesgo a cada minuto de resbalar por la endurecida costra de nieve y caer rodando. Voy escalando el primero, y mi amigo me va siguiendo los pasos. Un último esfuerzo y por fin llego a la misma cumbre de la montaña; pero de repente... ¡zas! La capa de nieve se hunde y yo me precipito como un rayo por la vertiente opuesta, hacia la sima oculta por la propia montaña, me encuentro al borde mismo del abismo y me golpeo con algo duro que me hace perder el conocimiento...

Cuando vuelvo en mí, me veo tumbado en un montículo de húmeda nieve, semienterrado; un enorme san Bernardo me estaba lamiendo la cara y junto a mí merodeaban dos desconocidos. Uno de ellos intentaba liberar mis piernas de la nieve que las atrapaba; el otro colocaba cerca de mí una camilla, con la evidente intención de tenderme en ella.

—¡Vaya!, ¡por fin vuelve en sí! —dijo en francés uno de ellos, un viejo alto, vigoroso y con gafas.

Sintiéndome terriblemente débil, había intentado incorporarme, pero al momento me sobrevino un mareo y perdí de nuevo el conocimiento.

Si pasé mucho tiempo en ese estado, lo ignoro; solo recuerdo que me parecía estar escuchando a toda una orquesta y experimentaba una sensación de bienestar innarrable con esa música. Cuando abrí nuevamente los ojos, vi que me encontraba en una sala, postrado en una pulcra cama, en ropa interior. En un sillón a mi lado, estaba el mismo personaje de gafas que había visto antes, cuando recobré el sentido por primera vez. Me estaba observando atentamente y, nada más notar que yo abría los ojos, se dirigió a mí con una amable sonrisa, diciendo:

—¡Ya era hora, joven! ¡Hace rato que iba siendo hora! Es cierto que ha tenido un aparatoso y arriesgado vuelo, pero parece que no presenta lesiones graves; su desmayo es fruto de la fuerte conmoción sufrida. Espero que no tenga mayores secuelas.

Intenté levantarme de la cama otra vez.

—¡Eh, eh, eh! —me detuvo inmediatamente—. ¡No se apresure! ¡Se lo ruego, no tenga prisa! Necesita tranquilizarse, atemperar sus nervios y sentimientos. De lo contrario puede sufrir una subida de tensión. De momento, le prohíbo

terminantemente levantarse de la cama. Así que será mejor que beba un poco de vino para recobrar fuerzas y luego intente dormir.

Diciendo esto, cogió la botella de vino tinto que había sobre la mesa y vertió un poco en un vaso.

—Sí... quedar ileso después de un aterrizaje con salto mortal es algo realmente inaudito —continuó mi locuaz interlocutor— no obstante y por fortuna, usted ha salido bien parado, por lo que ¡le felicito!

—Estoy seguro de que, de no haber estado usted ahí, no habría salido tan entero —reconocí.

—¡Oh, qué va, hombre! Apenas he hecho nada. El azar quiso que en el preciso instante en que usted ascendía a la cumbre de esa maldita montaña, yo estuviera en mi observatorio —argumentó—. De repente miro por el telescopio y veo a un hombre escalando; y también veo que no le irá muy bien y se dirige a una muerte casi segura, pero es imposible advertirle del peligro. El corazón me iba a estallar de angustia... y de repente, ¡catapum! Y pienso, claro está: ¡se ha matado! Llamo a gritos a Joseph, mi asistente, cogemos el perro y la camilla, aunque solo sea para retirar el cadáver del alud, y cuál no sería nuestra sorpresa y emoción al ver que había salido vivo ¡y hasta incólume!

—Pero, camarada, dígame, por amor de Dios, ¿qué ha sido de mi amigo? ¡Si me vieron a mí, por fuerza tuvieron que fijarse también en él! —exclamé alzando la voz, alarmado por el recuerdo de mi compañero.

—¡Tranquilícese! Su amigo también está sano y salvo. Cuando usted se precipitó desde la traicionera cima nevada, hasta la cual —por suerte— no había tenido tiempo de llegar su amigo, no le quedaba otra que darse la vuelta y descender. Cuando le trajimos a usted hasta aquí, quería enviar a Joseph a por su compañero, pero resultó que se había encontrado con unos turistas y creímos que ya no necesitaba nuestra ayuda para encontrar el camino. Seguramente estará intranquilo pensando en la suerte que haya corrido usted; es previsible que organice una búsqueda, pero ahora ya da lo mismo. Pasado mañana Joseph irá a Chamonix a comprar provisiones y de paso le acercará hasta allí; pero ahora es nuestro invitado y necesita descansar como es debido para reponer fuerzas.

—Permítame saber, buen hombre, con quién tengo el honor de conversar y a quién debo tan cordial hospitalidad.

—Me llamo François Rochas y soy doctor en filosofía —respondió el anciano.

A su vez me presenté y nos dimos un fuerte apretón de manos.

Después de un segundo vaso de vino, ofrecido amablemente por el doctor, me invadió un intenso sopor, se me empezaron a cerrar los ojos y ni siquiera recuerdo cómo me quedé dormido, mientras mi atento cuidador abandonaba sigiloso la habitación y me dejaba solo.

Creo que dormí bastante tiempo, porque cuando desperté el día ya iba cediendo ante la llegada de la noche. En el cuarto no había nadie más conmigo. Me levanté de la cama, descansado y sin dolor alguno, salvo punzadas en el estómago, ya que desde esa mañana no había probado bocado en todo el día.

La sala en la que me encontraba debía ser por lo visto el despacho del doctor. Frente a una de las ventanas había un gran escritorio, atestado de notas y libros. En una de las paredes, una enorme vitrina igualmente repleta de arriba abajo de papeles y cuadernos. En un rincón una pequeña mesa para el aseo, con una palangana y un jarro de agua limpia.

Una estrecha escalera de caracol ascendía hasta un mirador. Me lavé, me vestí y pasé a la habitación contigua, con la esperanza de encontrar a mis anfitriones, pero ni en ese espacio ni en la cocina había nadie. Me asomé a la ventana, pero en las cercanías no se veía ninguna otra vivienda. Entonces, tras volver al despacho, decidí subir por la escalera hasta el observatorio esperando encontrar al doctor, pero tampoco estaba allí. Eché entonces un vistazo desde la torre al panorama que se extendía frente a mí, y me quedé boquiabierto por la emoción y la sorpresa. ¡Sería difícil imaginar un espectáculo tan grandioso y expresivo como el que tenía ante mis ojos! El sol, cercano ya al ocaso, bañaba con sus rayos todo ese paisaje con una tonalidad rosáceo-purpúrea, otorgándole un aspecto melancólico y ensoñador. [...] [6]

Una vez embebido por la contemplación de tan maravilloso espectáculo, del que era difícil apartar la mirada, decidí inspeccionar con más detalle el lugar que daba cobijo al observatorio. Era evidente que había sido elegido de forma cuidadosa para que quedara completamente oculto a las miradas de los curiosos e importunos turistas. Solo así se explica que nada le hubiera sido revelado a nadie sobre su existencia.

Para empezar, estaba emplazado en una cima secundaria del Mont Blanc, precisamente en aquella cuyo aspecto resultaba menos atractivo como reclamo para el turismo de escalada. En segundo lugar, el propio edificio en el que se encontraba la atalaya de observación se erigía en una pequeña depresión formada en la cima, de modo que desde abajo era totalmente invisible a las miradas ajenas. Por si fuera poco, estaba pintado de blanco, por lo que no resaltaba entre las nieves circundantes ni aún a corta distancia. Únicamente el propio observatorio, es decir, la torre con la cúpula de cristal, sobrepasaba la cota superior de la montaña, aunque de tal forma que desde allí se obtenía una vista magnífica de los alrededores, por no hablar de la visión ilimitada del firmamento. En cambio, desde abajo solo se podía distinguir con un potente catalejo, y eso sabiendo de antemano su ubicación. El lado desde el que se podía divisar mejor limitaba con una profunda sima abierta en la montaña, y desde la otra cara era del todo inaccesible para la escalada, de tal forma que ambas servían de cobertura.

Una vez estudiado el emplazamiento del observatorio, me concentré en examinar su interior.

Por dentro, nada en particular lo distinguía de otros que había visto: los mismos instrumentos y aparatos. Lo único diferente era que junto al telescopio principal se hallaba instalado otro tubo de diámetro mucho más pequeño, pero bastante más largo. Su extremo exterior sobresalía por fuera del cristal de la cubierta, mientras que el interior estaba cerrado con una tapa a rosca, como cualquier otro telescopio. Con la intención de observar a través de él, desenrosqué la tapa, pero nada más acercar el ojo a la abertura, oí de repente junto a mí una voz del todo desconocida, expresándose en un perfecto ruso:

—¡Hola! Bueno, ¿qué tal se encuentra después de su vuelo acrobático?

Sorprendido, me volví, pero decididamente no había nadie más en el observatorio aparte de mí.

«¿Pero qué es esto? ¿Será una alucinación?», pensé instintivamente.

—Seguramente estará confuso, al no ver a nadie que hable con usted —continuó la misma voz.

—Sí, lo reconozco. ¡Y en grado sumo! —respondí.

—Es obvio —prosiguió mi enigmático interlocutor—. Y aún se sorprenderá más, cuando le diga que con usted está hablando alguien perteneciente a otro mundo totalmente diferente; soy un habitante del planeta Marte y me encuentro a una distancia de usted de por lo menos 70 millones de verstas^[7].

—Por supuesto, puede usted bromear cuanto quiera —respondí—, pero yo sigo atónito e incapaz de comprender dónde está y con quién tengo el gusto de conversar.

—No es ninguna broma; se lo aseguro, me encuentro en Marte.

Me hacía gracia, y al mismo tiempo me indignaba que, sin venir a cuento, alguien que me era totalmente desconocido se tomara la libertad de burlarse de mí con tanta familiaridad.

—No obstante, señor habitante de las estrellas —dije, adoptando el mismo tono socarrón para intentar ocultar mi enojo—, antes de ir a parar a Marte, seguramente debió pasar largo tiempo en Rusia, ya que domina a la perfección el idioma.

—Ni una sola vez he estado, pero aquí, entre nosotros, muchos sabemos todas las lenguas y dialectos de la Tierra. No se esfuerce en buscarme —añadió, como si pudiera ver que estaba escudriñando cada rincón del observatorio, sin acertar dónde podía ocultarse mi compañero de charla—. Le estoy hablando por medio de ese tubo, cuya tapa acaba de desenroscar. Es una invención del doctor Rochas, su anfitrión. Si vuelve a cerrar el tubo, ni usted ni yo tendremos posibilidad de comunicarnos.

Me fijé involuntariamente en el tubo y cuál no sería mi asombro, al comprobar que la voz que hablaba conmigo procedía efectivamente del aparato, cuyo extremo exterior apuntaba en la dirección en que había de encontrarse en planeta Marte. El

cilindro era tan estrecho —no más de un *vershok*^[8] y medio de diámetro— que de ningún modo podía ni imaginar a mi interlocutor oculto en él. En el tejado del edificio tampoco podía estar, ya que la cubierta era de cristal y permitía una visibilidad completa.

«¿Pero qué diablura es ésta?! —pensé, sintiéndome estúpido, como si fuera un crío al que su niñera le gasta la broma de esconderse sin que se dé cuenta—. Este doctor debe ser un auténtico brujo, si es que en su casa se dedica a platicar con entidades invisibles.»

Por curiosidad acerqué el ojo al tubo, pero la oscuridad era impenetrable, de modo que no se podía dar con el quid de la cuestión.

—¡Oh!, a través del tubo no podrá ver nada, está hecho únicamente para escuchar. Y le aseguro que le estoy diciendo la pura verdad —dijo mi acompañante invisible, siguiendo al parecer de nuevo cada uno de mis movimientos.

—¿Pero usted cómo es capaz de verme?! —estallé, totalmente desquiciado y desconcertado.

—Le estoy viendo a través de un telescopio, pero ustedes aún no tienen en la Tierra uno similar —respondió el que se denominaba habitante de Marte.

—¡Es extraordinario! ¡Admirable! ¡Increíble...! —balbucí—. Y si no he perdido el juicio por culpa de mi caída, reconozco sinceramente que me inclino a pensar que realmente estoy hablando, si no con un ser de otro mundo, sí al menos con una criatura invisible.

—Pero ¿qué hay de increíble en esto? —replicó la misteriosa voz—. Espero que no vaya a poner en duda las posibilidades de un instrumento así, teniendo como tienen en la Tierra telescopios capaces de observar un planeta como el nuestro, a tal distancia que sean perceptibles hasta los detalles más insignificantes, tal y como vemos en este momento el suyo. No encuentro nada irrealizable en esta cuestión. ¿Por qué no puede admitir la idea de que se pueda construir un aparato con la ayuda del cual se pueda oír todo lo que se habla en otros planetas? Durante mucho tiempo para ustedes era imposible comunicarse a distancia; en cambio ahora tienen el teléfono y a nadie le sorprende. El señor Rochas, inventor de este telescopio, se ha adelantado a sus colegas; eso es todo.^[9] Por cierto, que ahí viene. Él mismo le dará los detalles sobre su invento.

II

Efectivamente, en esos momentos se oyeron pasos en la escalera de caracol. Me volví hacia el umbral, al tiempo que entraba el doctor Rochas.

—¡Buenas tardes, mi buen doctor! Confíese, ¿es usted el autor de esta engañifa? —dije, saliendo a recibirlo y, lejos aún, a pesar de todo, de creer lo que acababa de escuchar: era demasiado inverosímil.

Al darse cuenta de que sostenía en mis manos la tapa del tubo parlante, el doctor frunció el entrecejo contrariado y solo entonces pude ver en su rostro que nadie había estado bromeando.

—¡Oh, doctor...! ¡Le ruego que me perdone! —caí de inmediato en la cuenta, volviendo a cerrar el tubo y comprendiendo a la postre que su invento había sido secreto hasta ahora. Me sentí como si me acabaran de pillar escuchando detrás de la puerta o hurgando entre papeles ajenos—. ¿Cómo podía imaginar al entrar aquí —empecé, justificándome— que me convertiría en involuntario testigo de su sensacional descubrimiento, al que por motivos que solo usted conoce no deseaba dar publicidad? Pero ¡le juro a usted que su secreto morirá conmigo!

Debió notar en mi expresión un arrepentimiento sincero, al reconocer la inocente indiscreción cometida, ya que al momento se le quitó el enfado y, sonriendo, añadió:

—Tranquilícese, joven. En realidad no tiene la culpa de nada. Y, si hay que juzgar a alguien, es antes que nada a mí mismo, como es lógico. Durante muchos años he guardado celosamente mi secreto, como la niña de mis ojos, de las miradas ajenas, y ¡ahora cometo la imperdonable imprudencia de dejarle a usted, un completo desconocido, a solas con mi descubrimiento!

Tras oír estas palabras en boca del doctor, mi turbación era tal que se me saltaron las lágrimas.

—¡Cálmese! —repitió de nuevo, al verme torturado por la vergüenza—. Ya que se ha enterado, será que debía ser así. A este respecto soy más bien dado a fantasear. Lamento mucho haber sucumbido inconscientemente, como un viejo chocho, a esa innata petulancia que subyace en todos nosotros, que nos lleva a creer que nuestra voluntad e inteligencia tienen algún significado, olvidando que todos somos un ciego instrumento en manos de fuerzas ajenas que determinan todas y cada una de nuestras acciones. ¡Disculpe, por amor de Dios, mi cerrazón!

Y, diciendo esto, me tendió la mano en señal de reconciliación.

Con sincera efusividad estreché enérgicamente la mano de esta admirable persona, que se disculpaba ante quien precisamente le había incomodado; no tenía palabras para expresarle el profundo sentimiento de respeto y admiración que me infundía.

—Pero ¡no vamos a marear la perdiz! Lleva usted todo el día sin haber comido.

¡Vayamos a cenar! —añadió jovialmente, mientras me cogía por el hombro y me llevaba con delicadeza hacia la puerta.

Bajamos hasta la cocina, donde Joseph —de edad pareja a la de su amo— hacía rato que nos esperaba impaciente, temiendo que se pasara lo que estaba friendo.

Durante la cena se disipó cualquier sombra de mal humor en el doctor y estuvo tan alegre y distendido que me contó toda su vida, incluida la historia de su gran invento.

El señor Rochas, suizo de origen, fue en tiempos una persona muy pudiente; sin embargo más adelante empleó toda su riqueza en la construcción del observatorio, operación altamente costosa, ya que todos los materiales necesarios hubieron de ser trasladados hasta allí por porteadores.

Cuando concluyó la universidad, Rochas —que se había aficionado desde pequeño al estudio y observación de los cuerpos celestes— se dirigió a París. Allí trabajó durante muchos años en calidad de asistente de un reputado astrónomo. Tras haber pasado tanto tiempo en su observatorio, haciendo un continuo seguimiento de las estrellas, Rochas (al igual que Flammarion^[10] a la postre) llegó a la conclusión de que algunos planetas debían estar habitados por seres tan racionales como los huéspedes del planeta Tierra. Especialmente atrajo su interés el planeta Marte, y pronto llegó al convencimiento de que los habitantes de ese lugar no solo eran racionales, sino que incluso nos superaban en nivel intelectual, y que estaban enviándonos señales con el fin de establecer contacto.

—En más de una ocasión —me contaba Rochas— observé una especie de figuras luminosas que cambiaban de forma sobre la superficie de Marte. A veces se apreciaba como un «ovillo» brillante, otras se veía una cruz, un cuadrado, un cuadrado dentro de un círculo, o un círculo en un cuadrado, etc. Al hacer un seguimiento continuo de este extraño fenómeno, comprobé que el número de estas apariciones luminosas era limitado y a menudo se repetían las mismas figuras. Me propuse contabilizar todos estos signos multiformes y encontré veintiséis exactamente, tantos como letras tiene nuestro alfabeto. Esto me llevó a pensar que los habitantes de Marte no debían contar con un alfabeto más rico que el nuestro. Pero, si quisieran establecer contacto con nosotros en su propio idioma, siendo tan evolucionados e inteligentes como para ser capaces de transmitirnos mensajes luminosos, ¿de qué manera se imaginarán que entenderemos sin dificultad su lengua? Seguía rompiéndome la cabeza con este asunto cuando empecé a notar que cada vez que hacían su aparición las figuras luminosas sobre Marte —y siempre lo hacían a una hora determinada—, comenzaban invariablemente con cinco determinadas e inmutables que se repetían de día en día, y concluían igualmente con otras cuatro que también se sucedían de la misma forma en cada ocasión, si bien diferían de las cinco iniciales. El intervalo entre unas y otras sí lo ocupaban diferentes e intercambiadas figuras.

»No puedo explicarme cómo sucedió; solo sé que en mi desesperación por llegar a entender el idioma de los habitantes de Marte, intenté establecer un código adaptándolo al alfabeto francés. ¿Qué podía significar la primera palabra? Si nos fijamos en el modelo de cualquier despacho telegráfico, lo más probable es que esa palabra indique la dirección del destinatario, un punto determinado...; en ese caso sería *Terre*^[11]. ¿Y qué significado tendría la última? Seguramente el punto remitente, es decir, Marte. Por las figuras luminiscentes deduje que a la letra «t» le correspondía un cuadrado; a la «e» un círculo con una cruz en su interior; a la «r» una esfera; a la segunda «r», idéntica esfera; y finalmente, a la última letra «e», correspondía de nuevo un círculo que encerraba una cruz, como la primera «e». No puede imaginarse la emoción que me invadió al comprobar la increíble coincidencia entre signos y letras idénticas. Pero ¿y si a pesar de todo se trataba de una mera coincidencia? Me puse entonces a examinar la última palabra, que según mis suposiciones debía obligadamente significar *Mars*^[12]. A la letra «m» le correspondía una cruz; a la «a», un círculo; a la «r» una esfera —fíjese, «una esfera» como en la palabra *Terre*—; y a la letra «s», un círculo con un punto en su interior.

»«Para empezar, no está mal», pensé. Pero, si había interpretado el código correctamente, era forzoso admitir que los habitantes de Marte hablaban francés, lo cual me resultaba un tanto absurdo. Sin embargo, suponiendo que el código fuera exacto, ya contaba de esa forma con seis letras descifradas; y partiendo de esa base, no sería difícil descodificar el resto del alfabeto. Y así fue como pude seguir, a pesar de mis dudas, una línea verosímil y, añadiendo cada una de esas extrañas equivalencias entre las letras y sus correspondientes signos, empecé a descifrar el resto insertando las letras por mí ya conocidas —gracias a las palabras *Terre* y *Mars*—, de modo que con no pocos esfuerzos y con mayúsculo asombro, casi miedo, desvelé el siguiente mensaje: «¡Ha leído correctamente, profesor Rochas! ¡Siga adelante! ¡Viva el intelecto!».

»¡Y todo ello en francés! ¡Un mensaje que no podía ir dirigido a otro que no fuera yo mismo, François Rochas!...

»¡Ah, joven! ¡Aunque viviera mil años, nunca olvidaría la sensación de entusiasmo y felicidad que experimenté en aquel momento! Mis ojos se inundaron de lágrimas, lloraba como un niño, ¡de pura alegría! ¡Me pareció como si el mundo entero renaciera ante mí y se mostrara ante mis ojos con una luz completamente diferente!... Imagínese lo que representa llegar a la conclusión —no por medio de conjeturas y deducciones lógicas, sino a través de lo percibido por los propios sentidos— de que ese inmenso universo que nos rodea y mira desde arriba, esa miríada de cuerpos estelares alejados del nuestro de aquí al infinito, o al menos buena parte de ellos, se hallan habitados por criaturas pensantes y racionales como usted y como yo; puede que incluso por seres más avanzados e inteligentes que nosotros,

interesados a su vez en nuestro mundo e intentando entrar en contacto con el fin de intercambiar conocimientos. En definitiva, sentir que la inteligencia bulle en todo el cosmos y tú mismo eres un granito de arena en ese universo de pensamiento infinito. Figúrese todo esto y dígame: ¿¿acaso puede expresarse con palabras ese estado dichoso que se apodera de uno ante tamaña revelación?!...

»¡Oh!, yo no tengo la menor duda de que la inteligencia es tan indestructible e inextinguible como inquebrantable y eterna es la materia a través de la cual se manifiesta, y nosotros —criaturas pensantes— aparecemos únicamente como la parte material visible, un recipiente que encierra la partícula, la chispa de esa inteligencia inmortal; un ascua que, tras la destrucción de nuestro frágil cuerpo, no muere ni se desintegra, ni desaparece sin dejar rastro, sino que simplemente adopta otra forma, quizá superior. Así como tampoco desaparecerá la materia de la que está formado nuestro cuerpo, ¡volviendo a transformarse en su quintaesencia!...

—Pero ¿es que realmente los habitantes de Marte saben francés? —pregunté, tras la pausa que siguió al inspirado monólogo de Rochas.

—No solo francés, sino también ruso, de lo cual usted mismo ha tenido ocasión de convencerse después de su conversación a través del tubo. No cabe duda de que, en el trato común entre ellos, utilizarán su propia lengua. Pero con ayuda de tubos acústicos similares al que ha visto usted en mi observatorio y por medio de ultraperfeccionados telescopios, son capaces de ver y escuchar hasta el más mínimo detalle de todo lo que sucede aquí en la Tierra, por lo que viéndonos y escuchándonos, no debe resultarles difícil entender y aprender nuestros idiomas terrestres. Si tenemos en cuenta que los habitantes de Marte no tienen ocupaciones urgentes respecto al día de mañana o a ganarse el pan, algo que ocupa casi todo nuestro tiempo, solo les resta dedicarse a la actividad intelectual, por ejemplo al estudio de las lenguas habladas en otros planetas.

—¡Me está usted contando cosas que parecen milagros de la naturaleza! —exclamé, extendiendo los brazos en un gesto de perplejidad—. Pero cuénteme, ¿cómo llegó a ocurrírsele la construcción de su increíble aparato?

—Llegar a crear esto también fue algo que me enseñaron ellos. Cuando descifré el código de las misteriosas señales luminosas y aprendí a leerlas, tenía intención de informar del descubrimiento a la comunidad científica, pero los habitantes de Marte me disuadieron, ya que, por cuestiones que no detallaban, aún no había llegado el momento. De ahí que guardara el invento en secreto, y le pido a usted que no hable con nadie de esto. Por otra parte, si no vivo hasta la fecha en que permitan divulgarlo, ya sabe que usted podría hacerlo.

—Oh, sobre mi discreción no le quepa duda —dije—. Y esperemos que no tenga que ser el primero en hacer uso de ese permiso.

—¡Quién sabe...! —añadió, dejando escapar un suspiro—. Nadie conoce el

futuro; y mejor así, o de lo contrario la vida perdería todo interés. Pero dejemos estas lúgubres ideas.

»Y bien —continuó—, cuando ya era capaz de leer con fluidez lo que me transmitían desde Marte, por consejo de mis nuevos amigos del otro mundo y siguiendo sus indicaciones, construí aquí en Mont Blanc mi propio observatorio, en el que llevo viviendo, trabajando y observando cerca de diez años. En lo que respecta al tubo acústico que tanto le ha impresionado, también ha sido construido, como ya le dije, con los datos que me fueron proporcionados desde el planeta Marte. [...]

III

Dejo al propio lector que se haga una idea del enorme interés y estupor con que escuchaba a mi anfitrión, procurando no dejar pasar ni una sola palabra de lo que me estaba contando. Si no hubiera sido por ese increíble tubo por el que yo mismo acababa de conversar con un habitante de Marte, no habría creído por nada del mundo las palabras del doctor y, si no le hubiera llegado a tomar por chiflado, al menos sí le habría calificado de bromista. Pero la prueba estaba delante de mis narices y no podía negarse la evidencia.

—¡Me imagino —comenté— cuántas nuevas ideas y testimonios habrá usted recibido en sus charlas con los habitantes de un mundo tan desconocido para nosotros!

—Sí —apuntó Rochas—, tenemos mucho que aprender. Pero, solo por la comunicación que he mantenido con ellos, nunca habría podido hacerme una idea tan precisa sobre la naturaleza de Marte y sus habitantes (como la que tengo actualmente), de no haber estado yo mismo varias veces en su planeta.

—¿«Haber estado» dice usted en ese planeta? —repetí, creyendo haber oído mal.

Reconozco que mis ojos se abrieron como platos al oír esa inesperada declaración.

«Está claro que no está en su sano juicio el pobre anciano —fue lo primero que se me pasó por la cabeza—. Por supuesto que ha realizado un gran descubrimiento, pero habiendo pasado tantos años sin poder compartirlo con nadie, ha empezado a desvariar y ya le parece que no solo habla con los marcianos, sino que incluso ha estado de visita en su planeta.» [...]

Se produjo un tenso silencio.

—Es decir, ¿usted se refiere a que estuvo allí con las alas de su imaginación? — pensé haber caído en la cuenta por fin de que debía estar hablando en sentido metafórico.

—¿Qué alas ni qué cuentos? Yo he estado de verdad en Marte más de una vez — respondió completamente en serio.

Después de una aseveración tan categórica, me quedé del todo aturdido, bajé la mirada y solo pude guardar silencio. De repente el doctor empezó a reírse a carcajadas y, viendo cómo le miraba yo preocupado y hasta con miedo, se rió con más ganas aún.

—¡Ja, ja, ja! Pero usted, hijo mío, ¡ya veo que no solo no me cree, sino que me toma por loco! ¿Reconoce que estoy en lo cierto? ¿Lo he adivinado, verdad? —dijo dirigiéndose espontáneamente a mí.

—Perdone, pero lo único que creo es que se está usted burlando —respondí.

—¡No tengo ninguna intención de burlarme, joven! En absoluto. Es más, comprendo perfectamente su desconfianza. No he tenido en cuenta que lo que para mí es ahora algo totalmente natural y a lo que estoy acostumbrado desde hace tiempo, a usted debe parecerle a primera vista demencial e imposible. Pero, ya que ha llegado a este punto, que sea lo que Dios quiera; le revelaré todos mis secretos, incluso le diré más: si usted lo desea, puedo preparar su propio viaje a Marte; a lo mejor así podrá deponer por fin su escepticismo. [...]

—¡Muy interesante! —me eché a reír—. ¿Y en qué «carruaje» piensa enviarme allí?

—¡Adivínelo! —sonrió Rochas.

Ese tono medio en serio medio en broma y sobre todo aquel tubo parlante, habían acabado por desencajarme del todo, y no podía decidir cómo tomarme sus palabras. Pero ¿era posible que no se tratase de una broma? ¿Acaso había encontrado un medio para viajar a Marte? ¡Qué disparate! ¡Era inconcebible! En el momento más propicio para su observación, el planeta Marte distaba de la Tierra no menos de 52 millones de verstas. Para surcar ese espacio, incluso a la velocidad de una bala de cañón, se necesitarían años.

«¿No habrá utilizado de alguna manera la fuerza de la luz para viajar hasta allí con los rayos del sol, como algún héroe novelesco a lo Jules Verne? Pero eso sí que sería inverosímil. Incluso admitiendo, aunque sea increíble, que siguiendo los consejos de los marcianos haya encontrado un modo de llegar hasta Marte, la atmósfera de ese planeta es totalmente diferente a la nuestra, y por consiguiente los seres vivos terrestres no podrían sobrevivir en ella. ¡Vaya fantasía! ¡O ha perdido el juicio por completo, o me toma por tonto!... Y sin embargo afirma tan convencido que puede brindarme la ocasión de pasar un tiempo en ese planeta... ¡Está claro que bromea!», decidí concluyente.

—Y por lo demás, ciertamente no hay nada imposible en todo esto —añadió, como si hubiera captado el curso de mis pensamientos—. Todo es tan natural como sencillo. Y, si le cuento en qué consiste, usted mismo se convencerá de que viajar a Marte no es en absoluto tan irrealizable como parece.

—Pero...

—Usted seguramente ¿sabe algo de hipnosis? —me interrumpió.

—Sí, algo he oído.

—El fenómeno de la hipnosis se ha empezado a estudiar solo recientemente y la ciencia que se ocupa de tan interesante cuestión está muy poco desarrollada aún. En cambio, los habitantes de Marte hace tiempo que lo estudian a conciencia y lo han sabido emplear de formas muy diferentes en la práctica. Pues bien, gracias a esa inducción hipnótica es como tengo la posibilidad de trasladarme a Marte.

—¡Ah, acabáramos! —exclamé a voz en grito—. ¡Ahora lo entiendo! Es decir, ¿usted no se presenta allí físicamente, sino que contempla su mundo, como si dijéramos, con los ojos de su espíritu? En definitiva, ¿con la ayuda de su propia fantasía?

—Bueno, no exactamente —repuso Rochas—. Es cierto que mi cuerpo permanece aquí en la Tierra, pero mi conciencia, lo que constituye mi propio «yo», se transporta completamente al planeta Marte, y además no adoptando una forma intangible o inmaterial —con lo cual no podría percibir la naturaleza física del planeta—, sino que mi «yo» se traslada a otra forma corporal, al cuerpo de uno de los habitantes de aquel planeta.

De nuevo los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿Le parece que esto es imposible? —preguntó Rochas, al ver mi expresión de asombro.

—Sinceramente, sí —reconocí.

—Verá en qué consiste: los estudios en el campo de la hipnosis han otorgado a los habitantes de Marte la posibilidad de hipnotizar a dos sujetos cualesquiera y obligarles —en un estado de sugestión— a intercambiar temporalmente sus respectivos «yoes»; y eso se hace de forma tan fácil como por ejemplo podríamos intercambiarlos nuestras prendas de vestir.

—Pero ¡hombre! ¡¿Cómo es posible algo así?! —exclamé.

—Pues el caso es que no solo es posible, sino la mar de sencillo. Nuestra ciencia de momento únicamente ha podido constatar que a un sujeto sugestionado a través de la hipnosis se le puede inducir cualquier idea a voluntad: a un simple y pacífico ciudadano, se le puede hacer creer que es un soldado y se encuentra en pleno combate; sugestione a un hombre valiente haciéndole creer que es un cobarde y está en peligro, y su cara se descompondrá por el pánico, se humillará y arrastrará. Y a un cobarde bajo hipnosis hágale creer que es un aguerrido héroe y al momento adoptará

una pose arrogante y empezará a conducirse con un aspecto más altivo. En una palabra, de una persona hipnotizada puede hacerse cualquier cosa. Es de notar también que, en el caso de algunas enfermedades mentales, un mismo individuo puede verse inmerso en una doble vida; en unos momentos se ve a sí mismo como una determinada persona, pero, cuando entra en otra fase, se olvida totalmente de su anterior «yo» y empieza a vivir con otra personalidad totalmente ajena a la que le precedía, hasta que resurge de nuevo el período en que domina su primer «yo» y prosigue con esa otra vida, olvidándose del segundo. Por otra parte, a excepción de ese «olvido» de la personalidad alternativa, todos estos sujetos conservan intactas sus facultades mentales de forma completamente normal. Seguramente habrá oído usted casos similares...

—Supongamos que sí —dije—, pero de ahí al intercambio de almas de una persona a otra hay un abismo.

—Parece algo lejano, porque no investigamos como deberíamos los fenómenos espirituales y para nosotros resultan en gran medida misteriosos e incomprensibles. En cambio hace tiempo que la humanidad se ocupa de ellos, y la idea de los hindúes sobre la transmigración de las almas ya no nos parece tan disparatada, sino que se asienta en fundamentos reales... Pero ¿para qué vamos a profundizar en estas reflexiones? Usted tiene la prueba aquí mismo: yo ya me he transportado varias veces al cuerpo de un marciano.

—Pero ¿cómo ha podido hacer eso, si es que realmente no bromea?

—De la siguiente manera. Un astrónomo de Marte, con el que tengo contacto permanente, ofrece a alguien de su círculo cercano hacer una excursión a nuestra Tierra y, tras obtener su consentimiento, me lo comunica a mí. Entonces yo me sitúo junto al tubo acústico y me pongo a mirar fijamente algún objeto brillante, hasta que empiezo a notar sopor. A su vez, mi colega de Marte me ordena dormirme con un tono de voz sugestivo y me induce la idea de que debo dejar de considerarme un habitante de la Tierra, para imaginarme ser uno de Marte, concretamente aquél con el que quiero intercambiar mi «yo». Al mismo tiempo se hipnotiza al marciano que ha dado su consentimiento para intercambiarse conmigo, y se le hace caer en la misma sugestión. Y así, al despertar, se cambian los papeles: él se convierte en François Rochas, habitante de la Tierra, y yo en un marciano; él viaja por la Tierra en mi cuerpo y yo por Marte. ¿Verdad que es muy sencillo?

—Puede que sí, pero todo esto es tan nuevo y sorprendente para mí que pienso si no estaré delirando o acaso soñando.

Rochas se echó a reír de nuevo.

—¡Hijo, esto no es un sueño! ¡Es la pura verdad y es real! De manera que, insisto, si usted quiere le puedo organizar un viaje a Marte. Allí verá realmente tantas cosas insólitas que ni en sueños se las imaginaría.

—¿Y sería muy larga mi estancia en Marte?

—Bueno, eso depende de usted. ¿Cuánto tiempo puede quedarse en mi casa?

—A decir verdad, no tengo prisa por ir a ninguna parte. Puedo quedarme una semana, un mes o incluso más.

—Eso es estupendo. Pero antes de nada debe saber las condiciones. Mientras usted vaya pavoneándose por Marte a imagen y semejanza de uno de sus habitantes, alguno de ellos a su vez va a moverse por la Tierra con su cuerpo y bajo su nombre. No quiero estropearle su primera impresión al encontrarse con esas criaturas, ¡usted mismo las verá pronto! Solo temo una cosa en usted, joven: que pueda enamorarse de alguna marcianita y decida quedarse allí para siempre. ¡Je, je, je! —rió maliciosamente el anciano doctor, mientras me hacía un guiño.

—¿Y cuándo se podrá emprender ese viaje? —le pregunté.

—¡Vaya, qué impaciencia! Desde luego hoy ya no, es hora de dormir. ¡Mañana por la mañana podrá hacerlo si Dios quiere!

No es necesario contar lo intranquilo que pasé la noche.

¡Mañana visitaré otro mundo, estaré en otro planeta, entre los habitantes de Marte! ¡Mañana veré no solo aquello que nadie ha visto hasta ahora —a excepción del doctor Rochas—, sino algo de lo que nadie siquiera sospecha! ¡Mañana mi «yo» se introducirá en el cuerpo de otro ser! ¿Qué me esperará allí? ¿Cómo será ese cuerpo? ¿Seré joven o viejo? ¿Guapo o monstruoso? Sin duda seré guapo —me figuraba—, porque criaturas superiores no pueden ser feas; al menos serán más atractivas que los humanos.

Después mi pensamiento volvió a la Tierra. Sabía que dejaría mi cuerpo por poco tiempo, pero aun así era escalofriante separarme de él. ¿Y qué pasa si aquel que vaya a estar dentro de mí sufre alguna desgracia? ¿Por qué no puede suceder, por ejemplo, que descarrile el tren en el que viaje o algo similar que acabe con su vida? Entonces, ¿tendría que quedarme para siempre en Marte, encerrado en el pellejo de un marciano totalmente ajeno a mí? ¿Me vería obligado a dejar para siempre todo aquello que da sentido a mi existencia aquí, y sumergirme en una vida del todo diferente, con nuevos intereses, exigencias y tareas? ¿Me satisfaría o me vería condenado a consumirme por la nostalgia de mi querida y lejana Tierra, perdida para mí sin remedio? Aunque, ¿quién sabe?, a lo mejor la vida entre los marcianos es mucho más interesante y con mayores alicientes que la nuestra, y no sentiré ni pizca de pena por no poder volver algún día a la Tierra... Sin embargo, en ese momento había una circunstancia que me ataba con férreas cadenas a mi planeta.

El caso era que yo por entonces me había enamorado por primera vez, en el albor de mi juventud. Era un amor puro, sin el menor impulso carnal o egoísta. No era el deseo de poseer a mi amada lo que dominaba mi pasión, nunca se me ocurrió nada semejante; me invadía un ansia de veneración por aquella que había elegido mi

corazón, una necesidad que me impelía a sentir un fervoroso respeto por las virtuosas cualidades que —según me parecía— ella tenía.

Para mí no existía en la faz de la tierra otra mujer más perfecta. Personificaba el ideal con el que cualquiera soñaría en sus años mozos. Yo me veía con tantos defectos, y el hecho de que nuestros destinos pudieran llegar a unirse me parecía una dicha tan infinita, que temía incluso pensarlo, pues me consideraba indigno de ella. Pero al mismo tiempo sentía que, si ella llegaba a aceptar ser mi compañera de viaje, mi conciencia, mi fiel amiga para toda la vida, sería capaz de regenerarme totalmente, convertirme en un hombre nuevo, tal y como ella me quisiera. [...]

Y ahora me veía en el dilema de decidir si debía correr el riesgo de separarme de ella, quizá para siempre, sin que llegara a oír jamás de sus labios la mágica frase «te quiero». Mucho tiempo estuve dudando sobre ese «ser o no ser», y solo al amanecer decidí que no había nada peligroso en esta aventura y que pronto estaría de vuelta sano y salvo; más aún sabiendo que el doctor Rochas en más de una ocasión había hecho ese viaje sin recibir el menor daño.

Y de este modo, tras levantarme y desayunar esa mañana, el doctor y yo subimos juntos al observatorio.

—Bien, señor Pax —dijo Rochas abriendo el tubo acústico y dirigiéndose a su invisible oyente—, estamos preparados. Espero que desde ahí haya visto y oído todo lo sucedido aquí. Si hay alguien que desee visitar nuestro planeta, puede aprovechar la ocasión.

—Se lo agradezco, señor Rochas —fue la respuesta—. Mi hijo Experimentus no sale de mi observatorio desde la tarde de ayer, ardiendo en deseos de ser su invitado. Prepárese. Por nosotros, adelante.

Por indicación del doctor me senté en un sillón debajo del tubo acústico y, sin moverme, fijé la mirada en un punto. Para acelerar el proceso, Rochas comenzó a realizar una serie de pases con las manos ante mis ojos. Sin embargo, mi estado de tensión nerviosa ante la inmediatez de la metamorfosis que estaba a punto de sufrir era tan acusado que hasta que pasó un buen rato no pude tranquilizarme y concentrarme. De repente llegó a mis oídos desde el tubo una suave, misteriosa y tranquilizadora melodía, interpretada con algún instrumento desconocido para mí. Los etéreos sonos de esa música penetraron en lo más hondo de mi conciencia y produjeron un increíble efecto arrullador. De inmediato me olvidé de todo lo que me rodeaba y solo tuve oídos para esos cautivadores ecos que me transportaban a un mundo mágico de ensueños y quimeras.

—Ya no se encuentra usted en la Tierra. Ahora ya está en Marte. Su «yo» superior se ha introducido en el cuerpo de mi hijo.

Éstas son las últimas palabras que recuerdo, en el estado de somnolencia que se había adueñado de mí; pero desde entonces no he conseguido averiguar si las oí en la

Tierra o ya estando en Marte.

—¡Despierte! ¡Abra los ojos! —pronunció la misma voz, al tiempo que alguien me soplabá en la cara.

Abrí los ojos y tuve que cerrarlos inmediatamente, presa del terror indescriptible que me invadió...

IV

—Pero ¡Dios mío! ¡¿Qué estoy viendo?! ¡¿Qué es este monstruo que se inclina sobre mí?! ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Qué me está ocurriendo?

—No tiene nada que temer, ¡tranquilícese! Está en lugar totalmente seguro. ¡Ármese de valor y abra los ojos! —se dejó oír de nuevo la suave y reconfortante voz de alguien.

Volví a abrir los ojos y seguramente me habría desmayado, si hubiera sido capaz en mi nueva situación.

—Pero ¡no se asuste! ¡Mire con calma a su alrededor! —añadió la misma voz.

Miré al que me hablaba. Pero ¡Dios! ¡¿Qué era eso?! ¿Es posible que lo que me está hablando sea ese engendro que tengo delante de mí? ¿Quién será? ¿Y qué querrá de mí? Es como el mismísimo diablo, peor aún, porque se suele representar al maligno con un aspecto más atractivo que éste.

Imagínense una especie de enorme sapo, con una cabeza como de pájaro de tamaño imponente, sobre un cuello rechoncho y fuerte. En medio de su ancha frente, en su parte inferior, brillaba un único, esférico y voluminoso ojo, dirigido fijamente hacia mí. Justo debajo, le salían unos labios prominentes, blandos y alargados como un ancho pico, con una gruesa lengua en su interior. La parte superior de la cabeza terminaba en una especie de pequeño apéndice móvil, en forma de embudo. Por delante, a cada lado de sus anchos hombros nacían sendas trompas, musculosas y extensibles a modo de brazos, cuyos extremos estaban dotados de pequeñas protuberancias carnosas en lugar de dedos, gracias a las cuales el bicho podía palpar y sujetar los objetos tan eficazmente como nosotros con las manos. Esas trompas, que le llegaban hasta los pies, en su parte superior aparecían unidas a la piel del tronco con una serie de pliegues membranosos. Por detrás de ellas, a cada lado, sobresalían unas enormes pinzas parecidas a las de los cangrejos, anchas y duras como el acero, y cubiertas de una piel gomosa. El robusto pecho, parte del abdomen y la espalda,

estaban recubiertos de algo parecido a escamas de un color azul brillante, mientras que el de las trompas era amarillo. La parte baja del tronco, revestida de una materia brillante, terminaba en unas largas y delgadas piernas con pies palmeados. El adefesio se sostenía sobre estas últimas como si se dispusiera a saltar; por otra parte, sus posaderas se servían como apoyo de una gruesa cola aplanada semejante a la de un castor.

«Eso» me estaba observando en silencio, inmóvil, sin apartar su único e imponente ojo de mí. ¡Y lo que es más curioso!, ese ojo lleno de inteligencia me causaba una impresión terrorífica, pero al mismo tiempo tranquilizante. Comprendía que esta criatura no tenía intención alguna de causarme daño y que podía relacionarme con ella.

—Bueno, parece que por fin se ha serenado —dijo rompiendo el silencio mi original interlocutor, abriendo su especie de pico y, al menos eso me pareció, sonriendo con su solitario ojo.

Como respuesta solo pude exhalar un profundo suspiro.

—Permítame que me presente: soy el astrónomo Pax, el dueño de esta casa. ¡Sea bienvenido, querido visitante de la lejana Tierra! —y dando dos cortos pasos o más bien saltitos, con sus patas de garza, me tendió su trompa para que se la estrechara, obsequiándome de la misma forma hospitalaria con que recibimos a los invitados en nuestro planeta.

«¡Así que esta "belleza" es el misterioso astrónomo de Marte!», pensé, mientras veía los titánicos esfuerzos que hacía este extraño ser para tratarme a nuestra manera humana.

A pesar de lo espantoso de mi situación, a duras penas podía contener la risa, y decidí ofrecerle también mi mano. Pero de repente, aterrado, me puse de pie de un salto y en un ataque de histeria empecé a saltar y revolverme por la habitación. Lo que pasó fue que al tenderle la mano para estrechársela, justo en ese momento, me di cuenta de que tenía la misma forma de trompa que la suya; y entonces comprendí al instante que ¡yo mismo me había convertido en un engendro, igualmente ciclópeo, con pico de pájaro, patas de ave, pinzas de cangrejo y cola! ¡Mi horror no tenía límite! Me golpeaba la cabeza contra la pared, me arrastraba por el suelo, intentando despegarme de esos deformes miembros que poseía mi nuevo cuerpo, librarme de ellos, salirme de esa repugnante forma en la que se había alojado mi conciencia, mi «yo».

Seguramente en esos momentos debía de estar muy cómico. Recordaba a ese bravío y joven corcel que enganchan por primera vez al carruaje y cocea asustado, tiembla, intenta soltarse y se revuelve inquieto para liberarse de los nuevos y ajenos miembros que parecen adheridos a su cuerpo. Pero liberarme de mi nuevo cuerpo era tan difícil como liberarme de mí mismo.

Entretanto, el monstruoso cíclope Pax, como se hacía llamar, seguía mis frenéticos esfuerzos, esperando con paciencia que concluyera el paroxismo. Finalmente, agotado hasta la extenuación, caí al suelo.

—Ha sido buena idea hacerle despertar en esta habitación con paredes acolchadas. De lo contrario le habría roto todos los huesos del cuerpo a mi pobre hijo —vocalizó como para sí, con total parsimonia, el monstruo.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿qué me está pasando? —sollocé.

—Nada del otro mundo. La crisis ha remitido y espero que ahora pueda ver las cosas con más juicio. ¡Cálmese ya!

—Pero ¿quién es usted y qué quiere de mí? —me dirigí lleno de rabia, a esa repulsiva criatura que me tenía aterrorizado.

—Ya he tenido el gusto de presentarme —dijo el cíclope, mostrando con su expresivo ojo cierta ironía sin mala intención—. En cuanto a lo que necesito de usted, a decir verdad, no es nada en absoluto. Usted mismo manifestó su deseo de visitar nuestro planeta.

¡Vaya! ¡Me daba perfecta cuenta de ello! Pero ¿cómo podía esperar encontrarme en una situación así, caer en esta trampa? Yo me figuraba que aquí existiría una sociedad con seres humanoides como en la Tierra, incluso más perfeccionados físicamente. ¡Y de pronto me despierto entre monstruos deformes e incluso yo me veo convertido en uno de ellos!

—Escúcheme —le pedí—. ¿Podría devolverme de nuevo a la Tierra ahora mismo?

—¿Ahora mismo?

—Sí, en este mismo momento. No tengo valor ni fuerzas para quedarme aquí ni un minuto más, no puedo. Si tiene usted corazón y un ápice de misericordia divina, ¡mándeme de nuevo a la Tierra!

—Por desgracia aunque quisiera, no podría hacerlo. Mi hijo no pierde el tiempo y ahora mismo está camino de Chamonix, y desde allí se dirigirá a Inglaterra, donde tomará un barco rumbo a América. Está muy interesado en su «Nuevo Mundo». Antes de tres meses ni piense en regresar a la Tierra.

—¡Tres meses! ¡Por Dios! ¡En ese tiempo me moriré aquí!

—¡No exagere! Nuestro organismo es tan joven y fuerte como el que usted habita en la Tierra, y no nos morimos así porque sí. ¿Y qué es esa tontería de volver, sin haberse interesado lo más mínimo por lo que tanto anhelaba estando en la Tierra? ¿No le da vergüenza, joven? Es una cobardía. Además, estoy seguro de que, cuando acabe de volver en sí, se tranquilice y sea capaz de pensar con la cabeza fría, usted mismo se reprochará ese lapsus de debilidad. Y, para dejarle reflexionar tranquilo y reponerse, lo dejaré solo por el momento. ¡Hasta la vista!

Y, dando un salto como una urraca, se encaramó a una especie de alféizar que

sobresalía de una enorme ventana sin marco ni cristales y se precipitó de cabeza hacia el exterior. La curiosidad me picó y, olvidándome de todo, me lancé a la ventana para ver lo que había quedado de él, si era que se había estrellado contra el suelo.

El alféizar estaba tan alto que tuve que saltar para sostenerme en él. Movido por algo parecido al instinto, di ese salto casi involuntariamente y con increíble agilidad, para mi asombro. Despabilándome en la ventana, me quedé estupefacto ante el insólito panorama que se desplegaba ante mi ojo, que, aunque era único, veía tan bien como si fueran dos.

A los pies del enorme edificio en que me encontraba, chapoteaban suavemente las olas de un inmenso océano extrañamente coloreado de ámbar. El efecto de esta escena era tan sorprendente y majestuoso que durante un buen rato me quedé ensimismado. Y de repente, sin saber por qué, contemplando esa vasta extensión de mar infinito con un color tan insólito y ese cielo azul... me sentí feliz, tan feliz que, de no haber sido por el temor a caerme al mar desde la ventana, ¡seguramente habría dado un brinco de la emoción! En medio de un estado de ánimo tan sombrío y abatido como nunca había conocido, las ideas se aclararon en mi cabeza y sentí una energía inusitada, con un ánimo en alza y renacido.

«Pero ¿cómo he podido ser tan pusilánime? —me dije—. Porque, al fin y al cabo, nada malo me ha sucedido y al parecer, no tiene por qué pasar. Si al principio me asustó el aspecto de ese marciano y el mío propio, no voy a ir por ahí eternamente de esta guisa. Me imaginaré que voy disfrazado de marciano. Él tenía razón: debo aprovechar mi estancia aquí para observar y examinar todo aquello que sea digno de atención y estudio. Y lo que es lamentable es haberme comportado desde el primer momento como un salvaje con este peculiar sujeto, mientras él se ha mostrado conmigo tan paciente como bondadoso. ¿Qué conclusión sacaré después de esto sobre nosotros, los habitantes del planeta Tierra?»

Entonces sentí ganas de volver a encontrarme con mi horripilante anfitrión, para transmitirle mis más sinceras disculpas y mi pesar por lo sucedido, y demostrarle que no era tan salvaje como se habría figurado.

Pero era extraño: ¿dónde se habría metido? Eché una ojeada al mar, pero en su superficie no se distinguía ni el más nimio objeto. Probablemente se habría sumergido en el agua y estuviera oculto bajo las olas. Al punto recordé que por lo visto el organismo de este ser estaba adaptado tanto a la vida en tierra como en el agua, de igual forma que nuestros castores y cangrejos, algunos de cuyos órganos eran muy similares a los que poseían los habitantes de Marte.

Desde el alféizar, me dediqué a estudiar minuciosamente el medio que me rodeaba. El edificio en que me hallaba surgía directamente de entre las aguas, como un faro en medio del mar. Tenía forma circular, cónica concretamente, y su cima se perfilaba a gran altura apuntando hacia el cielo. Era una construcción gigantesca con

una base muy amplia, que recordaba por su forma a las pirámides de Egipto, aunque por su altura me pareció que las superaba ampliamente. Por otra parte, tanto sobre el verdadero tamaño de este edificio como de los objetos que me rodeaban, no podía hacerme siquiera una idea aproximada, en ausencia de objetos terrestres que me sirvieran de referencia. Si hubiera dispuesto de una forma humana, me habría sido fácil juzgar su magnitud, comparándola con mi propio tamaño. Pero estaba enfundado en una piel ajena, cuyas dimensiones solo podía apreciar relativamente. ¿Quién sabe?, a lo mejor ese inmenso océano que se extendía ante mí era apenas un diminuto lago en comparación con nuestros mares, y el edificio no fuera mayor que un juguete infantil; quizá me parecían muy grandes para mi tamaño de pigmeo, como a cualquier bichillo de nuestro mundo que viva en medio de un charco de lluvia una piedra arrojada por un niño le parecería una montaña. O puede que, al contrario, fuera todo un gigante comparado con los seres humanos...

En cualquier caso, teniendo una envoltura humana, lo más probable es que viera y juzgara muchas cosas de forma totalmente diferente a como lo hago ahora, en la piel de un marciano. Se sabe que la fuerza de gravedad de Marte es más de dos veces menor que la de la Tierra y, si me hubiera presentado aquí con mi cuerpo, habría podido casi volar. En cambio no sucedía así. En mi actual cuerpo no sentía en absoluto diferencia entre la gravedad terrestre y la marciana. Resumiendo, buena parte de lo que me habría chocado a primera vista e incluso dejado boquiabierto como humano, siendo marciano me parecía de lo más natural y no me sorprendía en absoluto.

Bajándome de la ventana, me detuve a observar de cerca las paredes, con la esperanza de encontrar alguna puerta o salida, y en efecto enseguida advertí que una de las paredes quedaba oculta tras una cortina que disimulaba la entrada a otra sala. La levanté y entré en esa habitación, pero apenas di dos pasos en ella cuando salté hacia atrás presa del pánico y me di la vuelta corriendo: por el lado opuesto de la sala, vi entrar en la misma a otro nuevo marciano, salido de no sé dónde y tan repulsivo como el primero. Lo inesperado del encuentro hizo que no pudiera contener mi temor y animadversión, y retrocedí cobardemente. Pero, mientras huía, pude ver cómo el marciano que me había sobresaltado de esa manera también se había asustado y había salido corriendo en dirección contraria. Después de quedarme algún tiempo detrás de la cortina, me picó la curiosidad y de nuevo la levanté un poco. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que el mismo ser me estaba espiando del mismo modo, desde detrás de otra cortina en el extremo opuesto de la estancia y me miraba con igual curiosidad. En ese momento, sentí una gran lástima por él.

—¡Eh, usted, oiga! —le grité—. ¿Quién es usted?

Pero el engendro se limitaba a replicarme moviendo los labios en silencio.

«¡Ah, maldita sea! —caí de repente en la cuenta—. ¡Creo que soy yo mismo: es

mi imagen reflejada en un espejo...!»

Y así era, porque cada una de las paredes de esa segunda sala era un espejo.

«Desde luego, hago bien el papel de primitivo aborigen de la selva —me enojé consigo mismo—. ¡Me he asustado de mi propia imagen en un espejo! ¡Qué pensarían de mí los habitantes de Marte, si supieran de mis aventuras con mi propia sombra!»

Decidí firmemente no volver a sorprenderme por nada, viera lo que viera ni sucediera lo que sucediera conmigo, o al menos hacer como si aquí nadie ni nada pudiera impresionarme; conducirme como un hombre ilustrado que se toma todo con filosofía.

Me atreví a acercarme al espejo y me estudié de arriba abajo. ¡Y vaya! ¡Estaba claro que no era muy guapo! El órgano con forma de embudo que coronaba mi cabeza resultó ser el oído. Este original y móvil pabellón auditivo aparecía cubierto de ralos y largos cabellos sedosos, que apuntaban en distintas direcciones. Cuando comenzaba a escuchar algo, el propio oído de forma autónoma giraba su abertura cónica dirigiéndola hacia la fuente del sonido, como captándolo; si no deseaba escuchar, la abertura se cerraba herméticamente por sí misma, de modo que no me llegaba sonido alguno.

Pero mi elemento más espectacular y atractivo era el ojo, un ojo único, asentado profundamente bajo la frente. Nunca había tenido ocasión de ver en ningún ser humano unos ojos tan extraños y repletos de inteligencia como los que poseían los marcianos. Era como si ese órgano de visión pudiera penetrar hasta la misma esencia de las cosas. Mi singular ojo compensaba la fealdad del resto de mi cuerpo. «¡Ojalá tuviera allá en la Tierra unos ojos tan fantásticos!», pensaba. Pero la diferencia entre un ojo humano y otro marciano era comparable a la que se da entre un cristal opaco y un diamante de la mayor pureza.

Observando mi propia imagen reflejada en el espejo, probé a hacer diferentes movimientos; después, deseando conocer mejor las funciones de todos mis nuevos miembros, me puse a correr por la habitación, saltando, moviendo trompas y pinzas, y dándome cachetes con la cola en los costados. Ya no me asustaba de mí mismo. Al contrario, mi nuevo cuerpo me resultaba de lo más simpático. Realmente me sentía en él como si fuera a un baile de máscaras. Tenía ganas de poder compartir con alguien mis impresiones. Ardía en deseos de encontrarme con alguno de los marcianos. Pero ¿dónde buscarlos? Parecía estar totalmente solo en todo el edificio.

Me envolvía el más absoluto silencio. Apenas llegaba a mis oídos desde el exterior el suave romper de las olas a los pies de la construcción. Me fijé de nuevo en las paredes, con la esperanza de hallar otra salida, pero no había nada parecido. Entonces regresé a la primera pieza y, saltando al alféizar, me quedé contemplando la superficie del mar que se extendía frente a mí.

V

De repente, allá a lo lejos en el horizonte, aprecié un objeto oscuro que volaba justo hacia mí. A primera vista era difícil discernir lo que era, debido a la distancia. Parecía algún tipo de pájaro, de tamaño enorme y con un cuerpo extremadamente largo. El misterioso objeto se acercaba a gran velocidad y yo agudicé al máximo la vista. Sí, se trataba sin duda de un ave; empecé por fin a reconocer sus dimensiones y forma. Pero ¡Dios mío! ¡Se parecía extraordinariamente al dragón bicéfalo, que en mi infancia asociaba a los cuentos relatados por mi niñera! ¡Y ese espantoso dragón con sus fauces abiertas, cortando el aire con un silbido al batir de sus alas y resoplando y bufando como un caballo, se me venía encima, derecho hacia la ventana en que me encontraba! ¡Qué hacer! ¡Seguro que ya me había visto y venía volando dispuesto a devorarme! ¡Ahhh!, pero ¿por qué me han dejado solo, sin advertirme de que aquí existían tales monstruos sedientos de sangre? ¡Estoy muerto! ¿Y dónde se habrá metido ese Pax?... Ya me parecía incluso que empezaba a oler a azufre... En un segundo salté de la ventana y me metí corriendo en la habitación contigua, para esconderme en alguna parte. Justo entonces el dragón, resollando y moviendo sus gigantescos ojos, se posó ruidosamente en el alféizar de la ventana donde apenas hacía un instante me encontraba yo.

—¿Qué tal, se ha tranquilizado por fin? —pude oír de repente la alegre voz de Pax; y no tuve tiempo de averiguar de dónde procedía, cuando éste se bajó de la grupa del dragón y se acercó a mí.

—¡Santo Dios, qué susto me ha dado ese monstruo! —balbucí temblando—. Pax se echó a reír:

—¡No tema! Este monstruo es tan inofensivo como sus caballos de tiro.

Y, acercándose al dragón, le dio unas palmaditas en el cuello con una de sus trompas, a lo que el animal respondió con un sonoro graznido similar al de un ganso con el que parecía expresar su complacencia. Después Pax le dio una palmada en el lomo y soltó un silbido. El dragón se dio la vuelta en el borde de la ventana, aleteó sus poderosas alas y desapareció.

—Espero que a estas alturas ya sea capaz de controlar sus ideas y sentimientos —dijo el marciano dirigiéndose a mí.

—Sí, señor. Solo que me asustó un poco ese dragón... Fue tan inesperado... No podía imaginarme nada semejante —murmuré azorado, recordando mi reciente aventura—. Le ruego que me disculpe por mi comportamiento. Reconozco que debí parecerle un completo salvaje; pero verá, debe saber que...

—Oh, por favor, no se esfuerce en disculparse. Su reacción no me sorprendió en absoluto, no podría ser de otra manera. Usted apareció aquí de golpe, viéndose en una situación completamente antinatural y sobre todo imprevista. Y es que ustedes, los

habitantes de la Tierra, están acostumbrados a considerarse el centro del universo, los reyes de la creación; y, si sospechan la existencia de seres racionales en otros planetas, por algún motivo creen que esas criaturas deben tener por fuerza un aspecto exterior similar al suyo, ya que les parece que no puede existir una forma mejor y más perfecta que la del cuerpo humano. Ya desde la infancia están imbuidos de una visión antropomórfica de la naturaleza y de la racionalidad que subyace en ella, atribuyéndole las mismas propiedades que posee su intelecto. Todo esto lo entiendo perfectamente. Este error también fue común entre nuestros antepasados, mientras no fueron capaces de crear instrumentos ópticos que permitieron observar y estudiar a las criaturas que vivían en otros planetas. Sí, también los nuestros pensaban entonces que no había otros seres más hermosos ni perfectos que ellos en el universo. Y créame, a un habitante de Marte que estudia el organismo humano por primera vez, le resulta tan horrendo y repulsivo como a usted el nuestro.

Si me ofendieron tanto estas palabras fue porque estaban plenamente justificadas. En realidad, ¿por qué tenía que imaginarme a los habitantes de Marte obligatoriamente parecidos a nuestra gente? ¿Por qué hemos de suponer que la naturaleza, al engendrar al Hombre, habría gastado en él toda su capacidad artística y creadora, quedando estéril para alumbrar algo más perfecto? ¡Qué presunción y obcecación desmesuradas! ¡Qué ignorante falta de confianza en el poder creador de la naturaleza! No tenía la menor idea de cómo responder al marciano.

—No tiene más que comparar su cuerpo humanoide con el nuestro —prosiguió Pax— para darse cuenta de que estamos dotados de un organismo mucho más perfecto que el suyo. Comenzando por ejemplo por nuestro órgano superior: el oído. Los suyos están hechos de forma que, se quiera o no, lo escuchan todo, incluso lo que no se desea; siempre están abiertos a todos los sonidos, agradables y desagradables. Nosotros abrimos nuestro oído cuando queremos y además en la medida en que nos parezca más adecuado y cómodo. En cuanto al ojo, aun siendo único, no ve en absoluto peor que los dos suyos juntos. Como usted sabe, la luminosidad que hay en Marte es dos veces más débil que en la Tierra; en cambio, ¿nota usted la diferencia?

»Nuestras musculosas trompas son mucho más completas y cómodas que sus huesudas y torpes manos; podemos hacer con ellas lo que queramos: flexionarlas en cualquier dirección, enroscarlas como un anillo y muchas más cosas. En cambio, los huesos de sus manos solo les permiten hacer determinados movimientos. Nuestros órganos respiratorios se han desarrollado de tal forma que nos permiten vivir tanto en terreno seco como en el agua, a semejanza de sus anfibios. ¿Ve las membranas que tenemos entre los dedos? Pues nos permiten nadar a gran velocidad, al tiempo que la cola nos sirve de timón. Y estas pinzas en su día nos prestaron un gran servicio en la lucha por la supervivencia de la especie. Puede decirse que gracias a ellas pudimos imponernos a los demás animales y salir victoriosos. En consecuencia, cuando fuimos

capaces de crear otro tipo de armas, artificiales y más eficaces para luchar contra el enemigo, estos apéndices perdieron su sentido primigenio y ahora prácticamente nos sirven de adorno, al igual que las uñas de los humanos servían antiguamente como arma de ataque y también para defenderse.

«¡Así que tienen las pinzas de adorno! ¡Menudo adorno, pensaría cualquiera!», me dije.

—La belleza, muy señor mío, es algo totalmente convencional —recalcó Pax, leyendo en mi expresión justo lo que pensaba—. Incluso entre ustedes en la Tierra, la gente difiere ampliamente en su concepto de belleza, especialmente en lo que atañe a la forma del cuerpo humano. Entre algunas tribus salvajes de África, se considera la mujer más deseada a aquella tan sumamente obesa que precisa de ayuda incluso para levantarse y se ve obligada a moverse gateando. Otros, por ejemplo, ven hermoso taladrarse las fosas nasales con un aro, cercenarse la parte superior de las orejas, aplanarse la nariz... Pero, desde el punto de vista europeo, eso se considera terrible. A su vez, una hermosa mujer europea con su piel tan blanca, puede causar aversión en un hombre de raza negra. Si entre los propios habitantes de la Tierra existe una diferencia tan acusada entre su idea de lo que es o no bello, tanto más se hará patente entre seres racionales de distintos planetas, que apenas poseen elementos comunes en la configuración de sus organismos. Lo que desde su percepción encuentra horrendo y deforme en nuestra especie, a nosotros no nos lo parece en absoluto, y viceversa, lo que ustedes ven como el sùmmum de la belleza, la elegancia y la perfección, a nosotros nos parece desproporcionado y hasta repulsivo.

—Bueno, no vamos a discutir por eso —juzgué—. En cualquier caso, espero que esas diferentes visiones de la belleza no nos impidan mantener unas buenas relaciones.

—Tiene usted una opinión no muy halagadora de los habitantes de Marte, si considera que podemos tener ciertas reticencias sobre aquellos que no piensen como nosotros —atajó Pax.

Me avergonzó tanto esa apreciación que sentí cómo en mi coronilla se me erguía el oído poniéndose en guardia. Entre los habitantes de aquel planeta, el sentimiento de vergüenza se manifiesta precisamente de esa forma y no con el enrojecimiento del rostro, como es habitual entre los humanos.

—¡Vamos, déjelo ya! Yo espero que, cuando vayamos conociéndonos mejor, llegaremos a ser buenos amigos —dijo el marciano, tendiéndome su trompa para que se la estrechara—. Seguramente estará hambriento. Ahora iremos a mi comedor, que se encuentra ahí, en el fondo del mar —dijo, indicando con su trompa algún lugar impreciso más allá de la ventana—. Mi mujer y mi hija nos estarán esperando; les advertí que tendríamos un invitado. Mi hija está muy interesada en usted y ex profeso ha estado estudiando todas las normas de protocolo terrestres, para que no se sienta

usted desde el principio desorientado entre nosotros —añadió el marciano, con cierta picardía en la mirada, o al menos así me lo pareció.

«¡Dios mío! ¡Su hija se interesa por mí! ¡No querrá que me enamore de ella!» me imaginé casi con miedo.

—Salte conmigo a la ventana —dijo Pax, después de brincar tan ligero como un pajarillo.

Yo le obedecí sin rechistar.

—Y ahora, ¡a bucear en el agua! ¡Yo iré detrás de usted! —arengó, señalando las arremolinadas aguas que teníamos a nuestros pies.

—Pero, hombre, ¡no me haga esto! ¡Ni siquiera sé nadar! ¡Puedo ahogarme! —protesté aterrorizado.

—No se ahogará; ya verá cómo no hay ningún peligro. ¡Venga, atrévase!

Y no tuve tiempo de seguir oponiéndome: me dio un suave empujoncito y me vi volando directamente hacia el agua, con un grito desesperado.

Repuesto del susto ya en el líquido elemento, comprobé que Pax se encontraba a mi lado.

—¿Lo ve?, no le ha ocurrido nada malo. Nade conmigo: debemos bajar aún unas 20 verstas de las suyas.

Y se precipitó velozmente hacia las profundidades. Yo le seguí, pero mi inexperiencia me impedía alcanzarlo.

—Así no llegaremos nunca. Será mejor que yo le guíe —decidió mi instructor, y dicho esto emitió un penetrante sonido, en respuesta al cual resonó un atroz bramido procedente de lo más profundo y similar al mugido de una vaca. Enseguida distinguí en la penumbra subacuática una especie de enorme masa que se dirigía a nuestro encuentro. Poco después podía ver con claridad un gigantesco monstruo marino, con una enorme boca de la cual sobresalían unos dientes tan estremecedores como los de un tiburón. Inmediatamente pensé que ambos íbamos a morir, pero Pax, ejecutando una grácil pirueta en el agua, se subió a lomos del animal y gritó—: ¡Bien, ahí tiene su caballo! ¡Monte y colóquese detrás de mí! Él nos llevará raudo.

Indeciso, miraba alternativamente al marciano y al gigantesco pez, sin acabar de decidirme.

—¡Vamos, sea valiente! Deme su trompa —dijo, extendiéndome la suya. Me agarré a ella y al momento me vi subido a la bestia marina junto al marciano; como si fuera en una silla de montar en una de las concavidades de la espina dorsal del animal, cuyo aspecto recordaba a un descomunal esturión—. Aún no ha tenido tiempo de familiarizarse con las funciones que desempeñan sus nuevos miembros, y por eso al principio le costará sentirse en el agua tan cómodo como nosotros. Pero no pasa nada, se acostumbrará rápidamente a su nuevo estado —iba comentando Pax, mientras el pez nos arrastraba hacia el abismo marino con increíble velocidad.

A medida que descendíamos hacia el fondo, la oscuridad se hacía más y más densa. A veces nos salían al paso distintos peces y otros seres acuáticos que nunca había visto. Finalmente tocamos fondo. ¡Qué nuevo y pintoresco mundo se abría ante mí! Nadábamos a través de un espeso bosque de enormes algas entrelazadas. Aquí y allá aparecían gigantes ramilletes de flores de un color extraordinariamente vivo, tan exuberantes y brillantes que harían palidecer a las plumas de un pavo real; estaban cubiertas por multitud de curiosas conchas de los más diversos colores.

Por todas partes había milenramas, con sus sinuosos brazos extendiéndose en todas direcciones. Los rayos del sol apenas rozaban este extraño mundo, aunque pese a ello mi ojo era capaz de distinguir hasta el más mínimo detalle.

Después bajamos hasta una garganta sumergida en la más absoluta de las tinieblas, estrecha y flanqueada a uno y otro lado por una cadena de montañas submarinas. Durante unos cinco minutos nos condujo el enorme pez por este angosto y tenebroso desfiladero, y entonces de repente apareció ante nosotros un amplio espacio iluminado. No había podido explicarme aún de dónde procedía esa claridad cuando nos vimos en medio de un valle alumbrado por una especie de luz lunar, cuya fuente no era posible determinar.

Intentando asimilar este misterioso fenómeno, observé que la luz salía de la propia agua y no solo de ella, sino de todos los objetos presentes en el líquido. Incluso nosotros resplandecíamos como auténticas luciérnagas. Estábamos en un mar fosforescente.

El paisaje que se mostraba ante nosotros era verdaderamente mágico. Me parecía estar nadando entre las ruinas de alguna majestuosa y encantada ciudad sumergida. Por efecto del agua marina, las cornisas rocosas que sobresalían a nuestro alrededor estaban repletas de los más variados e inimaginables arabescos, semejantes a ruinas de fantásticos castillos y edificaciones con sus innumerables almenas en los muros. Por todas partes se adivinaban pilares, columnas y pórticos de altura imponente que se erguían sobre nuestra cabeza y se proyectaban hacia la superficie del mar. Colosales bloques pétreos se veían coronados por singulares balaustradas y galerías. Y todas estas columnatas, arcos, pilares y palacios se hallaban tapizados por millones de plantas y criaturas diferentes, que mitigaban el aspecto rugoso y recortado de los acantilados, hasta el punto de que la piedra se desvanecía completamente bajo este fabuloso manto vegetal. En todos los rincones extendían sus ramas multitud de zoófitos y pólipos; millares de medusas se dejaban caer desde las bóvedas cavernosas, como lámparas adornadas con colgantes cristalinos. Bajo los arcos, pasaban legiones de los más variados peces y otros seres marinos fantásticos...

Una vez que abandonamos ese laberinto encantado, salimos a un claro despejado, de liso fondo arenoso, en medio del cual se alzaba un palacete de aspecto majestuoso, construido con algún tipo de piedra de gran belleza parecida al jaspe, y dotado de

enormes ventanales de cristal. Al otro lado de la edificación comenzaba un grandioso parque, con variedad de árboles tan monumentales que sus copas se perdían en lo alto, cercanas a la superficie del agua.

El pez nadó hasta el edificio y se detuvo. Pax se bajó de él con agilidad y me invitó a hacer otro tanto. Nos acercamos a un pórtico con cuatro hermosas columnas, entre las que se distinguía una piscina, o mejor dicho una gran bañera metálica. Tras indicarme que le siguiera, Pax se introdujo en ese recipiente y cuando llegué junto a él, apretó un pulsador. En ese momento la piscina se cerró herméticamente por la parte superior con una cubierta, dejándonos completamente a oscuras. Entonces noté cómo todo el conjunto, con nosotros dentro, se desplazaba primero hacia abajo, para después volver a subir y detenerse. Pax volvió a pulsar el botón, la cubierta se retiró y ya no estábamos en el agua, sino respirando el aire de una sala potentemente iluminada, una perfumada estancia en el interior de la mansión sumergida.

—Bueno, pues ya estamos en mi casa —anunció Pax.

VI

Cuando nos repusimos del viaje y me habitué al lugar, mi anfitrión me comentó su intención de presentarme a su mujer y a su hija, que se encontraban en la habitación contigua.

—Pero me resultará muy violento aparecer ante sus damas, no sabiendo una palabra de su idioma; tendré que expresarme con mímica —le expuse.

—Por eso no se preocupe —respondió—. Ambas son apasionadas lingüistas y dominan el ruso tan bien como usted y como yo.

Y después, acercándose a la puerta tras la cual se encontraban las marcianas y procurando meterse en el papel de *gentleman* europeo, llamó antes de entrar golpeando suavemente con su cola.

—¡Adelante! —se oyó desde el interior.

La puerta se abrió y comparecimos ante las damas.

Las marcianas no eran muy atractivas; de menor estatura que sus congéneres masculinos, se distinguían de éstos por sus rasgos faciales menudos y más expresivos (considerando como rostro esa parte de la cabeza que incluía un gran ojo y una boca en forma de pico). Sus oídos eran relativamente pequeños y desprovistos totalmente de pelambre. No tenían escamas en pecho ni espalda, y la piel en esas zonas parecía

suave; el busto, por su forma, recordaba bastante al de nuestras mujeres. Mientras ellos llevaban como único ropaje una especie de calzón parecido a un bañador, ellas lucían una vestimenta más elaborada, que cubría buena parte de su pecho y torso.

—Permitidme que os presente a nuestro querido invitado de la lejana Tierra. Os pido que le guardéis el debido respeto y decoro —solicitó Pax, dándome así por presentado.

—Mucho gusto, ¡sea usted bienvenido! —dijo la señora Pax, tendiéndome su trompa.

—Y tú, hijita, no olvides que éste ahora ya no es tu hermano Experimentus, sino un completo extraño —advirtió Pax a su hija, haciéndome una cómica reverencia.

—Es él y no es él. Y así le vamos a llamar: No-Él, ¿de acuerdo? —dijo la joven, dirigiéndose a mí.

—¡Bravo, hija! Muy ingenioso: No-Él; sí, justamente No-Él, así le llamaremos —convino el padre.

—Aquí hace tiempo que deseábamos conocerle. Cuéntenos, ¿cuáles son sus primeras impresiones de todo lo que ha podido ver hasta ahora aquí, en Marte? —se interesó la señora Pax.

—¡Oh, señora...!, todas mis impresiones pueden resumirse en dos palabras: ¡absolutamente maravillado!

—Y especialmente atemorizado, ¿no es cierto? —intervino Liberia, que así se llamaba la hija de Pax—. Lo he adivinado, ¿no? Le infundimos temor y repulsión —continuó ella sin piedad, dejándome totalmente bloqueado sin saber qué responder. Me veía en una situación hartamente engorrosa. Salir con un cumplido habría sido ridículo y estúpido, pero reconocer que había dado en el clavo, me parecía en extremo descortés.

—No, no siento repulsión en absoluto, señorita, aunque... aunque... —titubeé, sin saber con certeza cómo continuar la frase.

—¡Ahhh, Liberia! ¡Qué poco tacto tienes! ¿Cómo se pueden hacer esas preguntas a las que es tan difícil responder con sinceridad? —le reprochó su madre.

Con este comentario me sentí aún más apurado y, notando cómo de nuevo se me erizaba el oído, me quedé callado como un tonto.

—¡Bien, vamos a comer! —dijo Pax, sacándome de la embarazosa situación y cogiéndome de la trompa para guiarme hasta el comedor.

Los cuatro nos sentamos a la mesa. La señora Pax pulsó un botón situado en la superficie y al momento su parte central desapareció, para después reaparecer ya servida con cuatro servicios y algunos cuencos cerrados herméticamente. También había servilletas, cuchillos y tenedores. Es decir, igual que en cualquier restaurante de la Tierra.

—Ya que usted no está acostumbrado a comer como nosotros, hemos encargado

para hoy una comida «a la europea» —aclaró la señora Pax, viendo mi cara de sorpresa.

—¿Y quién ha preparado y servido la mesa? —pregunté, por mera la curiosidad.

—La cocina central de nuestra zona está bastante lejos de aquí, a varias verstas de distancia. Por teléfono encargamos de antemano los platos que queremos, y nos llegan automáticamente por tubos de aire comprimido. No sé si le gustarán a usted nuestros guisos.

—¡¿*Shchi*?!^[13] —exclamé sorprendido, al ver cómo la señora me servía el plato. ¡¿Auténtico *shchi* ruso con su repollo fresco?!

—Sí, hoy he encargado adrede una receta especial para usted: todos sus platos nacionales favoritos.

Estaba realmente asombrado y me llegó al alma la amabilidad de mis anfitriones.

—Pero dígame, por curiosidad, ¿con la carne de qué animal han preparado el *shchi*? —dije, tras saborearla y encontrarla realmente excepcional.

—Nosotros no servimos carne de animales en la comida, ¡qué asco!... —dijo Liberia—. La carne que está comiendo ahora es artificial, preparada químicamente en nuestro laboratorio culinario, al igual que la col, ya que en Marte no crecen verduras.

—¡Vaya! Pues ¡resulta incomparablemente mejor que la auténtica! Aunque no sé si será tan nutritiva —comenté.

—Es mucho más nutritiva que la carne común, porque está preparada por expertos y ya se sabe de antemano lo que contiene.

El siguiente plato era pescado frito, igualmente sintético. De postre había un surtido de frutas variadas marcianas, inigualables por su peculiar aroma y sabor.

La comida fue muy animada, y antes de terminar ya se había decidido que emprendería en compañía de Liberia un gran viaje alrededor de Marte. La joven precisamente acababa de terminar su formación escolar y quería realizar ese «viaje de fin de curso».

Durante el postre, la hija de Pax se levantó de la mesa y, acercándose a un tubo similar al altavoz de un fonógrafo, accionó una especie de resorte.

—Para que no eche tanto de menos su tierra, le he preparado una pequeña sorpresa —estaba diciendo, cuando de repente resonaron por toda la estancia las magníficas voces de un coro estudiantil ruso:

De un país, de un país lejano,
del ancho Volga-madre...^[14]

La impresión que me produjo esa melodía fue muy especial. Me parecía estar viviendo un sueño y tener la sensación de que podía despertar en cualquier momento y de que se desvanecería así toda la ilusión. Probé incluso a pellizcarme, pero fue en vano: no me desperté de ningún sueño. Recordando el pasado, ahora también me

parece estar relatando algún cuento y no mis propias vivencias.

—Ya ve que no tenemos nada de bárbaros y conocemos su ultimísimo invento — el fonógrafo— desde hace más de mil años. Con él pudimos incluso registrar canciones interpretadas por ustedes en la Tierra, a millones de verstas de distancia — apuntó Pax.

—En lo referente al potencial intelectual de las distintas especies existentes, yo he llegado a la conclusión de que es muy difícil delimitar la barrera que separa lo posible de lo imposible —manifesté.

Acabada la comida, Pax me guió por todas las estancias de su vivienda subacuática, para mostrarme con más detalle su estructura interna. Era una casa totalmente impenetrable al agua, y el aire se introducía a presión a través de unos tubos conectados con la superficie atmosférica. Por ellos —mediante un sistema de aire comprimido—, también se proveían de todo lo necesario proveniente de las diferentes tiendas a las que se conectaban; de este modo, sus habitantes no tenían necesidad alguna de abastecerse por sí mismos. [...]

VII

—Quizá quiera ver antes de desayunar nuestro jardín de coral —me propuso Liberia, al día siguiente muy de mañana.

—Con mucho gusto —acepté.

Salimos entonces, exactamente de la misma forma en que Pax y yo habíamos entrado, y nos dirigimos al parque de los colosos arbóreos, que había podido ver la tarde anterior no lejos de la casa.

Cuando cruzamos el arco de entrada a este peculiar jardín, se nos reveló todo un mundo fantástico, ¡un verdadero reino encantado! De todas partes surgían enormes, gigantescos árboles, majestuosos como robles y tan fuertes y níveos como el marfil.

En la inmensa extensión de meseta sumergida que se abría ante nosotros, toda su superficie se veía ocupada por esas colosales columnas de varias decenas de *sázheny*^[15]. Una membrana mucosa transparente recubría como un tapiz los inmensos troncos de esos árboles petrificados, cuyas innumerables ramas terminaban en brotes de los más variados colores. Las paredes de los troncos se hallaban horadadas de oscuras cavidades en las que se ocultaban una miríada de minúsculos animalillos, que, entre el nácar y el coral de un rojo vivo, semejaban piedras preciosas encastradas

en un lujoso tocado. Estos mismos pólipos eran los verdaderos creadores de este original y maravilloso parque submarino. Cuanto más avanzábamos por los sinuosos senderos del jardín coralino, más fabuloso y espectacular se tornaba el paisaje. Troncos y columnas se hacían cada vez más altos; arcos, pórticos y balaustradas aparecían a cada paso junto a los cenadores contruidos por los habitantes de Marte, combinándose con ellos de la forma más caprichosa y compitiendo así en belleza con la obra creadora de los seres racionales. Aquí y allá asomaban formidables ramas de coral, entrelazadas en una red y creando encima de nosotros prodigiosas bóvedas. Y en todos los rincones reinaba la armonía, ni un elemento discordante, nada fuera de lugar...

En algunas zonas se abrían claros en los que los marcianos cultivaban parterres con las más espléndidas y originales flores, rodeadas de otras variadas plantas. En general, podía decirse que la flora submarina de Marte era bastante parecida a la de nuestros mares y océanos. Aquí, entre los grupos de laminarias, crecían otras algas cilíndricas, articuladas en vainas y recubiertas con una gelatina transparente, como si fuera un velo cristalino.

En otras partes, los musgos de Irlanda desplegaban su denso follaje, como cortado de un trozo de tafetán rosado con fantásticos bordados. También las *amansii* extendían sus primorosas redes, como hechas de encaje; y las *claudeas*, sus membranosas ramificaciones con forma de media luna. Entre los núcleos más espesos de vegetación, se aferraban los cilindros oleaginosos de las *charophytas*, que de lejos parecían largos rosarios con enormes cuentas; y las *chardarias* tejían con sus cartilaginosos y nacarados hilos los tallos de los *fucus*, en los que miles de esporangios se abrían como graciosas y diminutas sombrillas.

Pero no menos original y hermosa que la flora era la fauna que habitaba allí. En cualquier parte de este jardín encantado, podían observarse entre sus senderos y galerías diferentes tipos de zoófitos, anémonas, moluscos y los más singulares peces. Aquí reinaban las praderas marinas en todas sus variedades, como un ejército de caballeros encantados salidos de un cuento, con cabeza y torso de animales, y pies de piedra. Las anémonas desplegaban extensamente sus hilillos adornados con los más vivos colores, embelleciendo las profundidades coralinas a modo de cestas repletas de exuberantes flores. Los frondosos pólipos, como clavados en la roca, expandían sus miles de brazos en todas direcciones; y los reticulados cubrían con sus redes de encaje la multitud de esponjas, madréporas y asteroideos que se veían. En todas partes se cruzaban bandadas de martines pescadores y se dejaban ver las gorgonias de variopintos colores, abriendo orgullosas sus ostentosos abanicos.

Mientras me guiaba por los caminos de este parque encantado y me iba dando explicaciones, Liberia me iba comentando:

—Toda esta masa de flores estáticas que usted puede ver aquí delante en

ocasiones parece como si despertara repentinamente de un sueño. El misterioso sortilegio que las mantiene en ese estado se deshace y todas esas criaturas cobran vida y comienzan a moverse. De todas partes surgen destellos luminosos y todo se inunda con una brillante luz fosforescente. Pero, cuando muestra un aspecto realmente mágico este jardín encantado, es sobre todo en algunas tranquilas noches de verano. Entonces en el fondo del mar se enciende un sinnúmero de estrellas, tantas como en el firmamento. Las azuladas *aequoreas* y otras medusas despliegan sus dentados paraguas y empiezan a deambular despreocupadamente a merced de las olas; los erizos y estrellas de mar esparcen sus agujas por el banco de coral y el lecho marino, y todo este mundo en movimiento se agita y vive como si quisiera competir en belleza con los astros celestes: solo se duerme con la llegada del nuevo día...

Después de disfrutar de todas las cosas insólitas y dignas de ver en este peculiar jardín, Liberia me condujo hasta uno de los cenadores.

—Yo creo que de aquí a mañana me dará tiempo a darle unas nociones básicas de nuestro idioma, que sin falta debe aprender antes de emprender el viaje alrededor de nuestro mundo. Mamá, ¿aún no está el desayuno, verdad? —dijo dirigiéndose sin previo aviso a una de las columnas del cenador, al tiempo que la alcanzaba con su trompa.

—En media hora estará listo —se oyó decir, desde algún lugar, a la señora Pax.

Se me salieron los ojos de las órbitas, sorprendido, al ver a Liberia hablando con una columna. Pero resultó que ahí se ocultaba una especie de teléfono, con lo que todo se explicaba sencillamente.

—Con media hora tenemos de sobra para la primera lección. Así que manos a la obra —decidió Liberia. [...]

Para aprovechar al máximo el tiempo, nada más desayunar nos reclinamos en una de las grutas del jardín submarino, y ella empezó a leerme y explicarme los fundamentos del idioma internacional marciano. Al día siguiente por la tarde, nuestro trabajo había concluido y Pax me adormeció para someterme a la correspondiente hipnosis, después de la cual fui capaz de hablar en la lengua marciana con tanta fluidez como cualquiera de ellos. Después de aquello, se convino que iniciaríamos nuestro viaje sin falta al día siguiente.

—Aún me queda por resolver una cuestión bastante delicada —aproveché para decirle a Pax, cuando salió el tema del viaje—. El caso es que al venir aquí, a Marte, por supuesto no pude coger nada de dinero, y se supone que tendremos que gastar en un mínimo de provisiones. ¿Cómo lo haremos? Porque tampoco puedo pedirle prestado a usted, ya que no veo forma de devolvérselo.

—En lo que respecta a esta cuestión, no tiene por qué preocuparse en absoluto. Usted no tendrá que satisfacer las necesidades de su organismo sino las del organismo de mi hijo. Pero, si no hubiera más remedio, nosotros nos haríamos cargo

de sus gastos. Y por cierto, ya que ha mencionado este asunto, deberá llevar consigo la ficha de mi hijo.

—¿Qué ficha es ésa? —me interesé.

—Es un distintivo que da derecho a su propietario a obtener todo lo necesario en nuestra red de tiendas de forma gratuita. Mi hijo goza de este derecho en su máximo rango, de modo que no le faltará de nada...

VIII

Y así, a la mañana siguiente, después de despedirnos de Pax, Liberia y yo nos pusimos en camino.

La víspera, Pax se había comunicado con el puesto administrativo más cercano, para que al amanecer dispusieran un transporte marítimo biplaza.

Saliendo de la vivienda de la forma consabida, ascendimos prácticamente en vertical hasta la superficie del agua, sirviéndonos de nuestras extremidades palmípedas y nuestra cola, lo cual nos permitió al poco tiempo sentir el fresco aire matutino.

Hacía una mañana espléndida. El inmenso espejo ambarino del océano se perdía a lo lejos en el horizonte, y hacia el este el cielo fulguraba con el recién salido astro, que desde aquí se apreciaba de un tamaño algo menor que desde la Tierra.

—¡Ahí está nuestro vehículo! —dijo Liberia, señalando con un gesto de cabeza a un enorme y albo cisne que flotaba no lejos de nuestra posición—. ¡Nademos hacia él!

Me maravillaba el hecho de encontrar en Marte las mismas especies de aves que en la Tierra, solo que de mayores dimensiones. Y más aún, que tuviéramos que viajar montados en un cisne, como en los cuentos. Sin embargo, al acercarnos comprendí que ese no era un pájaro corriente, sino algo artificial, hecho de un metal parecido al aluminio.

—¡Sígame! —dijo Liberia, zambulléndose por debajo del cisne y trepando por una pequeña escalerilla que tenía en la parte sumergida. Las entrañas del falso animal se componían únicamente de un diminuto camarote con dos mullidos sillones plegables, que fácilmente podían transformarse en cómodas camas.

Esta cámara estaba dotada además de numerosos víveres, bebidas refrescantes y otras provisiones imprescindibles para el viaje.

Una vez sentados, Liberia izó la escalerilla y pulsó un botón, y nuestro cisne, suave a la par que velozmente, nos llevó raudo por entre las olas del mar de ámbar.

—Este océano por el que vamos navegando ahora es el mayor que hay en el globo marciano —explicó Liberia—. El observatorio de mi padre se encuentra casi en el mismo centro. Es el que sus astrónomos denominan mar de Eritrea. Ahora vamos hacia el sur, en dirección al canal que ustedes han bautizado como Éufrates. Desde allí vamos a poner rumbo oeste sin desviarnos, circunvalaremos todo el planeta y finalmente visitaremos el Lacus Solis, el Lago del Sol.

Viéndonos en medio de este inmenso espacio y en unas circunstancias tan extraordinarias, cara a cara con la joven —que no agraciada— marciana, pensé involuntariamente lo bueno que sería poder tener a mí lado en su lugar a mi amada, ¡que tuve que dejar tan lejos, en la Tierra!

—¡Sé lo que está pensando en este momento! —exclamó Liberia—. Sueña con que, en mi lugar, estuviera aquí sentada cierta belleza terrestre. Confiese, lo he adivinado, ¿no es cierto?

Me sorprendía bastante la clarividencia de la habitante de Marte, y reconocí abiertamente que sus conjeturas eran correctas.

—Lo ve, no soy tan tonta como usted seguro que se imagina, y a lo mejor tampoco soy tan aburrida como para que no resulte interesante viajar conmigo. Venga, vamos a hablar de algo. Yo creo que en nuestra situación, como dos jóvenes cualesquiera de distinto sexo que se encuentren a solas, no puede haber un tema de conversación más adecuado que el amor.

Estuve a punto de echarme a reír. Hasta entonces me parecía una idea simpática hablar de este tema con Liberia, incluso en un tono más sentimental. No era del todo consciente de estar ante una persona del sexo opuesto.

—Estoy segura de que a usted le resultará interesante saber cuál es nuestro punto de vista marciano respecto a esa cuestión —añadió ella.

«En realidad —pensé—, ella tiene razón. Es curioso: ¿cómo verán el amor estos seres? ¿Serán incluso capaces de llegar a experimentar ese sentimiento?»

—Sí —le contesté—, naturalmente que me gustaría saber cómo tratan los marcianos un asunto que tiene tanta importancia para nosotros en la Tierra.

—Para que podamos entendernos mutuamente —apuntó ella—, debe aclararme, antes de nada, qué significa para ustedes el amor.

—Bueno, ésta es una pregunta a la que no es tan fácil como parece responder; el amor es esencialmente un mero sueño, una ilusión; un fantasma en el que se entremezclan los delgados filamentos de nuestros sentimientos con la imaginación, un fantasma tan sensible y delicado que, por mucho tacto que tengamos a la hora de analizarlo y estudiarlo, nunca llegaremos a conocer su verdadera esencia. Examinándolo, solo conseguimos afearlo, deformarlo, hasta que finalmente nada

queda de él salvo la cruda realidad y un amor similar al que pueda morar en el resto de los animales.

Liberia soltó una carcajada.

—¡Vaya, está usted hecho un poeta! Pero, ¿sabe?, le diré una cosa. Su definición, al fin y al cabo, no dice nada en absoluto. En realidad —prosiguió, adoptando esta vez un tono más melancólico—, ¡es muy extraño! La gente oculta bajo un velo de misticismo lo que no es más que una necesidad perfectamente natural, y se obstina en no querer ver la verdad, solo porque ésta pueda parecer poco atractiva a sus ojos, y prefiere disfrazarla con un aura de misterio...

IX

Hacia mediodía, cuando el sol ya empezaba a apretar, Liberia accionó algún mando de nuestro aparato y el cisne —ante mi sorpresa— se sumergió de repente y salimos disparados hacia las profundidades marinas.

—¡Cómo es posible! —exclamé al ver en el fondo el original edificio que nos salía al paso, y que recordaba a un templo hindú hecho por lo visto de cegador mármol blanco, con sus torres y columnas—. Pero ¿es que en Marte el fondo del mar también está habitado?

—¡Pues claro, ni que decir tiene! ¿O tal vez creía que nuestra casa submarina era la única de ese tipo?

Y efectivamente, a medida que nos alejábamos nadando, descubríamos cada vez más viviendas marcianas, muchas de ellas con una arquitectura harto peculiar, totalmente ajena a la desarrollada en la Tierra.

¡Qué espléndidas imágenes, qué pintorescos paisajes nos alegraban la vista! Pasábamos veloces sobre montañas y profundas fosas, con espesas y gigantescas algas como jamás había visto, entre las que nadaban criaturas imposibles, ya fuera a ras de las llanuras tan perfectamente definidas, o sembrando lo que los marcianos debían tener por cultivos con fines alimenticios.

De pasada, noté que por el fondo se extendía una serie de cables y grandes tubos rectilíneos, que se prolongaban en todas las direcciones perdiéndose en la distancia. En una ocasión pasamos muy cerca de uno de esos tubos, que podía tener varios *sázheny* de diámetro.

—¿Qué clase de obra es ésta? —me interesé.

—Es nuestro ferrocarril. Por dentro de esos enormes tubos, se mueven unos vagones especiales, cerrados herméticamente. Se desplazan por la acción del aire comprimido y alcanzan la velocidad de una bala. Por estas vías se pueden realizar viajes alrededor del mundo en tan solo unas horas.

—¿Y por qué no hemos viajado nosotros de esa forma?

—Bueno, es que por este medio normalmente se transportan mercancías que precisa nuestra Administración desde los puntos en que se producen; también a veces viajan trabajadores que deben acudir urgentemente a sus puestos. En general, los que no tienen prisa suelen elegir otro tipo de transporte. Si viajáramos en uno de esos cilindros metálicos, no veríamos absolutamente nada, salvo el interior de un vagón con forma de bala de fusil. En cambio, subidos a este cisne, tenemos la posibilidad de ver todo aquello que merezca la pena y además podemos movernos como queramos, en cualquier dirección.

Al caer la tarde y disminuir el calor, emergimos de nuevo a la superficie y continuamos la navegación a cielo abierto. Pero nada más fundirse el sol con el océano, la única luz que tuvimos fue la reverberación rosada del crepúsculo sobre el infinito cristal de ondulaciones ambarinas. Se hizo de noche. En el cielo se encendieron dos lunas: una, con forma de estrecha hoz, surgió en la misma dirección por la que se había ocultado el sol; la otra —semiesférica— se encontraba ya a bastante altura hacia el este. En comparación con nuestro astro nocturno, ambas eran mucho más pequeñas y diseminaban escasamente su plateada luz sobre nosotros y el mar circundante. La primera, la luna de poniente, sería unas cinco veces más pequeña que la nuestra, pero aun así triplicaba el tamaño de su compañera oriental, equivalente a los antiguos rublos de plata.

Pero lo que más me chocó fue que la luna occidental iba recorriendo el cielo a una velocidad tal, que su movimiento era perfectamente apreciable a simple vista, como si tuviera prisa por reunirse con su amiga del este. Al poco tiempo, cuando ya se extinguían los últimos rayos del crepúsculo, dio la impresión de que aparecía una tercera luna o mejor dicho, una estrella extremadamente brillante. Era incomparablemente menor que sus predecesoras y no llegaba a tener siquiera la forma de un disco definido, pero su luminosidad era realmente fuerte.

—Y ahí está su patria: la Tierra —dijo Liberia, señalando con su trompa hacia esa brillante estrella.

Sí... era nuestra Tierra, nuestra querida Tierra luciendo resplandeciente en la penumbra vespertina, a semejanza de Venus en nuestros cielos primaverales al atardecer. Me quedé mirándola en silencio y pensando lo infinitamente distante que se encontraba ahora ese globo terráqueo, cual átomo diminuto visto desde aquí, con sus millones y millones de habitantes, eternamente angustiados con sus preocupaciones, enfrentados entre sí y exterminándose en su despiadada lucha por la

supervivencia.

—Pronto llegaremos al continente —interrumpió mis divagaciones Liberia, tras consultar con atención el aparato que indicaba la latitud y longitud del lugar. De nuevo pulsó otro botón de nuestro vehículo y de repente el cisne colocó las alas en posición y agitándolas, se elevó en el aire tomando altura. Yo no esperaba que nuestro pájaro metálico fuera capaz no solo de nadar y bucear, sino también de volar y mi asombro fue tan mayúsculo que por poco no di un grito del susto.

—¡Ajá, nos hemos asustado! —se rió mi compañera de viaje—. Había guardado adrede esta sorpresa hasta la tarde. Mire, ¿verdad que es hermoso?

En efecto, era difícil imaginarse algo que pudiera sobrecoger e impresionar más que nuestro cisne, llevándonos a los dos por el aire en medio de la noche y en un lugar totalmente desconocido para mí, bajo un cielo distinto en el que brillaban débilmente dos diminutas lunas y titilaban las estrellas mostrando un mapa celeste ajeno a la Tierra.

Al sur, hacia donde nos dirigíamos, se perfilaba entre las sombras de la noche naciente la vaga silueta de la costa. Era tierra continental, pero la oscuridad reinante impedía observar cualquier detalle más concreto. En poco tiempo conseguimos aproximarnos. De repente allá en lo alto, sobre tierra pero justo por debajo de las nubes, se encendió un potente globo luminoso y todo el contorno se iluminó como si fuera de día.

—¿Qué es eso? —exclamé sin querer.

—Es un sol eléctrico —respondió Liberia—. Nosotros no tenemos un satélite similar a su Luna para alumbrarnos por la noche, sino esas dos miniaturas que ve usted en nuestro cielo y que dan muy poca luz; además solo son visibles en el horizonte por un breve tiempo, por lo que nos vemos obligados a usar iluminación artificial para nuestras noches. No es tan poético, pero con todo y con eso es bastante bonito, ¿verdad?

—Pero ¿cómo funcionan estos soles eléctricos, si están a una altura inalcanzable?

—El mecanismo es muy sencillo. Se lanza un gran globo de aire, sujeto al suelo con un cordón especial, capaz de conducir la electricidad. El globo está dotado de un circuito de bombillas y un enorme reflector que dirige la luz hacia la tierra. El cable lleva la electricidad hasta las bombillas, encendiéndose, y eso es todo. Poco después de lanzar el primer sol artificial, se colocó un segundo en otro lugar, más tarde un tercero y un cuarto, y así hasta cubrir todo el territorio que puede abarcar la vista. Ahora brillan estos soles artificiales, pendientes del cielo como grandes lucernas en la vasta cúpula de un templo sagrado.

El mar ya había quedado atrás y ahora sobrevolábamos tierra firme. A nuestros pies se extendía una amplia llanura ocupada en parte por frondosos bosques, y en parte por florecientes campos de cultivo y prados. Por todo el territorio se avistaban

dispersos y solitarios edificios de pintoresca arquitectura: castillos, palacios, torres y demás; pero lo que más me extrañó fue no ver en todo el campo que alcanzaba mi visión ni una sola ciudad o siquiera una aldea, a pesar de que a juzgar por la profusión de estas aisladas construcciones, la región debía estar densamente poblada.

—Pero ¿dónde están vuestros pueblos y ciudades? —interrogué a mi acompañante.

—Nosotros no tenemos ciudades ni pueblos, ni en general concentraciones de población. Ese modo antihigiénico de hábitat hace ya más de mil años que no se practica, pues hace tiempo que no tenemos necesidad alguna de ello. La gente de la Tierra se hacina en pueblos y sofocantes urbes, en primer lugar por motivos de seguridad, y después porque estar agrupados les facilita una mayor agilidad en las relaciones que surgen forzosamente en su vida cotidiana. Pero lo que influye por encima de todo es la rutina, la fuerza de la costumbre y la inclinación al gregarismo. Nuestros canales de comunicación y medios de transporte cuentan con una estructura tan bien organizada que podemos rápida y eficazmente ponernos en contacto con los lugares más remotos. Además todas nuestras viviendas están conectadas por tubos submarinos y subterráneos con los almacenes y tiendas comunitarios, proveyéndonos de todo lo necesario de forma automática a voluntad, de un modo similar al abastecimiento de gas, agua o electricidad que hay en sus ciudades a través de tubos y cables. De esa manera no tenemos necesidad alguna de vivir apretujados en agobiantes pueblos o ciudades.

Mientras íbamos volando sobre el mar, rara vez nos cruzamos con otros aparatos voladores; en cambio ahora, sobre el continente, aparecían y desaparecían como brillantes mariposas distintos transportes aéreos de diversas formas y tamaños. Por su apariencia algunos recordaban nuestras aves terrestres u otras cuyo aspecto no había visto nunca, seguramente pertenecientes a la fauna marciana o de otros planetas. Pero entre los pájaros-aeroplano mecánicos, también se nos cruzaban a veces auténticos animales amaestrados con sus correspondientes jinetes, como el bicéfalo sobre el que vi montado a Pax la primera vez.

Era un espectáculo increíble ver todos esos asombrosos aeroplanos desplazándose sin ruido y surcando suavemente el cielo nocturno y proyectando sus haces de luz eléctrica como formidables luciérnagas. De los valles y jardines que se desperdigaban bajo nosotros, llegaban los aromas embriagadores de las flores. Y de los aviones surgían delicadas y armónicas melodías —unas melancólicas, otras más alegres—, impregnando la atmósfera de cautivadores sonidos rebosantes de «alegría de vivir».

De repente, sobre este apacible valle estalló un clamor que eclipsó los demás sonidos y pareció extenderse súbitamente por todo el espacio circundante. El sentido de ese estruendo, suponía una llamada de atención equivalente a nuestro *silence* (silencio).

Las aeronaves quedaron como suspendidas en el aire, planeando a la espera de que sucediera algo en concreto. Liberia también obligó a nuestro cisne a detenerse.

—¡Ahora comienza un concierto! —me susurró ella...

En ese momento surgió desde el fondo de la llanura un potente canto, que resonó como un trueno lejano y fue después *in crescendo*, *in crescendo*. Una voz increíblemente seductora y agradable, envolvente y al mismo tiempo poderosa, se adueñó de los corazones de todos aquellos que le prestaban oídos, con una especie de fuerza irresistible que, con el mismo efecto de un mago o hechicero, empezó indefectiblemente a subyugar el ánimo del fascinado auditorio. Era como si se escuchara cantar a la propia Naturaleza. En algunos momentos arrancaba lágrimas de emoción y pesar entre los oyentes; en cambio, en otros hacía que sus corazones latieran aún con más fuerza anhelando lo desconocido, o simplemente transmitía algo tan maravilloso como inabarcable, o les petrificaba de terror ante el abismo insondable de la eternidad, o también podía despertar su alegría y deleitarlos con la sabiduría del momento presente.

Conteniendo la respiración, yo seguía al lado de Liberia, embelesado y magnetizado, sin atreverme a mover un músculo, como temiendo que algún suspiro o movimiento inoportunos pudieran romper el embrujo de ese momento.

La canción concluyó y el eco de sus últimos acordes siguió resonando intermitentemente en la distancia, como la tormenta que se aleja.

Hubo un instante de abstracción generalizada entre los hipnotizados oyentes, y luego de repente y por todas partes estalló un griterío ensordecedor que expresaba la satisfacción de un público con el corazón henchido de emociones. Se oían gritos equiparables a nuestro «¡bravo!» y el sonoro palmoteo de sus colas contra las caderas, en sustitución de nuestros aplausos. Pero todo ese bullicioso entusiasmo, en comparación con la fuerza vocal del cantante, era tan débil como el zumbido de miles de mosquitos ante el rugido de un león.

—Liberia, dígame, ¿quién cantaba? Porque sin duda no era un habitante de Marte —dije, dirigiéndome a mi compañera, seguro de que no había un ser vivo, ni siquiera en Marte, dotado de una voz tan tremendamente vigorosa y sugerente a la vez.

—Cantaba uno de nuestros más famosos intérpretes, fallecido hace ya 200 años —respondió.

—¿Está delirando? —exclamé, pensando que la hipnotizadora melodía le había afectado al entendimiento—. ¿Cómo va a estar muerto, si lo acabamos de escuchar?

—¿Y qué pasa por eso? La canción sonaba por medio de un fonógrafo.

—¿Un fonógrafo? Pero ¿es posible que ese cantante tuviera una voz tan potente como para que pudiera escucharse en decenas de verstas a la redonda?

—Pues claro que no. Su voz era normal, pero nuestros perfeccionados fonógrafos, con ayuda de amplificadores especiales, pueden aumentar un sonido habitual tantas

veces como se quiera. Ahora va a intervenir un coro; si quiere nos podemos acercarnos hasta el edificio de la ópera y podremos ver a los cantantes —propuso Liberia.

Por supuesto, me mostré de acuerdo y descendimos a tierra rápidamente, acercándonos al lugar donde se vislumbraba el auditorio. La edificación recordaba a los circos romanos de la Antigüedad. El escenario se encontraba a cielo descubierto y el graderío para el público se disponía alrededor, a modo de anfiteatro. Era una obra colosal, maciza, de una perfecta factura arquitectónica y que podía albergar decenas de miles de espectadores.

No llegamos a tocar tierra, sino que seguimos en nuestro cisne no lejos del teatro, haciéndonos un hueco entre otras aeronaves con sus propios espectadores, que preferían no ocupar un lugar en el anfiteatro y permanecer flotando en el aire frente al escenario. Liberia sacó de uno de los compartimentos de nuestro vehículo dos instrumentos ópticos similares a unos gemelos y me entregó uno de ellos. Enfoqué el escenario y pude observar cómo los cantantes empezaban a colocarse formando filas, mientras que los músicos, provistos de instrumentos que me eran del todo desconocidos, hacía rato que esperaban la señal convenida.

Y por fin la eclosión del canto. Era algo indescriptible. Como si estuviéramos escuchando las voces y los sonos de los mismísimos ángeles en el Día del Juicio Final; solo que ese cántico y ese tronar de trompetas no eran terribles ni conminatorios, más bien al contrario, levantaban el ánimo y apuntaban al despertar de una nueva vida. Todo el entorno de la llanura, hasta el propio aire, lloraba y gemía bajo la influencia de esa fantástica melodía, o bien se animaba y alborozaba como celebrando la victoria de la luz sobre las tinieblas, de la razón sobre la ignorancia. Ese canto me impresionó y absorbió hasta tal punto que tuve que pedirle a Liberia que me sacara de allí o de lo contrario me temía que sufriría un colapso nervioso.

De nuevo nuestro cisne remontó el vuelo y nos adentramos a toda velocidad en las profundidades continentales, lejos de aquel hechizante espectáculo.

—Hay algo que no entiendo —dije, una vez recobrado de la impresión vivida—: usted dice que la primera canción que escuchamos era reproducida por un fonógrafo con amplificadores especiales para aumentar la intensidad del sonido, pero ¿por qué entonces las voces de estos cantantes y los instrumentos de su orquesta sonaban con la misma potencia que el primer cantante?

—Pues porque ellos tampoco son contemporáneos nuestros. Vivieron a principios del siglo pasado, y ya hace tiempo que ninguno de ellos se encuentra entre los vivos.

—Pero ¿qué me está diciendo? —exclamé—. ¿Es que me toma por un niño al que se le puede hacer creer cualquier cosa? ¿Cómo que no están vivos, cuando acabamos de verlos y escucharlos?

—Eso no significa nada. Aquí solo hemos visto el resultado de unir el cinematógrafo con el fonógrafo. Los artistas que hemos visto eran únicamente una

sombra de lo que fueron cuando estaban vivos. Su imagen fue captada por el cinematógrafo y, a través de un complejo sistema de espejos, proyectada sobre el escenario; mientras que la música se escuchaba a través del propio fonógrafo.

—Pero ¿es que no les queda ningún cantante vivo?

—¡Cómo que no! Lo que pasa es que actúan de otro modo ante su público, nunca antes de que sus canciones hayan sido grabadas por el fonógrafo y siempre con la ayuda de amplificadores. Las canciones normales y corrientes no tienen el mismo efecto que las elaboradas previamente, de igual forma que un diamante en bruto no puede dar el mismo juego que uno pulimentado. Y dese cuenta —prosiguió, viendo mi expresión de sorpresa— de que, con ayuda de nuestros avanzados cinematógrafos y fonógrafos, podemos ver y escuchar todo lo que se hace en cualquier punto del globo marciano, y así nuestros más renombrados cantantes, artistas, oradores, declamadores y muchos otros pueden intervenir en tiempo real ante toda la audiencia del planeta, siendo oídos y vistos simultáneamente de un extremo a otro del globo. Todo lo cual nos dio la posibilidad de construir teatros y auditorios basados en principios totalmente diferentes a los suyos terrestres. El concierto que acabamos de oír también se estaba escuchando en otros puntos de Marte que cuentan con teatros similares. Y no solo eso. También podemos disfrutar de esa música en nuestra propia casa submarina: no tenemos más que manipular el tubo acústico conectado al cable del teléfono y el tubo fotofónico en el que puede verse todo lo que se interprete en los escenarios, aunque se encuentren a miles de verstas.

X

Pronto vimos a lo lejos un hermoso edificio de gran tamaño, con grandes ventanales iluminados desde dentro con luz eléctrica. En la cúspide destacaba una macilenta escultura que representaba una figura de mujer humana con un bebé en sus brazos. Lo realmente peculiar de la estatua era que de sus ojos irradiaba luz, producto de las lámparas eléctricas que encerraba en su interior, alumbrando a su alrededor un espacio bastante considerable con un efecto extraordinario: parecía que la imagen tenía vida propia, que se trataba de un ser animado.

Nos acercamos con rapidez a la construcción, que resultó ser uno de los numerosos orfanatos públicos. A uno y otro lado del cuerpo central se alzaban dos alas longitudinales de gran extensión: una pintada de azul oscuro, la otra de azul

claro. Se trataba de dos hoteles de primera y segunda categoría, en los que se alojaban tanto los encargados del orfanato como cualquier visitante recién llegado. La institución se había dejado al cuidado exclusivo de las mujeres: los únicos hombres que podían verse eran visitantes ocasionales o invitados de la casa.

Nuestro cisne descendió con suavidad en la puerta de acceso al hotel de primera clase y, cuando lo hubimos dejado en el porche donde estaban estacionados otros vehículos similares, entramos en el edificio y tomamos un largo pasillo a cuyos lados se encontraban las habitaciones. Tras ocupar una de ellas, compuesta por dos dormitorios con un salón comedor común, nos dispusimos a cenar. En la pared, junto a la mesa, estaba colgada la carta, en la que al lado del nombre de cada plato había un pulsador; bastaba con apretarlo para que apareciera en la mesa el menú elegido, exactamente como sucedía con el mantel mágico de los cuentos.

Después de pasar la noche en el hotel, a la mañana siguiente fuimos a explorar el orfanato que habíamos visto la víspera. Era un bloque de dos plantas; la superior estaba dedicada a los más pequeños. Vimos gran cantidad de esas pequeñas criaturas, de las que se ocupaba la plantilla en pleno. Infinidad de niños, bajo la supervisión de sus cuidadores, formaban corros, cantaban y se ejercitaban al aire libre en el césped y por los senderos del jardín que se extendía junto al pabellón.

La educación entre los marcianos se organiza de la siguiente manera. Cuando el niño cumple cuatro años^[16], lo trasladan a la escuela primaria, donde permanece hasta los dieciocho. Estas escuelas-residencia se encuentran en cualquier lugar con un entorno de cierto valor paisajístico, frecuentemente a la orilla del mar. En ellas la vida de los niños transcurre entre juegos, entretenimientos y diversiones. Pero, al mismo tiempo que se les enseña a hacer corros, canto, baile, gimnasia, etc., aprenden de forma amena y casi sin darse cuenta a leer, escribir, las primeras nociones de matemáticas y también conceptos básicos de historia universal, geografía, astronomía... El sistema educativo marciano está pensado de forma que el niño no tiene necesidad alguna de forzar su memoria y agotar su concentración; todos los conocimientos se asimilan directamente con ejemplos explicativos de cada materia, desde un punto de vista tan atractivo e inteligible que los profesores a menudo se ven más obligados a frenar la sed de aprendizaje de sus alumnos que a estimular su interés.

Hay que tener en cuenta que cada niño está dotado de una capacidad de comprensión y retención diferentes: por lo tanto debe dedicarse la máxima atención a las características individuales de cada alumno; todas las escuelas, tanto primarias como secundarias, tienen varios niveles paralelos en los que se agrupan los niños con similares aptitudes, talentos y naturaleza, y los profesores pueden seguir un mismo programa para todos ellos, si bien adaptándolo a las necesidades individuales de cada uno. Para mejorar la retención memorística de los conceptos ya asimilados, en

ocasiones se adoptan métodos artificiales, como la sugestión hipnótica. No obstante, solo se recurre a la hipnosis en casos muy concretos, pues se ha observado que a veces puede influir negativamente en el correcto desarrollo intelectual de niños que en principio eran perfectamente sanos y normales.

Desde los ocho a los doce años los niños estudian en escuelas primarias de educación básica, en las cuales —por cierto— están separados los chicos de las chicas. En ellas estudian con más detalle tanto las materias comunes y de humanidades como las de ciencias aplicadas, incluyendo la construcción de máquinas elementales y su trabajo con ellas. Las máquinas, como veremos más adelante, desempeñan un papel primordial en la vida de los marcianos, y por ello tienen que empezar a familiarizarse con ellas desde la infancia.

—Ni que decir tiene —me contaba Liberia—, que todo el sistema educativo de nuestras escuelas de enseñanza básica está encaminado a despertar en los niños la curiosidad por el saber y a favorecer su posterior desarrollo intelectual de forma autónoma y con capacidad de autocorrección y superación. Los escolares que ve aquí de vez en cuando hacen excursiones, supervisados y acompañados por sus educadores, y las vacaciones pueden pasarlas con sus padres o bien con sus tutores educativos, viajando por diferentes lugares.

Después de la enseñanza primaria, pasan a la secundaria, en la que estarán de los doce a los dieciocho años. En estas escuelas, además de las materias obligatorias de las ciencias y las artes, estudiarán los fundamentos de los principales oficios, tanto en el plano teórico como en el práctico. La ignorancia en el campo de los oficios o en el manejo de las máquinas, se considera entre los habitantes de Marte un demérito a la hora de obtener el grado de ciudadano libre; de ahí que se haga especial hincapié en su estudio. Con el objetivo de conocer *in situ* el funcionamiento de fábricas e industrias, a menudo los alumnos de estas escuelas hacen visitas a estos centros, bajo las directrices de sus profesores, viajando por todo el globo y adquiriendo así la práctica y experiencia necesarias para después aplicarlas en su vida. Al concluir esta fase, con dieciocho años, ya están del todo perfilados los rasgos particulares y el carácter del futuro ciudadano; asimismo se hace evidente, en mayor o menor medida, hacia qué campo de actividad puede mostrarse más afín, eficiente, etc., si predomina en él la tendencia al trabajo científico e intelectual o más bien las labores prácticas y las ciencias aplicadas. Según sean sus inclinaciones, el joven elegirá una especialidad, ya que el período que va de los dieciocho a los veintitrés años se dedica exclusivamente al estudio del campo escogido.

Una vez terminada la enseñanza obligatoria, cada joven recibe un certificado donde se enumeran todos los trabajos y oficios estudiados a la perfección; tendrá derecho a recibir inmediatamente ofertas de trabajo según sus preferencias y en cualquier parte del planeta donde se desarrolle esa actividad. Finalizada la enseñanza

superior especializada, cada uno recibe un grado correspondiente a su ramo, que le da derecho a ocupar en cualquier parte determinados puestos propios de su especialización.

De este modo la vida escolar, en la que los educadores disponen de todo lo necesario, se convierte en uno de los períodos más felices en la vida de un marciano; se les ofrece una serie interminable de satisfacciones, obtenidas tanto por la perfecta organización institucional en actividades y normas como por la continua adquisición de nuevos conocimientos.

A los veintitrés años se da por concluida la formación del marciano y a partir de entonces da comienzo su vida civil.

La educación de la chicas en Marte difiere un poco de la de los chicos, lo cual es comprensible, ya que la naturaleza de unos y otros se diferencia en muchos aspectos. Las chicas concluyen su formación algo antes, pues, al igual que entre los habitantes de la Tierra, maduran antes que los chicos. Concretamente su instrucción se da por superada a la edad de veinte años. De conformidad con la diferencia de caracteres y sentido de la organización entre varones y hembras, a las mujeres se les suele adjudicar —según tradiciones arraigadas en el correr de los años— un tipo de trabajo más acorde con su sexo. Y de la misma forma que ningún marciano intentará jamás desempeñar un trabajo o tarea que se considere privilegio exclusivo de las mujeres, ninguna marciana se atreverá a solicitar un puesto de trabajo masculino. Y eso no depende de disposición o ley alguna, sino que simplemente se considera inadecuado si no es admitido por una u otra parte, al igual que por ejemplo entre los hombres se considera —o al menos antes era así— inapropiado que un varón se sienta a la rueca y una mujer se dedique a partir leña o a ir a la guerra.

Toda la información que reuní sobre la enseñanza escolar fue en parte fruto de mis propias observaciones y en parte proveniente de los relatos y explicaciones de Liberia. No me decidí a preguntar a otros marcianos, por temor a que me tomaran por un completo ignorante o que llegaran a intuir la verdad. Esto me habría puesto en una situación bastante embarazosa, pues me habría convertido inmediatamente en su centro de atención.

XI

Una vez visto el orfanato, regresamos al hotel para comer. La habitación que

ocupábamos ya había sido cuidadosamente recogida, aunque en todo el tiempo que nos alojamos allí no conseguimos ver personal de servicio alguno. Entre los marcianos, el empleo de máquinas había alcanzado un grado sorprendente de desarrollo, y allá donde pudiera sustituirse el trabajo de un ser racional por un mecanismo automático, era cosa hecha. La limpieza de las habitaciones de un hotel, incluidas las camas, se llevaba a cabo automáticamente; los suelos también se limpiaban de igual forma, por medio de chorros de agua que se llevaban cualquier resto y suciedad; la comida, como ya he contado, también se ofrecía de forma automática; si se necesita cualquier cosa que ofrezca el hotel, solo hay que pedirla por teléfono a la recepción más cercana y aparece en la mesa como por arte de birlibirloque, gracias a los tubos comunicantes de aire comprimido. De este modo el personal de servicio resulta prácticamente innecesario en un hotel. No nos exigieron pagar nada por la habitación, ya que llevábamos en el pecho nuestras insignias distintivas, que nos daban derecho al uso de todo lo necesario de forma gratuita. Olvidé decir que Liberia también contaba con su propia placa; al haber acabado sus estudios, tenía derecho a este privilegio durante un año. Pero lo más sorprendente es que nadie prestaba atención a nuestras chapas: los marcianos tienen un elevado sentido del honor y la dignidad, dando por sentado que nadie hará uso de un derecho si no le corresponde. Si alguien se viera sorprendido cometiendo un delito de ese tipo, sería inmediatamente sometido a un examen de sus facultades mentales, pues en opinión de los marcianos únicamente los enfermos o desequilibrados pueden aprovecharse de esta falta de control.

Estuvimos allí alojados dos jornadas y a mediodía de la tercera, nos subimos de nuevo a nuestro aparato volador y salimos disparados hacia el oeste. Como el sol comenzaba ya a calentar, en esta ocasión nos elevamos más, hasta las capas atmosféricas superiores, donde no hacía tanto calor y se podía contemplar una enorme extensión de tierra. Entonces comprendí por qué para nosotros el planeta Marte se ve desde la Tierra como una estrella rojiza. Al parecer, el continente marciano era en sí mismo un auténtico desierto, cuyo estéril terreno poseía un vivo tono rojizo. Las rocas, la arena, las arcillas... todo tenía en Marte una tonalidad bermeja, de igual forma que nuestros desiertos aparecen teñidos de matices grisáceos. Por todas partes esos vastos páramos se veían surcados por innumerables canales artificiales, que solo daban vida a los terrenos irrigados por ellos. Algunos tenían dimensiones impresionantes, tanto en anchura como en longitud, y, fijándome con más atención, llegué a comprender por qué los de mayor tamaño les parecen a nuestros astrónomos dobles. En medio de los desiertos, discurrían a veces amplios valles de suave pendiente, con una anchura de varios cientos de verstas. En ambos márgenes de cada valle y a diferentes alturas, se habían excavado una serie de acequias perfectamente paralelas, por las que circulaba el agua que regaba tanto las

orillas como la zona central de las vaguadas, todo ello a través de multitud de zanjas y regueros que descendían desde los canales principales.

De no ser por estos fértiles valles y algunos florecientes oasis cubiertos de exuberante vegetación e irrigados también artificialmente, la superficie de todo el planeta Marte tendría un aspecto completamente desértico, yermo y sin vida.

—Liberia, pero ¿dónde están vuestros ríos? ¡No veo ninguno, salvo esos canales artificiales! —dije dirigiéndome a mi compañera, sorprendido por algo tan inaudito en la Tierra como la ausencia total de cauces fluviales.

—Aquí en Marte no tenemos ningún río —respondió—. Nuestro planeta, como usted sabe, es bastante más antiguo que el suyo —prosiguió su argumentación, viendo que no acababa de comprender—, y por eso no es tan rico en agua como su Tierra, aunque hubo un tiempo en que albergaba comparativamente tanto líquido elemento como ahora la Tierra. Sin embargo, poco a poco, con el correr de los siglos, una parte del agua de lluvia se fue filtrando por las capas internas de la corteza marciana y ya no volvió a la superficie. Quedó fundida químicamente con las rocas montañosas y de esa manera se autoexcluyó del ciclo atmosférico. En la actualidad, los mares existentes no son muy grandes y por tanto no son capaces de proporcionar una cantidad suficiente de vapor de agua para formar nubes tormentosas y descargar la benefactora lluvia sobre la superficie, regándola. Además nuestra atmósfera ya es de por sí mucho menos densa que la de su planeta. Aquí no hay tormentas ni lluvia, y las escasas nieblas que en ocasiones se levantan desde el fondo de nuestros valles no son suficientes para servir de regadío y dar vida a nuestros desiertos. Tenemos casi permanentemente los cielos soleados. Por eso en nuestro planeta no puede haber ríos, ya que éstos solo pueden existir alimentados por la humedad procedente de la atmósfera. Y ése es el motivo que nos lleva a recurrir a la construcción y trazado de canales artificiales para irrigar y vivificar nuestros áridos suelos. Estas obras se emprendieron hace muchos miles de años, en una época en la que aún no era necesaria la irrigación artificial del terreno. Inicialmente estaban previstos para equilibrar el clima entre las distintas regiones, poniendo en contacto las aguas de los mares fríos con las de aquellos más cálidos, y estableciendo así una rotación en el movimiento de las corrientes frías y templadas. Con el paso del tiempo, el continuo movimiento del agua por estos canales intermarítimos, ensanchó el cauce de los mismos hasta alcanzar desorbitadas dimensiones, en algunos casos comparables en anchura a su *Gulf-Stream*^[17]. Este hecho, así como la propia excavación de los canales, se vio favorecido por la peculiar circunstancia de que no tenemos elevadas cimas en nuestra orografía; toda la parte continental de Marte se configura como un espacio casi perfectamente llano: durante siglos de lluvias pasadas, nieve, viento, heladas invernales, calores estivales y sequías, montañas y acantilados fueron destruidos de forma paulatina, mientras las inundaciones depositaban sus sedimentos

en los mares, elevando simultáneamente el lecho oceánico; y así, nos estamos quedando sin elevaciones montañosas, sin océanos ni fosas marinas; tenemos únicamente mares interiores o mediterráneos.

»Y entonces, cuando la corriente entre las distintas masas de agua convirtió los primigenios y angostos surcos en dilatados cauces, y con el tiempo empezaron a desecarse los piélagos y con ellos los propios canales, estos últimos acabaron por constituir nuestros actuales valles. Valles que se habrían convertido en auténticos desiertos como los que los rodean, de no haber sido por la irrigación artificial que ya iniciaron nuestros ancestros: como ve, excavaron en los márgenes una red de canales menores paralelos, por los que discurre el agua que retienen de nuestros mares a través de enormes diques y esclusas, cuando se produce en primavera el deshielo de los casquetes polares y el nivel del mar aumenta significativamente.

»Sin estas construcciones, nuestro planeta hace tiempo que se habría transformado en un desierto completamente improductivo o en un conjunto de charcos de agua diseminados por su superficie. Y ahora, ¿ve ese mar que se encuentra a nuestra izquierda? —dijo indicando con su trompa una gran masa líquida que se extendía a lo lejos—. Pues no es un mar, sino un espacio especialmente inundado como reserva para el riego. Cuando se cierran los diques, el agua baja y el terreno se convierte en un florido campo.

Después de su explicación, me quedó claro por qué nuestros astrónomos observan a veces desde la Tierra esos cambios inusitados sobre la superficie de Marte, y los atribuyen a intensos movimientos geológicos y cataclismos.

—Pero eso no es lo único que nos aportan los canales —continuó la joven—. La fuerza de la corriente que llevan y la que se forma en los arroyos y torrenteras que manan de ellos también se utiliza convirtiéndola en electricidad, que nos proporciona luz, calefacción y transporte en cualquier rincón del planeta, posibilitando el uso de miles de máquinas y aparatos de locomoción en nuestros campos, fábricas e industrias, dando vida y movimiento allá donde haga falta. El agua de los canales nunca se congela, ni siquiera en invierno, ya que, por medio de ciertas instalaciones que transforman en energía térmica la fuerza fluvial, se produce suficiente calor para evitar la formación de hielo. De esta manera, la navegación eléctrica en estos canales se efectúa a lo largo de todo el año.

Cogí los binoculares y los enfoqué hacia uno de los canales. En toda su extensión y en ambos sentidos lo surcaban enormes cargueros movidos por energía eléctrica, que se desplazaban a increíble velocidad cargando todo tipo de mercancías. Se ponían en movimiento de forma similar a nuestros ferrocarriles eléctricos; la única diferencia consistía en que los cables conductores de electricidad se habían tendido bajo el agua, a lo largo de toda la vía navegable.

Parecíamos sobrevolar un inmenso campo de cultivo, cuyo tamaño presentaba no

un color pardo oscuro, sino visiblemente encarnado. En distintas zonas reverberaban pequeños lagos, o mejor dicho reservas hídricas artificiales; entre uno y otro sobresalían ciertas construcciones de piedra de gran altura, parecidas a depósitos de agua, desde cuyos bordes superiores se vertían chorreras que ponían en movimiento las norias. Toda la superficie de la campiña recién regada se veía repleta de arados y rastrillos que removían el terreno y actuaban aparentemente de forma autónoma.

—Dígame, Liberia, tengo curiosidad, ¿cómo se ponen en movimiento esos arados? —le pregunté esperando resolver el misterio.

—Lo hacen aprovechando la fuerza del propio líquido que cae de los depósitos —dijo indicando las torres que funcionaban como tales—. El movimiento del agua, con la ayuda de dinamos, se transforma en energía eléctrica que es transmitida a esas máquinas agrícolas por medio de cables.

Al fijarme con más detalle observé que por todo el campo había tendidos cables metálicos, en torno a los cuales se movían los instrumentos de labranza.

—Pero ¿de qué forma se introduce el agua desde abajo en estos depósitos de reserva? —indagué.

—De ese trabajo se encarga el sol —respondió ella—. Fíjese bien en las torres. ¿Ve junto a ellas esos paneles circulares? Son cristales térmicos que recogen los rayos del sol y calientan las calderas de vapor que ponen en funcionamiento las bombas que extraen el agua del lago próximo para almacenarla en las cisternas.

«¡Vaya! —pensé—. ¡Se las han ingeniado incluso para que el sol cargue con el arado! ¡Tienen inventos con los que nada parece imposible!»

Allá donde dirigiese mis gemelos, veía pululando como hormiguitas afanadas en su trabajo, a los marcianos, que, aun con su desagradable apariencia, se mostraban como criaturas con un nivel de inteligencia muy desarrollado. En algunas partes se dedicaban a erigir cierto tipo de construcciones que no era capaz de definir, y en otras iban creando nuevos canales y trazando nuevos caminos; al mismo tiempo los electrocópteros se encargaban de sembrar los campos recién preparados, sirviéndose de las orillas de los canales como muelles de carga y descarga. En suma, por todas partes y en los cuatro puntos cardinales, a excepción de los adustos desiertos, la vida y el trabajo bullían...

XII

—Es una lástima que no hayamos cogido un libro para leer por el camino. O quizá aquí estén en desuso —comenté, por cambiar de tema.

—¿Cómo que no hemos cogido? Tenemos toda una biblioteca, ¡aquí está! —dijo Liberia, abriendo uno de los cajones de nuestra cabina y señalando un montón de cartuchos cilíndricos—. Libros escritos a los que usted está acostumbrado, aquí no hay por supuesto —añadió—, pero la palabra viva del propio autor resulta bastante más interesante y amena que un libro muerto.

—¿Qué quiere decir? ¡Ah, ya! Seguramente usted misma es autora y quiere leerme algo de su obra.

La joven se echó a reír.

—Pero ¡qué ingenuo es usted! ¡Claro que no! Lo que haremos será obligar a uno de nuestros mejores poetas contemporáneos a que nos lea su última obra —entonces introdujo uno de los cartuchos en un aparato que resultó ser un tipo de fonógrafo, orientó sus dos tubos, uno hacia ella y el otro hacia mí, y me pidió que mirara.

Acerqué el ojo y con gran asombro por mi parte pude ver un marciano de carne y hueso, de pie en actitud oratoria y desenvolviendo lo que parecía un manuscrito.

Una vez desenrollado el escrito, comenzó a recitar sus versos ante nuestros propios ojos, con una clara y potente voz, unida a una perfecta dicción.

Resulta que este aparatito conjugaba con tal maestría las funciones del cinematógrafo y del fonógrafo, que producía una ilusión de realidad absoluta: era como si se hubiera unido a nosotros una tercera persona. El contenido del poema era muy original. El poeta había tomado el argumento no de la vida pasada ni contemporánea, sino que era un canto al futuro de la civilización marciana; representaba el culmen del genio de su sociedad, cuando los habitantes de Marte dominarían definitivamente todas las fuerzas de la Naturaleza, penetrarían en la esencia de todas las leyes universales que rigen el Cosmos y serían capaces de someterlas. Dibujaba un atrevido y grandioso panorama, en el que los marcianos tendrían la posibilidad de desplazar su planeta por el espacio, no siguiendo su órbita establecida desde el inicio de los tiempos, sino trazando una elaborada por el intelecto marciano; ¡y entonces el planeta Marte, cual cometa errante, atravesaría otros sistemas solares y se sumergiría en los confines más alejados de nuestro Sol, hacia el insondable espacio interestelar!

Cuando el poeta acabó su lectura y, después de una reverencia, desapareció, Liberia introdujo un nuevo cartucho y luego un tercero, y así sucesivamente, aparecieron ante nosotros toda una retahíla de poetas, novelistas, oradores, cantantes, bailarinas, etc., etc., igual que si estuvieran tan vivos como nosotros. Se nos mostraban incluso escenas completas, por lo que pude escuchar y ver algunas obras de los dramaturgos marcianos. Pero la mayor de las sorpresas vino cuando Liberia me enseñó con este fonocinematógrafo mágico la tragedia íntegra de Shakespeare

Hamlet, interpretada por nuestros mejores actores. Se deducía que los marcianos, de alguna forma, habían logrado incluso captar y grabar con sus aparatos algunas de nuestras obras terrestres.

De esta manera, nuestro viaje parecía verdaderamente salido de un cuento: todo el trayecto lo pasamos en compañía de los mejores personajes de la Tierra y de Marte, ya fuera vivos o muertos, y en poco tiempo estuve familiarizado con las principales obras de la literatura marciana.

Como pude apreciar, la principal diferencia entre la poesía marciana y la nuestra estribaba en que mayoritariamente su inspiración no procedía del pasado o del presente, sino del futuro, lo que abría un inmenso espacio a la fantasía. Y hay que añadir que sus temas causaban gran impresión tanto en la mente como en el corazón de sus oyentes. Sonaban como una especie de profecía e infundían en la gente el vigor y la fe en sus propias fuerzas, colmando sus corazones con la arrogante certeza del poderío de su intelecto, dando alas a su imaginación, avivando la energía, el ansia de actividad y la lucha por el genio creativo marciano. En una palabra: era la fuente inagotable de la que bebía la poesía marciana.

Mientras tanto nos fuimos acercando en poco tiempo al Lago del Sol, donde se encontraba el Departamento Central de Estadística. Los días transcurrían sin darme cuenta. Cada noche solíamos descender para pasar la velada en algún hotel y hacernos con provisiones para seguir nuestro viaje.

No voy a describir el sinfín de curiosidades y hechos increíbles que pude presenciar a lo largo de nuestra ruta; hubo tantos que solo mencionarlos me llevaría varias páginas.

De vez en cuando bajábamos hasta la superficie de Marte para ver alguna que otra cosa que mereciera la pena, y nos detuvimos varios días en diferentes lugares.

Al encontrarme de continuo en compañía de Liberia, me fui acostumbrando a ella poco a poco y ya no me causaba impresión su aspecto horrible. Era una marciana tremendamente inteligente y hasta ingeniosa, y bajo las formas abominables de su cuerpo, se apreciaba en ella su alma femenina, sensible y delicada, además de su juventud y su particular ingenuidad. Todo ello me hacía olvidar sin querer su imagen física y ver únicamente su belleza interior. Incluso su propia apariencia había dejado de repelerme y empezaba a encontrarle cierto encanto atractivo a su fealdad. Su fascinante y aislado ojo, en el que podía verse toda su alma como reflejada en un espejo, ¡era digno de ver! Cuando dirigía hacia mí su mirada, cuajada de ideas, sentimientos y deseos enigmáticos, un agradable estremecimiento recorría todo mi cuerpo y me hacía desear que siguiera mirándome más y más tiempo. Incluso su cola llegaba a hacerme gracia, sobre todo cuando se ponía a contonearla coquetamente mientras hablábamos. Al margen de todo lo dicho, no hay que olvidar que yo mismo era en ese momento un auténtico marciano.

Llevábamos de viaje ya cerca de un mes y en todo ese tiempo solo tuvimos una pequeña desavenencia. En una ocasión, durante una de nuestras paradas, Liberia adquirió en una de las tiendas comunitarias cierto artilugio. El aparato estaba integrado por todo un sistema de cables y lentes, y debía aplicarse a los ojos. Me explicó que se trataba de un psicoscopio, y que por medio de este instrumento se podía leer el pensamiento de una persona. Reconozco que al principio era muy escéptico respecto a la utilidad de ese objeto y pensé que sería simplemente una especie de juguete. Pero Liberia se ajustó el psicoscopio a su ojo y lo dirigió a mi rostro. De repente, asustada, soltó el aparato y se apartó bruscamente de mí.

—¡Dios mío, qué malo es usted, qué desconfiado y cobarde egoísta! —dijo ella entre dientes.

Me quedé sumamente confuso y azorado ante esta inesperada conclusión tras su observación. Realmente lo que pensaba en ese momento era: ¿y si el tal psicoscopio no es un juego y ella pudiera leer mis pensamientos ocultos, aquellos que jamás querría revelar a nadie? Entonces me sentí aterrado y, por alguna razón, también enormemente avergonzado. Tenía la misma sensación que si estuviera desnudo frente a un extraño.

—¡Liberia, por amor de Dios, no haga que me avergüence! ¡Aparte de mí ese maldito chisme! Yo mismo le confesaré mis pensamientos más íntimos, pero, por favor, no me someta a esa tortura —le supliqué.

—¡Eso es lo que hace tener mala conciencia! —dijo ella con pesar y templanza al mismo tiempo—. Por otra parte, debe perdonarme, no puedo culparle de nada. La culpa la tiene su educación terrestre: a ustedes desde la más tierna infancia les enseñan a ocultar sus sentimientos e ideas, estropeando de esa manera el sentido moral que poseen por naturaleza. Y es suficiente echar un vistazo con una lamparilla a su alma para que al instante le invada el miedo: teme que descubran algo desagradable, algo que no quiere sacar a la luz; aunque estoy segura de que la mayoría de esos temores son del todo infundados.

—Pero, Liberia, ¿acaso no le inquietaría a usted misma, si de repente empezaran a leer sus más recónditos pensamientos? —argumenté.

—¿A mí? —se sorprendió—. Por favor, cuando quiera. Al contrario, eso sería para mí un placer, ya que podría llegar a ser comprendida mejor que con palabras, pues éstas a menudo no aciertan a expresar lo que sentimos. No tengo nada que ocultar o encubrir, porque solo se guardan las ideas perniciosas y malintencionadas. Y entre nosotros le garantizo que no encontrará ni un solo marciano que pueda albergar tales intenciones respecto a sus semejantes. Nuestros científicos se ocupan en este momento de perfeccionar el psicoscopio, con el fin de que pueda relegar definitivamente la necesidad de comunicación oral, y de que cada uno por medio de este dispositivo pueda comprender las ideas de otros y transmitir las suyas propias sin

recurrir a la palabra.

Sintiendo curiosidad por ver cómo funcionaba el psicoscopio como transmisor de ideas, me lo llevé al ojo y lo dirigí hacia Liberia. ¡Y qué extraña sensación! Noté inmediatamente que mis ideas tomaban un nuevo curso en ese mismo instante, pero también me percataba de que este nuevo curso lo dirigía el rumbo que seguía el pensamiento de mi compañera. Por lo visto sucedía algo similar a la sacudida producida por una descarga eléctrica por inducción. En ese momento las ideas de Liberia eran muy tristes.

—Pero ¡querida Liberia, por favor, no se aflija! —murmuré, apartando mi ojo del psicoscopio...

Al día siguiente divisamos el Lago del Sol, en cuyo centro aparecía una isla de la que sobresalía una colina artificial de gran altura y sobre la cual se asentaba el imponente edificio del Departamento Central de Estadística, fulgurante en la distancia.

XIII

Esta construcción suponía toda una maravilla arquitectónica en su género marciano. Sus paredes se hallaban revestidas con losas transparentes similares al cristal de roca o al topacio; la cubierta estaba construida de plata pura y brillaba al sol como la nieve en las cumbres rocosas. Los frontones, cornisas y capiteles de las columnas eran de auténtico oro macizo, y las columnas y los pórticos eran de algo parecido al jaspe o la malaquita. Los frescos y bajorrelieves estaban incrustados de piedras preciosas y este mosaico fabuloso refulgía al sol con luces de mil colores diferentes. (Los metales nobles en Marte —al igual que en la Tierra— son muy apreciados, ya que allí también son escasos.) Alrededor del edificio y en el talud de la montaña artificial sobre la que se elevaba se había trazado un lujoso parque con preciosos cenadores, veredas, fuentes, y toda una serie de columnatas con estatuas que representaban a conocidas personalidades marcianas.

Bajamos con el electrocóptero hasta la misma entrada de este majestuoso edificio. Con el corazón acelerado empecé a subir los escalones del porche en pos de Liberia. Me sorprendió que nadie nos detuviera ni preguntara a quién veníamos a ver. Y así llegamos a traspasar el arco que daba acceso al interior, que resultó aún más lujoso que la fachada. Lo primero que me saltó a la vista fue una especie de enormes

armarios, adornados profusamente con diversas esferas de medición, dispuestos a lo largo de toda la inmensa sala. Junto a ellos se aplicaban algunos marcianos, sin prestarnos la menor atención. Pero, cuando nos adentramos en la sala, uno de ellos se nos acercó.

—¡Caramba! ¡Si son Liberia y el señor No-Él! ¡Sean bienvenidos! —nos saludó cordialmente—. Hacía tiempo que les esperaba. Pax me avisó de que tenían intención de visitar nuestro Departamento.

Al parecer, se trataba de Ratsio, un amigo de Pax. Después de las saluciones nos condujo hasta un rincón, nos sentó a una mesa y, suponiendo que estaríamos hambrientos, nos obsequió con un magnífico desayuno que se sirvió automáticamente sobre la mesa como se hacía siempre.

—Fíjese por ejemplo en ese armario —dijo señalándolo y llevándome junto a uno de esos enormes bloques, en cuya parte superior rezaba la inscripción: «Agricultura».

Temiendo que fueran a gastarme una broma, me acerqué desconfiado pero lleno de curiosidad, y me detuve a observar con más detalle...

XVI^[18]

En los alrededores del edificio departamental, en el Lago del Sol, se aglutinaba una auténtica ciudad, la única de todo el globo marciano. O más propiamente habría que llamarla Exposición Universal Permanente, más que simple urbe. Allí se reunían todas las maravillas y curiosidades del mundo marciano. Los museos más variopintos, numerosas galerías de arte, aulas de física y laboratorios químicos, centros de control de máquinas, etc., etc. En suma, se exhibían todas las obras nacidas de las trompas y el talento marcianos, comenzando por los tiempos prehistóricos y concluyendo en el mundo actual. Para poder ver —incluso apresuradamente— todas las cosas interesantes que ofrecía la exposición, habrían hecho falta muchos meses o quizá años.

No me detendré a relatar con detalle todo lo que pude ver allí; tan solo mencionaré las dos muestras que me resultaron más impactantes: el Panteón Marciano y el Museo-Panorama del Mundo.

El Panteón Marciano se encontraba integrado en un inmenso palacio, en cuyas salas se conservaban los sepulcros en los que reposaban los cuerpos de los marcianos.

Pero no se trataba de cadáveres, sino de seres «fallecidos» o mejor dicho «dormidos» temporalmente. Hacía ya muchos milenios que los marcianos habían descubierto la posibilidad de detener a voluntad el largo período de vida de cualquier organismo vivo, para después en un momento dado despertarlo de nuevo a la vida. De esta forma, interrumpiendo el curso vital por un tiempo, se presentó la oportunidad de prolongar la vida arbitrariamente por un espacio casi ilimitado. A raíz de este descubrimiento muchos quisieron ser adormecidos por decenas, cientos o incluso miles de años, con la condición de ser despertados en el momento convenido y así poder volver a vivir de nuevo.

El sujeto sometido a letargo debe tomar un preparado especial, y cuando se duerme y se paralizan todas sus constantes vitales, su cuerpo inmóvil y petrificado es sumergido en un líquido especial que tiene la capacidad de cristalizarse instantáneamente al menor movimiento, a semejanza del agua a temperatura bajo cero; por este método, el cuerpo aletargado queda encerrado en esa masa cristalizada, totalmente protegido de cualquier influencia de la atmósfera exterior: se puede así preservar —como una conserva— absolutamente intacto por tiempo indefinido. Sobre el cristal se anota una leyenda: quién es el sujeto, cuándo se inició el letargo y cuándo debe ser reanimado; después se le encontrará un sitio en el Panteón. Para devolver la vida a un organismo conservado en esas condiciones, se rompe el cristal de un modo concreto, éste se hace mil pedazos, y el cuerpo liberado resucita tras las consabidas manipulaciones.

El Museo-Panorama del Mundo se encontraba también en una edificación *ad hoc*, o más concretamente en un colosal observatorio.

Hace mucho, mucho tiempo, mientras nuestra Europa atravesaba un período glacial, los marcianos ya habían inventado una peculiar telecámara fotográfica, gracias a la cual se podía recibir una imagen continua del planeta que se enfocaba (que quedaba impresionada sobre una bovina de un tejido especial que se iba desenrollando ininterrumpidamente) y también realizar fotografías de él. Un sinnúmero de enormes pantallas del mismo tipo, con imágenes que exponían en láminas la historia de cada planeta del sistema solar, se conservaban dispuestas en orden cronológico en depósitos especiales, para que cualquiera pudiera ver cuando lo deseara un determinado suceso, acaecido por ejemplo en nuestra Tierra hace cientos o miles de años. Para ello, se enroscaba una especie de carrete en un rodillo giratorio, y se podía observar la imagen a través de los instrumentos ópticos adecuados.

Ratsio, que nos hacía de guía, nos mostró varias de esas imágenes vivas de la historia terrestre. Así, pude ver, en este original cinemascopio, a los hombres de las cavernas luchando con las fieras antediluvianas; las tribus nómadas que habitaban nuestra actual Europa en la prehistoria; también vi a los faraones egipcios rodeados de sus séquitos y ejércitos; vi al rey David; a los griegos en el enfrentamiento de las

Termópilas; a Julio César siendo abatido por Bruto; a Napoleón en la batalla de Borodínó y a muchos otros más. Como representados en un impresionante escenario de teatro, los acontecimientos históricos se sucedían ante mi atónita mirada.

Más de tres semanas nos llevó a Liberia y a mí la observación y estudio de las mil maravillas que se daban cita en la exposición del Lago del Sol, pero evidentemente no pudimos ver ni una décima parte de todo lo que merecía la pena. Me embriagó de tal forma todo lo que presencié que estuve a punto de olvidar quién era yo realmente, y que mi estancia en Marte era solo temporal. Me había acostumbrado tanto a los marcianos que me rodeaban que ya los veía igual que si se tratara de seres humanos; su fealdad no solo dejó de parecerme desagradable, sino que los encontraba bastante amables, ingeniosos y hasta graciosos. En una palabra, me sentía aquí mejor que nunca y todos mis deseos iban encaminados a ver y conocer más y más.

Pero un buen día Ratsio me dijo que Pax quería hablar conmigo de algo.

—¿En qué puedo ayudarle? —le pregunté por teléfono.

—¡Una desgracia! —contestó Pax—. Mi hijo Experimentus, que ha adoptado su forma terrestre, ha caído repentinamente enfermo. Es algo realmente grave. Únicamente se le puede salvar con una condición: que su «yo» regrese inmediatamente a su cuerpo; de lo contrario su organismo terráqueo morirá, el alma de mi hijo pasará a un mundo desconocido y usted tendrá que quedarse para siempre con nosotros.

¡Esta noticia fue como un trueno en un cielo despejado! Por muy interesante que fuera la vida entre los habitantes de Marte, yo solo me encontraba entre ellos por mera curiosidad; era su invitado y nunca se me había pasado por la cabeza quedarme de por vida. En la Tierra seguían estando todas mis ligaduras, mis aficiones, mi amor. Prefería vivir entre los humanos a quedarme como un extranjero entre los bondadosos marcianos. Por último recordé a mi amada, que había dejado en la Tierra, y me invadió un sentimiento abrasador de vergüenza y temor. ¡Cómo había podido olvidarla! ¡Cómo había podido pasar ni un solo minuto sin pensar en ella! ¡Dios mío! ¿Qué pasaría si al final tengo que quedarme aquí, apartado de ella para siempre, sin que sepa siquiera sobre mi increíble transformación? ¡Oh..., me parecía estar perdiendo el juicio! Solo apreciamos toda la fuerza de nuestro amor cuando nos arriesgamos a perder a la persona que amamos. Pero en condiciones normales el hombre al menos lucha, intenta salvar los obstáculos que le impiden unirse a la persona amada, llega a realizar auténticas hazañas empeñando toda su energía, inteligencia y astucia. Pero ¿de qué servirían todas mis fuerzas, mis energías y facultades, si mi cuerpo humano muriera y tuviera que quedarme en Marte para toda la vida? Incluso si Rochas o cualquier otra persona en la Tierra quisiera ponerse en mi lugar intercambiando nuestros cuerpos, y tuviera de nuevo la oportunidad de ir a parar a la Tierra, ¿acaso mi amada podría reconocerme en otro cuerpo? ¿Es que

podría entonces amarme como antes? ¡Sin lugar a dudas, no! Porque se ama no solo a un «yo» o a un alma, sino también a una imagen física. ¿Qué atractivo podría tener para una muchacha un alma juvenil encerrada en un cuerpo anciano y decrepito? Mi situación era realmente dramática. «¡Rápido, rápido! ¡Con suerte llegaré a tiempo!» era lo único a lo que podía aspirar.

Estaba asustado hasta tal extremo que, dejando de lado cualquier delicadeza, casi arrastré a la fuerza a Liberia para que volviera conmigo, ya que solo no podría orientarme y encontrar el camino más corto para llegar a casa de Pax. La joven marciana acató sin rechistar mis deseos, pero, a pesar de mi confusión y temor, no pude dejar de notar que parecía muy triste y compungida. «Pobre —pensaba yo—, ella también teme por la pérdida de su único hermano.» Por otro lado me daba la sensación de que tenía muchas menos ganas de regresar conmigo de lo que yo quisiera. Además en mi situación, ¡cada segundo parecía una eternidad! Ratsio, que seguía con nosotros notando mi angustia e inquietud, intentó tranquilizarme indicándome que si hacíamos el camino de vuelta por el ferrocarril subterráneo, cuyos vagones se movían veloces por medio del aire comprimido, tardaríamos alrededor de una hora y media en llegar. Nos acompañó hasta la estación que se hallaba bajo tierra, y nos acomodamos en uno de esos vagones cerrados herméticamente y con forma de bala. Ya que durante el viaje era imposible que entrara el aire del exterior, contaban con una reserva especial de gas líquido, gracias al cual los pasajeros podían sentirse perfectamente sin necesidad de respirar aire fresco.

El tren arrancó. Pero, a pesar de la sacudida que debió de producirse al comenzar el trayecto por el túnel, apenas sentí nada. En las paradas y cruces de líneas que necesariamente habíamos de atravesar a nuestro paso, tampoco se apreciaba casi traqueteo alguno; hasta ese punto se había perfeccionado la construcción de esas vías.

Ambos fuimos prácticamente callados todo el camino. Dejo al lector que juzgue por sí mismo la angustia y temor que inundaban mi alma en aquel momento.

¿Y si llegábamos tarde? ¡No era cosa de broma! Mi destino pendía de un hilo si me retrasaba un solo minuto, y podría quedarme aquí atrapado, rodeado de seres que me resultaban ajenos, con los que definitivamente no tenía nada en común y —así me lo parecía— nunca podría tenerlo.

Y bien, pasó la hora y media como si nunca fuera a acabarse, y el conductor anunció la llegada a nuestro destino.

Liberia, que había pasado todo el trayecto sombríamente callada, se levantó y yo la seguí. Pronto estuvimos en el agua del fondo marino y emprendimos el ascenso hacia la superficie, ayudándonos de nuestras extremidades. Al salir, vi que nos encontrábamos ya junto al propio observatorio de Pax, del cual había partido mi peregrinación marciana. Entramos en el vestíbulo, que se encontraba en la parte baja

de la torre, a la altura de su línea de flotación. Había un elevador que llevaba hasta la cúspide, donde se ubicaba el observatorio. Liberia me indicó cómo funcionaba y me tendió su trompa, diciendo:

—¡Adiós, No-Él! No tengo fuerzas para presenciar su partida a la Tierra. No nos volveremos a ver nunca más, pero sepa que le estaré observando siempre desde aquí, mientras usted viva en la Tierra. ¡Acuérdese de mí de vez en cuando! Yo... yo... —su voz se quebró—, ¡yo he llegado a tomarle cariño! ¡Sí, le quiero! —dijo rompiendo en un sollozo y, sin darme tiempo a reaccionar después de tan inesperada confesión, la joven marciana se dio la vuelta rápidamente, se sumergió en el agua y desapareció bajo las olas.

Me quedé sobrecogido, inmóvil varios minutos, como petrificado. En mi alma se desató una tempestad de sensaciones e ideas de todo tipo. Lo primero que sentí fue como si se hubiera alzado el velo que cubría mis ojos: comprendí que aquí en Marte no había estado en absoluto tan solo como a mí me lo parecía. Durante mi viaje con Liberia, ni una vez se me pasó por la cabeza que pudiera surgir el amor entre nosotros; y consideraba esto improbable, no por el hecho de que desde nuestra visión terrestre pareciera poco agraciada, ¡de ningún modo! Como dije antes, ya había tenido tiempo de acostumbrarme a ella e incluso aprendí a encontrar cierta belleza en el deforme cuerpo marciano, hasta el punto de que no solo no me parecía repulsivo, sino que llegué a encontrarlo tan atractivo como el de los humanos. Con Liberia había empezado a sentir involuntariamente cierta empatía. Pero no pensaba ni por lo más remoto en una relación amorosa, porque sencillamente no se me ocurrían motivos para establecerla. Y de repente esa declaración justo en el momento de separarnos para siempre, su triste y esquiva mirada empañada por las lágrimas mientras hacía su confesión y su rápida retirada, afectaron profundamente a mi corazón. Comprendí entonces por qué después de la fatal noticia de Pax, que tanta alarma y congoja me causó, Liberia se había mostrado todo el tiempo sombría y apagada. Era evidente que en su interior estaba sufriendo un auténtico drama. Por lo visto, la mentalidad femenina es idéntica, tanto en Marte como en la Tierra: tanto a unas como a otras les gusta lo que se sale de lo normal, de lo cotidiano, y lo encuentran interesante de un modo u otro. Y yo, que había aparecido en Marte de forma totalmente imprevista, me convertí desde ese momento en objeto de máximo interés a los ojos de la joven marciana. No resulta extraño entonces que, pasando tanto tiempo a mi lado en nuestro viaje, con una relación de proximidad, acabara sintiéndose atraída por mí y enamorándose.

Este amor anidó en su corazón de forma totalmente inconsciente; ella nunca pensó en las consecuencias que podrían derivarse de aquello. El aviso de Pax sobre la enfermedad de mi *alter ego* en la Tierra le había abierto los ojos y se dio perfecta cuenta de la arriesgada posición sobre la que se asentaba su amor: el precio que

habría de pagar por su felicidad, en el mejor de los casos, supondría perder para siempre a su hermano, al que amaba fervorosamente. Y ese pensamiento debía torturarla y atormentarla sobremanera.

No sabía qué hacer. ¿Lanzarme tras ella? Pero ¿cómo encontrarla bajo las olas de ese inmenso mar? No conocía el lugar y podría perderme fácilmente. Y, además, ¿con qué motivo? Si hubiera decidido *motu proprio* quedarme en Marte y de esa forma, con un impulso puramente egoísta, sacrificar a su hermano, ¿acaso podría ella perdonármelo? No me quedaba otra salida que apretar ese botón y elevarme hasta el observatorio. Y así lo hice, aunque ni mucho menos de la forma acuciante con la que antes quería llegar a él.

Arriba ya estaban esperándome el señor y la señora Pax.

—¿Y dónde está Liberia? —me preguntó la madre de la joven.

—Ha preferido no estar presente en mi segunda metamorfosis —acerté a decir en medio de mi turbación.

Los Pax intercambiaron miradas y comprendí, por su expresivo silencio, que intuían el verdadero motivo de la ausencia de su hija.

—Mi hijo se dejó llevar de algún modo mientras viajaba por su planeta y no supo medir las fuerzas de su organismo ante el espíritu enérgico y aventurero que le caracteriza, y como consecuencia hizo enfermar gravemente a su cuerpo —resumió Pax—. La cosa se puede arreglar, como ya le dije, a condición de que usted regrese inmediatamente a la Tierra.

—Estoy preparado —respondí. Entonces Pax me acomodó en el sillón y procedió a hipnotizarme.

Cuando desperté, vi que me encontraba en la cama, en el observatorio del doctor Rochas en el Mont Blanc. De nuevo volvía a ser mi «yo» primigenio, pero ¡en qué estado! ¡Vaya!, me sentía muy enfermo, dolorido, débil, y yacía prácticamente inerte.

El bueno de Rochas se desvivía a mi lado y me daba medicinas. Después me desvanecí y me subió la fiebre; mi vida estuvo pendiente de un hilo mucho tiempo. Solo a principios de noviembre, cuando en el Mont Blanc ya comenzaba el duro invierno, me encontré con ánimos de levantarme del lecho y dar unos pasos por la habitación. Me trasladaron en camilla hasta Chamonix, donde pasé todo el invierno y solo hacia la primavera me sentí recuperado y pleno de fuerzas, ayudado por el curativo aire de las montañas.

Poco después emprendí el regreso a Rusia.

EPÍLOGO

Habían pasado ocho años. Y había llovido mucho en ese tiempo; muchas circunstancias me obligaron a pasar serias necesidades, soportar injustas ofensas y persecuciones, y sobrevivir a otras tantas desgracias y desilusiones. Más de una vez, contemplando el silencioso y estrellado firmamento nocturno, buscaba con la mirada esa estrella rojiza, el planeta Marte; me acordaba de Liberia y pensaba que quizá en ese mismo momento ella estaría mirando hacia nuestra Tierra, observándome y pensando en mí. Estaba profundamente arrepentido de no haberme quedado allí para siempre, en ese increíble planeta. Y todo ese tiempo estuve esperando con impaciencia el día en que el profesor Rochas publicara sus experiencias con los habitantes de Marte. Pero se sucedían los años y en vano seguía la prensa con la esperanza de leer algo sobre el fabuloso descubrimiento de Rochas. No daba señales de vida.

En otoño de 1895, el destino me empujó de nuevo a viajar a Suiza y aproveché la ocasión para buscar a mi viejo amigo astrónomo, dirigiéndome a Chamonix. Por el camino me detuve en Martigny, en el valle del Ródano y, hablando informalmente con el dueño del hotel, le pregunté si no tendría noticias de cierto científico llamado Rochas, que vivía en el Mont Blanc.

—Rochas... Rochas... Déjeme pensar —dijo el francés—, creo que me suena; me parece que algo leí sobre el fallecimiento de un científico medio loco en el Mont Blanc. Sí, fue en el año de 1888, durante la terrible tormenta que aquí todos recuerdan, y que recorrió Suiza y Saboya dejándonos tantos desastres. Yo entonces perdí casi todas mis vides. Sí, lo recuerdo... Además, si no me equivoco puede que incluso conserve el periódico donde se hablaba de la muerte de ese científico.

—¡Oh, no sabe qué favor me haría si pudiera buscar ese diario! —exclamé ardiendo de curiosidad e inquietud.

—*Tiens, je vais le chercher dans ma bibliothèque*^[19] —dijo el solícito francés, y al cabo de un rato me trajo un antiguo ejemplar de un periódico regional francés de 1888, donde se daba cuenta de lo siguiente:

El 1, 2 y 3 de octubre Suiza entera se convirtió en un auténtico y estruendoso infierno. Durante esos tres días una terrible tormenta, acompañada de continuos truenos y un incesante diluvio, se ensañó con toda la región sumiéndola en un estado cercano al pánico. Todos los ríos y arroyos se desbordaron, convirtiéndose en amenazadores y enfurecidos torrentes. El transporte ferroviario se vio interrumpido en muchos sitios. Se echaron a perder multitud de viñas y frutales. Los daños se elevan a decenas de millones de francos. La tormenta tampoco pasó de largo por la Saboya, donde no fue menos perniciosa. A la sazón, se produjeron grandes desprendimientos, especialmente en la zona de Mont Blanc, con la consiguiente desaparición de centenares de reses. Tampoco se saldó la catástrofe sin víctimas humanas. En el mismo Mont Blanc falleció un excéntrico científico, un tal señor Rochas. Este individuo había vivido muchos años en compañía de un asistente, en una de las cumbres de esa montaña. En opinión de algunos, se dedicaba a estudiar el movimiento de los glaciares y según otros, a recolectar especies vegetales endémicas de las montañas. Nadie pudo aportar datos fiables sobre su vida, ya que el señor Rochas vivía

completamente aislado y no tenía por costumbre recibir visitas; incluso el emplazamiento concreto de su cabaña solo era conocido por unos pocos, muy allegados a él.

Una gigantesca avalancha, procedente de la nieve acumulada en la cima de la montaña en la que se asentaba la vivienda del señor Rochas, arrastró a esta última junto a su dueño y al asistente, precipitándolos al vacío. Las búsquedas resultaron infructuosas, ya que el alud había cubierto todo posible rastro...

¡Y ahí estaba la solución al misterioso silencio del doctor Rochas! Por tanto, todo su ingente trabajo de tantos años, sus apuntes, todas sus conversaciones con los habitantes de Marte, sus descubrimientos e invenciones en tan diferentes campos, adoptados de los científicos marcianos, en una palabra: ¡todo lo que él se disponía a sacar a la luz! ¡Todo eso había desaparecido de forma irreversible!

¡Ahora juzguen ustedes mismos lo que supuso para la humanidad la irreparable pérdida de este laborioso científico!...

La Montaña de la Estrella

(1899)

Valeri Y. Briúsov

DEDICATORIA

Cuando me interné en el desierto hace diez años, llegué a pensar que me había despedido del mundo civilizado para siempre. Acontecimientos totalmente extraordinarios son los que me han impulsado a tomar la pluma para plasmar mis recuerdos. Lo que yo pude ver probablemente no haya sido presenciado nunca por nadie. Pero lo que más se vio afectado fue mi propio interior. Mis convicciones, que yo consideraba inamovibles, se vieron pulverizadas o fuertemente sacudidas en sus cimientos. Ahora admito horrorizado como verdad irrefutable todo aquello que antaño rechazaba. Estas notas podrían tener un claro propósito: prevenir a otros como yo. Pero lo más probable es que nunca lleguen a contar con lector alguno. Las escribo con zumo sobre grandes hojas, en lugares remotos de África, lejos de las últimas huellas dejadas por la cultura, bajo la choza de un bechuana^[1], con el incesante estrépito del Mosi-oa-Tunya^[2] como fondo. ¡Oh, grandiosa catarata! ¡La más hermosa que hallarse pueda en el mundo! En este desierto, tú eres la única que puede llegar a comprender mi inquietud. Y a ti te dedico estas páginas.

Una aldea, a 9 de agosto de 1895

I

Cuando abrí los ojos, se veía el firmamento ya oscurecido de azul, con grandes y brillantes estrellas. Apenas me había movido, solo mi mano, que durante el sueño asía con más fuerza aún la empuñadura de mi *kinzhal*... El gemido volvió a escucharse. Me incorporé y me quedé sentado. La gran hoguera preparada esa tarde para ahuyentar a las fieras durante la noche ya se había apagado y mi porteador negro Mstegá dormía aún, hundido en la tierra...

—¡Levanta! —le grité—. ¡Coge la lanza y sígueme!

Nos dirigimos hacia el lugar de donde procedían los gemidos. Durante diez minutos estuvimos vagando al azar. Finalmente vi un bulto claro delante de nosotros.

—¿Quién está durmiendo ahí sin fuego? —grité—. Responde o dispararé. —Pronuncié estas palabras en inglés, después las repetí en el dialecto local cafre, y de nuevo en holandés, portugués y francés. No hubo respuesta. Me acerqué con el revólver cargado en la mano.

En la arena había un hombre en medio de un charco de sangre; iba vestido a la europea. Era una persona de unos sesenta años. Tenía todo el cuerpo cubierto de heridas de lanza. El rastro de sangre se perdía en el desierto; el herido se había arrastrado mucho tiempo antes de caer definitivamente.

Ordené a Mstegá preparar una hoguera, mientras yo intentaba reanimar al viejo. Al cabo de media hora empezó a moverse y levantó ligeramente los párpados, posando su mirada —al principio confusa, luego más despierta—, en mí.

—¿Me entiende usted? —le pregunté en inglés. Sin obtener respuesta, repetí la pregunta en todas las lenguas que conocía, hasta en latín. Tras un largo silencio, el anciano empezó a hablar en francés.

—Le doy las gracias, amigo mío. Entiendo todos esos idiomas, y si callaba es porque tenía mis motivos. Dígame, ¿dónde me encontró?

Se lo expliqué.

—¿Por qué me siento tan débil? ¿Tengo heridas graves?

—No creo que sobreviva ni un día más.

Apenas había pronunciado estas palabras, el hombre se estremeció, sus labios se contrajeron y sus dedos huesudos se clavaron en mi brazo. Su habla pausada se transformó en un grito ahogado.

—¡No puede ser!... ¡No ahora, no!... ¡Justo cuando estaba a un paso! Usted se equivoca...

—Es posible —dije fríamente.

—Simplemente he perdido mucha sangre.

Sonreí:

—Y continúa perdiéndola; no he conseguido detener la hemorragia.

El hombre se echó a llorar, suplicando por su salvación. Finalmente brotó sangre de su boca y volvió a perder el conocimiento. Cuando volvió en sí por segunda vez, se mostró más calmado de nuevo.

—Sí, me estoy muriendo —admitió—, usted tiene razón. Ahora me doy cuenta de la gravedad. Pero escuche. El destino le ha convertido a usted en mi heredero.

—Yo no necesito nada, gracias —objeté.

—Oh, no es eso —me interrumpió él—, no se trata de un tesoro, ni de dinero. Me refirieron a otra cosa. Yo estoy en posesión de un secreto.

Hablaba enmarañada y apresuradamente; ora empezaba a contar su vida, ora daba un salto hasta los últimos acontecimientos. Yo no entendía la mayor parte de lo que me estaba contando. Seguramente cualquiera en mi lugar le habría tachado de viejo loco. Desde su infancia decía haberse sentido atraído por la idea de las comunicaciones interplanetarias. Y a ello había dedicado toda su vida. Había dado conferencias en diversas sociedades científicas sobre los cohetes que había proyectado con el fin de viajar desde la Tierra a otros planetas. En todas partes se burlaron de él. Pero el cielo, como lo expresaba él, le reservaba un premio en sus años postreros. Basándose en ciertos documentos inéditos, había llegado a la conclusión de que la cuestión de los viajes interplanetarios ya había sido resuelta, y precisamente por los habitantes de Marte. A finales del siglo XIII de nuestro calendario, enviaron una nave a la Tierra. El aparato aterrizó en el África Central. En opinión del anciano, en esa nave no iban exploradores, sino audaces fugitivos proscritos. No se ocupaban de estudiar la Tierra, procuraron simplemente instalarse de la forma más cómoda para ellos. Aislándose de los aborígenes, creando un desierto artificial, vivían en medio de él en una sociedad avanzada e independiente. El viejo estaba convencido de que los descendientes de esos exilados de Marte aún vivían en aquel lugar.

—¿Dispone usted de una localización precisa de ese punto? —le pregunté.

—He calculado aproximadamente la longitud y latitud... quizá con un grado de variación...

Lo que había sucedido después con el anciano era de esperar. Sin querer compartir sus éxitos, se dirigió en solitario a explorar...

—A usted, a usted le entregaré mi secreto —me dijo mientras se veía morir—. Continúe mi misión y llévela a término, en nombre de la ciencia y de la humanidad.

Me eché a reír:

—A la ciencia la desprecio, y la humanidad no me gusta.

—Pues entonces hágalo por la fama —dijo él con pesar.

—Deje, deje —contesté—. ¿Para qué quiero yo la fama? Pero de todas formas estaré deambulando por el desierto y echaré un vistazo a aquel país por pura curiosidad.

El hombre susurró ofendido:

—No tengo elección... Tendrá que ser así... Pero júreme que hará todo lo posible por llegar hasta allí... que solo la muerte podrá detenerle.

Me reí de nuevo e hice el juramento. Entonces el moribundo, con lágrimas en los ojos y voz temblorosa, pronunció una serie de cifras: la longitud y la latitud. Las anoté en la culata de mi fusil. Poco después del mediodía, el anciano falleció. Su última voluntad fue que mencionara su nombre cuando escribiera sobre mis viajes. Paso a cumplir su petición: se llamaba Maurice Cardeaux.

II

Ese mismo día, al caer la tarde, emprendí la expedición prometida al anciano. Conocía el mapa de esa región de África, casi inexplorada aún, bastante mejor que cualquier cartógrafo europeo... Mientras seguía mi ruta, iba reuniendo con determinación indicios sobre el lugar al que me dirigía. Al principio lo único que podían decirme los más versados en el asunto era que allí se localizaba un peculiar desierto que estaba endemoniado. Después empecé a encontrarme con gente que contaba diferentes leyendas sobre ese desierto. Todos eran reacios a hablar de ello. Al cabo de algunos días llegamos a la región que limitaba con el Desierto Maldito. Aquí todos lo conocían, todos lo habían visto, pero nadie se había atrevido a ir. Había habido osados que se adentraron en el desierto, pero al parecer ninguno regresó.

El muchacho que adopté como guía nos llevó hasta el propio desierto a través de senderos cercanos. Más allá del bosque, el camino se prolongaba en una inmensa estepa. Al anochecer llegamos hasta un poblado nómada de bechuanas, que se habían instalado al borde mismo del desierto. Me recibieron con gran respeto, me instalaron en una de sus chozas y me obsequiaron con una ternera.

Al ponerse el sol, y tras dejar a Mstegá al cuidado de nuestras cosas, salí solo para contemplar el desierto. No había visto nada más extraño en mi errática vida que los límites de ese desierto. La vegetación no desaparecía paulatinamente: no existía la esperada zona de transición entre las franjas de pradera y la propia estepa estéril. Inmediatamente, en el transcurso de dos o tres *sázheny*, los pastizales se transformaban en una pétrea llanura. En el fértil terreno cubierto de hierba tropical, aparecían de repente oscuros estratos entre pizarrosos y salobres; apilados unos sobre otros, formaban una escarpada y agreste planicie, que se prolongaba en la distancia.

Sobre esa superficie, serpenteaban y se extendían grietas y hendiduras a menudo profundas y con una anchura de hasta dos *arshín*^[3], siendo toda ella de una dureza equivalente al granito. Los rayos del sol poniente se reflejaban aquí y allá en los escarpes y mellas rocosos, cegándonos con sus reverberaciones. Pero, aparte de todo eso, si uno se fijaba con atención, podía distinguir en el horizonte un cono de un color gris apagado, sobre cuya cima brillaba algo parecido a una estrella. Regresé pensativo al *kraal*^[4]. Pronto me vi rodeado por una multitud: se habían reunido para ver al hombre blanco que se disponía a partir hacia el desierto. Entre el gentío distinguí al brujo local. Impulsivamente me acerqué a él y lo apunté con el cañón de mi winchester a la altura del pecho. El chamán se quedó petrificado de miedo; por lo visto los rifles no le eran desconocidos. La gente se apartó instintivamente.

—Y bien —le pregunté con parsimonia—, ¿sabe usted, mi querido amigo, alguna oración antes de morir?

—La sé —contestó el brujo con indecisión.

—Pues entonces más vale que rece ahora, porque está a punto de morir.

Hice un chasquido con el gatillo. Los negros, desde lejos, ahogaron un grito.

—Vas a morir —repetí—, por ocultarme lo que sabes sobre el Desierto Maldito.

Advertí un cambio de ánimo en la expresión del brujo. Sus labios se fruncieron, mientras en su frente las arrugas se contraían y distendían alternativamente. Coloqué el dedo en el gatillo. Era posible que el chamán realmente no supiera nada, pero yo podía apretar el gatillo en cualquier momento. De repente cayó a tierra.

—Que el señor espere —dijo conteniendo un sollozo—, el brujo le contará todo lo que ha oído sobre ese lugar de boca de sus padres cuando era niño. Allí, en medio del Desierto Maldito, se alza la Montaña de la Estrella, tan alta que llega hasta el cielo. En ella viven los demonios. A veces salen de su país y devoran a los niños que están en los poblados. Quien va al desierto muere. Y está prohibido hablar de él...

Con eso tuve bastante. Bajé el winchester y pasé lentamente entre la estupefacta muchedumbre, en dirección a la choza que me habían designado. Pasar la noche en el poblado no me parecía seguro. Por otra parte era consciente de que solo se podía caminar por el Desierto Maldito de noche. Le ordené a Mstegá prepararlo todo para ponernos en camino. Llevamos consigo reservas de agua para cinco días, algunas provisiones y todo lo necesario para construir un refugio donde guarecerse de la canícula. Separé toda nuestra carga en dos fardos iguales, uno para mí, otro para Mstegá. Después le mandé que fuera a decir al jefe de la tribu que nos marchábamos. El poblado entero salió a despedirnos, pero guardando todos una prudencial distancia. Hasta el límite con el desierto marchaba alegre, silbando. Hizo su aparición la luna. Los bordes de las placas centelleaban fabulosamente bajo los rayos lunares. En ese momento oí la voz de alguien. Al volverme, vi que el brujo había salido de entre la gente y nos había seguido hasta detenerse también en el margen del desierto. Alzando

la mano hacia nosotros, pronunció con claridad unas palabras determinadas. Era un conjuro dirigido a los espíritus malignos, condenándonos por haber perturbado la paz del desierto.

La luna aún estaba baja y por mucho tiempo la alargada sombra que formaban las manos del brujo no cesó de seguirnos, prolongándose tenazmente por el árido suelo pegada a nuestros pies.

III

Estaba lejos de suponer la cantidad de obstáculos que me encontraría al internarme en el Desierto Maldito. Ya desde nuestros primeros pasos nos dimos cuenta de lo difícil que era avanzar por ese estriado y pedregoso terreno. Los pies sufrían al pisar los puntiagudos estratos, el efecto de la luz nocturna engañaba nuestra visión y a cada momento podíamos caer por alguna grieta. En el aire flotaba un fino polvillo que irritaba los ojos. La monotonía del paisaje era tal que a menudo nos desviábamos de nuestro curso y dábamos vueltas en círculo. Era necesario orientarse por las estrellas, ya que la silueta de la montaña no era visible en la oscuridad. De noche aun se podía marchar con energía pero, apenas asomaba el sol, nos invadía un insoportable bochorno. El suelo se ponía al rojo vivo en poco tiempo y nuestros pies ardían incluso a través del calzado. El aire se convertía en un vapor ardiente, como si estuviéramos sobre una sartén al fuego; respirar se convertía en una tortura. Nos veíamos obligados a montar apresuradamente la tienda y tumbarnos en su interior hasta la tarde, moviéndonos lo menos posible.

Marchamos por el Desierto Maldito durante seis jornadas. El agua que llevábamos en los cueros se agrió enseguida, impregnándose del olor a piel y volviéndose repugnante al paladar. Un agua así apenas nos quitaba la sed. A la tercera mañana, lo único que nos quedaba de ella eran unos turbios restos en el fondo del odre. Decidí repartirlos entre los dos hasta apurarlos, ya que por el día se acabarían de estropear. Esa jornada empezamos a sufrir el martirio habitual en estos casos: dolor de garganta, lengua áspera e hinchada, y espejismos que se esfumaban rápidamente. Aun así pudimos avanzar la cuarta noche sin detenernos. Me parecía que la Montaña de la Estrella estaba más cerca, más próxima a nosotros que la frontera del desierto que habíamos dejado atrás. Sin embargo, por la mañana noté que la silueta de la Montaña apenas había crecido y seguía siendo igual de inaccesible. Ese cuarto día

acabaron por adueñarse de mí las alucinaciones. Se me aparecían lagos con oasis de palmas, manadas de antílopes en sus orillas, y también nuestros arroyos patrios con sus ensenadas en las que bañaban sus ramas los sauces llorones; veía la luna reflejada en el mar y quebrada por las olas, los paseos en bote tras los acantilados costeros, donde siempre había marejada y las olas rompían haciendo saltar la espuma a gran altura. En esos sueños pervivía una vaga conciencia de que todas esas imágenes no eran más que quimeras inalcanzables para mí. Deseaba acabar con esas visiones, vencerlas, pero no me quedaban fuerzas para hacerlo, y eso suponía una auténtica mortificación... Pero nada más ponerse el sol, cuando las tinieblas lo cubrieron todo, me desperté bruscamente y me levanté cual sonámbulo, como atendiendo a una llamada misteriosa. Decidimos no deshacer la tienda, pues ya no podíamos cargar con ella. Y seguimos adelante de nuevo, avanzando obstinadamente hacia la Montaña de la Estrella. Me atraía como un imán. Empecé a sentir que mi vida estaba íntimamente ligada a esa roca, que debía —incluso contra mi voluntad— acudir a ella. Y continué caminando, a ratos corriendo, saliéndome del camino y volviendo de nuevo a él, cayéndome y levantándome para seguir. Si Mstegá se rezagaba, le gritaba y hasta le amenazaba con el fusil. Apareció la luna menguante iluminando el cono de la Montaña. Saludé su imagen con gran exaltación, alzando los brazos hacia ella, suplicándole que me ayudara, y seguí caminando, caminando, ya sin llevar la cuenta, a ciegas...

La noche tocaba a su fin, a nuestra derecha despuntaba el sol rojizo, la Estrella situada en la cima de la Montaña resplandeció con fuerza. Ya no contábamos con la tienda y grité a Mstegá para que no se detuviera.

Proseguimos nuestra andadura. Debía ser mediodía cuando caí al suelo, vencido por la insolación, pero continué moviéndome a rastras. Tiré el revólver, los cuchillos de caza, la munición, el chaleco. Todavía cargué durante un buen trecho con mi fiel winchester, pero después también lo abandoné. Me arrastraba con las piernas inflamadas por el terreno candente, apoyándome con las manos ensangrentadas sobre las afiladas rocas. Cada movimiento que hacía me parecía que sería el último, que no sería capaz de hacer otro más. Pero en mi cabeza solo habitaba una idea: hay que seguir adelante. Y seguí arrastrándome incluso delirando, gritando palabras incomprensibles, como si hablara con alguien. En una ocasión me puse a cazar unos escarabajos y mariposas que creía ver revoloteando a mi alrededor. Al volver en sí, oteaba el horizonte hasta dar con el perfil de la Montaña, para de nuevo reptar hacia ella. Llegó otra noche, pero por poco tiempo nos dio un respiro su frescor. Las fuerzas me abandonaban, estaba totalmente desfallecido. Mis oídos se llenaron de extraños zumbidos y alaridos, y mis ojos se recubrieron de un espeso velo sanguinolento. Perdí completamente la conciencia. Lo último que recuerdo fue cuando desperté: el sol estaba bajo, pero me abrasaba horriblemente. Mstegá no

estaba a mi lado. En un primer momento quise hacer un esfuerzo para ver dónde se encontraba la Montaña. Pero en el siguiente instante una idea cruzó clara por mi cabeza, obligándome a reír espontáneamente. Me reía, aunque al hacerlo, de mis agrietados labios fluía la sangre, que se acumulaba en el mentón y goteaba hasta el pecho. Me reía porque por fin comprendía la locura de todo aquello. ¿Por qué tuve que seguir adelante? ¿Qué podía haber en la Montaña? ¿Vida, agua? ¿Y si lo que había no era más que el mismo Desierto Maldito, tan muerto como aquí? ¡Sí, claro que era así! Mstegá era más inteligente que yo y por eso se había ido. ¡Está bien...! ¡Quizá... sus piernas le permitan llegar hasta la frontera! Será éste el destino que merezco... Hartándome de reír, cerré los ojos y me quedé inerte. Pero mi atención se reavivó por algo oscuro que pude percibir a través de mis párpados cerrados. Eché un vistazo de nuevo. En el cielo planeaba un ave carroñera, un buitre africano. Había olfateado su presa. Mirándolo fijamente, empecé a imaginar cómo descendería y se posaría sobre mi pecho, para arrancarme esos mismos ojos que le estaban mirando y desgarrarme la carne en pedazos. Y también pensaba que ya me daba igual. Pero de pronto otra idea nueva, absolutamente cegadora, eclipsó mi pensamiento. ¿Qué hace aquí un buitre? ¿Para qué iba a adentrarse en el desierto? ¡O es que la Montaña de la Estrella estaba cerca y junto a ella había vida, y bosques, y agua!

Al momento un torrente de energía surcó mis venas. Me puse en pie. Muy, muy cerca se destacaba la mole negruzca de la Montaña, y de uno de sus flancos corría hacia mí el fiel Mstegá. Me estaba buscando, y al verme lanzó un grito de júbilo:

—¡Señor! ¡Venga, señor! ¡El agua está cerca, la he visto!

IV

Me lancé a la carrera impetuosamente, Mstegá corría tras de mí gritándome algo. Pronto comprendí que en medio del Desierto Maldito había una gigantesca depresión, en la cual se asentaba la Montaña. Me detuve justo al borde del precipicio que circundaba la hondonada.

Ante nosotros se abrió un panorama sorprendente. En pleno desierto se abría una pendiente de más de cien *śázheny* de profundidad. Abajo en el fondo, se extendía una llanura con una forma elipsoidal perfecta. En su diámetro menor, el valle medía unas diez verstas; el lado opuesto de la vaguada, de igual desnivel en vertical, se apreciaba claramente detrás de la Montaña. Esta última se erguía en el mismo centro

de la planicie, y su altura triplicaba la de la pendiente, alcanzando quizá media versta. Presentaba una forma cónica regular. En algunos tramos esa geometría se veía interrumpida por salientes, que se encontraban alrededor de toda la torre a modo de terrazas. El color de la Montaña era gris oscuro, con matices ocres. En la cima se podía observar una explanada, de la que sobresalía algo que brillaba con fuerza, como una aguja dorada.

El valle que rodeaba la Montaña se veía tan nítidamente como en un plano y estaba recubierto por una exuberante vegetación. Al pie crecían arboledas, cortadas por estrechos senderos. Una amplia franja de campos de cultivo ocupaba la mayor parte del valle; los labrantíos se veían oscurecidos al estar la tierra recién removida, ya que era el mes de agosto. Se veían en todas partes arroyos y acequias, que desembocaban en pequeños lagos. En el borde mismo del terraplén, crecía otra franja de palmeral, que se prolongaba hasta los angostos extremos de la elipse. El bosque se hallaba dividido en parcelas con espaciosos cortafuegos; en algunas partes formado por árboles ya viejos, y en otras por jóvenes vástagos. También podíamos ver gente. En los campos, por todas partes se distinguían grupos de negros trabajando acompasadamente, como siguiendo una voz de mando.

¡Agua! ¡Vegetación! ¡Gente! ¡Qué más podíamos pedir! Por supuesto, no nos detuvimos mucho tiempo a contemplar el paisaje de aquella región, imposible de abarcar de un solo vistazo; ni siquiera se podían apreciar con claridad las maravillas que encerraba aquel cuadro. Solo sabía una cosa: el tormento había tocado a su fin y el objetivo estaba cumplido.

Sin embargo, aún faltaba otra prueba. Había que descender por un barranco de cien *sázheny* de altura. La pendiente, en su parte superior, se componía de las mismas placas de árida pizarra que el resto del desierto. Más abajo comenzaba un terreno más fértil, en el que crecían los arbustos y la hierba.

Descendíamos agarrándonos a los salientes pizarrosos, a las rocas, a las ramas espinosas. Sobre nosotros graznaban buitres y águilas en vuelo, cuyos nidos se asentaban en los salientes del escarpe. Hubo un momento en que resbalé al pisar una piedra y me quedé suspendido de una mano. Recuerdo que me sorprendí al ver mi mano, extremadamente delgada y en la que se marcaban cada músculo y cada vena. A unos tres *sázheny* del suelo volví a escurrirme y esta vez me caí. Por fortuna la hierba estaba crecida y sedosa; no me rompí nada, pero perdí el conocimiento a causa del golpe.

Mstegá me hizo volver en sí. Cerca había un manantial rodeado de pulidas piedras, del cual fluía un riachuelo que se perdía a lo lejos, hacia el centro del valle. Unas gotas de agua bastaron para reanimarme. ¡Agua! ¡Qué delicia!

Bebí, respiré aire puro, me revolqué sobre el pasto y miré al cielo a través de las hojas de las palmeras, con su forma de abanicos. Con la mente en blanco, me

entregué a los placeres de la naturaleza.

V

El ruido de unos pasos me devolvió a la realidad. Me levanté de un salto, maldiciendo por haberme abstraído de aquel modo. En un segundo cruzó como un torbellino por mi pensamiento la conciencia de la situación real en que nos hallábamos. Habíamos llegado a un país habitado por un pueblo desconocido, del que ignorábamos su lengua y costumbres. Estábamos exhaustos después de los sufrimientos padecidos durante el camino y por la desnutrición. Carecíamos de armas, ya que lo abandonamos todo en el desierto, todo, incluso el rifle y también mi inseparable puñal... Pero no había tenido tiempo de tomar una determinación cuando en el claro apareció un numeroso grupo de hombres. Uno de ellos iba enfundado de la cabeza a los pies en una especie de túnica grisácea y los demás eran negros sin vestimenta alguna, del mismo tipo que los bechuana. Parecían estar buscándonos, y decidí salir a su encuentro:

—¡Saludo a los soberanos de este país! —pronuncié alto y claro en la lengua de los bechuana—. Unos forasteros piden ser acogidos.

Acompañé mi presentación con gestos como mejor pude.

Tras mis palabras iniciales, los negros se detuvieron. Pero en ese instante el mismo hombre de la túnica les gritó, en la misma lengua pero con un acento peculiar:

—¡Esclavos, obedeced y cumplid!

Entonces, cinco de ellos, con estruendoso frenesí, se abalanzaron sobre mí. Pensaba que iban a matarme, de modo que al primero lo recibí con tal puñetazo que acabó rodando por el suelo. Pero no tenía fuerzas para luchar contra tantos enemigos a la vez. Me derribaron y me ataron fuertemente con algún tipo de correas. Vi cómo hacían lo mismo con Mstegá, sin que este opusiera resistencia. Después nos levantaron y nos llevaron consigo. Comprendí que gritar o hablar era inútil, y me limité a prestar atención al camino.

Nos condujeron un buen rato por los campos, quizá anduvimos cerca de una hora. Por todas partes había montones de trabajadores negros, que se detenían asombrados al paso de nuestra comitiva. Después atravesamos, durante una hora más, un bosquecillo próximo a la Montaña. En ésta se veía un oscuro arco de entrada que llevaba hasta su núcleo. Nos hicieron entrar en él, pasando bajo una bóveda

amarillenta y comenzó así nuestro camino por un corredor empedrado, pobremente iluminado por las escasas antorchas habidas. Descendimos por estrechas espirales hacia algún punto subterráneo; percibí un olor a humedad como de sótano o de tumbas. Finalmente me arrojaron sobre un suelo de piedra en una oscura mazmorra del subsuelo, y allí me quedé en soledad. A Mstegá se lo llevaron a algún otro lugar.

Al principio me sentía desconcertado, pero poco a poco me fui reponiendo y empecé a escudriñar mi habitáculo. Era una cavidad tallada en el mismo corazón de la Montaña. Tendría un *sazhen* y medio de ancho y otro tanto de largo; de altura, rebasaba en algo más la de un ser humano. Estaba completamente vacía, no había jergón alguno, ni paja, ni siquiera una taza con agua. Al marcharse, los negros que me habían traído hasta allí habían bloqueado la salida con una pesada piedra modelada a tal efecto, que era imposible que yo la desplazara en lo más mínimo. Estuve tentado de probar a aflojar mis ataduras, pero incluso para eso me flaqueaban las fuerzas. Entonces decidí simplemente esperar.

Al cabo de algunas horas se oyó el golpeteo de unos pasos sobre la bajada de piedra. Por la grisácea bóveda se entreveraban los reflejos rojizos de las antorchas. Retiraron la piedra de la entrada. Entraron dos hombres en mi celda, ambos embozados en sendas túnicas grises; tras ellos se adivinaba un grupo de cinco negros desprovistos de ropa. Uno de los que vestían túnica dirigió una antorcha hacia mí y preguntó con aspereza:

—Extranjero, ¿entiendes mi idioma?

La pregunta había sido formulada en lengua bechuana, pero la pronunciación se distinguía por un matiz más refinado.

—Todos los pueblos —respondí yo— guardan respeto a sus visitantes. Yo he venido hasta aquí como tal, como amigo. ¿Por qué me habéis atado y arrojado aquí como si fuera un malhechor?

El hombre de la túnica volvió a interrogar:

—¿De dónde has venido?

—¡Soy un habitante de la Estrella! —le repliqué.

Los dos que estaban ataviados con túnicas intercambiaron miradas. En ese momento me fijé en sus caras: por el color de su piel, se asemejaban a los árabes. El que hablaba conmigo preguntó de nuevo:

—¿De qué Estrella procedes?

No me atreví a mencionar Marte.

—De la matutina y vespertina, ya que son la misma, solo que visibles a distinta hora. Soy el hijo del rey de esa Estrella. Y mi padre sabrá cómo vengarse si me causáis mal alguno; incendiará vuestros campos y destruirá esta misma Montaña...

—No nos asustan las amenazas —me interrumpió el hombre de la túnica—. Según nuestras leyes, los extranjeros que vienen a parar aquí desde otros países se

convierten en esclavos, pero, ya que tú procedes de la Estrella, lo que te espera es la muerte.

—¡No os atreveréis a hacer tal cosa! —le grité.

—Yo, Bolio, como miembro del consejo supremo y yerno del rey, por el poder que represento condeno a este hombre a la pena de muerte. ¡Esclavos, obedeced y cumplid!

Cinco hombres se me vinieron de golpe encima y me quitaron rápidamente las ligaduras. Cuatro de ellos me inmovilizaron manos y pies, y el quinto se sentó sobre mi pecho y preparó su cuchillo. Podía ver sobre mí su repulsivo rostro. El verdugo esperaba la señal, y yo grité casi sin aliento:

—¡Esto es algo indigno, un asesinato...! ¡Estáis violando vuestras leyes y las de toda la humanidad! ¡Un huésped venido de fuera es algo sagrado...!

Bolio me dijo fríamente:

—Estamos cumpliendo las leyes. Tu esclavo será nuestro esclavo, y tú debes morir.

Dicho esto se volvió, haciendo ademán de marcharse. En mi desesperación me lancé tras él, llamándolo:

—¡Alto! ¡Déjame ser esclavo! Serviré fielmente, con total sumisión... ¿De qué servirá matarme?... Tened compasión.

Bolio se volvió de nuevo.

—Tú eres de piel blanca —masculló.

—¿Y qué si es blanca? ¿Acaso no puedo trabajar? ¡Puedo ser esclavo! ¡Soy fuerte!

—Pero ¡tú procedes de la Estrella!

—Sí, así es —mantuve, jadeante y con incomprensible obstinación—, pero ¡eso no es un inconveniente! Mentí al decir que me vengarían. No puedo enviar una señal a los míos. Estoy indefenso. No represento un peligro para vosotros. Tened misericordia y permitidme ser esclavo.

No sé cómo, conseguí soltarme de algún modo y me arrastré por el duro suelo hasta agarrarme al borde de sus vestiduras.

El segundo hombre de túnica, que hasta entonces había callado, le dijo algo a Bolio en una lengua que no entendí. Bolio se volvió. Vi que sonreía:

—Está bien —dijo lentamente—, serás esclavo, eres apto para ser esclavo.

VI

Me llevaron arriba por el mismo corredor, empujándome a cada momento, ya que me mostraba muy débil. Después de un recorrido bastante largo, entramos en una gigantesca cámara iluminada a media luz, bajo cuya bóveda flotaba una bruma permanente. El rojizo resplandor de las hogueras alumbraba vagamente a la ruidosa y salvaje turba de esclavos, que ascendía a varios miles de hombres. Los que estaban más próximos, al vernos aparecer, enmudecieron inmediatamente.

—Mañana te dirán cuál es tu trabajo —concluyeron.

Me quedé solo frente a la multitud de indígenas y debido al cansancio caí al suelo en el acto. A mi alrededor se agolparon los curiosos. Me escudriñaban, tocaban mi piel, se reían al verme. Yo no me resistí. Al final se abrió paso una decrepita anciana, que se compadeció de mí.

—¿No veis que está cansado? Dejadle en paz —dijo a los otros.

Pedí algo de comer. La mujer me trajo maíz, que devoré ansioso.

—¿De dónde eres? —me preguntó ella, poniéndose en cuclillas junto a mí.

—De otra tierra, de otro pueblo.

Ella no me entendió y se limitó a mover la cabeza. Entonces yo a su vez le pregunté:

—¿Quiénes son la gente de las túnicas?

La mujer se sorprendió:

—Los letií, pues.

—¿Qué significa «letií»?

—Nuestros señores. Nosotros somos los esclavos y ellos, los letií.

—Escuche, abuela —proseguí—, yo vengo de muy lejos. Más allá del desierto de salitre vive otra gente. Allí no sabemos nada de vosotros. Dime, ¿cómo vivís aquí?

—¿Que cómo vivimos? Pues como todos, trabajando.

—Pero ¿qué hacen los letií?

—¿Cómo que qué hacen? Son nuestros amos.

—¿Y dónde viven ellos?

—Arriba.

Empezaba a intuir vagamente la verdad, pero el agotamiento me impedía seguir indagando. Me tumbé sobre una sucia estera, y con el griterío de fondo de la ingente masa de esclavos, me quedé profundamente dormido.

Ya de mañana, me despertó el ensordecedor redoble de los tambores. Los esclavos se iban levantando y acudiendo sumisamente hacia la salida. Yo eché a andar tras ellos. Junto a las puertas, los que actuaban como encargados nos dividían en brigadas y nos encaminaban a la correspondiente parcela asignada para trabajar. El sol empezaba a asomarse tras el borde superior de la hondonada. Me entregaron una

pala y me puse a cavar el terreno con los demás. Los vigilantes se paseaban continuamente a poca distancia y no tenían reparos en utilizar sus palos para golpear en los hombros a aquellos que mostraran la más mínima señal de pereza. Los esclavos aceptaban este trato con docilidad y sin rechistar. A mediodía hubo un descanso de unas dos horas y nos dieron otra vez maíz. Intenté comunicarme con mis compañeros, pero no me respondían. Después de comer, el trabajo se reanudó y se prolongó hasta la puesta de sol.

Al caer la tarde nos hicieron entrar de nuevo en la gran sala del piso inferior. Las mujeres, que pasaban el día tejiendo y dedicadas a labores manuales, ya nos estaban esperando. Comenzó la cena y el posterior desenfreno, propio del descanso entre los animales. El eco de los gritos y risotadas retumbaba en las paredes de piedra...

Deambulé por la sala sorteando los esclavos, que estaban entregados a sus diversiones. Algunos curiosos me seguían. Me fijé en unos ancianos, sentados junto al fuego con semblante triste y silencioso; también había jóvenes apresurándose a desahogar sus apetitos bruscamente en esas horas libres; contemplé a las madres, cual tigresas, acariciando y alimentando a sus pequeños, de los que se hallaban separadas el día entero. Por todas partes se veían rostros embrutecidos, se oían exclamaciones sin sentido aparente. Incluso para mí, acostumbrado a la vida de los aborígenes, resultaba espantoso ver a toda una tribu en ese estado animal.

En un rincón divisé a Mstegá. A su alrededor se habían congregado varios muchachos que escuchaban con atención sus relatos. Al verme, se volvió loco de alegría y se arrojó a mis pies.

—¡Mi señor! —repetía—. ¡Mi señor!

—Calla —le dije—. Aquí no deben saber que yo soy un señor. Lo pagaríamos muy caro y, quién sabe, a lo mejor hasta la propia Montaña acababa desapareciendo de la faz de la tierra.

Noté que mis palabras les habían causado impresión. Cuando al poco tiempo me acerqué a un grupo de ancianos que se calentaban al fuego, uno de ellos me dijo:

—Amigo mío, no está bien hablar así.

Le respondí con respeto:

—¡Mi querido abuelo! Juzga tú mismo. En mi país soy hijo del rey. He venido aquí por propia voluntad y no para hacer prisioneros de guerra. ¿Por qué no me han recibido como a un invitado, sino que me tratan con tal crueldad?

—Hijo mío —prosiguió el anciano con aire importante, moviendo la cabeza sobre las llamas—, desconozco eso que cuentas sobre otro país, aunque oí algo de ello en mi juventud, pero no sé nada más. ¡Aquí no hay más remedio que obedecer a los letií! Miles de inviernos lleva aquí esta Montaña y hasta hoy nada ha cuestionado su poder. Todos hemos sido esclavos y los únicos señores siempre han sido los letií. Así es como ha sido desde el principio, hijo. Debes creer a este anciano que ha oído

tantas cosas.

Los demás ancianos, a cual más vetusto y cubierto de arrugas, asintieron con la cabeza. Pero cuando regresé a mi rincón y me quedé por fin solo, se acercó a mí un joven de unos dieciocho años. Se arrodilló ante mí, igual que si yo fuera un letiúi, y me dijo:

—Me llamo Itchuú, y yo también creo que eres un señor...

Advertí que aún quería añadir algo y le pregunté:

—¿Acaso tú odias a los letiúi?

Los ojos del muchacho brillaron con fuerza en la oscuridad, mientras susurraba mirándome fijamente:

—Juro por el sol y por mis antepasados que siempre los odiaré y les causaré todo el mal que pueda.

Esa sentencia hizo prender en mi alma una llama de esperanza. Pero al acostarme de nuevo en la mugrienta esterilla, como un esclavo más, preparándome para volver al día siguiente al mortificante trabajo, pensé descorazonado que la Montaña seguía siendo tan inalcanzable para mí como en el Desierto Maldito. Ahora estoy aquí, en su país, pero ella guarda celosamente su vida ante mi presencia. ¿Quiénes son esos letiúi, auténticos amos del país? ¿Qué vida y qué cosas increíbles sucedían en los misteriosos pasajes de los pisos superiores? Y, con más fuerza aún que en el desierto, la Montaña de la Estrella atraía todos mis pensamientos. Mientras me dormía, juré quedarme en este país hasta que resolviera el enigma, hasta el final.

VII

En unos días me adapté completamente a mi nueva vida. Trabajaba con obediencia en el campo y cumplía todas las órdenes de los vigilantes, pero aprovechaba cualquier ocasión para aumentar mi popularidad entre los esclavos. Les contaba historias curiosas, les hacía retratos con carboncillo, les curaba como podía y en las horas de trabajo ideaba todo tipo de ingenios que pudieran facilitar las tareas. Por ejemplo, como teníamos que levantar troncos, construí una polea, cosa nunca vista allí y que incluso los letiúi venían a admirar.

Entre los esclavos gozaba de un gran respeto. Itchuú y dos jóvenes más se habían convertido en mis adeptos. Incluso los ancianos empezaron a verme con menos hostilidad. Pero todos mis intentos por atisbar algo de la vida de los misteriosos

soberanos de la Montaña resultaron vanos. Solo podía verlos en su papel de guardianes y, en raras ocasiones, en las terrazas que rodeaban la roca aparecían fugazmente como grises siluetas. Pero yo ya sabía que durante la noche, cuando los esclavos ya habían sido recogidos en su recinto, los letiei bajaban al valle y paseaban por los caminos que separaban los prados y bajo los árboles. También sabía, o intuía, que allá arriba existía el lujo, el arte, la ciencia. En una ocasión me pasé toda la noche de pie junto a la entrada de nuestra cámara, escuchando la melodía de una agradable música que venía de algún lugar en la parte superior.

Al séptimo u octavo día de mi vida de esclavitud, se celebró la fiesta de la siembra. En esa fecha, el propio rey con su séquito recorría los campos. Por la mañana nos sacaron a las parcelas de cultivo y nos dispusieron en formación, como a los soldados, en filas y columnas. Allá donde alcanzaba la vista podían verse los mismos escuadrones de esclavos en perfecta formación. Los vigilantes se encargaban de colocarnos de la manera más adecuada y de enseñarnos cómo debíamos saludar al rey, como al más alto dignatario que era, y a su hija la princesa. Los letiei tenían su propia salida desde la Montaña, en el lado opuesto al de los esclavos; por ese motivo no pudimos ver cómo la comitiva regia salía hasta el valle. Solo el fragor del griterío que llegó hasta nosotros, nos indicó que había comenzado la parada. A nosotros, sin embargo, no nos llegó el turno hasta mediodía.

Los gritos se iban aproximando a nuestra posición. Finalmente divisamos el trono real llevado en parihuelas por seis fornidos esclavos. El rey se detenía en cada parcela para intercambiar unas palabras condescendientes con los vigilantes. Cuando el cortejo real llegó a nuestra altura, tuve ocasión de fijarme bien en el rey. Era un hombre de avanzada edad ya completamente canoso, pero que conservaba el porte elegante de un soberano. Sus facciones eran perfectas y recordaban al tipo étnico del antiguo Egipto. Iba ataviado como los demás letiei, con una túnica gris, pero exhibía un peculiar tocado a modo de corona, recubierto de piedras preciosas.

Como nos ordenaron, caímos de rodillas y gritamos: «¡Le!». El rey pronunció algunas palabras en la lengua de los letiei dirigiéndose a nuestros centinelas; después hizo un gesto con la mano y las parihuelas prosiguieron su camino. Les seguía una larga procesión de letiei, las mujeres a la derecha y los hombres a la izquierda. Todos vestían túnicas grises y lucían adornos de oro y piedras preciosas. En los pies calzaban sandalias. Los hombres tenían la cabeza rapada y las mujeres el pelo recogido en elaborados peinados. Algunos llevaban curiosos instrumentos musicales, semejantes a la lira, mientras entonaban cánticos. Otros iban hablando entre sí y riéndose. Casi todos sus rostros eran muy hermosos, aunque demasiado pálidos.

Mientras pasaba el desfile, nosotros gritábamos: «¡Letete!». Detrás de los letiei que iban a pie, aparecieron de nuevo esclavos con las parihuelas en alza. Se trataba de la hija del rey, la princesa Siata. Su trono era menor, de formas más redondeadas,

pero también adornado de relucientes piedras. La princesa estaba oculta tras un velo rosado elaborado con un fino material. A ambos lados la acompañaban al paso algunos jóvenes letiúi de lozano aspecto.

Al llegar a nuestra altura, la princesa retiró repentinamente el velo rosáceo e hizo un gesto para que se detuvieran. Pude ver su nívea y bella faz, sus grandes ojos negros y su delicada mano. Llamó con un gesto a uno de los guardianes y le dijo algo. Yo tenía la impresión de que todo el tiempo me estaba mirando. Seguro que había oído hablar de ese extraño extranjero y entre los esclavos yo me destacaba por el color de la piel. Finalmente se corrió de nuevo el velo que cubría su trono y el cortejo prosiguió su marcha perdiéndose de vista en un recodo del camino. Enseguida nos dijeron que quedábamos libres por ese día. Nos llevaron a nuestra cámara y nos dieron un tonel de un tipo de bebida alcohólica elaborada con maíz, lo que fue recibido por los esclavos con gritos de júbilo...

Pero en mi memoria había quedado profundamente grabado el rostro de la princesa Siata. Una loca ensoñación se apoderó de mi alma sin que pudiera hacer nada por desterrarla. Por alguna razón estaba seguro de que era precisamente ella quien se hallaba íntimamente ligada a mi vida. Así, pensativo, me senté apartado de la salvaje chusma, cuando se me acercó Itchuú.

—Maestro —se dirigió a mí—, quiero preguntarte algo.

—¿Qué ocurre, amigo mío?

—Dime, ¿los letiúi son gente?

—¿Cómo que si son gente?

—¿Son gente como tú y como yo? ¿Ellos también mueren?

Entonces entendí.

—Claro que son gente como tú y como yo, como todos aquí. Y claro que mueren. ¿Es que nunca has sabido de la muerte de algún rey o de alguno de los guardianes, o de cualquier otro...?

—No, nunca —musitó él.

Cuando se marchó, aún no se mostraba muy convencido...

VIII

Por las noches, todos los esclavos debían estar confinados en la gran sala del piso inferior de la Montaña. Esta cámara tenía no menos de cien *sázheny* de diámetro y

abarcaba con toda seguridad una extensión de más de tres *desiatiny*^[5]. Hasta ella se llegaba por un ancho corredor de unos cincuenta *sázheny* de longitud. En las horas nocturnas ese paso quedaba cerrado con singulares bloques de piedra, y montaba la guardia el letiúi de turno, que tenía orden de matar a cualquier esclavo que intentara salir del recinto.

A pesar de ello, los esclavos sabían cómo burlar la vigilancia del centinela y no pocas veces algunos osados salían por la noche en busca de un posible botín: se valoraban especialmente las armas y el vodka. La buena dosis de bebida que habían recibido en la fiesta de la siembra había sido suficiente para despertar su avidez. Al día siguiente por la tarde, se oían comentarios sobre lo bueno que sería hacerse con un poco más de vodka. Para salir a conseguirlo, se ofrecieron dos voluntarios: Ksuti, hombre ya experimentado y de cierta edad, y mi conocido Itchuú. Yo les pedí que me llevaran con ellos. Los ancianos, tras algunas deliberaciones, accedieron.

La primera dificultad consistía en pasar a hurtadillas por delante del vigilante letiúi, apostado junto a la salida de la Montaña que daba al valle. Eso no nos resultó muy difícil. El guardia estaba echando una cabezada y había dejado la espada a su lado. Cruzamos el claro que había al pie de la Montaña arrastrándonos, ya que podían vernos desde las terrazas. Una vez en el primer bosquecillo, nos incorporamos.

El silencio reinaba en el valle... Los letiúi estaban agotados tras la fiesta de la víspera. Nadie había salido a pasear a la luz de la luna. Los hermosos senderos entre las palmeras nocturnas estaban desiertos. Tampoco se veía a nadie en las apartadas terrazas. Sin embargo, por precaución nos íbamos desplazando de árbol en árbol, hasta que rodeamos todo el semicírculo de la Montaña. Allí había un segundo acceso, que llevaba primero al almacén y después, por una empinada escalera, a los pisos superiores. Junto a esa entrada también hacía guardia toda la noche uno de los letiúi.

Al salir de nuevo al claro, nos tiramos como antes al suelo para avanzar. Pronto distinguí al guardián. Estaba sentado bajo el arco de entrada, con la cabeza inclinada sobre el pecho; también dormía. Para los letiúi, la vigilancia se había convertido en un mero formalismo.

—Podríamos pasar por delante, no lo notará —propuse a mis compañeros.

Efectivamente, crucé a dos pasos del letiúi durmiente, y pude fijarme claramente en su afeitado rostro y en los anillos de oro de sus dedos, pero él ni se inmutó. Ksuti fue detrás de mí.

—Aquí es —me dijo Ksuti, al llegar a una sala que se abría al final del corredor y que era parecida a la que nos alojaba, aunque de menor tamaño—. Aquí hay *ake* (vodka), pan y hachas.

Estaba mirando la oscuridad del interior mientras se iban acostumbrando mis ojos, cuando me sorprendió una leve risita a nuestra espalda. Ksuti, temblando de pies a cabeza, me miró. La risa venía de la entrada. Volvimos sobre nuestros pasos.

Bajo el arco yacía inmóvil el vigilante letiúi y sobre su cuerpo estaba sentado nuestro Itchuú, que se balanceaba a un lado y a otro sin poder contener su risa.

—¿Qué te pasa, Itchuú? —le pregunté.

—Mira maestro, mira... ¡está muerto!... ¡Los letiei son gente! También mueren.

Itchuú, que se coló detrás de nosotros, había estrangulado al vigilante. Ksuti tenía un susto de muerte.

—¡La has armado buena! —le reprendió—. ¡Eres demasiado niño aún, ahora no sabemos lo que nos espera! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—Sí, no tenías por qué hacerlo —añadí—. Mañana lo encontrarán y deducirán que hemos venido hasta aquí.

—No, maestro, lo llevaré al bosque y lo enterraré. ¡Porque está muerto! ¡Está muerto!

Al muchacho solo le faltaba ponerse a bailar. Pero no podíamos perder más tiempo. Fuimos de nuevo hasta el almacén. Ksuti, que ya había estado allí en otras ocasiones, nos llevó directamente hasta los barriles de vodka. Los dos negros se pusieron a rellenar ansiosamente las vasijas que traían, al tiempo que probaban el preciado licor.

—No bebáis mucho —les dije con severidad—, o de lo contrario os quedaréis dormidos y mañana, cuando os sorprendan los letiúi, os matarán.

No me seducía la idea de quedarme con ellos. Descubrí en la penumbra una escalera que llevaba a los pisos superiores; no pude evitar caer en la tentación y decidí coger ese camino. Ya había subido algunos peldaños cuando se me ocurrió otra idea. Volví atrás hasta la salida, donde seguía el letiúi muerto, le quité la túnica y me envolví en ella. Eso podría salvarme de cualquier encuentro imprevisto. Y así, con la túnica de letiúi subí de nuevo por la escalera. Conducía al segundo piso, a una sala central en la que ardían dos antorchas. Estaba vacía, sin ningún tipo de enseres. De ella partían cinco corredores que debían llevar a las habitaciones de los letiúi. No me decidí a tomar ninguno de ellos y seguí subiendo. Tres recodos más y me encontré en el tercer piso. Esta vez vi una gran sala decorada con todo lujo, fuertemente iluminada por antorchas y con centelleantes adornos de piedras y metales preciosos. El techo representaba el firmamento estrellado. Las constelaciones estaban hechas con gruesos brillantes, y los siete planetas con rubíes; el de Marte era especialmente cegador y alrededor del rubí que lo representaba, había una sarta de pequeños diamantes. Sobre una de las paredes pendía una imagen del Sol hecha de oro puro, y en la pared opuesta podía verse la Luna realizada en plata. Estuve un buen rato deambulando por esta sala y después me dirigí a un amplio arco a través del cual se accedía a una estancia contigua, pero al acercarme vi que junto al dosel amarillo que cubría la puerta de entrada a la segunda habitación, dormían sobre una alfombra dos letiúi, con sendas espadas junto a sus cuerpos. Supuse que sería la entrada a los

aposentos del rey. Al sonido de mis pasos, uno de los guardianes se despertó, alzó la cabeza y abrió sus ojos somnolientos, pero al instante volvió a acostarse sobre la alfombra, dejándose oír su acompasada respiración. Sin embargo preferí retroceder, yendo a parar a un estrecho pasaje que me condujo hasta una de las terrazas. La luna llena brillaba con fuerza. El amplio mirador estaba desierto, salvo una solitaria figura femenina que estaba de pie en el extremo opuesto al que me hallaba, apoyada en la balaustrada. Me aproximé. Estaba ante la princesa Siata.

IX

Por un momento dudé, después me adelanté y me planté delante de la misma princesa. Ella se asustó, dio un grito y dijo algo en la lengua de los letiúi. Yo me arrodillé y dije:

—Princesa, soy hijo de un rey, pero para ti soy un esclavo; soy el desdichado que ha querido venir hasta aquí para verte.

La luz de la luna caía directamente sobre mi rostro. Siata no podía dejar de reconocerme.

—¿A qué has venido? —dijo ella lentamente, como dudando de cómo reaccionar.

—¡Te vi en una ocasión, princesa! Me pareciste lo más hermoso que he visto nunca en mi Estrella y en ésta. He venido para contemplarte de nuevo antes de morir.

La princesa guardó silencio, mirándome directamente a los ojos. Yo estaba temblando.

En respuesta a mi pomposa declamación, ella podría llamar en el acto a los guardias y yo moriría... Pero de nuevo habló con serenidad y separando las palabras, preguntándome:

—¿Tú vienes de la Estrella?

—Sí, de la Estrella matutina, de ese mundo que desde aquí se ve como un luminoso astro al despuntar el alba.

—¿Por qué abandonaste tu patria?

—¡Presentía que te encontraría aquí, princesa!

Pero me pareció que mis adulatoras palabras eran un tanto inconvenientes, y me apresuré a añadir:

—Es triste, princesa, tener que vivir encerrado entre cuatro paredes sin salir de los límites marcados. El alma pide más, algo nuevo, quiere penetrar en el campo del

misterio. Le atrae todo lo desconocido.

El rostro de la princesa se animó curiosamente, y pude ver cómo se disolvían sus rasgos ensombrecidos.

—Hablas bien, extranjero —replicó—. Dime, ¿en vuestra Estrella todo es como aquí o es diferente? ¿Hay otro cielo? ¿Otra gente? ¿Y cómo es la vida?

—Allí hay muchas cosas, princesa, que no puedes siquiera imaginar; no sé si podrías llegar a soñar algo parecido a nuestra vida. No te ofendas. Ya sé que en vuestro país no soy más que un pobre esclavo, pero te digo la verdad. De la misma forma que vosotros aquí en vuestro país de la Montaña de la Estrella estáis por encima de los esclavos, nosotros en la nuestra estaríamos por encima de ti. Nuestros conocimientos son para vosotros un misterio; nuestro poder, un milagro. Recuerda que yo he viajado a través del espacio interestelar.

Con estas petulantes palabras, me puse en pie y empecé a hablar con más aplomo, mientras la princesa prestaba oídos a cada una de mis palabras, dejándose embelesar por ellas.

De repente, se apartó.

—Dime, ¿quién anda ahí? —exclamó.

Me volví.

Por el claro, iluminado intensamente por la luna, iban deslizándose dos sombras. Eran Itchuú y Ksuti, que regresaban. Los dos estaban bebidos, olvidándose de adoptar la menor precaución, y abiertamente en medio del campo tiraban del cadáver del letiúi para esconderlo en algún sitio.

Muy a mi pesar, hube de responder a la princesa:

—Son dos de mis compañeros. Ellos me mostraron el camino hasta aquí, aunque lo único que querían era robar un poco de licor de maíz. ¡Y heme aquí, princesa, como esclavo! ¡Vosotros me habéis convertido en esclavo! De modo que adiós, debo volver al mundo de las tinieblas... Por otra parte, lo más seguro es que mañana ordenes que me castiguen con la muerte... Míralo, van cargando un cadáver... Han matado a un letiúi... Adiós y hasta siempre, princesa.

Acabé de decir estas palabras totalmente aturdido. La princesa callaba y eso me hacía sentir inseguro.

Pero de pronto gritó:

—¡Extranjero, espera! Aún tengo algo que decirte. No tienes por qué morir. Todavía hay cosas que debo hablar contigo.

—Está bien, si es tu deseo —dije fríamente.

Ella se quedó pensativa.

—Escúchame —dijo tras un largo silencio—, yo no puedo violar las leyes de mi país. Vuelve con cuidado a tu sitio... con los esclavos... donde estás siempre. Mañana te mandaré llamar.

Y entonces se apartó impulsivamente, mientras se cubría la cara con las manos. Me alejé a paso lento, crucé la sala de las constelaciones en el segundo piso y después el primero. Nadie me vio. Atravesé el claro con paso firme, sin agacharme, y llegué hasta la entrada de la cámara de los esclavos. El guardián seguía tan dormido como antes.

Pronto me encontré de nuevo entre esclavos. La multitud estaba alborotada con la recién traída bebida. Se volvieron locos al verme con la túnica de letiúi. Itchuú, completamente borracho, se acercó a mí tambaleándose.

—Maestro —dijo emocionado—, tenías razón... tenías toda la razón... Los letiúi son gente... Como tú mismo, maestro...

Y rompió a reír estúpidamente a carcajadas.

X

A la mañana siguiente, cuando ya estaba trabajando en el cocotero, se acercó un esclavo emisario a nuestro vigilante. Se arrodilló ante él y le mostró un brazalete ricamente elaborado.

—Señor, me manda la princesa —dijo él—; quiere que le envíes a ese esclavo que lleva poco aquí, el de piel blanca.

El vigilante besó con respeto el brazalete, me señaló con el dedo y con gesto tosco me indicó que siguiera al mensajero. Me resultaba extraño moverme libremente por la ancha calzada, entre los grupos de esclavos que seguían trabajando. Por la misma escalera de la noche anterior, subimos hasta el segundo piso. Si nos salía al paso algún letiúi, mi acompañante se arrodillaba ante él y yo hacía lo propio. Desde la sala circular del tercer piso, partía una segunda escalera, estrecha y oscura, como una auténtica madriguera hecha especialmente para los esclavos. Fuimos a salir a una pequeña estancia que servía de recibidor a la princesa.

—Esperaremos —dijo taciturno mi guía.

Le pregunté quién era, si un esclavo de la propia princesa, pero no respondió. Al poco tiempo salieron de los aposentos reales dos jóvenes esclavas, me miraron, movieron la cabeza y salieron de nuevo rápidamente. Volvieron con una pila de jaspe puro llena de agua caliente y entre risas comenzaron a lavarme, cosa que agradecí en el alma. Después me echaron encima una túnica corta de «sirviente», ya que estaba totalmente desnudo. Tampoco las dos muchachas respondieron a mis preguntas, pero

eran muy risueñas y no paraban de reír. Finalmente, echándome un último vistazo, decidieron que ya era digno de presentarme ante la límpida mirada de la princesa. Me acompañaron a su aposento a través de otra pequeña sala.

Me encontré en una habitación pequeña, bellamente decorada con esmeraldas y turquesas. En el centro, una antorcha fijada a un elegante pie proporcionaba una iluminación suficiente. La princesa estaba recostada en un lecho de piedra almohadillado con cojines de plumas aquilinas. A su lado, otras dos esclavas sostenían dos pequeñas y fragantes antorchas, no para iluminar sino con fines aromatizantes. A sus pies, se posaba un aguilucho domesticado.

Entré e hice una reverencia al modo europeo. Ella inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Ha llegado a nuestros oídos —me dijo— que has venido hasta nosotros desde otra Estrella. Te he mandado llamar para que me cuentes cosas de tu patria.

Yo sabía que del relato que hiciera dependía mi futuro, que debía ser capaz de cautivar a la princesa, hechizarla; solo así podía albergar esperanzas de llegar hasta el fondo del celosamente guardado misterio de la Montaña.

Comencé mi discurso. Con claras, sencillas pero a la vez expresivas palabras, describí las maravillas de la civilización europea, sus populosas ciudades, sus ferrocarriles que permitían desplazarse miles de verstas a la velocidad del viento, el océano y las naves que lo surcaban, el telégrafo y el teléfono como transmisores de ideas y sonidos. Dejando mi Estrella natal, pasé a hablar del universo, empezando por el Sol y siguiendo con las inconmensurables curvaturas del espacio, las propias estrellas cuya luz solo llega a nosotros después de miles de años, los planetas y las leyes que rigen invariablemente sus órbitas... Añadí algo de mi propia cosecha e inventé soles binarios, o auroras de un matiz verdoso por el efecto de los rayos violetas del segundo sol, plantas animadas capaces de tocarse unas a otras, un mundo de aromas y las siempre alegres mariposas andróginas. Tampoco dejé de mencionar los avances de la ciencia en el campo aeronáutico o en los usos de la electricidad; traté genéricamente los principios matemáticos, y en la medida de lo posible traduje algunos versos de nuestros poetas... Únicamente dejé de hablar cuando la voz me falló definitivamente, por puro agotamiento...

Mi alocución duró tres horas, o puede que más. Todo ese tiempo la princesa me estuvo escuchando sin distraer su atención. Noté que estaba subyugada por mi relato; había vencido. Pero la mejor celebración de mi parlamento venía de las dos esclavas, que se turnaban en sus exclamaciones:

—¡Qué fantástico! ¡Ah, qué maravilla!

Cuando enmudecí definitivamente, Siata se levantó del lecho.

—Sí, tú eres más inteligente que todos nuestros sabios —dijo con vehemencia—. No deberías estar aquí como esclavo, sino como maestro. ¡Lástima que no hables

nuestro idioma!

La princesa había percibido mi dificultad a la hora de expresarme, constreñido por el simple y primitivo idioma de los bechuana.

—Eso es fácil de arreglar —apunté—, enséñamelo tú, princesa.

—¿Cómo? ¿Aprender nuestra lengua? —exclamó involuntariamente—. ¿Es que podrías hacerlo?

Sonreí.

—¡Princesa!, conozco todas las lenguas —vivas o muertas— que se hablan en nuestra Estrella; lenguas tan sonoras como el cristal y tan flexibles como láminas de acero. Veamos, pues, cómo es vuestro idioma.

Entonces me puse a desgranar cuestiones gramaticales, que llenaron de asombro a la princesa por su precisión y método.

—¡No! ¡No pienso deshacerme de ti! —dijo con decisión—. Dime, ¿cómo te llamaban en tu país?

—Para qué ir tan lejos, princesa —contesté—. Aquí desde el principio me han llamado Tolie, es decir, «piedra». Permíteme conservar este nombre.

—Está bien, que así sea. Yo te nombro, Tolie, mi mentor personal y te pido que aceptes este cargo.

Respondí que me haría muy feliz poder estar a su servicio.

Siata golpeó un pequeño tamborcillo de mano y entró el mismo esclavo que me había acompañado.

—Ve, y encuentra al capataz que dirige los trabajos —le dijo ella—. Dile que tomo a mi cargo a este extranjero. Después preséntate al encargado de los alojamientos y ordénale que encuentre un lugar libre en el tercer piso. El extranjero va a vivir aquí. Así lo desea la princesa.

XI

Desde ese día me instalé en una pequeña habitación del tercer nivel. Esa planta estaba destinada únicamente a los letiúi más significativos, descendientes de las familias que en un momento u otro habían detentado el poder en el país. Como sirviente, tomé a Mstegá.

La legislación del país prescribía que todos los extranjeros debían convertirse en esclavos, de ahí que a mí me consideraran un esclavo personal de la princesa. Esa

indulgencia había sido obtenida no sin esfuerzo por la propia hija del soberano, que había acudido a su padre en repetidas ocasiones, hasta que éste cedió finalmente. No obstante, debía presentarme ante Bolio, para recibir sus admoniciones.

Comparecí ante el dignatario no sin cierta desazón, pues era aquel que había presenciado mi humillación, al que había suplicado por mi vida, a cuya vestimenta me había aferrado desesperado. Bolio se hizo esperar mucho tiempo, hasta que por fin apareció acompañado de dos esclavos con antorchas. Le saludé con una reverencia y durante algunos instantes guardamos silencio mirándonos mutuamente. Él fue el primero en tomar la palabra:

—Y bien, ¿ahora ya no te consideras esclavo? ¿Ya no crees necesario arrodillarte? ¿Desde cuándo?

Le respondí con valentía.

—Cuando llegué aquí, yo desconocía vuestras crueles leyes. En cualquier lugar los foráneos son bien recibidos, pero vosotros me tratasteis como a un malhechor. Me vi sometido a la fuerza, y podré trabajar como un esclavo, pero nadie podrá convertirme en tal. Nací libre, de estirpe real, y aún así he caído en la esclavitud.

Bolio me dirigió una mirada casi de burla.

—Nuestra princesa —dijo recalcando las palabras— quiere que le sirvas de entretenimiento. Lo hemos aceptado. Podrás vivir donde ella te diga. Pero recuerda que es por voluntad de la princesa. Si ella cambia de opinión, volverás a tu sitio con los esclavos. Vete.

Me volví en silencio. Pero al parecer Bolio no había concluido y volvió a llamarme.

—Escucha más —en este punto su rostro se ensombreció—. Hace poco uno de los nuestros, que estaba de guardia, desapareció y no sabemos su paradero. Nunca había sucedido nada parecido. ¡Silencio! ¡No me repliques! Si alguna vez llego a saber que tú has incitado a los esclavos a hacer algo así... te aseguro que encontraremos una forma de tortura de la que no hayas oído hablar aún en tu Estrella. ¡Vete! No, espera aún. No olvides que te estaremos vigilando. La princesa puede distraerse como quiera, pero nosotros estamos obligados a velar por la seguridad del Estado. ¡Y ahora, vete de una vez!

Salí de allí encolerizado.

En cambio, el sincero entusiasmo que mostraba la princesa me tranquilizaba. Se deleitaba con mis lecciones y estaba dispuesta a estudiar de la mañana a la noche. Le di a conocer los métodos matemáticos europeos, la física, filosofía e historia de nuestras civilizaciones clásicas. Por mi parte, estudiaba con avidez la lengua de los letiúi y aprovechaba la menor ocasión para conocer más a fondo el país. Me ayudaba que la princesa se sintiera algo cohibida en mi presencia, con respecto a los logros de su patria; deseosa de mostrarme que no estaban en un grado primitivo de desarrollo,

me descubrió gran parte de las maravillas que ocultaba la Montaña. Visité las salas lujosamente adornadas del tercer piso; seguí considerando la de las constelaciones como la más curiosa. También pude ver el museo y la biblioteca del cuarto piso. Los letiúi tenían su propia literatura; escribían sus libros sobre finas láminas de oro, con afilados diamantes.

En el museo se guardaban raros minerales, magníficos objetos de metal y toda una fila de elaboradas esculturas. De estas últimas, las había tanto de bronce como de piedra, aunque las más impresionantes eran las talladas en un bloque de una sola pieza extraído de la propia roca, y que parecían formar un todo con el suelo en el que se asentaban.

Pero todos mis intentos de indagar más arriba, en el quinto piso, la Región del Misterio —como la llamaban—, eran disuadidos por la princesa. Allí vivían los sacerdotes y era el lugar al que se acudía para rezar; para mí, la entrada estaba terminantemente prohibida.

Aparte de eso, al ir imbuyéndome de la vida de los letiúi, pude percibir con más claridad que encerraba algún tipo de secreto. Ellos decían algunas palabras con un sentido muy específico: «estrella», «los nuestros», «profundidad»... encerraban un significado especial para ellos.

En una ocasión me decidí a preguntarle directamente a la princesa:

—Dime, alteza, ¿no es cierto que vuestro pueblo también llegó aquí procedente de otra Estrella?

Siata se estremeció visiblemente y, después de una pausa, dijo con firmeza:

—Está prohibido hablar de eso. Tú no lo sabes, pero aquí hay cosas de las que no se puede hablar. No me preguntes nunca más por nuestros secretos.

Me sentí en la obligación de disculparme.

Al cabo de una semana, ya podía expresarme más o menos en la lengua de los letiúi. Pronto comencé también mis lecciones de lectura. Venían a escucharme, aparte de la propia princesa, otros jóvenes y adolescentes. Les hablaba de nuestras matemáticas, de los fundamentos de la física, les exponía las teorías de nuestros grandes filósofos y les resumía la historia de las civilizaciones de la Antigüedad, que era precisamente lo que más atraía su interés.

XII

Al principio no entendía qué era lo que buscaba en mí Siata, cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Esta incomprensión me condujo a un grave incidente, aún en mis primeros días de convivencia con los letiíi.

Apenas había empezado a desenvolverme en la lengua letiíi, cuando la princesa me invitó a una gran cacería de águilas; era ése el pasatiempo favorito de los letiíi. Acepté, aun a sabiendas de que mi presencia despertaría el odio entre muchos de los acompañantes habituales de la princesa, a los que molestaba la compañía de un antiguo esclavo. Y, efectivamente, tuve que hacer frente a no pocas miradas despectivas y comentarios punzantes. Especial hostilidad mostraba Latomati, un refinado joven del tercer piso, o, lo que es lo mismo, de distinguida familia; así, al dirigirse a mí, solía hacerlo en la lengua de los bechuana, que era la usada para tratar con los esclavos. Yo no podía oponerme, pues realmente aún me expresaba mejor en ese idioma que en el de los letiíi.

La cacería era nocturna, ya que salir al valle de día se consideraba inadecuado. La luna estaba en cuarto menguante, a pesar de lo cual había bastante claridad. El grupo de cazadores —aparte de mí y de la princesa— lo componían ocho personas, entre ellas dos mujeres. Todos fueron hablando animadamente hasta el límite de la hondonada, lo que suponía unas cinco verstas. En algunos puntos de la barrera, se habían practicado en la parte inferior accesos que daban al Desierto Maldito. Por uno de estos senderos iniciamos el ascenso.

Había que buscar los nidos de águila a la luz de la luna, aproximarse furtivamente a ellos y derribar las aves con flechas. Era algo bastante laborioso y no exento de peligro. Los cazadores se dispersaron. A cada dama la seguía un caballero. Acompañaban a la princesa Latomati, después un tal Bolalé y yo como su esclavo.

La caza dio comienzo. Latomati divisó un nido, pero no consiguió acercarse. El águila, al oír sus pasos, emprendió el vuelo y después, para defender a sus indefensos polluelos, empezó a volar en picado sobre nuestra cabeza provocando un ruido sobrecogedor al batir el aire. Latomati disparó con su arco, pero falló. Desesperado, intentó acertar al animal con su corta espada. Bolalé quiso coger uno de los aguiluchos, pero la madre se lanzó sobre él.

La princesa descubrió también otro nido, más alto, y me hizo una señal para que la siguiera mientras iniciaba el ascenso. Pudimos aproximarnos con bastante fortuna y la princesa probó a disparar con su arco, pero tampoco pareció acertar. El ave salió volando como un cohete, aunque después voló en círculos por un momento, cayó y empezó a renquear entre las piedras del camino. Entonces nos lanzamos a perseguirla.

Así sucedió que nos perdimos de vista unos a otros. Por casualidad alcé la mirada en ese momento y me quedé sin aliento. Una enorme nube negra cubría el cielo. Se nos venía encima una terrible tormenta tropical, un huracán de los que se producen

una vez en muchos años, pero que se quedan en la memoria durante generaciones.

—¡Princesa —le grité—, debemos irnos!

Pero ya era tarde. En dos o tres minutos, la nube había ocultado todo el cielo, la luna y la luz de las estrellas. Todo se vio sumido en una impenetrable oscuridad. Después se empezó a oír el aullido del viento y por debajo de nosotros el ulular de las palmeras.

Agarrándonos a los matorrales, apenas podíamos tenernos en pie por la sinuosa vereda que discurría a lo largo de la pendiente. La borrasca africana nos estaba pasando por encima literalmente, golpeando nuestro cuerpo como el más grueso de los granizos. El terreno se hizo resbaladizo. Los incesantes rayos rasgaban una y otra vez el firmamento, y el fragor de los truenos parecía no tener fin.

A cada momento nos arriesgábamos a precipitarnos al vacío. Me aferré con todas mis fuerzas a una roca, sosteniendo a la princesa, que estaba terriblemente asustada. Con el centelleo de los relámpagos pude ver su lívido rostro y sus dedos oprimiendo convulsivamente la rama de un arbusto. De repente, con la fuerza de la lluvia, la piedra sobre la que me apoyaba empezó a desplazarse al ser empapada por el agua.

«Es igual —me dije—. Si hoy me abro la cabeza, no se perderá nada; y si sobrevivimos, me será de provecho...»

Inclinándome sobre Siata, para que pudiera oír mis palabras a pesar de los truenos, el rugir del viento y el estrépito de la lluvia, alcé la voz para decirle en un tono que intentaba parecer desesperado:

—¡Princesa! ¡Creo que nuestro fin está próximo! Pero no quiero perecer sin decirte antes que te quiero. Te quise desde la primera vez que te vi. Mi único sueño era llegar a besar tu mano algún día. ¡Princesa mía! ¡Adiós para siempre!

La piedra que me sustentaba se deslizó rápidamente por la ladera. Me tambaleé, soltando a la princesa, pero aún pude sujetarme a otra rama. De nuevo fulguró un rayo y por un segundo contemplé a Siata. Pero ahora no mostraba miedo, ni siquiera la angustia que yo esperaba ver; su rostro solo reflejaba una cosa: tristeza, una infinita tristeza.

—¡Ah, Tolie! ¡Tolie! —me respondió, con una voz que me llegaba a pesar de la virulencia de los elementos—. ¿Por qué has tenido que decir eso? ¡Esperaba algo mejor de ti! ¡Oh, Tolie! ¿Acaso en vuestra Estrella, igual que aquí, la gente se casa y los hombres aman a las mujeres? ¿Es que en todas partes tiene que ser igual?

No sé cómo, pero estas desalentadoras palabras penetraron hasta el fondo de mi corazón. Perdí el control de mí mismo. Caí a sus pies, besando sus empapadas vestiduras y sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta.

—¡Perdóname, princesa —exclamé—, perdóname! Ha sido una locura. Una bajeza. Te juro que no volverá a repetirse. ¡Nunca!

Unos segundos antes, no habría imaginado que llegaría a pronunciar tales

palabras. Y así estuvimos uno frente a otro, apoyándonos en un saliente de la roca que nos sirvió casualmente y aferrándonos a las escurridizas ramas. Pero la tempestad ya se estaba alejando. Brilló una franja del cielo y pronto volvió la claridad de antes.

Al cabo de media hora, y con ayuda de Latomati —que fue el primero que nos vio— y Bolalé, que acudió rápidamente, llevamos a la princesa por el derrubiado sendero hasta el valle. Allí nos esperaban los esclavos con las parihuelas, enviados por los asustados mandatarios.

XIII

Tuve ocasión de ver de nuevo al rey en el funeral de uno de los letiíi. Los enterraban en el subsuelo de la Montaña, en el mismo nivel en que se hallaban los calabozos. Era una peculiar cámara funeraria, con bóveda baja y estrecha, aunque de gran longitud en torno a cuarenta *sázheny*. A lo largo de las paredes se disponía una serie de cráneos humanos y al final del corredor se levantaba una gran estatua que seguramente debía representar a la muerte. Se trataba de una figura humana envuelta en una ajustada túnica o sudario, y que en lugar de la cabeza dejaba visible un enorme cráneo. Éste parecía hueco y, cuando finalizaban los funerales, se colocaba en su interior una pequeña antorcha, de modo que a través de las órbitas oculares, las aberturas nasales y los espacios entre los dientes se filtraba la luz.

Los funerales se celebraban por la noche. Se reunían todos los letiíi adultos, excepto aquellos que eran designados para hacer guardia. La sala estaba abarrotada. El rey y el jefe de la tercera planta se situaban aparte. Solo había cuatro esclavos presentes, que llevaban en andas el trono real, y yo mismo, que portaba una antorcha detrás de la princesa. También distinguí a los sacerdotes. Eran cinco. Cada uno iba acompañado de un muchacho que se estaba preparando para ser ordenado en un futuro. Los sacerdotes llevaban túnicas encarnadas; en su cabeza lucían coronas iguales a las del soberano, aunque de menor tamaño. Todo el rito consistía en el canto unísono de una serie de himnos por parte de los sacerdotes. Yo no conocía aún su lengua lo bastante bien para entenderlos. Solo escuchaba en repetidas ocasiones la invocación a la Estrella, que era considerada la divinidad del reino de la Montaña.

Después de los cánticos, un gesto de los oficiantes hizo que todos los presentes —entre ellos el propio monarca— se pusieran de rodillas. Uno de los religiosos pronunció clara y significativamente las siguientes palabras:

—No vamos a envidiar al que se ha ido, ni vamos a temer seguir algún día su ejemplo. La muerte es un misterio, y por eso la honramos con nuestro silencio.

Se produjo entonces una pausa que duró unos dos minutos. Después, el sacerdote proclamó:

—¡Gloria a la Estrella!

Todos se levantaron a la vez y repitieron la misma exclamación. A los pies de la estatua de la Muerte había una amplia abertura en forma de hondo pozo. Por esa cavidad, de nuevo entre cánticos, bajaron por medio de cuerdas el cuerpo del difunto. Después se retiraban las sogas, para depositar el cadáver en el fondo. Me pareció entonces oír cómo golpeaba contra el agua, pero no podría asegurarlo. En ese punto todos se retiraron. Los letiéis se echaron a un lado, dando paso a la litera real. Pero de repente el rey ordenó detenerse a los esclavos y me hizo una señal para que me acercara. Yo obedecí algo nervioso.

—¿Eres tú el hombre que ha venido a nosotros desde la Estrella? —me preguntó en la lengua de los bechuana.

—Sí, mi señor, así es —respondí respetuoso.

—¿Y por qué medio has llegado hasta aquí?

Conté entonces mi fábula aprendida de memoria.

—Desde nuestra Estrella, esta tierra se ve como un pequeño astro azulado. Nuestros científicos averiguaron hace tiempo que éste es un mundo peculiar, habitado por criaturas inteligentes. Entonces crearon una nave especialmente diseñada para viajar entre estrellas. Se ofrecieron cinco voluntarios de distintas ramas del saber, dispuestos a arriesgar su vida embarcándose en esa máquina; uno de ellos era yo. Por un dispositivo especial, fuimos catapultados hacia arriba a la velocidad del rayo. Digo hacia arriba, mi señor, porque para nosotros este mundo se ubica entre las estrellas. Volamos dieciocho jornadas y finalmente aterrizamos en la Tierra. Aquí nos separamos, yendo cada uno en distinta dirección. En lo que a mí respecta, vagué durante mucho tiempo entre los indígenas que viven junto al desierto de salitre. Allí tomé a uno de ellos como mi sirviente. Después oí hablar de la Montaña y decidí emprender su búsqueda.

El rey, tras escucharme atentamente, me dijo:

—Sin embargo, tal y como me han informado, tu esclavo no sabe nada de esto, ni siquiera que seas un habitante de la Estrella.

—Mi señor —repuse—, ¿acaso iba yo a sincerarme con un esclavo?

El rey me dirigió una penetrante mirada e inquirió de nuevo:

—¿Y es que en tu Estrella todos los habitantes son como tú, es decir, el mismo tipo de seres, como nosotros y nuestros esclavos?

—Sí, mi señor —respondí—. Allí también viven personas.

Él volvió a mirarme. Después me indicó con un gesto que me acercara aún más y,

rompiendo todas las normas de protocolo, se pegó literalmente a mi cara y me dijo en un susurro —con el fin de que no lo oyera nadie— y además en lengua letiíi, para que fuera ininteligible a los esclavos que le servían, lo siguiente:

—¡Escúchame, extranjero! Estás muy equivocado. En otras estrellas viven otro tipo de criaturas, distintas a las de aquí. Yo lo sé, pero tú no. ¡Recuerda esto! Sé que no vienes de la Estrella.

Y, antes de que pudiera reaccionar, dio la orden a sus esclavos. Su trono se balanceó y empezó a moverse, sin que yo pudiera responder nada.

XIV

Nuestra vida era monótona. Nos levantábamos alrededor del mediodía; por la mañana daba mis clases, después había una comida común con la princesa, en la que se reunían gran cantidad de comensales. Al caer la tarde se organizaba un sencillo paseo por el valle.

Se acercaba la fiesta más importante de la Estrella, que entre los esclavos se denominaba Fiesta de los Ojos, porque se celebraba cada dos años. En la víspera, la habitual comida con la princesa fue especialmente concurrida. Aparte de sus allegados de siempre, asistieron dos sabios ancianos encargados de las crónicas del reinado, así como un profesor de escuela.

Como en otras ocasiones, la conversación que se entabló iba dirigida contra mí. Me vi obligado a hacer una defensa de la ciencia europea. Lo que me resultaba más chocante era que precisamente los científicos presentes se negaban a aceptar los nuevos conceptos que yo les presentaba. En una ocasión anterior, un matemático llamado Gori se había echado a reír cuando le expuse los principios de la geometría analítica. Esta vez la discusión versaba sobre las propiedades del sonido. Distintos platos se servían uno tras otro: maíz, judías, dulce de batata o pistachos entre otros (ya que los letiíi son totalmente vegetarianos y la cría de ganado es desconocida entre ellos). Los presentes regaban activamente los productos de la tierra con el obligado *ake* y con gran curiosidad participaban en la discusión científica.

La ciencia de los letiíi estaba al corriente del comportamiento del eco y de las leyes de vibración de una cuerda, pero nadie estaba dispuesto a admitir mis explicaciones sobre la vibración del aire. Llevé a cabo distintos experimentos para demostrarlo, a menudo en su presencia, pero a ellos no les gustaba el método

experimental, no lo reconocían. Pronto pasamos de discutir conceptos abstractos a cuestionar quién merecía la supremacía científica, si ellos o nosotros. El debate se recrudeció aún más cuando empezamos a hablar no ya del sonido, sino de la música, un tema más asequible para la mayoría.

—En resumen, por lo que veo —me decía Latomati dirigiéndome sus brillantes ojos—, todos sus ingenios musicales se reducen a nuestra *kolta* (tambor), *leieta* (dutka^[6]) y *loemi* (similar a la guitarra). Aparte de lo que ya conocemos, ¡ustedes no han inventado nada!

Yo aludí a la variedad de nuestros instrumentos, mencionando algunos como el piano, el órgano... y les hablaba de los conciertos y de la ópera.

—Cada uno razona a su manera —insistía con tozudez Latomati—. Tú, Tolie, dices que tenéis diferentes pueblos que se relacionan entre sí y adoptan las novedades unos de otros. Pero nosotros estamos solos, no tenemos de quién aprender, y a pesar de todo creamos los tres principios básicos para hacer música.

—Latomati —respondí fríamente—, mientras deambulaba por las estepas encontré tribus totalmente salvajes que ya conocían esos tres principios: el viento, la cuerda y la percusión sobre piel tensada.

Latomati empezaba a crisparse, encolerizado.

—¿Y quién puede demostrarlo —dijo con la voz entrecortada por la rabia—, quién puede dar testimonio fehaciente de todo lo que has dicho? Pueden decirse muchas cosas sobre la vida en otra Estrella a la que nunca llegaremos.

—Te perdono tus palabras —le dije con calma—. La vida en mi país tiene un nivel tan superior al vuestro que te resultará difícil creer mi relato.

Sus ojos se encendieron de una forma siniestra, pero al punto acudió en mi ayuda la princesa, que procuró tranquilizar a mi contrincante. Su argentina voz aún se escuchaba cuando resonaron con fuerza unos pasos. La guardiana de la puerta se echó a un lado y, bajo el arco que formaban dos esclavos con sus antorchas, apareció la figura de Bolio.

—¡Letií! —bramó con voz poderosa—. Vuestro amado rey se ha sentido repentinamente muy enfermo. ¡Dispersaos, letií! Cualquier algarabía en este momento es inoportuna; retiraos y que cada uno rece a la Estrella por el pronto restablecimiento de su alteza.

—¿Dices que mi padre está gravemente enfermo? —exclamó la princesa, lanzándose impetuosamente hacia la salida.

—¡Detente, princesa! —la contuvo con frialdad Bolio—. Tengo orden del rey de no permitir que vaya a verle nadie, ni siquiera tú. ¡Obedeced, letií, pues aquí veis la espada real!

Bolio alzó sobre su cabeza la brillante hoja, cuya empuñadura flameaba cuajada de piedras preciosas. Todos se inclinaron como muestra de respeto y se retiraron. Al

pasar junto a Bolio, los letiúi se cubrían los ojos con la mano, un honor que solo rendían al rey en sus recepciones. No osé desobedecer y seguí el ejemplo de los demás. El jefe de los letiúi se quedó a solas con la princesa.

Entré en mi habitación con un amargo presentimiento. Allí me esperaba Mstegá.

—Señor —me dijo precipitadamente y mirando nervioso a uno y otro lado—, he estado con los esclavos y dicen que el rey ya ha muerto; piden que les den *ake* y que les dejen uno, dos o hasta tres días de descanso. Están alborotados, señor.

Esto era una novedad imprevista, que suponía cierta distracción de mis preocupaciones actuales. Con no poca inquietud, interrogué a Mstegá para obtener más detalles.

XV

Al día siguiente era la Fiesta de la Estrella, pero en esta ocasión no hubo celebración alguna. Si bien es cierto que los esclavos fueron obsequiados con un día libre, no les permitieron salir de su delimitado espacio; allí se mostraban inquietos y hablaban tergiversando cualquier suceso.

Me trajeron un desayuno ordinario. Después, como siempre, fui a ver a la princesa. Pero a la entrada de sus aposentos hacían guardia dos letiúi. Yo los conocía de vista, incluso había hablado con ellos alguna vez, pero fingieron no conocerme.

—La princesa no ha dado orden de que se la pueda ver —me dijo uno de ellos.

—Pues vaya a decirle que soy yo.

—La princesa no ha dado orden.

Me marché, pero aun así no daba crédito a lo que decían. Estuve merodeando por las salas, pasillos y terrazas de la Montaña. Cuando me cruzaba con algunos letiúi, apretaban el paso y se alejaban en silencio. Parecía como si me rehuyeran, aunque al menos respondían a mi saludo.

Volví a mi estancia. Por lo general, cuando no podía comer con la princesa me traían la comida a mi habitación. Pero esta vez me tuvieron esperando todo el día. Todos los servicios habían sido suspendidos. Por la tarde volví a salir, decidido a aclarar la situación. Al primero que me encontré fue al anciano profesor Segue. Le cerré el paso.

—Hola —saludé—. Hoy no hay clases, está usted libre. Dígame, ¿cómo se encuentra el rey?

El anciano se turbó sobremanera.

—Perdóneme, no se ofenda, tengo mucha prisa...

Se dio la vuelta y casi salió corriendo, apartándose de mí.

Fui a ver a Latomati. Los esclavos que hacían la guardia me dijeron que tenían órdenes de no dejar pasar a nadie. De modo que regresé a mi habitación. Algo se estaba tramando y yo no podía averiguar nada. Envié a Mstegá a indagar entre los esclavos, para saber cómo iban allí las cosas. Y yo mismo, cabizbajo, me acosté en mi lecho. En mi cuarto había una pequeña ventana que daba al exterior, y por ella noté cómo oscurecía rápidamente y se hacía de noche.

De repente, en el descansillo que daba a mi habitación, se dibujó la oscura sombra de una mujer negra; era la esclava de Siata.

—La princesa va a venir a verte —me susurró antes de desaparecer.

Yo me levanté de la cama de un salto. Al cabo de un minuto entró Siata, sola, sin acompañantes.

Yo balbucí azorado algo parecido a una disculpa, pero ella me interrumpió:

—No tenemos tiempo, mi querido amigo, escucha —se sentó a los pies de mi cama y me tomó la mano—. Escúchame. Mi padre ha muerto. Lo están ocultando, pero es la verdad. Últimamente me evitaba. Ahora puedo decir que tú eras el culpable de ello. En dos ocasiones quise ir a verle, pero no me recibió. De él no se separaba Bolio. Y ahora es quien tiene la espada real. Se convertirá en rey y será reconocido como tal.

Según las leyes del país, la legítima heredera al trono era Siata. Yo pensaba que esa contrariedad era precisamente el motivo de su pesar.

—No te apures, princesa —le dije—. Aún no está todo perdido. No vale la pena sufrir por el puesto de soberano. Estoy seguro de que acarrea más quehaceres y penalidades que alegrías.

—Ah... no has entendido nada —pronunció la princesa con tristeza. Te lo explicaré con más detalle. Tú sabes que desde hace tiempo hay dos facciones que luchan por el poder: los altos cargos del Estado y el pueblo llano de los letiúi. Tú has leído nuestras crónicas. Mi padre era rey por parte de los altos mandatarios. Hubo un tiempo en que se intentó una conciliación de los dos bandos y para ello se entregó a mi hermana mayor como esposa a Bolio. Él era del partido del pueblo. Pero ella murió y Bolio permaneció fiel a su grupo. Ahora no es una aspiración solo de él, sino de todo el segundo piso. Y nosotros estamos condenados a caer en medio de la disputa.

Para mí aún quedaban muchos puntos sin aclarar.

—Sigo sin ver, mi princesa, nada especialmente terrible en ello.

—Lo terrible es —dijo alzando la voz al tiempo que se retorció sus marmóreas manos—, lo más horrible es que como princesa podría mantener mi libertad... Pero

¡ya he dejado de ser princesa! Ahora debo someterme a todas las leyes del país. Ya han transcurrido mis quince primaveras, hace ya dos años de ello... Me obligarán... me ordenarán tomar marido...

Sus últimas palabras salieron ahogadas de su garganta, con la vista puesta en el suelo. Pero de repente volvió a animarse, sus ojos resplandecieron y apretó mi mano con fuerza.

—¡Escúchame, Tolie! ¡Yo no quiero pasar por eso! ¡No quiero! Lo considero vergonzoso. Tú tienes que salvarme. ¿Cómo? ¿Acaso no te has hartado ya de esta tierra gris, en el poco tiempo que llevas aquí consumiéndote...? Pues ¡mírame a mí! ¡He nacido aquí, en el lugar donde ya he pasado largos años! ¡Tú eres inteligente y bueno, Tolie! Encontrarás la manera. Huyamos de aquí, partamos a toda prisa, ¡volemos aunque sea a tu Estrella! ¡Te lo suplico!

La princesa cayó de rodillas a mis pies y de forma impetuosa se abrazó a mí, mientras me miraba a los ojos.

—Princesa Siata... —acerté a decir en medio de la más absoluta confusión—, tú sabes que mi vida te pertenece, pero me encuentro indefenso. ¿Qué puedo hacer aquí solo y con semejante precipitación...? No tengo ningún apoyo, princesa.

Se levantó despacio y sin decir una palabra. Hizo intención de marcharse, pero finalmente cayó sobre la cama y rompió a llorar.

—¡Entonces, todo ha terminado! ¡Todo! Seré una mujer más...

—Sé razonable —intenté tranquilizarla—, no todo está perdido.

Haciendo un esfuerzo por interrumpir sus sollozos, me gritó:

—¡Entonces debes dejarme, Tolie, y huye tú al menos...! ¡Huye, huye!... No te respetarán. Bolio ya ha decidido quitarte la vida... Adiós, para siempre.

—No podemos llegar hasta la otra Estrella, pero podemos luchar contra los enemigos.

Siata levantó la cabeza.

—Pero todo el segundo nivel apoya a Bolio, todos los letiéi, ¡son miles! Y mis partidarios a lo sumo llegan a veinte personas, y la mayoría son ancianos y cobardes.

—Del lado de Bolio están todos los letiéi —acepté—, pero ¿y si de nuestra parte estuvieran todos los esclavos?

—¿Los esclavos? —repitió la princesa sosteniendo mi mirada con perplejidad.

XVI

Ya había oscurecido completamente y las estrellas refulgían con fuerza cuando me acerqué a la salida. El centinela de turno me cortó el paso.

—Está prohibido salir.

—¿Quién lo prohíbe?

—Orden de Bolio, cuyas manos son portadoras de la espada real.

Dejé al descubierto mi espada, bajo la túnica de letiúi que vestía, aunque solo tenía intención de recurrir a la fuerza en caso extremo.

—Amigo mío —dije en tono amistoso—, tú cumples las órdenes de Bolio, pero él por el momento no es más que un representante temporal del poder. Aquí tengo el brazalete de oro de la princesa. ¿Reconoces la autoridad de la hija del rey?

El letiúi vaciló.

—Tengo orden de no dejar pasar a nadie —repitió dubitativo.

—Mira, amigo —le dije en voz baja—, ¿tú estás seguro de que Bolio llegará a ser rey? ¿Y si el poder pasa, como es de ley, a la princesa? ¿Cómo reaccionará ella ante tu negativa a cumplir su mandato? Porque yo sé quién eres. Tú eres Toboi, el hijo de Bocolta.

Viendo que el guardián estaba del todo ofuscado, lo aparté y salí rápidamente al valle. No había caminado veinte pasos, cuando Toboi salió de su estupor y se puso a gritar para que me detuviera. Aceleré el paso, preparándome para echar a correr si era necesario. Pero el centinela, viendo que no respondía, dejó su puesto y desapareció en la oscuridad del vestíbulo: iba a informar de lo sucedido.

Mientras, llegué jadeando a la entrada principal. Allí, como era costumbre, también hacía guardia un letiúi.

—¡En nombre de la princesa!... —anuncié mostrando el brazalete.

El centinela no dijo una palabra y yo accedí a la cámara de los esclavos. La enorme sala se hallaba iluminada por decenas de hogueras. Las llamas ascendían perdiéndose en la oscuridad, mientras que el humo formaba espesas volutas. Miles de cuerpos desnudos teñidos por el brillo rojizo del fuego danzaban y daban vueltas salvajemente en torno a las hogueras. Los continuos alaridos se confundían con el incesante alboroto. Inmediatamente llamé su atención, aunque no me reconocieron en un primer momento. Avancé hasta el rincón que me era más familiar, donde solían reunirse los ancianos. De todas partes acudieron corriendo los curiosos, sorprendidos al ver el atuendo letiúi entre un mar de esclavos.

Me planté ante el corro de ancianos, que se habían levantado asustados por mi presencia. Esperé hasta que se hizo el suficiente silencio para comenzar mi arenga y entonces hablé alto, claro y de forma sencilla:

—¡Esclavos! ¡Vosotros me conocéis! Yo también soy esclavo y he vivido entre vosotros, trabajando como vosotros. Después fui enviado con los letiúi, pero mientras vivía allí no he dejado de pensar en vuestra vida y en cómo podríais mejorarla, como

sería mi deseo. Conseguí hacer partícipe de ese anhelo a nuestra princesa. Ella tiene intención de cambiar vuestra situación, tan pronto como detente el poder. Si llega a ser reina, solo trabajaréis por la mañana y un breve tiempo por la tarde. Recibiréis *ake* cada día. Se prohibirá a los guardianes que os pongan la mano encima. Todos sabéis de la bondad de la princesa. Oídme bien, esclavos: nuestro rey ha muerto.

Un clamor unánime se extendió entre los que me escuchaban, se abalanzaron sobre mí sin dejarme apenas espacio para respirar.

—¡Quietos! ¡Eso no es todo! Los otros letií no quieren que se suavicen vuestras condiciones. Quieren que sigáis trabajando como antes, de sol a sol, seguir apaleándoos y que os muráis de hambre. No están dispuestos a ceder el poder a la princesa Siata, aunque le pertenezca por su sangre. Han elegido a Bolio como futuro rey. Vosotros le conocéis. Es el más despiadado de los letií. Como más disfruta es dando palizas a los demás. ¡Esclavos! ¡No dejaremos que asesinen a la princesa o la recluyan en prisión! ¡No lo permitiremos! ¡Derribaremos a Bolio, lo mataremos! Nosotros mismos proclamaremos reina a la princesa. ¡Seguidme, esclavos! ¡Os mostraré el camino hasta las armas y las provisiones! ¡Habrá *ake* y maíz para todos!

Por un momento los esclavos no reaccionaron, estupefactos, a mi discurso. Pero luego empezaron a oírse exclamaciones esporádicas. Pude distinguir la voz de Itchuú. Los ancianos se disponían a decir algo, pero su voz se vio apagada por el creciente vocerío. Las mujeres gritaban y los jóvenes corrían de un lado a otro frenéticamente; unos cogían piedras para usarlas como armas, otros ya intentaban avanzar hacia la salida. Yo mismo quedé sorprendido por el éxito de mi llamamiento. Por lo visto el movimiento estaba latente y yo solo había sido la chispa incendiaria.

La muchedumbre se precipitó contra la puerta. En un segundo hicieron saltar las piedras con que estaba sellada. El vigilante fue asesinado al instante. Cual hambrienta serpiente, un largo río humano corrió entre gritos y alaridos a la entrada que daba a los letií el acceso a la Montaña. Todos corrían, mujeres y niños, junto a sus maridos y padres. Un pequeño grupo de unas cien personas se quedó en la sala discutiendo obstinadamente todas las posibles acciones. No pude siquiera alcanzar la cabeza de la masa desenfrenada, y cuando llegué a la entrada ya se había desatado el combate. Un grupo de unos veinte letií defendía la estrecha escalera, repeliendo los ataques de los miles de esclavos que se agolpaban en ese punto. Otros, mientras tanto, saqueaban los almacenes, se llevaban armas, maíz, cocos y barriles de *ake*. En la misma entrada, en el claro, ya había comenzado la orgía de botín.

Durante un buen rato me vi impotente para hacer nada. Yo mismo estaba asustado por la fuerza que había cobrado la horda de esclavos, una vez rotas sus cadenas. Solo al ver rechazados uno tras otro todos los intentos de acceder a la escalera y haberse cubierto de cadáveres el primer tramo de escalones, los esclavos desistieron.

—¡Mañana! ¡Mañana volveremos! —intenté persuadirlos—. Con la claridad del

día podremos entrar. Ahora, mientras sea de noche, descansad, bebed, festejadlo y después dormid.

Finalmente se organizó a los pies de la montaña un campamento. Cortaron palmeras y encendieron hogueras. El resplandor alumbraba a la enfurecida muchedumbre. Yo, en medio del bullicio y la confusión reinantes, continué escuchando sus «gritos de guerra».

XVII

Itchuú preparó para mí una pequeña hoguera aparte. Pronto se reunieron conmigo las personalidades más influyentes del grupo. Vinieron dos de los ancianos, aunque en general los de edad senil no veían con buenos ojos la sublevación. También se unió Mstegá, que gozaba de gran respeto entre ellos. Estaba además Guaro, que era capaz de quebrar un cocotero de un palmo de grueso.

Intenté exponerles de antemano un plan de acción para el día siguiente. Había más de mil quinientos esclavos dispuestos a luchar, mientras que los letiúi no podían emplear contra nosotros más de trescientos o cuatrocientos hombres. Sin embargo los letiúi eran temibles por su aguante y por la influencia psicológica que habían adquirido sobre los esclavos a lo largo de su dominación secular.

Estábamos aún discutiendo junto a la hoguera cuando a mis pies aterrizó con un suave silbido una flecha. Había sido disparada desde uno de los balcones. A ella habían anudado una tira de piel de coco, sustituto del papel entre los letiúi. Era una misiva dirigida a mí en lengua letiúi: «Los amigos de la princesa informan a Tolie de que ésta se encuentra prisionera en sus aposentos, como si fueran su mazmorra. Que Tolie acuda a salvarla». La carta era una prueba de que la princesa Siata no había sido abandonada por todos. Pero en ese momento no podía hacer nada. Habría sido peligroso atacar de noche a los letiúi, en su propia guarida, donde conocían a la perfección todos los recovecos y pasillos. Habría que esperar hasta el amanecer. Dejé a alguien de guardia y me recosté con intención de dormir un poco.

Los letiúi no se decidieron a emprender un ataque sorpresa. Quizá estaban haciendo acopio de fuerzas. A los primeros rayos del sol, ordené despertar a mi ejército. Por suerte, en el almacén de la planta baja quedaba relativamente poco licor, y los esclavos no tuvieron con qué emborracharse. Se levantaron con buen ánimo y tan dispuestos a todo como la víspera. El sueño no había disminuido un ápice su

furia; querían vengarse después de tantos años, de tantos siglos.

Pero los letiúi seguían ocupando la escalera que conducía al segundo piso. Atacarlos allí habría sido una locura. En tan estrecho acceso, les bastaría un puñado de hombres para ofrecer resistencia a todo un ejército. Dispuse que se cortaran varios árboles y que se hiciera con ellos una hoguera en el umbral de la escalera. Los troncos de los cocoteros chisporroteaban con el fuego, mientras las verdes ramas levantaban una humareda que comenzó a ascender en grandes bocanadas por la empinada escalera, que hizo las veces de chimenea. Por supuesto, los letiúi se vieron obligados a rendirse.

—¡Ajajá! —celebraron ruidosamente los esclavos.

Cuando la hoguera empezó a extinguirse, ordené a mis tropas atacar. Cubriéndonos la cabeza para protegernos del escaso pero aún pernicioso humo, nos precipitamos escalera arriba. Ésta se desdoblaba en dos: un codo llevaba hasta la sala común del segundo piso y el otro hasta la terraza. Yo opté por el segundo. No encontramos oposición alguna. Uno tras otro, los esclavos ennegrecidos por el hollín iban saliendo a la terraza, a través de la abertura perfectamente practicada. Yo fui uno de los primeros en pisar el mirador y vi que no lejos de ese acceso esperaba un destacamento de letiúi. Seguramente debieron de pensar que no osaríamos penetrar por el humo y estaban esperando a que éste se disipara completamente. Viendo que ya era tarde y que sus enemigos ya estaban en la terraza, se vinieron abajo y rápidamente se batieron en retirada. Habiendo quedado ese espacio desierto, nos adueñamos de él.

Aquí reuní de nuevo a mi consejo de guerra. En el centro del segundo piso se encontraba la sala común circular, y de ella partían radialmente cinco pasillos con las habitaciones de dos pisos para los letiúi de llana condición. En cada pasillo había cien de esos habitáculos. Pero, además, por la parte de la terraza había otros cinco corredores intercalados con los primeros, aunque no llegaban a comunicarse con la sala central y terminaban en un punto muerto; en cada uno de esos corredores menores había cincuenta habitaciones del mismo tipo. Hay que decir que, lejos de estar todos habitados, muchos de esos locales permanecían vacíos.

Los letiúi tenían cortado el paso de los cinco puntos de acceso a los corredores. Decidí atacar al mismo tiempo las cinco defensas, ya que de lo contrario se produciría de nuevo una excesiva acumulación de fuerzas en un paso estrecho, lo cual no tenía sentido. Formé cinco columnas: yo dirigiría una, y Itchuú, Guaro, Ksuti y Mstegá, las otras. Las cinco comenzaron a moverse a un tiempo.

Yo tuve que emprender el ataque sobre el denominado corredor norte. Lo ocupaban no más de veinte letiúi y conmigo iban ciento cincuenta hombres. Pero los letiúi nos recibieron en perfecta formación y manejaban con gran habilidad sus espadas, asestando los golpes de una forma más que audaz. La mayoría de los

esclavos no habían podido hacerse con una espada, e iban armados con palos y piedras.

Durante cinco minutos se prolongaron nuestros impetuosos ataques, pero todos ellos fueron repelidos. Entre los letiúi ni siquiera hubo heridos; en cambio, nosotros habíamos perdido diez hombres. Los esclavos empezaban a tener dudas.

—Rebeldes —gritó entonces uno de los letiúi—, ¿acaso pensáis que podéis superarnos? ¡Tenemos la Estrella de nuestra parte! Volved abajo y retiraos. Quizá aún podamos ser benevolentes con vosotros.

Estas palabras causaron un efecto demoledor entre los esclavos. Se detuvieron en el acto.

—¡Adelante amigos! ¡Ataquemos de nuevo! —intenté persuadirlos.

—¡Atrás! —resonó la atronadora voz de Bolio, el cual dio un paso al frente de su formación—. ¡Atrás, esclavos! ¡Bajad! ¡Volved a vuestra cámara! Obedeced y cumplid.

Y, de repente, esas criaturas acostumbradas a obedecer, sometidas desde la infancia, en las que por un momento había ardido ese instinto salvaje de venganza, se estremecieron, retrocedieron y, mirando recelosos a su espalda primero unos y luego otros, finalmente todo el grueso de combatientes echó a correr ante la amenazante mirada del gobernante.

—¡Y a ése, prendedlo! —ordenó Bolio señalándome a mí.

A mi lado quedaban no más de dos o tres hombres dispuestos a defenderse. Nos arrinconaron contra la balaustrada. Nos rodearon por todas partes y veía cómo sus espadas centelleaban. Tenía la mano entumecida de tanto parar los golpes. Presentía que en unos instantes todo habría terminado. Pero, de pronto, a espaldas de los letiúi retumbó un griterío ensordecedor. En el acceso del que habían surgido los letiúi se recortaron las figuras de los esclavos. El grupo de Guaro había conseguido romper la línea defensiva y ahora los esclavos reaparecían por su retaguardia. Los que nos estaban atacando se vieron rodeados en un abrir y cerrar de ojos. Bolio gritaba algo, pero su voz se perdía en el fragor del combate. De repente Guaro, dando un tremendo salto, se plantó delante del dirigente letiúi balanceando sobre su cabeza un tronco de cocotero.

—¡Largo de aquí, esclavo! —tronó Bolio.

Pero Guaro hizo girar su mazo con un silbido en el aire, hasta que finalmente lo descargó sobre Bolio. El jefe de los letiúi cayó al suelo sin tiempo de emitir sonido alguno. Los esclavos rugieron en pleno delirio.

XVIII

En la terraza quedaban unos quince letiúi. No habían perdido la presencia de ánimo y, aun estando acorralados, continuaban defendiéndose de sus enemigos por ambos flancos. En la parte de abajo se unían nuevos esclavos, entre ellos algunos combatientes de mi columna, que habían vuelto sobre sus pasos y se mostraban dispuestos a luchar de nuevo. Dejé el combate cuerpo a cuerpo y corrí hacia la sala común. Allí se libraba una auténtica batalla. En ese punto se había concentrado el grueso de las fuerzas letiúi: unos doscientos hombres. Itchuú y Mstegá conducían a los esclavos, unos quinientos hombres, contra ellos. Las antorchas no ardían, y a través del largo corredor apenas llegaban débiles retazos de luz. El enfrentamiento se libraba prácticamente a oscuras. En la sala hecha de piedra resonaban los golpes en el suelo de miles de pies, los airados gritos de los esclavos, los estertores de los moribundos pisoteados; todo ello multiplicado por efecto del eco. En medio de ese estrépito, peleaban casi desfallecidos, como animales, sin que fuera posible dirigir de algún modo el curso de la contienda.

Yo estaba en la entrada del pasillo norte, calculando la posición de los enemigos. La retaguardia de los letiúi defendía los dos accesos que llevaban al tercer piso. Por lo tanto me era imposible ir más allá. Seguía lejos de Siata. Solo quedaba esperar la decisión del destino. Me maldecía por haberme ido de su lado, por haberla dejado sola. Quién sabe lo que se atreverían a hacer con ella sus enemigos.

Los esclavos llegaban a la sala en sucesivas oleadas. Les ordené que trajeran antorchas. Su luz titilante dibujaba una escena aún más tétrica. Los enemigos se descubrieron luchando entre sí, y mis aliados comprendieron que estaban pisoteando a los de su propio bando.

—¡Liberad los accesos! —les grité a los míos, aunque sabía que era imposible oír mi voz.

De pronto sucedió algo inesperado. Por detrás de los letiúi brillaron otras antorchas. Fue evidente su sobresalto. Por su retaguardia les atacaba un nuevo enemigo. Los amigos de la princesa cayeron sobre ellos desde los corredores del tercer piso. Después de esa maniobra, su suerte estaba echada. Podrían resistir, pero ya no vencer. Los destrozaron desde uno y otro lado. Fue una auténtica carnicería. Los letiúi retrocedieron hasta el centro de la sala y se defendían como podían de los esclavos que arremetían por todas partes. Una tras otra caían las filas de los letiúi. Pero algunos siguieron defendiéndose con hombría. Los impulsivos esclavos olvidaban toda medida de precaución: se lanzaban directamente sobre las espadas enemigas, caían y detrás venían nuevos atacantes. No esperé a ver cómo se resolvía el combate y corrí en busca de Siata.

A la entrada al tercer piso encontré a un grupo de fieles a la princesa, no más de

treinta hombres. Entre ellos, Latomati.

—¿Dónde está la princesa? —pregunté.

Por un momento callaron. Finalmente Latomati dijo:

—Vayamos juntos. Tenemos que hablar.

De modo que todos subimos al tercer piso.

La sala de las constelaciones ofrecía un espectáculo espantoso. Habían reunido en ella a los ancianos, mujeres y niños. Los letiíi de más edad, sus hijas, mujeres y niños más pequeños estaban sentados en el suelo, extremadamente inquietos, retorciéndose los brazos y berreando. Cuando hicimos acto de presencia se desbordaron los gritos reprimidos e indignados:

—¡Traidores! Habéis hundido el país.

—¡Silencio, letiíi! —alzó la voz imponiéndose, Latomati—. ¡Los traidores sois vosotros! ¡Habéis atentado contra vuestra princesa! Vuestros dirigentes se disponían a matarla. Pero todos estamos sometidos a las leyes y finalmente han muerto aquellos que no son dignos de llamarse letiíi. Hemos quedado pocos, pero nosotros fundaremos una nueva raza.

Alguien gritó:

—¡En unión con los esclavos!

—¡Nosotros no hemos sido quienes hemos llamado a los esclavos! Tengamos calma, letiíi. Cuando pase este primer estallido, los esclavos volverán a someterse. Además debéis saber que en combate han caído más de ellos que de los nuestros. Para nosotros los esclavos no representan un peligro. ¡Obedeced, letiíi!

Latomati ya se portaba como un soberano. En la entrada al tercer piso dispuso una guardia de ocho hombres. El paso era muy estrecho y tomarlo no era tarea fácil. Los demás pasamos a los aposentos reales. Latomati no se dirigió a mí y ni siquiera me miraba. La cámara real no era de gran tamaño. Sus paredes se hallaban revestidas de azulejos de malaquita con incrustaciones de diamantes. Al fondo se situaba el trono de oro forjado. Dos antorchas alumbraban la alcoba. Además, a través de una estrecha claraboya en el techo, se filtraba la luz del día. En el trono regio estaba la reina Siata, con la corona real y la espada soberana en sus manos. Todos caímos de rodillas, cubriéndonos la cara con las manos, y tras las palabras protocolarias, resonó con fuerza la salutación: «¡Le!».

XIX

La reina nos saludó con una inclinación de cabeza. Cuando nos pusimos en pie, Latomati se dirigió a ella:

—Tus órdenes han sido cumplidas. Ataqué por la retaguardia a los letiéi que se negaban a reconocer tu autoridad. Los insurgentes han recibido su castigo. Ahora tenemos que ocuparnos de que la vida recobre su curso habitual, de que los esclavos vuelvan al trabajo y de que los que han permanecido fieles reciban sus honores.

—Gracias, Latomati —dijo escuetamente la reina, y dirigiendo la mirada hacia mí, añadió—: ¡Gracias a ti también, Tolie! Sin tu ayuda, sin tu habilidad, ahora yo estaría entre los muertos y mi raptor luciría orgulloso esta corona.

Siata procuraba hablar con la mesura que correspondía a su nuevo rango, pero después de sus primeras palabras no pudo mantener ese tono y concluyó con rabia:

—¡Yo sé, sé que muchos de los que se encuentran ahora entre mis partidarios se habrían quedado en el bando enemigo, si no hubieran intuido nuestra victoria!... Pero olvidémoslo. Te doy las gracias, Tolie.

Latomati, desencajado por la ira, dio un paso hacia el trono.

—No deberías hablar así, mi reina, no te corresponde ofender de esa manera a algunos de tus seguidores. Me atreveré a decirte la verdad. ¡Majestad! No saldrá nada bueno de que este extranjero haya conducido a los esclavos hasta las mismísimas entrañas de la Montaña. Sabemos por nuestras crónicas que antiguamente hubo más de una disputa por el trono, pero todas se decidieron luchando los letiéi entre sí. Nunca, oh, nunca los ruines esclavos habitantes del piso inferior, osaron inmiscuirse en los asuntos de los letiéi. Tú dirás que contabas con pocos apoyos y que el extranjero fue tu salvador. Eso es un error, mi reina. Tenías pocos partidarios, precisamente porque veían a tu lado a ese forastero, un hombre sin linaje ni raza claros, un embaucador y un rebelde, un esclavo blanco de nuestro...

—¡Basta! —le interrumpió con autoridad Siata, toda pálida y haciendo el gesto de levantarse del trono—. Aprende a respetar a aquel a quien aprecia el soberano. ¡Tus servicios prestados hoy te salvan de mi cólera, pero ten mucho cuidado!

Latomati no parecía dispuesto a callar: trémulo de ira, estaba a punto de replicar a la reina. Un segundo más y me habría visto obligado a intervenir, pero en la entrada apareció un emisario. Se hincó de rodillas y anunció:

—¡Mi reina! Los dirigentes de los esclavos desean hablar contigo.

Latomati se encogió de hombros.

—Tú misma ves adónde hemos llegado. Aún los esclavos te impondrán sus condiciones. —Permíteme ir, mi reina —intervine—, a averiguar lo que quieren. Estoy seguro de que se trata de algún malentendido y todo se arreglará.

—¡No! —vociferó con aspereza Latomati—. No es quién para llevar las negociaciones aquel que podría ser perfectamente un traidor. Iré yo, majestad.

—Iré yo misma —zanjó Siata.

Descendió lentamente de su trono y nosotros la seguimos.

En la sala de las constelaciones seguían amontonados cientos de ancianos, mujeres y niños letií. Todos se sobrecogieron al ver a la reina. Unos pronunciaron solapadamente un «le», otros se dieron la vuelta con brusquedad y también los hubo que gritaron consignas amenazantes: «¡Asesina! ¡Tú has arruinado la Montaña!».

Siata no mostró el menor indicio de prestar atención a esas provocaciones. Se dirigió hacia la entrada que daba al tercer piso, guarnecida como antes. Los centinelas, a petición de los esclavos, habían permitido pasar a algunos de ellos para tomar parte en las negociaciones. Esos parlamentarios se mostraban ante todo orgullosos y seguros de su posición. La delegación se componía de cuatro hombres. Distinguí a Itchuú entre ellos; a los otros tres los conocía poco.

—He venido a expresaros mi agradecimiento —comenzó la reina en lengua bechuana—. Quería agradeceros vuestro fiel servicio. Habéis cumplido con vuestro deber. Ahora, regresad a vuestra cámara y esperad la merecida recompensa. Obedeced.

El propio aspecto de la reina, con suntuosos ropajes y la corona regia, había causado una fuerte impresión entre los esclavos. Tres de ellos, mientras escuchaban sus palabras, se habían puesto lentamente de rodillas, hasta rozar el suelo con la frente. Pero Itchuú seguía de pie.

—Nosotros venimos en nombre de todo nuestro pueblo —declaró con firmeza, como si la reina no hubiera dicho nada—, para decirle que hemos vencido, y que ahora la Montaña nos pertenece. Pero no queremos aniquilaros, de modo que cedednos el paso. Nuestro caudillo, Guaro, tomará como esposa a la reina, y nosotros elegiremos mujer entre las demás letií; entonces dará comienzo una nueva era en la Montaña. Así lo ha decidido el pueblo.

—¡Itchuú! —exclamé sin poder contenerme—. ¿Has olvidado lo que acordamos? ¡Nuestro objetivo era entregar el trono a su legítima heredera! ¿De dónde has sacado esas ideas?

—Tú mismo me las sugeriste, maestro.

Las palabras de Itchuú sonaban como una completa burla. Los otros tres esclavos se levantaron del suelo.

—Escucha, Itchuú —le dije en voz baja intentando ser convincente—, tú me llamas maestro, así que recibe mis enseñanzas. Sois esclavos, no sois capaces de dirigir un país. Para eso no es suficiente una victoria. Acabaría con la Montaña, hundiríais no solo el arte y la ciencia, sino la propia forma de vida. Supondría vuestra propia extinción. Eso te lo vaticino. Hacedme caso, volved a vuestro sitio, a vuestra cámara. Empezará una nueva vida para vosotros. Tened fe en la bondad de la reina.

Itchuú sonrió con sarcasmo.

—Una vez te dije, maestro, que tú también eres mortal. Ahora además te digo que

te equivocas y que en ocasiones incluso mientes.

—¡Esto es ridículo! —estalló Latomati—. Hay que prender a este bufón y azotarlo hasta morir.

—No —atajó severamente la reina—. Él ha venido de buena fe y yo le dejaré marchar. Ve, amigo mío. No hemos prestado oídos a tus anteriores palabras y no lo haremos. Si volvéis a vuestro sitio, las olvidaremos y recordaremos únicamente vuestros méritos. Si llegáis realmente a declararos en rebeldía, comprobaréis que contra nosotros no será tan fácil luchar como contra Bolio. Marchaos.

Los cuatro embajadores de los esclavos, bajo el silencio sepulcral que se hizo en la sala, se dieron la vuelta adentrándose en el corredor y desaparecieron en la oscuridad.

XX

Cuando regresamos a la cámara real, Latomati se estaba oprimiendo el pecho para contener un grito de rabia.

—¡Majestad! —dijo finalmente en una exhalación—. Lo que hemos escuchado es intolerable. Los esclavos nos amenazan, se están burlando de nosotros. Esto es demasiado. Es hora de poner fin a esta situación. Contamos con no menos de cincuenta hombres, lo sé con certeza. Somos los últimos letiúi, pero vamos a defender nuestro reino. Hoy bajaremos hasta la sala de los esclavos, nos batiremos con ellos y juro que saldremos vencedores. Los hombres libres no pueden dejar de prevalecer sobre los esclavos. Os juro, majestad, que empeñaré mi vida en ello. Pero, antes de que recaiga sobre mis hombros tal responsabilidad, debo saber por quién voy a luchar. No pienso derramar mi sangre para entregar el trono a un vagabundo anónimo, que se jacta de proceder de la Estrella.

Recobró el aliento, y a continuación, con una voz tintineante y tan aterciopelada que no podía imaginarla saliendo de él, exclamó:

—Siata, escucha. ¿Acaso no ves cómo suspiro por ti, no has notado hace tiempo que tú para mí lo eres todo? La dicha y la vida entera. ¡Por ti he luchado al lado de los esclavos, por ti he inmolado a mis hermanos letiúi, por ti he arruinado nuestro sagrado reino, Siata! Mis antepasados también ocuparon ese trono. Me estoy ofreciendo a ti, Siata, como ayudante y como amigo. Estás hechizada por ese maldito extranjero. Créeme a mí, que siempre he estado a tu lado, expúlsalo, échalo de aquí,

deja que lo mate... Y yo entonces te tomaré como esposa, ¡y juntos triunfaremos sobre los esclavos! Te juro que restauraremos el reino y fundaremos una nueva estirpe de reyes de la Montaña.

Se hizo un profundo silencio. Incluso podía oírse el ruido procedente de otras salas. Y con voz suave, pero clara y segura, se oyó la respuesta de Siata:

—Lo que tú propones no es posible. Hace un minuto otro hombre me pidió ser mi esposa. Debes saber que antes aceptaría la oferta del caudillo de los esclavos que la tuya, Latomati.

El joven dejó escapar un tenue grito, apretó los dientes y miró por un momento a la reina. Después se volvió hacia mí con su fulminante mirada.

—¡Escúchame tú, vagabundo de origen incierto! Hoy te insulté del modo más ofensivo que pude. Ahora repito que eres un mentiroso y un mistificador. Si tienes un ápice de dignidad, te batirás conmigo en un duelo a muerte. Te reto yo, Latomati, hijo de Talaesto, descendiente de antiguos reyes.

—Acepto —me limité a decir.

—Tolie, Tolie —pronunció indecisa Siata.

—Que así sea —apostillé con frialdad.

Los letiúi presentes en la sala se hicieron a un lado. Siata, temblorosa, descendió del trono y se arrimó a la pared. Latomati y yo nos quedamos frente a frente en el centro de la cámara real. Nos fuimos aproximando uno a otro. Los dos empuñábamos el arma habitual de los letiúi: un espadín que recordaba por su forma a un florete. En mi juventud dominaba bien este arte, pero aún me faltaba mucho por aprender sobre la esgrima de los letiúi. Latomati era considerado un espadachín fuera de serie y yo no podía hacer otra cosa que defenderme. Él se ensañaba con furia. Yo retrocedí hasta chocar finalmente con la pared. A Siata se le escapó un leve gemido. Esa voz me puso en un estado tal de trepidación como no había sufrido en muchísimo tiempo. Con un fuerte revés repelí el golpe de Latomati y pasé al ataque. En el poco tiempo que duraba nuestro combate, ya me había percatado de las artes que desplegaba Latomati, tan originales como limitadas. Ahora yo debía sorprenderlo a mi vez, con la astucia propia de la esgrima europea. Aquí fue él quien empezó a retroceder, tropezándose hasta en dos ocasiones y perdonándole yo ambas la vida. Loco de ira, se arrojó contra mí olvidando toda precaución. Yo quería asestarle un golpe que le obligara a soltar su espada, pero por algún motivo él bajó el brazo y mi fuerza se descargó certeramente sobre su sien. La oscura sangre fluyó a borbotones y el joven cayó muerto. Los letiúi bramaron. Siata corrió hacia mí. Se produjo un gran alboroto. Alguien se inclinó sobre Latomati para certificar su muerte. Aún no había tenido tiempo de volver en mí cuando de repente todos los letiúi al unísono empezaron a salir de la estancia... Uno de ellos se detuvo junto a la puerta y le dijo a Siata:

—¡Majestad! Tú aún no lo sabes, pero en este momento los sacerdotes te están

condenando a la Región del Misterio.

En poco tiempo nos quedamos solos, mientras se iba apagando el ruido de los pasos que se alejaban.

—¡Marchaos! ¡Fuera de aquí! —gritó Siata desencajada—. No les necesito más. ¡Fuera la corona! ¡Adiós a la Montaña! ¡Adiós al pueblo de los letií!

Se arrancó el atuendo real, con la respiración entrecortada.

—Solo me quedas tú, Tolie —sollozó con lágrimas en los ojos—. Nos iremos de aquí, huiremos. Lejos de toda esta infamia y odio. Renuncio a su reino milenario, que únicamente me arrastraría a la perdición. No ansío ya el trono, porque gobernar un pueblo así sería indigno. Soy libre, Tolie, llévame contigo.

Ella no era consciente de lo que estaba diciendo; hablaba con la mente nublada. Mientras la sostenía, pues apenas podía tenerse en pie, extenuada, procuré calmarla y hacerle entrar en razón.

Pero nuestra atención se vio desviada por un horrible estruendo. Se oyó el chocar de las espadas y el griterío de los esclavos. Salí inmediatamente, pero en el corredor me topé con Mstegá, que venía a toda carrera.

—¡Señor! —me gritó—. ¡Corra! Los esclavos están en el tercer piso y vienen a matarle.

Apenas alcanzaba a comprender lo que pasaba, cuando tras los pasos de Mstegá apareció el gigantesco Guaro, que aún sostenía oscilante su enorme maza. Mstegá, con un aullido, se lanzó salvajemente contra él.

—¡Corra! —me gritó de nuevo.

El gigante se vio retenido por Mstegá, que interpuso su cuerpo para obstaculizarlo, y tuvo que pararse por un momento. Pero lo resolvió rápidamente. Se oyó el crujido de los huesos al quebrarse. Izó en el aire el cuerpo de Mstegá y golpeó con fuerza su cráneo contra el suelo de granito.

Esta mínima dilación fue suficiente para salvarme. Me encontré de nuevo junto a Siata. Su estancia era de las pocas que contaba con una pesada losa en lugar de puerta, que cerraba el paso al girar sobre los goznes. Tuvimos el tiempo justo de sellar la entrada antes de que Guaro llegara corriendo hasta ella. Desde detrás de la piedra pudimos oír el alarido de los enemigos burlados.

—¡Oh! ¡Estamos salvados! —gritó emocionada Siata. —Estamos en una prisión —objeté con serenidad—; una prisión sin comida ni bebida.

Llevé a la exhausta Siata hasta su trono. Pero de repente, con un leve chirrido empezó a girar otra bisagra en la pared, donde yo no podía sospechar que hubiera otra puerta. En el corredor que se había abierto apareció el sumo sacerdote.

XXI

No sabíamos cómo reaccionar ante el inminente cambio de la situación. No teníamos fuerzas para sorprendernos, ni para echarnos a temblar. El jerarca nos miraba con serenidad, mientras nosotros seguíamos observándolo en silencio. Detrás de la pared, se oía el furor de la multitud.

Por fin, en tono severo y autoritario, el sacerdote se dirigió a Siata:

—¡Majestad! Ha llegado la gran hora.

Siata empezó a temblar de pies a cabeza como si estuviera sufriendo una crisis nerviosa, como una fina hierba zarandeada por el viento. Finalmente gritó:

—¡No, padre, no!

—¡Majestad! Ha llegado la hora —repitió el sumo sacerdote.

De forma igual de repentina, Siata recuperó la entereza.

—Está bien —dijo extrañamente, mientras dirigía la mirada a lo alto sin mirar a nadie en concreto—. Yo misma lo deseaba. Mejor una gran hora de desesperación y muerte que lentas horas de tormento. Estoy lista, padre.

—Ven conmigo —le dijo el sacerdote, indicando con parsimonia la estrecha escalera por la que había llegado hasta nosotros.

La reina lo siguió, y yo di algunos pasos tras ella.

—Que el extranjero se quede aquí —atajó el religioso—. Lo que vamos a presenciar no está hecho para ojos impuros.

—¡No! —respondió con firmeza Siata—. Él irá conmigo. Soy la única que queda con sangre real. De ese modo podré cumplir con la voluntad de la Estrella. No tenéis elección. Si yo voy, él vendrá conmigo.

El sacerdote no insistió. Desde la cámara real ascendimos por la angosta escalera directamente hasta el cuarto piso, los museos y las bibliotecas. Hasta allí no habían penetrado aún los esclavos. Las estatuas se erguían todavía intactas, como desde hacía veinte siglos. Los rollos de pergamino dormían pacíficamente en los entrantes practicados en las paredes: libros llenos de crónicas, grandiosos poemas y pasionales versos amorosos.

Desde el museo geológico, que albergaba la más fabulosa colección de minerales de todo el mundo, empezamos a subir al quinto piso, la Región del Misterio, que yo pisaba por primera vez. Pero no sentía curiosidad. Toda mi alma estaba absorbida por un solo sentimiento: mi preocupación por Siata. Con seguridad y orgullo, ella avanzaba tras el sumo sacerdote.

Llegamos al templo de los letiíi. Era un espacio circular rematado por una cúpula. Tanto la perfecta bóveda como las paredes estaban embellecidas con oro pulimentado, en el que brillaba de continuo la reverberación de las antorchas y veíamos multiplicada nuestra imagen reflejada. En el templo no había iconos ni

adornos de ningún tipo. Tan solo se había practicado una ancha ranura que se extendía por todo el suelo y por la que se deslizaba lentamente una gran esfera de oro, por efecto de alguna fuerza que se me escapaba.

En la sala había cuatro sacerdotes en sus respectivas tribunas doradas y, junto a ellos, de pie, un muchacho que hacía las veces de ayudante. Cuando el sumo sacerdote irrumpió en ese escenario, todos se levantaron.

—Ha llegado la gran hora —manifestó, dirigiéndose a ellos. Todos se hincaron de rodillas, se cubrieron los ojos con las manos y repitieron:

—¡Llegó la gran hora! ¡La gran hora!

La máxima autoridad sacerdotal se dirigió entonces a Siata con firmeza y resolución:

—Hija mía, ¿quiénes fueron tus antepasados?

—Procedo de una estirpe de reyes —contestó.

—La gran hora ha llegado. ¿Sabes lo que has de hacer?

—Lo sé, padre.

—Ve, pues. Tu autoridad ha caído en el abismo del reino de la Montaña; por eso hoy hemos proclamado una maldición. Pero tú cumplirás la voluntad de la Estrella y yo te bendeciré.

Siata inclinó la cabeza, mientras cubría sus ojos con la mano.

—Entra, majestad, en la Región del Misterio.

Una puerta oculta se abrió dejando un hueco en la pared, por el cual nos introdujimos. Esta nueva sala era de reducido tamaño, unos veinte pasos de ancho y otros tantos de largo. Las paredes carecían de detalle alguno y eran de piedra gris. La luz procedía de un amplio ventanal. Había un lecho de piedra adosado a una de las paredes. En el centro de la estancia se podía ver una barca de extraña forma. En ninguna parte desde que habitaba en el país de la Estrella había visto embarcaciones, ya que no había ríos o lagos dignos de mención.

Pero lo más admirable de este espacio estaba en el muro izquierdo, oriental. En esa pared, ocupando toda su altura, se alzaba una momia. Estaba desprovista de vestiduras. Los músculos resacos se hallaban perfectamente adheridos a los afilados huesos, recubiertos por una piel apergaminada. Pero no se trataba de una momia humana. No puedo decir qué clase de criatura era. Su cabeza no era muy grande y sus ojos estaban muy juntos, aunque conservaban su color y forma, como si tuviera la mirada fija en algo. Su huesudo cuerpo era bastante ancho y se asimilaba por su forma a una campana, rematada en la parte inferior por una serie de protuberancias; los brazos seguramente servían como alas, pues aprecié en ellos membranas. Todo el conjunto terminaba en una especie de cola de pez, que quizá sirviera como timón para aprovechar el aire durante el vuelo.

Mientras lo observaba, petrificado por la impresión, el sacerdote que nos había

traído hasta allí se esfumó. La puerta camuflada se cerró y yo me quedé a solas con Siata.

—¿Quién es? —acerté a vocalizar con voz enronquecida, señalando a la momia.

—Es Él —contestó ella en voz baja—, aquél a quien veneramos. Es nuestro primer rey, nuestro eterno soberano. ¡Perdóname, mi señor! Pero creo que tú mismo lo querías así —dijo, haciendo una inclinación ante la momia.

—Siata, pero ¿es un ser humano? —inquirí de nuevo.

—Es más que eso —respondió ella en un susurro—. ¡Sí! ¡Hay otros mundos, mi Tolie! Hay criaturas superiores.

Y se quedó mirándome extasiada...

XXII

Entonces un inefable pudor embargó mi corazón. Me aparté de Siata súbitamente. Tenía la impresión de estar traicionando su benevolencia.

—Mi reina —conseguí articular con esfuerzo—, tienes que darme la espalda. No merezco que me dirijas la mirada. He mentido a todos y también a ti. No soy ningún habitante de la Estrella. Yo, al igual que tú, he nacido aquí en la Tierra.

Abriendo los ojos exorbitados y sin entender del todo lo que decía, la reina retrocedió, apartándose de mí como si hubiera visto un fantasma.

—Sí —continué en tono sombrío—, ni soy un habitante de la Estrella ni el hijo de un rey. Soy un vagabundo sin rumbo al que desprecian en su propia casa y que huyó al desierto para escapar de las burlas. Todo este tiempo he estado engañándote.

Adiviné su respuesta antes incluso de escucharla.

—¡Ah, Tolie! ¡Se ha venido abajo mi maravilloso sueño, mi luminosa esperanza! ¡Tan cerca me parecía estar de otro mundo, no de éste en la Tierra...! Y ahora, ahora me veo de nuevo condenada por los siglos de los siglos... Se han partido mis pobres alas. —Después, mirándome con una leve sonrisa, añadió en tono más alto—: Pero no estés triste, mi Tolie. ¿Crees que solo te quería por venir de la Estrella? Me has sido muypreciado como maestro. Me has hecho comprender lo que solo podía intuir. Que puede haber otra vida, que no todo termina en esta Montaña, que nuestros hombres de ciencia no acaparan la sabiduría universal, ni lo que nos enseñaban los ancianos era toda la verdad... Te sigo queriendo como antes, Tolie. Esta desgracia solo me incumbe a mí.

Pero decía esto con la voz quebrada. Y yo hice un intento por devolverle el ánimo:

—¡Mi reina! Mentí vergonzosamente al decir que procedía de la Estrella. Pero te dije la pura verdad al hablar de otra vida, de la humanidad que te está esperando. Tú misma verás todos esos milagros de los que te hablé, como si fueran propios de mi Estrella. Los verás si nos salvamos...

—Puede que nos salvemos, Tolie —profirió tristemente Siata—, pero tus milagros no me servirán de consuelo. ¡De qué me sirven los milagros, si están aquí en la Tierra! ¡Si los han creado personas iguales a mí! ¡Si sigue habiendo fronteras en mi mundo! Siempre nos han dicho: hasta hoy todo esto es vuestro, pero no podemos ir más allá. ¡Oh! ¡Tolie! ¡Tolie! Eso es lo terrible.

Se retorció las manos. Yo podría haber rebatido sus palabras, pero guardé silencio, sin atreverme a decir nada. Y entonces se levantó, adoptando un aire de profetisa.

—¡Vayamos! Sea como sea, ahora más que nunca debo cumplir la voluntad de la Estrella. ¡Vayamos!

Tras el lecho de piedra se escondía otra puerta que daba a una sinuosa y estrecha escalera. Deslizándonos en la oscuridad, ascendimos hasta una azotea circular, la cima de la Montaña de la Estrella.

Era una noche sin luna. En la oscuridad no se veían las terrazas ni el valle. No llegaba ningún sonido desde abajo. Era como si estuviéramos solos en el mundo. En medio de las brillantes estrellas del firmamento tropical, centelleaba un astro rojizo, Marte. Hacia él tendió Siata sus marmóreas manos.

—¡Estrella! ¡Sagrada Estrella! Ahora cumpliré tu voluntad. Tú eres la reina de esta Montaña. Ha llegado la hora de aniquilar tu reino. Coge lo que es tuyo y déjanos a nosotros con nuestras penas. —Después, dirigiéndose a mí, añadió—: ¡Sí, yo creo! Creo que tenemos contacto con nuestra Estrella. Tú no procedes de allí, pero siento que los rezos y cánticos pueden llegar hasta ella, y que desde allí nos llegan voces. ¡Escucho! ¡Escucho tu llamada! ¡Voy hacia ti! ¡Voy! ¡Voy! —dijo enfáticamente, mientras se dirigía como una sonámbula hacia la brillante estrella.

La sujeté al borde del precipicio y ella volvió en sí.

—¡Ah, Tolie! Me parecía haber oído una voz, como si la Estrella me estuviera llamando. ¿Puede acaso llamarme? ¿Tú qué piensas? ¿Crees en eso?

—Yo creo en todo lo que tú creas —le respondí llorando y besando su vestido.

Siata lo pensó un segundo y luego dijo con voz decidida:

—Aquí en el centro, hay una gran esfera de oro. Hay que arrojarla al vacío.

—Pero Siata, debe de pesar mucho, una persona sola no puede.

—¡Tolie! Tú eres ingenioso, busca la manera e inténtalo.

La reina se sentó, pensativa, al borde del abismo, con las piernas colgando sobre

la nada. Y yo me acerqué hasta la esfera dorada. A simple vista debía pesar varios *pudi*^[7]... A tientas, me di cuenta enseguida de que su eje consistía en una varilla metálica que se podía extraer. Así probé a hacerlo y efectivamente el instrumento quedó en mis manos. Haciendo palanca con él, intenté desplazar de su sitio la esfera. Pero no lo conseguía. Después me di cuenta de que algunas losas que había en el recinto eran fáciles de sacar. Traté de construir una pendiente que partiera de la esfera. La tarea avanzaba rápidamente y una vez hecho me dispuse a empujar el globo. Éste cedió con inesperada facilidad. Apenas podía tenerme en pie, mientras el pesado objeto rodaba primero por el terrado, luego daba un gran salto desde el borde y retumbaba con gran estrépito al chocar contra los fuertes muros de la Montaña. El golpe se repitió aún dos veces más, y tardó mucho en amortiguarse la resonancia.

—Se ha cumplido —dijo solemnemente Siata—. Regresemos.

Obedecí a Siata, como criatura superior que era.

Volvimos a bajar a la habitación donde estaba la barca. En alguna parte, Siata encontró un tazón con agua y algo de maíz, que al parecer alguien nos había dejado preparado. Yo estaba hambriento, pero ella no se acercó siquiera a la comida. Sus arranques de ánimo habían dejado paso a una completa extenuación. Cuando me acerqué a ella, estaba susurrando algo. Le cogí la mano; estaba fría y temblorosa.

—Estás enferma, Siata. Debes acostarte y reposar.

Obedeció y se recostó en la cama de piedra. Casi al instante se cerraron sus ojos, y cayó en un sueño profundo. Con auténtica devoción acerqué mis labios a su pálida frente, tomé la antorcha, salí por la puerta secreta, y empecé a bajar los pisos de la Montaña.

XXIII

Presentía una desgracia, quería observar por última vez la Montaña en cuya cima se conservaba el esqueleto de una extraña criatura. ¿Tendría razón aquel viejo medio loco que vi morir en las estepas africanas? ¿Sería esto una creación de fugitivos huidos de otro mundo? Y, mientras atravesaba los pasillos que comunicaban las distintas escaleras, no podía dejar de asombrarme ante tamaña obra. Toda la Montaña había sido seccionada, se habían excavado en ella salas, habitaciones y corredores de arriba abajo. Algunas cámaras tenían más de cuarenta *sázheny* de altura, con enormes arcadas que sustentaban pesadas bóvedas; los corredores se extendían de forma

precisa, sin desviarse de lo previamente planificado; en ninguna parte se apreciaba descuido alguno. Se veían estatuas hechas con bloques extraídos de la propia roca, formando un todo con el suelo, de modo que al perforar la sala debían dejar ya esos pedazos previstos para darles forma. Me inclinaba a pensar que todo ese laberinto había sido creado siguiendo un único plano, producto de una arquitectura grandiosa que habían llegado a dominar en el transcurso de muchos siglos y con el concurso de millones de trabajadores. Crucé la Región del Misterio. Todo en ella se veía intacto. La esfera de oro continuaba rodando como antes por su carril igualmente dorado, como debía llevar siglos haciéndolo. Cinco ancianos y cinco adolescentes yacían tendidos en el suelo. Me incliné sobre ellos. Estaban muertos. Los cuerpos dejaban escapar su calor lentamente...

Con cuidado inicié el descenso hasta el piso de la realeza. Allí quizá tuviera que vérmelas con los esclavos. Pero todo estaba tranquilo. Bajé por una mediana escalera de caracol y fui a parar a la sala de las constelaciones. Había sufrido también desperfectos; las imágenes del sol y la luna habían sido arrancadas de las paredes y los huecos que habían dejado resaltaban como heridas recientes. En cambio el techo estaba demasiado alto y al alumbrarlo con mi antorcha brilló la bóveda celeste artificial: se encendió la Cruz del Sur y fulguró con su tono rojizo la Estrella sagrada. Unos leves gemidos me sobresaltaron cuando ya había reiniciado mis pasos. Vi que el suelo estaba sembrado de cadáveres. Algunos eran letiéis que habían caído en el último asalto de los esclavos, pero la mayoría eran de estos últimos, desmembrados por las espadas de sus enemigos. En alguna parte quedaban algunos vivos, aunque heridos, ya que podía oír sus voces. Intenté localizarlos, mientras resbalaba entre charcos de sangre. Pronto me topé con el cuerpo de Itchuú. Había muerto en el acto. Su cabeza estaba seccionada hasta la mitad. A lo largo de la pared había multitud de cadáveres de mujeres.

Había regresado al centro de la sala cuando uno de los caídos me reconoció y gritó:

—¡Extranjero!

Me detuve. Entre los cuerpos se incorporó un anciano de cabello cano, ahora ensangrentado. Me dirigió una mirada incendiaria.

—¡Extranjero! ¿A qué has venido? ¡Estás buscando una maldición, quieres que los muertos te griten cual ventisca: maldito, maldito! ¡No! No vas a oír eso. Te diré otra cosa. Tú no has destruido la Montaña, no tendrías fuerzas suficientes para hacerlo. La propia Estrella decidió que había llegado la hora final. ¿Me oyes? La propia Estrella. Por eso nos despedimos de ti...

Una vez dicho eso, el anciano cayó de nuevo de espaldas. Escuché sus palabras aterido por el miedo; el mal se abatía también sobre mí. Por efecto de su discurso me parecía estar viendo realmente cómo los muertos empezaban a levantarse por todas

partes, y me hablaban... Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, conseguí dominarme y ya me disponía a acercarme al viejo para ayudarlo de algún modo cuando de repente noté con claridad cómo el suelo que estaba pisando comenzaba a oscilar.

El primer temblor lo aguanté de pie, pero en el segundo el terremoto fue tan fuerte que caí al suelo en medio de un charco de sangre y mi antorcha se apagó. Después siguió un balanceo rítmico del suelo. Los cuerpos tendidos se agitaron y parecieron cobrar vida. Estaba en plena oscuridad, rodeado de muertos que se movían. El terror había petrificado mi rostro y el corazón se me paralizó. Me arrastré entre la pila de cuerpos, buscando a ciegas el camino. Estaba a punto de desvanecerme. Finalmente acerté con la salida que llevaba a los pisos superiores. Corrí por los resbaladizos escalones. Crucé en la más absoluta oscuridad las salas de los museos, deteniéndome únicamente ante un grupo de sacerdotes muertos, alumbrados por la antorcha que aún quedaba en pie. En este punto ya había vuelto en mí, pero me sentía incapaz de gobernar el curso de mis pensamientos. Por una parte la compasión por los moribundos abandonados a su suerte; por otra, el terror y la estupefacción por todo lo que había experimentado recientemente; y en suma la mezcla de todos esos sentimientos. Mientras tanto, el suelo seguía moviéndose a mi paso. Tomé la antorcha que daba luz a los cadáveres de los sacerdotes y fui a ver a Siata. Estaba dormida.

Salí a la azotea que remataba la Montaña. La luna solo era visible en una octava parte. A su débil luz, pude ver algo inexplicable. En el espacio que debía ocupar el valle, se reflejaba extrañamente una franja de luz lunar, como si a nuestros pies se extendiera una superficie líquida. Durante un buen rato me dediqué a contemplar las variaciones de la luz sobre las olas. Después regresé a los peldaños finales de la escalera y, tras bajar por ellos, me quedé súbitamente dormido.

XXIV

Soñé que aún era esclavo en el país de la Estrella, que huía y entraba en los pasos subterráneos de la Montaña, recorriéndolos en busca de una salida. Los pasillos giraban, serpenteaban, se perdían a lo lejos sin que se viera su fin. Adheridas a las paredes, me esperaban una especie de babosas gigantes que intentaban darme alcance con sus pegajosas extremidades. Luchaba por librarme de ellas y cuando ya estaba totalmente desfallecido... el mundo subterráneo desapareció de repente. El

océano apareció ante mi vista. Caí sobre un saliente de granito, viendo cómo se extendía ante mí el ilimitado espacio marino; un rayo de luna danzaba entre las olas; el fuerte oleaje se batía una y otra vez sobre la costa rocosa; y era sobrecogedor el sordo crepitar producido por la espuma. En ese instante me vino el pensamiento de que había dejado el país de la Estrella para siempre, que no había vuelta atrás y que nunca más volvería a ver a Siata, ¡nunca! Esa idea me dejó paralizado de espanto; solo pedía al cielo una cosa: morir, no existir para no tener que experimentar ese sufrimiento... Pero un rayo de sol incidió directamente sobre mi rostro, y desperté sobre los afilados peldaños de la escalera. Lo primero que se apoderó de mí fue un sentimiento de inmensa felicidad, de completa dicha al ser consciente de que Siata estaba cerca, estaba conmigo y podría verla de nuevo. Pero al mismo tiempo me dejó impresionado comprobar que el fragor de las olas rompiendo no había enmudecido, y después de espabílarme, corrí de nuevo hacia la parte superior.

Lenta pero ostensiblemente, la Montaña se estaba viniendo abajo. Sentí una fuerte conmoción en la azotea. Me pareció como si los alejados bordes de la depresión se estuvieran elevando. Y abajo, en lugar del valle, en la zona que antes ocupaban el bosque, los campos y todo ese frondoso escenario, se extendía una grisácea y ondulante superficie acuosa. Las espumeantes olas se mecían y saltaban por todas partes hasta donde alcanzaba la vista. Durante la noche se habían abierto una serie de cráteres, y torrentes de agua afloraban desde el mismo núcleo de la tierra, de modo que toda la caldera se veía ya inundada hasta la mitad de su nivel. El mar estaba engullendo la Montaña, que se iba sumergiendo en sus aguas. Las crestas cenicientas de las olas ya salpicaban las terrazas del tercer piso. Mientras seguía, sin salir de mi asombro, con la vista clavada en ese increíble espectáculo, se presentó Siata en la azotea, pálida y agotada, pero con una mirada ardiente. No parecía quedar nada humano en ella, como si ya no perteneciera a este mundo.

—Éste es el Misterio de la Montaña —me dijo en tono inspirado, sin esperar una respuesta—. El agua se ha tragado el país entero; la misma agua que sirvió de tumba a mis antepasados se llevará por delante todo el conocimiento acumulado durante siglos, nuestras creencias del pasado y las crónicas venideras. Tú has despertado la fuerza que dormía encadenada. El agua ocupará el lugar de mi país, y nosotros... tendremos la ocasión de sobrevivir a él.

Hasta nosotros llegaban vagos gemidos. Los esclavos no habían podido encontrar el acceso que llevaba hasta el cuarto piso. De ahí que la terraza de éste estuviera desierta, mientras toda la masa de esclavos se apretujaba en la tercera terraza ya asediada por las olas. Todo ello se desarrollaba a trescientos *sázheny* de nosotros, por lo que nos resultaba difícil seguir su suerte.

Los esclavos se hallaban sumidos en un estado de pánico, casi incapaces de moverse. Toda una multitud —unas tres mil personas— se agolpaba impasible,

mirando hacia el agua, observando cómo las olas se les venían encima. En ocasiones se oía un alarido inhumano, que llegaba a nuestros oídos convertido en un débil lamento. El agua empezaba a superar la balaustrada. Los esclavos comenzaron a sumergirse en el fatal elemento. Me sentía impotente, quería correr en su ayuda, indicarles el camino hacia nuestra posición. Intenté decirle algo a Siata, pero ella me detuvo colocando con firmeza su mano en mi hombro.

—Quédate. Incluso si pudieras traerlos hasta aquí, su muerte sería igualmente inevitable. En la barca no pueden ir más de dos personas, como si la Estrella supiera que seríamos solo dos. No intentes luchar contra el orden impuesto por la Estrella, somos demasiado insignificantes, nuestra participación consiste en someterse.

Caí boca abajo al borde de la azotea y me quedé embelesado con la visión de la aterradora tragedia que acontecía en algún lugar por debajo de nosotros. El agua cubría a los esclavos hasta la altura del pecho, ahogándolos lentamente. Las madres cogían a hombros a los niños, los más fuertes —dominados por un terror salvaje— se encaramaban sobre los demás; otros intentaban trepar por la pulida superficie de la Montaña, pero no tardaban en precipitarse al vacío; algunos, totalmente enloquecidos, se arrojaban a las olas. El agua iba subiendo con una rapidez acuciante. Vi cómo las aguas empezaban a cubrir las cabezas de los más altos. Pude captar el momento en que una mano alzada desaparecía entre la espuma de la marejada. En la superficie se entreveían un sinfín de cuerpos luchando aún con la muerte. Pero ninguno de los que estaban muriendo sabía nadar. En pocos minutos, todo había terminado. Ningún elemento ajeno perturbaba la oscurecida superficie espumosa.

Cuando me levanté lívido de terror, Siata seguía de pie, inmóvil, con la mirada perdida en la lejanía, más allá de la Tierra.

—Todo ha terminado —dije con voz ronca.

Siata se volvió hacia mí.

—Cariño mío —pronunció, llamándome así por primera vez—, hay que traer hasta aquí la barca.

Y yo obedecí.

XXV

La Montaña fue desapareciendo lentamente. A mediodía ya estaba bajo las aguas la terraza del tercer piso. El sol caía sobre el horizonte cuando la marea llegó hasta el

borde de la caldera. Al mismo tiempo, la superficie del agua casi rozaba ya la cima de la Montaña. Ese día, Siata y yo apenas intercambiamos una decena de palabras. Ella estaba sentada sobre el montón de piedras que había extraído del suelo el día anterior, posando su enigmática mirada sobre las sinuosas aguas. A veces me parecía que disfrutaba con esa visión, que suponía algo nuevo para ella. Por otra parte, empezaba a intuir cuál era la abrumadora tristeza que oprimía su corazón.

Me ocupé de la nave, preparándola como pude para el viaje. Observaba a Siata con cierta timidez. En una ocasión le había dicho para consolarla:

—Pronto veremos juntos una nueva tierra y una nueva humanidad. Piensa en el futuro.

Ella me respondió:

—Nosotros somos los mayores asesinos de la Tierra.

Yo sentí un estremecimiento al oírlo.

Otro día me vino a la cabeza un inquietante pensamiento y de nuevo me dirigí a ella:

—Siata, ¿no crees que alguno de los esclavos podría llegar a penetrar en la Región del Misterio? Quizá se han ocultado allí hasta ahora. ¿No deberíamos ir a ver?

Ella me miró con frialdad y me dijo:

—No, tendrán que morir todos.

Y yo de nuevo sentí un escalofrío.

Cuando la marea subió hasta que el agua estuvo a dos *sázheny* de nosotros, arrojé la barca al mar: temía el remolino que se produciría al hundirse el pico de la Montaña. La había amarrado a las rocas que sobresalían en el centro de la explanada. Las mismas cuerdas con que la amarré me sirvieron para bajar hasta la embarcación y esperar. Cuando la distancia que me separaba del borde de la azotea disminuyó aún más, ayudé a Siata a instalarse rápidamente a bordo, corté los amarres con mi espada letiéi, nos impulsé con un empujón para alejarnos de la pared y con todas mis fuerzas me puse a los remos para huir cuanto antes de la Montaña zozobranante.

Al cabo de unos minutos, la cima se sumergió con una especie de silbido en la marejada. Durante un rato hube de luchar contra el oleaje levantado por la vorágine, pero finalmente nos vimos fuera de peligro y entonces pude echar un vistazo a nuestro alrededor.

La caldera había desaparecido. El agua había rebasado el borde y empezaba a inundar el Desierto Maldito, sin dejar de avanzar, amenazando con reducir toda África a un lecho marino. La corriente nos alejaba del centro sin necesidad de remar.

Miré a Siata y ella a mí.

—Mi cielo —me dijo—, estamos los dos solos en el mundo. Somos los primeros y los últimos habitantes. Con nosotros se acaba la vida sobre la Tierra. Debemos morir.

Procuré tranquilizarla.

—La Tierra es más grande de lo que crees. Hay muchísima gente en el mundo. Encontrarás una nueva patria, hallarás lo que estabas buscando.

Siata callaba, dirigiendo la mirada a nuestra popa, allá donde no hacía mucho se levantaba el reino de la Montaña. Ahora, allí donde mirásemos, solo encontrábamos cielo y mar. Un sol brillante y encarnado se mecía sobre las olas ensangrentadas. Se hizo de noche y empezó a hacer frío. Quería hacer acopio de fuerzas. Teníamos algo de maíz, pero carecíamos de agua. Con temor y un mal presentimiento cogí agua por la borda. ¡Y vaya! Mi peor presentimiento se cumplió. El agua estaba amarga y salada, no se podía beber, era enteramente agua marina.

Todo el drama de nuestra situación se presentó con meridiana claridad ante mis ojos. Teníamos por delante la tarea de atravesar de nuevo ese mismo Desierto Maldito por el que pasé con Mstegá, sin tener tampoco entonces la más mínima reserva de agua. No le dije nada a Siata, pero debió entenderlo todo.

—No te asustes, cariño —dijo—, para mí ya está claro que todo ha sido creado por voluntad de la Estrella. Antes yo me reía de las supersticiones de nuestros padres, pero ahora veo lo insensata que era. Permíteme que dirija una petición a la Estrella.

Se puso de rodillas, orientando su rostro hacia la Estrella Roja. Yo adopté la misma postura, a su lado, y recé por primera vez en muchísimo tiempo. Y en el profundo silencio del desierto, nuestra frágil embarcación nos fue llevando hacia el desconocido horizonte...

XXVI

Por la noche remaba guiándome por las estrellas. Al amanecer me venció el agotamiento. Cuando desperté, vi que Siata yacía sobre el fondo de la barca con los ojos cerrados. Me incliné sobre ella asustado. Ella me miró y sonrió débilmente.

—Estoy muy cansada, cariño —me dijo—, creo que es la muerte.

Había recibido tantas impresiones en los últimos días que estas palabras no podían asustarme. Apenas algunas lágrimas brotaron de mis ojos. Pegué mis labios a su mano.

No eran las privaciones ni las dificultades del viaje lo que le estaba quitando la vida a Siata. El bochorno tampoco era tan fuerte, ya que el aire estaba saturado de vapor de agua. A mediodía conseguí atrapar un águila que había sobrevivido a la

inundación, pero que había caído al agua. Eso nos salvó por un tiempo de morir de hambre; pudimos incluso saciar la sed con su sangre fresca. Pero Siata no quería comer ni beber. Un dolor profundo la estaba consumiendo. Por el día continué remando, siguiendo el rumbo que había emprendido la noche anterior, pero estaba lejos de pensar que estuviéramos navegando con el rumbo correcto. ¿Cómo podía uno orientarse en este mar sin orillas?

La marea dejó de subir. El oleaje se calmó. A través del agua aclarada era visible el fondo: la superficie pétreo del desierto. La profundidad del nuevo mar no superaba un *arshín* y medio. Podía llegar a tocar con el remo el suelo salino. Todo el día Siata lo pasó tendida y como desmayada. En varias ocasiones le humedecí los labios con la sangre del ave, pero al desperezarse seguía negándose a beber. Al atardecer parecía más despierta y me llamó:

—¡Cariño mío! ¡Querido mío! Nos queda poco tiempo para hablar. Me estoy muriendo.

—¡Siata! ¡No sigas! —dije compungido—. ¿De qué sirve morir? ¿Es que no quieres ver mi tierra, a mis hermanos?

—¡No insistas, cariño! Es un sueño irrealizable. Yo no sería capaz de vivir sin mi país y después de haber perecido mi pueblo. Ahora te confesaré muchas cosas que yo misma no quería admitir. He soñado en vano con otros mundos, cuando mi alma a pesar de todo seguía ligada a éste. Yo sentía un gran amor por mi país, como patria, como tierra natal. También siento un gran amor por ti, Tolie, muy grande, como si fueras mi marido. Por eso, dime una vez más que me amas, que no estabas simplemente adulando a la que antes era reina de un mundo ajeno a la Tierra. Dímelo, para que pueda morir feliz.

Uní mis labios a sus manos y le dije en un susurro que si la perdía, me quitaban algo más valioso que mi propia vida.

Ella sonrió con su acostumbrada dulzura y añadió:

—No, tú no has sido el culpable de la caída de la Montaña. La propia Estrella sirvió a los letií para vengarse de los esclavos, y a los esclavos para hacer lo propio con los letií. Esa misma Estrella fue la que te envió hasta aquí, Tolie, para que yo pudiera comprender y tú también me comprendieras a mí, tu reina, tu Siata, y para que tú mismo pudieras renacer a otra vida. No me olvides, yo te bendigo en tu nueva vida.

—¡Siata! —grité descorazonado—. ¿Acaso puedo concebir una vida sin ti? Hazlo por mí, por mi alma, no te vayas, quédate conmigo.

Con lágrimas en los ojos besé sus gélidos dedos; ella ya no podía hablar y apenas persistía en sus lívidos labios una silenciosa sonrisa. Después alzó la mirada al cielo vespertino, y su alma se alejó volando del mundo terrestre que tanto la había agotado en vida.

En el mismo instante en que murió Siata, comprendí la insondable hondura del amor que sentía por ella. Inmediatamente, como el brillo de un relámpago, se formaron en mi pensamiento dos imágenes diferentes: mi «yo» antes de este amor y mi «yo» redimido por ese mismo amor. Concluí que se trataba de dos personas distintas. Sollozaba como un condenado y solo pensaba en ser capaz de resucitarla, aunque fuera temporalmente, siquiera por un momento, para terminar de decirle todo lo que no había tenido tiempo de expresarle en vida. Lleno de ira, maldecía los días y horas perdidos, en los que habría podido trasmitirle ¡tantas cosas!

La idea de un futuro insufrible se abrió camino en mi pensamiento. Con impulsiva decisión, tomé el que para mí seguía siendo preciado cuerpo, me abracé a él con un último beso y lentamente lo bajé por la borda. Pronuncié una breve oración en ese lugar en medio de la nada. A continuación, con un fuerte golpe de remo, me alejé de allí.

Casi inmediatamente me sobrevino el arrepentimiento y surgió en mí un ardiente deseo de verla, besar al menos sus ya inertes manos, hablar con ella. Me puse a remar hacia atrás, en medio de la oscuridad que había traído la noche, busqué su cuerpo, trabajé sin descanso con los remos, avancé hacia atrás y hacia delante, observando concienzudamente las oscurecidas aguas. Pero no estaba destinado a descubrir mi preciada tumba.

Despuntó el sol y yo continuaba sumido en la misma búsqueda sin sentido. No sabía hacia dónde me había alejado, ni si llevaba mucho tiempo errante. Entonces, en un nuevo arrebato de desesperación, arrojé los remos a ese mar tranquilo e ingrato. Me tendí en el fondo del bote, en el mismo lugar que antes había ocupado Siata, besé las tablas sobre las que había estado acostado su cuerpo. Se levantó un repentino viento que hizo ondear mis cabellos, pero no le presté atención. Me era indiferente adónde me llevara la embarcación.

Así pasó un día entero y llegó de nuevo la noche precedida por los colores del crepúsculo, que emergieron, fulguraron y se extinguieron. Tenía una noción muy vaga del transcurso del tiempo. Me encontraba de nuevo a merced de delirios y horribles pesadillas, ya fueran repulsivas y martirizantes o bien infinitamente dichosas, ya que en ellas aparecía mi reina Siata, y entonces el resto del mundo ya no me importaba en absoluto.

EPÍLOGO

El áspero y arrugado rostro de la negra anciana y sus manos reseca fueron lo primero que vi cuando desperté. Mi barca recaló arrastrada por el viento a orillas del lago formado sobre el Desierto Maldito, hasta encallar en la hierba. Me recogió un grupo nómada de los bechuana. Se ocuparon de mí y me curaron como pudieron. Durante muchos días estuve postrado en el lecho con fiebre muy alta, y me despertaba tan débil que apenas podía moverme. Los bondadosos bechuana me alimentaron con carne seca y me daban de beber en cáscaras de huevo de avestruz. Tardé dos semanas en poder ponerme en pie y tuvo que pasar un mes para que me viera con fuerzas para salir de los límites de la aldea.

Mi primer paseo fue en dirección a la Montaña de la Estrella. El lago recién formado empezaba a retroceder y en el lugar de la anterior estepa pedregosa crecía una planicie recubierta de cieno, en la que brotaban ya esporádicamente los primeros líquenes y una rala pradera. Era evidente que con el tiempo surgiría una zona esteparia que albergaría vida en ese lugar. Las palmeras crecerían sobre la tumba de Siata. Forzando la vista, observé la lejanía, pero la cónica silueta de la Montaña ya no se perfilaba sobre el fondo del límpido cielo matutino. Resistíéndome a apartar los ojos del horizonte, me volví hacia un bosquecillo próximo. La hierba parecía musitar a mi paso, y los papagayos saltaban asustados de rama en rama. Se me ocurrió pensar si mi mano seguiría siendo la misma. Llevaba conmigo un arco bechuana, cuyo manejo dominaba en otro tiempo. Tras apuntar, solté la cuerda, la flecha silbó y el papagayo —como solía pasar— cayó de la rama a orillas de un riachuelo. Con una amarga sonrisa, acudí a retirar la pieza inútilmente abatida. ¡Sí! No había cambiado tanto, solo que mi corazón había aprendido a vivir y a sufrir.

Me agaché a recoger el animal y me vi reflejado en el espejo del río. Mis largos cabellos seguían cayendo desordenados sobre mi frente y cuello, pero ahora eran plateados. Desde el riachuelo me observaba el rostro de un hombre aún joven, pero con una cabeza ya completamente cana.

Sonreí con más amargura si cabe. Mi vida anterior había sido sepultada por esa nieve, y en la vida futura no tenía fe. Cogí el papagayo muerto y eché a andar con desgana hacia el *kraal* de mis amigos bechuana. No tenía otro lugar al que ir.

La República de la Cruz del Sur (1905)

Valeri Y. Briúsov

En los últimos tiempos han surgido toda una serie de crónicas sobre la terrible catástrofe que ha azotado a la República de la Cruz del Sur. Divergen notablemente entre sí y relatan no pocos hechos puramente fantásticos e inverosímiles. Al parecer, los que han redactado esas notas se han mostrado demasiado crédulos respecto a los testimonios de los supervivientes de la Ciudad de las Estrellas, que como es sabido se vieron afectados por un desorden psíquico. Por esta razón nos parece útil y oportuno hacer aquí una compilación de todas las declaraciones fiables de que disponemos hasta el momento sobre la tragedia que ha tenido lugar en el Polo Sur.

La República de la Cruz del Sur se creó hace cuarenta años en torno a un consorcio de fábricas de acero, situadas en las regiones del Polo Sur. En la circular enviada por el nuevo Estado al gobierno mundial, se declaraban sus pretensiones sobre todo el territorio, tanto continental como insular, circunscrito por el Círculo Polar Antártico, así como otras regiones que quedaban fuera del mismo. Se manifestaba la intención de adquirir esas tierras a los Estados que las consideraban dentro de su protectorado. Las pretensiones de la nueva república no encontraron oposición entre las quince potencias del mundo. Algunas cuestiones discutibles sobre algunos territorios insulares que se encontraban más allá del Círculo Polar, pero que mantenían estrechas relaciones con las regiones del Polo Sur, requirieron tratados específicos. Una vez cumplidas ciertas formalidades, la República de la Cruz del Sur fue admitida en el seno de los Estados mundiales y sus representantes fueron acreditados ante los correspondientes gobiernos.

La principal ciudad de la República, bautizada con el sobrenombre «de las Estrellas», estaba situada en el mismo polo. En ese punto imaginario atravesado por el eje terrestre y en el que se unen todos los meridianos, se erigía el edificio del Ayuntamiento, cuyas afiladas agujas se elevaban por encima de los tejados de la ciudad apuntando al nadir celeste. Las calles de la ciudad partían del Ayuntamiento siguiendo los meridianos y éstas a su vez se cortaban con las que seguían los paralelos en círculos concéntricos. La altura y la fachada de todas las construcciones eran idénticas. Los edificios no tenían ventanas, ya que estaban iluminados interiormente con luz eléctrica. Las calles estaban alumbradas de igual forma. Debido a los rigores del clima, se había construido una cubierta opaca sobre la ciudad, con potentes ventiladores que renovaban el aire. Por estos lares del globo, solo conocen un día al año, que se prolonga seis meses y una sola y larga noche también de seis meses, pero las calles de la Ciudad de las Estrellas estaban invariablemente inundadas de una intensa y uniforme luminosidad. Asimismo, durante todo el año se mantenía una temperatura constante en ellas.

Según el último censo, el número de habitantes de la Ciudad de las Estrellas alcanzaba los dos millones y medio personas. El resto de la población de la República, que se calculaba en cincuenta millones de residentes, se concentraba en

torno a los puertos y fábricas. Esos puntos aglutinaban también a millones de personas y su estructura recordaba a la Ciudad de las Estrellas. Gracias al ingenioso aprovechamiento de la fuerza eléctrica, las entradas a los puertos locales no cerraban en todo el año. El ferrocarril eléctrico en suspensión comunicaba los núcleos de población de la República, transportando diariamente de una a otra ciudad a decenas de miles de personas y toneladas de mercancías. El interior del país estaba deshabitado. Ante las miradas de los pasajeros por las ventanillas del vagón, solo desfilaban monótonos desiertos completamente blancos en invierno y cubiertos con la escasa hierba que crecía en los tres meses estivales. Los animales salvajes habían sido aniquilados hacía tiempo y el hombre carecía de medios de subsistencia. Esto contrastaba sobremanera con la bulliciosa vida de los centros portuarios y fabriles. Para hacerse una idea de tal actividad, basta decir que en los últimos años alrededor de siete décimas partes del metal extraído en toda la Tierra llegaba hasta las fábricas estatales de la República para su procesamiento.

La Constitución de la República parecía *grosso modo* la consecución de la soberanía popular llevada a su extremo. Los únicos ciudadanos de pleno derecho eran los trabajadores del metal, que suponían el 60% de la población. Las fábricas eran propiedad del Estado. La vida de los trabajadores de esos centros industriales se veía no solo rodeada de todas las comodidades posibles, sino incluso de un *status* de verdadero lujo. A su disposición, aparte de magníficos locales y una refinada mesa, contaban con diversas instituciones de cultura y recreo: bibliotecas, museos, teatros, salas de conciertos, instalaciones para todo tipo de deportes, etc. El número de horas laborales por jornada era insignificante.

La educación y formación de los niños, la asistencia jurídica y sanitaria, el mantenimiento de los diferentes cultos religiosos... todo ello estaba a cargo del Estado. Cubiertas y satisfechas ampliamente todas sus necesidades, exigencias e incluso caprichos, los trabajadores de las fábricas no percibían emolumento pecuniario alguno, si bien las familias de los ciudadanos que habían prestado veinte años de servicio en las fábricas, así como los que concluían su edad laboral o sufrían alguna incapacidad estando aún en activo, recibían una generosa pensión de por vida, siempre y cuando no abandonaran el territorio de la República. Entre los propios trabajadores, se elegía por sufragio universal a los representantes para la Cámara Legislativa de la República, donde se dirimían todas las cuestiones de la vida política del país, aunque sin derecho a modificar sus leyes esenciales.

Sin embargo, esta apariencia democrática enmascaraba una auténtica tiranía absolutista de los miembros fundadores del *trust*. Cediendo a los demás los escaños de diputados, se encargaban invariablemente de llevar a sus propios candidatos hasta los puestos de directores de las diferentes fábricas. En manos de ese Consejo Directivo se concentraba la actividad económica del país. Ellos eran los receptores de

todos los encargos y se ocupaban de distribuirlos entre los centros, adquirirían los materiales y la maquinaria necesarios para el proceso productivo; dirigían toda la administración de las fábricas. Por sus manos pasaban enormes sumas de dinero, que se contaban por miles de millones. La Cámara Legislativa se limitaba a dar el visto bueno a los inventarios de ingresos y gastos presentados por la dirección de las fábricas, aunque el balance de esas cuentas sobrepasaba con mucho el presupuesto general de la República. La influencia del Consejo Directivo en las relaciones internacionales era abrumadora. Sus decisiones podían arruinar a países enteros. Los precios establecidos por ellos determinaban los beneficios de la masa trabajadora de todo el planeta. Por otra parte, aunque de forma indirecta, el influjo del Consejo en los asuntos internos de la República era decisivo. La Cámara Alta se comportaba esencialmente como un sumiso brazo ejecutor de la voluntad del Consejo. Para conservar todo el poder en sus manos, el Consejo se veía obligado a ser implacable con las normas que regulaban la vida del país. Bajo la aparente libertad que disfrutaban los ciudadanos, sus vidas eran controladas hasta el más mínimo detalle. Los edificios de todas las ciudades de la República habían sido construidos siguiendo el mismo patrón, reflejado en las leyes. La decoración de todas las viviendas a disposición de los trabajadores era, a pesar de su lujo, rigurosamente idéntica. Todos recibían la misma comida y a las mismas horas. La vestimenta proporcionada por los almacenes estatales se elaboraba con los mismos patrones durante decenas de años. Después de una hora determinada, que era anunciada desde el Ayuntamiento con una señal sonora, quedaba prohibido salir de casa. Toda la prensa del país se hallaba sometida a la más escrupulosa censura. Ningún artículo que pudiera ir contra la dictadura del Consejo podía ver la luz. Además, todo el país se mostraba tan convencido de la buena voluntad de este régimen dictatorial que hasta los tipógrafos se negaban a componer los caracteres que pudieran formar parte de una crítica a los mandatarios.

Las fábricas estaban plagadas de agentes del Consejo. Ante cualquier posible brote de descontento, los agentes se encargaban de organizar improvisados mítines para arengar con acalorados discursos a los que cuestionaban el poder. El argumento esgrimido no podía ser otro que el hecho de ser ejemplo y blanco de la envidia de todo el planeta, gracias al nivel de vida del que gozaban los trabajadores de la República. También se afirmaba que, en caso de reincidencia en las agitaciones por parte de sujetos determinados, el Consejo no descartaba la pena de muerte por motivos políticos. En cualquier caso, desde que existía este Estado, los ciudadanos nunca habían dado su voto a ningún director que pudiera mostrar hostilidad a los miembros fundadores.

La población de la Ciudad de las Estrellas se componía predominantemente de trabajadores que ya habían concluido su período de servicios. Eran lo que podría

denominarse rentistas del Estado. Los recursos que recibían del gobierno les daban la posibilidad de vivir holgadamente. No es extraño que la Ciudad de las Estrellas fuera considerada una de las metrópolis más animadas del globo.

Para los diferentes empresarios y fabricantes, la ciudad era la gallina de los huevos de oro. Aquí se encontraban las mejores óperas, conciertos, exposiciones artísticas; se editaban los periódicos más prestigiosos. Las tiendas de la Ciudad de las Estrellas impresionaban por su variedad de géneros; los restaurantes, por su lujo y su refinado servicio; los prostíbulos ofrecían toda serie de libertinajes inventados desde la Antigüedad hasta el presente. No obstante, la regulación gubernamental de la vida cotidiana se aplicaba igualmente en la Ciudad de las Estrellas. Es cierto que tanto el mobiliario de las viviendas como la moda en la forma de vestir no eran nada modestos, pero seguía en vigor la prohibición de salir después de cierta hora, la férrea censura y el nutrido ejército de espías a cargo del Consejo. Una milicia popular se encargaba de mantener el orden oficialmente, pero junto a ella coexistía la omnipresente policía secreta del Consejo.

Éste era a grandes rasgos el régimen de vida de la República de la Cruz del Sur y su capital. La tarea del futuro historiador será determinar hasta qué grado influyó este orden de cosas en la aparición y difusión del fatal foco epidémico que hizo sucumbir la Ciudad de las Estrellas y quizá lo haga con la totalidad de este joven Estado.

Los primeros episodios de la enfermedad de la «contradicción» fueron detectados en la República hace ya veinte años. Entonces la enfermedad tenía un carácter ocasional y esporádico. Sin embargo, logró atraer la atención de psiquiatras y neuropatólogos, que llegaron a describirla con detalle. En el Congreso Médico celebrado por entonces en Lhasa le fueron dedicadas varias intervenciones. Más tarde parece que cayó en el olvido, aunque en los hospitales psiquiátricos de la Ciudad de las Estrellas nunca faltaron tales pacientes. La enfermedad adquirió tal denominación, porque los afectados por ella continuamente actúan de forma contraria a sus propios deseos, queriendo una cosa pero diciendo y haciendo otra. (El nombre científico es *mania contradicens*.) Suele comenzar con una débil sintomatología, principalmente en forma de singular afasia. El enfermo dice «no» en vez de «sí»; cuando quiere dirigir a alguien unas palabras agradables, acaba cubriéndolo de improperios, etc. En la mayor parte de estos enfermos aparecen simultáneamente contradicciones de conducta: si tienen la intención de ir a la izquierda, tuercen a la derecha; si piensan alzarse el sombrero para ver mejor, se lo encasquetan hasta las cejas, y así sucesivamente. Con la progresión de la enfermedad, esas «contradicciones» acaban adueñándose de la vida física y espiritual del sujeto, y son innumerables las variantes de acuerdo con las peculiaridades individuales de cada uno. En general, el discurso del enfermo se hace ininteligible y su conducta, disparatada. Se trastoca la regularidad de las funciones fisiológicas. Siendo consciente de la irracionalidad de su

comportamiento, el enfermo llega a una exaltación extrema, que a menudo desemboca en un estado frenético. Muchos de ellos acaban suicidándose, a veces en pleno ataque de locura, otras —por el contrario— durante los únicos momentos de lucidez. Algunos fallecen al producirse un derrame cerebral. Casi siempre la enfermedad tiene un desenlace fatal; los casos de recuperación son extremadamente escasos.

A mediados del año en curso, la *mania contradicens* adquirió carácter de epidemia en la Ciudad de las Estrellas. Hasta ese momento, el número de enfermos de «contradicción» nunca había superado el 2% del total de pacientes. Pero esta proporción alcanzó en el mes de mayo (otoño en la República) la cifra del 25% y fue aumentando en los meses siguientes, al tiempo que crecía con la misma celeridad el número total de enfermos. A mediados de julio se reconoció oficialmente que el 2% de la población total —es decir, alrededor de 50.000 personas—, estaba afectado por la «contradicción». No disponemos de más datos estadísticos desde entonces. Los hospitales se saturaron. El contingente de médicos disponibles se reveló a todas luces insuficiente. Además, los propios facultativos y el resto del personal sanitario empezaron a verse sometidos a la misma enfermedad. En poco tiempo los contagiados no tuvieron a quién acudir en busca de asistencia médica, y resultó imposible llevar un registro exacto de los progresos de la enfermedad. Por otra parte, las declaraciones de todos los testigos coinciden en que ya en el mes de julio no era posible encontrar una sola familia en la que algún miembro no estuviera afectado. Por añadidura, el número de personas sanas continuaba reduciéndose irremediablemente, ya que se produjo una emigración masiva desde la ciudad como si de un lugar apestado se tratara; por tanto se extendió el número de enfermos. Puede decirse que no andan desencaminados los que opinan que, desde el mes de agosto, todo aquel que había permanecido en la Ciudad de las Estrellas había sido contagiado por ese trastorno psíquico.

Los primeros casos de la epidemia se pueden rastrear por los periódicos locales, que daban cuenta de ello con grandes titulares: MANIA CONTRADICENS. La dificultad de diagnosticar la enfermedad en su estadio inicial hizo que la crónica de los primeros días de la epidemia estuviera repleta de anécdotas humorísticas. Un maquinista del metro, en lugar de recibir el dinero de los pasajeros, les daba él mismo el importe. Un agente de tráfico cuya obligación era regular el movimiento en las calles estuvo todo el día embarullándolo. Un visitante de un museo anduvo por las salas descolgando todos los cuadros y volviéndolos contra la pared. Un periódico que fue corregido a mano por un revisor enfermo apareció lleno de divertidos dislates. En un concierto, un violinista contagiado rompió con estridentes disonancias la pieza que interpretaba la orquesta, etc. Toda una serie de casos similares servían de carnaza para los ingeniosos desvaríos de los cronistas locales. Pero otra clase de hechos muy

diferente detuvo en seco el aluvión de bromas. El primero de ellos consistió en que un doctor infectado con la «contradicción» le recetó a una joven un medicamento que habría de serle sin duda mortal, y efectivamente la paciente falleció. Los periódicos comentaron este suceso al menos durante tres días. Más adelante, dos cuidadoras de una guardería municipal, en pleno ataque de «contradicción», les rebanaron la garganta a cuarenta y un niños. La noticia conmocionó a toda la ciudad. Pero ese mismo día, por la tarde, dos enfermos entraron en la casa cuartel de la policía, sacaron a rastras una ametralladora y vaciaron todo el cargador sobre la gente que estaba paseando pacíficamente. Entre muertos y heridos, sumaron hasta 500 personas. Después de eso, tanto la prensa como la sociedad entera fueron un clamor para exigir que se adoptaran medidas inmediatas contra la epidemia. En una sesión extraordinaria conjunta de las autoridades de la ciudad y la Cámara Alta se decidió hacer un llamamiento inmediato para que acudieran profesionales de la medicina de otras ciudades y del extranjero con el fin de ampliar los hospitales existentes y abrir otros nuevos, mantener el orden para poder aislar a los afectados por la «contradicción», imprimir y difundir 500.000 folletos informativos sobre la enfermedad, con indicación de sus síntomas y formas de tratamiento, organizar en todas las calles patrullas de guardia formadas por médicos y asistentes con acceso a las viviendas privadas para ofrecer los primeros auxilios, etc. También se decretó organizar convoyes de trenes especiales exclusivamente para los enfermos, ya que, según los médicos, trasladarlos era la mejor arma contra la enfermedad. Medidas similares fueron adoptadas paralelamente por diversas asociaciones privadas, uniones y clubes. Incluso llegó a crearse expresamente una Sociedad para la Lucha contra la Epidemia, cuyos miembros mostraron un encomiable espíritu de sacrificio en sus acciones. Pero a pesar de que éstas y otras medidas añadidas se llevaban a cabo con ímpetu inagotable, la epidemia, lejos de debilitarse, se hacía más fuerte cada día, afectando por igual a niños o ancianos, hombres o mujeres, gente que trabajaba o que disfrutaba de su tiempo de ocio, tanto personas discretas como de conducta licenciosa... Y pronto toda la población se vio sumida en un repentino e irrefrenable pánico, ante una catástrofe sin precedentes.

Comenzó el éxodo desde la Ciudad de las Estrellas. Al principio solo algunas personas, especialmente entre los cargos relevantes de la Administración, directores, miembros del Parlamento y del Consejo Municipal, se apresuraron a enviar a sus familias a las ciudades del sur de Australia y la Patagonia. A ellos les siguió la población forastera ocasional: ciudadanos extranjeros que habían llegado deseosos de conocer «la ciudad más alegre del hemisferio sur», artistas de todos los campos, diferentes hombres de negocios, mujeres de costumbres frívolas. Más tarde, ante el continuo avance de la epidemia, huyeron también los comerciantes. Éstos liquidaban a toda prisa sus mercancías o simplemente abandonaban las tiendas a su suerte. Junto

a ellos también salieron despavoridos los banqueros, los propietarios de teatros y restaurantes, los editores de libros y prensa. Finalmente el fenómeno alcanzó a los propios habitantes autóctonos.

Por ley, los extrabajadores pensionistas tenían prohibida su salida de la República, salvo concesión expresa de las autoridades gubernamentales, so pena de perder su pensión. Pero nadie prestaba atención a esa amenaza, con tal de salvar su vida. Y comenzaron también las deserciones. Huían los funcionarios locales, los miembros de las milicias populares, los celadores de los hospitales, los farmacéuticos, los médicos. El objetivo de la huida alcanzó también el grado de «manía» en cierto modo. Escapaba todo el que podía.

Las estaciones del ferrocarril eléctrico se vieron invadidas por ingentes multitudes. Los billetes de tren se revendían por enormes sumas y se obtenían tras un duro regateo. En el momento de arrancar el tren, se subía a los vagones más gente, que después ya no estaba dispuesta a ceder sus posiciones conseguidas en liza. La masa detenía los trenes especialmente equipados para transportar a los enfermos, sacaban a éstos de los vagones, ocupaban sus catres y obligaban al maquinista a reanudar la marcha. Todo el parque móvil de ferrocarriles de la República, desde finales de mayo, funcionaba únicamente al servicio de las líneas que comunicaban la capital con los puertos. Los trenes partían abarrotados de la Ciudad de las Estrellas: los pasajeros ocupaban todos los pasillos de los vagones e incluso se arriesgaban a ir sujetos por la parte exterior, aunque, con la velocidad alcanzada en los modernos raíles, suponía una amenaza de muerte por asfixia. Las compañías navieras de Australia, Sudamérica y Sudáfrica hacían una fortuna con el transporte de los emigrantes de la República hacia otros países. Por el contrario, a la Ciudad de las Estrellas los trenes iban casi vacíos. Ningún sueldo parecía suficiente para que alguien aceptara prestar sus servicios en la capital; solo de vez en cuando se dirigían a la enloquecida ciudad algunos turistas excéntricos, amantes de las emociones fuertes.

Se calcula que desde el comienzo de la emigración hasta el 22 de junio, fecha en que el tráfico ferroviario dejó de funcionar con normalidad, a través de las seis líneas disponibles salieron de la Ciudad de las Estrellas un millón y medio de personas, es decir, casi dos tercios de su población. El presidente del Consejo Municipal de gobierno, Horace Divill, se hizo merecedor de la fama eterna en aquellos momentos, por su espíritu de iniciativa, su fuerza de voluntad y su valentía. En la sesión extraordinaria del 5 de junio, el Consejo Municipal, de acuerdo con el Parlamento y con el Consejo de Dirección, otorgó a Divill un poder absoluto sobre la ciudad con el cargo de «jefe», poniendo a su disposición el presupuesto municipal, las milicias populares y las instituciones públicas de la ciudad. Seguidamente, las instituciones de gobierno y el Archivo municipal fueron trasladados desde la Ciudad de las Estrellas hasta el Puerto del Norte. El nombre de Horace Divill debería ser grabado en letras de

oro, como uno de los mayores benefactores que haya dado jamás la humanidad. Durante mes y medio luchó contra la anarquía que cundió en la ciudad. Consiguió rodearse de un grupo de colaboradores tan entregados como él. Pudo mantener el mayor tiempo posible la disciplina y obediencia entre la milicia y los funcionarios locales, sumidos en el pánico ante la proporción de la catástrofe y progresivamente diezmados por la epidemia. Cientos de miles de personas deben su salvación a Horace Divill, ya que pudieron escapar gracias a su energía y capacidad de organización. A otros miles de ciudadanos también los ayudó en sus últimos días, dándoles la posibilidad de morir en un hospital, cuidadosamente atendidos y no a manos de la masa enajenada. Por último, Divill también legó a la humanidad una estampa completa de todo el desastre, ya que no se puede llamar de otra manera a los breves pero intensos y precisos telegramas que enviaba cada día desde la Ciudad de las Estrellas a la residencia temporal del gobierno de la República, en el Puerto del Norte.

La primera tarea que emprendió nada más tomar posesión de su cargo como jefe de la ciudad fue la de intentar tranquilizar la alarmada conciencia de los residentes. Se editaron panfletos en los que se indicaba que esta infección neurológica se transmitía con mayor facilidad a los individuos de carácter exaltado, y se hacía un llamamiento para que la gente sana y sensata hiciera valer su autoridad sobre los pusilánimes e inestables. Por otra parte, Divill se puso en contacto con la Sociedad para la Lucha contra la Epidemia para hacer una distribución de zonas entre todos sus miembros: todos los lugares públicos, teatros, locales de reunión, plazas, calles. En esos días no pasaba una hora sin que se descubrieran nuevos casos. Aquí y allí se veían sujetos o grupos de ellos cuya conducta mostraba a las claras que no eran normales. La mayor parte de los enfermos que eran conscientes de su situación sentían imperiosos deseos de solicitar ayuda. Pero la influencia de su trastorno psíquico convertía la expresión de ese deseo en manifiesta hostilidad contra los que les rodeaban. Los enfermos habrían querido correr a sus casas o a los centros médicos, pero por el contrario huían despavoridos hacia las afueras de la ciudad. Se les ocurría la idea de pedir a alguien su intervención, pero en lugar de eso agarraban por la garganta a los viandantes que les salían al paso y los estrangulaban, vapuleaban o en ocasiones los acuchillaban o herían con palos. Por eso la gente, nada más ver a alguien contagiado de «contradicción», echaba a correr. Era entonces cuando actuaban los miembros de la Sociedad. Unos se hacían con los enfermos, tranquilizándolos y llevándolos al hospital más cercano; los demás intentaban apaciguar a la gente y explicarle que no corría ningún peligro, que se trataba tan solo de una desgracia más, contra la que todos debían luchar en la medida de lo posible.

En los teatros y asambleas, la repentina aparición de los contagiados a menudo concluía con un trágico desenlace. En la ópera, centenares de espectadores sufrieron

una locura colectiva por la enfermedad y, en vez de expresar su admiración por los cantantes, saltaron al escenario y los cubrieron literalmente de golpes. En el Gran Teatro Dramático, un actor que se vio afectado súbitamente y representaba un papel en el que tenía que suicidarse decidió ponerse a disparar contra el público. Se sobrentiende que el revólver no estaba cargado pero, solo por la impresión causada entre los espectadores, muchos comenzaron a notar síntomas de la enfermedad, que ya se encontraba latente en ellos. En medio de la confusión se desató un auténtico pánico, acrecentado por las locuras que obligaba a hacer la «contradicción», y como resultado perecieron varias personas entre los asistentes. Pero el suceso más terrible tuvo lugar en el Teatro de los Fuegos Artificiales. Un destacamento de la milicia popular que había sido enviado allí por razones de seguridad ante un posible incendio, en un acceso de la enfermedad le prendió fuego al escenario y al telón tras el que se preparaban los efectos lumínicos. Entre las llamas y los aplastamientos de la muchedumbre en su huida, murieron más de 200 personas. Después de lo sucedido, Horace Divill decretó el cierre de todos los teatros y salas de espectáculos de la ciudad.

Un gran peligro que se cernía sobre los habitantes de la localidad era el que representaban los ladrones y saqueadores, que ante el caos generalizado encontraban un amplio campo de acción para sus actividades. Se aseguraba que algunos de ellos habían ido llegando esos días a la ciudad, desde el extranjero. Unos simulaban demencia, para evitar el castigo; otros no veían necesario ocultar sus tropelías con simulaciones y actuaban abiertamente. Una jauría de bandidos se dedicaba a entrar con total descaro en las tiendas abandonadas, y se llevaban los objetos más valiosos; entraban también en las casas, obligando a sus moradores a entregarles todo lo que fuera de oro; abordaban a los transeúntes y les quitaban las cosas de valor: relojes, anillos, pulseras... Los robos iban acompañados de todo tipo de violencia, especialmente la violación de las mujeres. Las autoridades enviaron brigadas enteras de milicianos para luchar contra los delincuentes, pero éstos no se amilanaban a la hora de enfrentarse cuerpo a cuerpo. Hubo casos espeluznantes, en los que, tanto entre los salteadores como entre los policías, surgían sujetos infectados de «contradicción» que dirigían sus armas contra su propio bando.

Al principio, el caudillo de la ciudad enviaba a los detenidos fuera de los límites de ésta. Pero sucedía entonces que otros ciudadanos los liberaban de los vagones en que iban encerrados, para ocupar su lugar. A partir de entonces el jefe del gobierno local se vio obligado a condenar a muerte a los violadores y bandidos callejeros. Y así, después de casi tres siglos de interrupción, fue restaurada sobre la Tierra la pena de muerte.

En junio empezó a notarse en la ciudad la escasez de bienes de primera necesidad. No había suficientes víveres ni medicamentos. El transporte ferroviario se redujo y la

producción se hallaba prácticamente paralizada. Divill se encargó de organizar hornos municipales y de distribuir pan y carne a todos los habitantes. Se abrieron en la ciudad comedores públicos a semejanza de los que había en las fábricas. No obstante, era imposible encontrar personal suficiente para trabajar en ellos. Los empleados voluntarios se esforzaban hasta la extenuación, pero su número se reducía continuamente. Los crematorios municipales funcionaban todo el día, pero la cifra de cadáveres en los depósitos no disminuía, sino todo lo contrario. Se empezaron a recoger por las calles y en las casas. En las empresas públicas de telégrafos, telefonía, alumbrado, canalización y abastecimiento de agua, trabajaban cada vez menos personas. Era admirable cómo el jefe Divill estaba en todo, haciendo el seguimiento y dirigiendo personalmente todas las acciones necesarias. Por sus comunicados podría pensarse que no conocía la palabra «descanso», y todos los que sobrevivieron coinciden en que su labor fue más que encomiable.

A mediados de junio se empezó a notar la falta de personal en los ferrocarriles. No había suficientes maquinistas ni controladores para servir en los trenes. El 17 de junio se produjo un primer descarrilamiento en la línea suroeste, a causa de un trastorno súbito de «contradicción» en el maquinista. En pleno ataque, lanzó el tren desde una altura de 5 *sázheny*, estrellándolo contra el campo helado. Casi todos los que viajaban en el tren fallecieron o quedaron mutilados. La información sobre este suceso, que llegó a la ciudad con el siguiente tren, fue como el retumbar de un trueno. En el acto se envió un convoy sanitario. En él se trajeron los cadáveres y los cuerpos irreconocibles de los agonizantes. Pero esa misma tarde se difundió la noticia de una catástrofe similar en la línea 1. Las dos líneas que comunicaban la Ciudad de las Estrellas con el resto del mundo estaban inutilizadas. Desde la ciudad y el Puerto del Norte se mandaron sendas brigadas de soldados para intentar reparar las vías, pero el trabajo en esas regiones durante los meses invernales era prácticamente imposible. Esos dos accidentes fueron solo un ejemplo de los que seguirían. Cuanto más celo ponían los maquinistas en su trabajo, más probable era que reprodujeran la conducta de sus predecesores en caso de sufrir una crisis. Precisamente por su temor a hacer descarrilar el tren, finalmente lo estrellaban. En los cinco días comprendidos entre el 18 y el 22 de junio, siete trenes repletos de viajeros se precipitaron al vacío. Miles de personas encontraron la muerte en las heladas estepas, por efecto de los traumas recibidos o del hambre. Solo un puñado tuvo fuerzas para llegar hasta la ciudad. Por si fuera poco, las seis autopistas que comunicaban la metrópoli con el exterior también habían quedado impracticables. La población urbana, que alcanzaba en esos momentos las 600.000 almas, quedó aislada de toda la humanidad. Durante un tiempo únicamente mantuvieron la comunicación por telégrafo.

El 24 de junio dejó de funcionar el suburbano por falta material de recursos humanos. El 26 de junio cesó el servicio telefónico. El 27 de junio ya habían cerrado

todas las farmacias, excepto una, la central. El 1 de julio, la alcaldía emitió una orden para que todos los habitantes se trasladaran al centro de la ciudad, dejando totalmente des poblada la periferia, para facilitar el mantenimiento del orden, la distribución de víveres y la asistencia médica. La gente abandonó sus hogares para instalarse en otros que a su vez habían dejado vacíos sus propietarios. El sentido de la propiedad desapareció. A nadie le daba pena dejar lo suyo, ni le parecía extraño hacer uso de lo ajeno. Por otra parte, aún quedaban merodeadores y bandidos, a los que a menudo se tomaba por psicópatas, y que continuaban perpetrando robos. Se estaban descubriendo en las casas deshabitadas auténticos tesoros en joyas y oro junto a los cuales yacía el cuerpo del ladrón en avanzado estado de descomposición.

Es de notar que, a pesar de la cantidad de vidas perdidas, la ciudad conservaba aún su configuración. Aún podían encontrarse comerciantes que abrían sus tiendas para vender —eso sí, a precios desorbitados— mercancías en buen estado: golosinas, flores, libros, armas... Los compradores no escatimaban a la hora de pagar con un oro que ya veían inservible, mientras los usureros lo escondían sin saber muy bien para qué. Quedaban todavía tugurios clandestinos —juego, vino y libertinaje—, adonde iban a parar pobres desgraciados para huir de la cruda realidad. Allí se mezclaban los enfermos con los sanos, y nadie se molestó en hacer crónica alguna de las terribles escenas que se vivieron en esos locales. Aún se publicaban dos o tres periódicos, cuyos editoriales intentaban preservar la importancia de la palabra escrita, en medio de aquel desorden generalizado. Los ejemplares de esos diarios se venden hoy a un precio diez o veinte veces superior al que tenían entonces, y están llamados a convertirse en auténticas rarezas bibliográficas. En aquellas columnas, escritas en medio de la sinrazón reinante y seleccionadas por tipógrafos al borde de la locura, hallamos un reflejo tan espeluznante como realista de todo lo que tuvo que padecer la desdichada ciudad. Quedaban algunos reporteros que iban informando de los «sucesos de la urbe», escritores que debatían acaloradamente la situación y hasta cronistas de sociedad que pretendían entretener en esos días trágicos. Los telegramas recibidos desde otros países, en los que se hablaba de una vida normal y saludable, no hacían sino agravar la desesperación y congoja de los lectores, abocados al abismo.

Todos hacían intentos desesperados por salvarse. A principios de julio una ingente masa de hombres, mujeres y niños, encabezados por un tal John Dew, decidieron marchar a pie desde la ciudad hasta la localidad más cercana, Liondowntown. Divill era consciente de la locura de semejante plan, pero no pudo hacer nada por detenerlos, de modo que él mismo se encargó de proporcionarles ropa de abrigo y víveres para el camino. Toda esa multitud, unas 2000 personas, pereció en los campos helados del Círculo Polar, en medio de una negra e interminable noche de seis meses. Otro llamado Whiting promovió una medida más heroica. Pretendía exterminar a todos los enfermos, suponiendo que con eso se acabaría con la epidemia. Encontró no pocos

seguidores; es más, en esos lúgubres días hasta la proposición más inhumana y disparatada que prometiera la salvación habría encontrado partidarios.

Whiting y sus amigos corrían por toda la ciudad, entraban a la fuerza en las casas y aniquilaban a los enfermos. En los hospitales llevaban a cabo ejecuciones masivas. En su delirio, mataban a todo aquel que estuviera bajo sospecha de no estar completamente sano. A estos asesinos ideólogos, pronto se unieron todo tipo de psicópatas y saqueadores. La ciudad se convirtió en un campo de batalla. En esos días tan difíciles, Horace Divill reunió a un grupo de sus colaboradores, les infundió ánimos y personalmente se puso al frente de la lucha contra los seguidores de Whiting. La persecución se prolongó varias jornadas. Cayeron centenares de hombres, de uno y otro bando. Finalmente fue apresado el propio Whiting. Se encontraba en la fase terminal de *mania contradicens* y hubo que llevarlo no a prisión, sino a un hospital, donde falleció al poco tiempo.

El 8 de julio la ciudad recibió uno de sus más duros golpes. Los trabajadores que se encargaban de vigilar el funcionamiento de la estación eléctrica sufrieron una crisis de la enfermedad y destrozaron todas las máquinas. La luz eléctrica desapareció y toda la ciudad, todas las calles, todas las casas particulares se sumieron en la más profunda oscuridad. Ya que la capital no contaba con ningún otro tipo de abastecimiento de luz y calefacción aparte del eléctrico, la población se vio en una situación de total vulnerabilidad. Divill ya tenía prevista, no obstante, esa amenaza y había preparado almacenes aprovisionándolos de antorchas y combustible. Se encendieron hogueras por todas las calles. Se repartieron miles de antorchas entre los ciudadanos. Pero esas exiguas luminarias apenas podían alumbrar las principales arterias de la Ciudad de las Estrellas, que, por sus dimensiones se extendía en línea recta a lo largo de decenas de kilómetros, ni tampoco las amenazantes siluetas de los rascacielos de treinta pisos. Con la llegada de las tinieblas, se extinguió el último ápice de disciplina. El terror y la locura se apoderaron definitivamente de la población. Los sanos ya no se distinguían de los enfermos. Se desencadenó una orgía de todo lo abominable, en medio de la desesperación de la gente.

Con increíble rapidez se produjo una pérdida generalizada de los valores morales. La civilización, como si fuera una delgada corteza formada durante miles de años, se difuminó en un abrir y cerrar de ojos y en el ser humano apareció el hombre salvaje, el predador, tal y como vagaba por la Tierra cuando era virgen. Se perdió toda noción de derecho: prevaleció el valor de la fuerza. Para las mujeres, saciar su sed de placer se convirtió en la única norma. Las más modestas madres de familia empezaron a portarse como prostitutas, yendo de mano en mano por propia voluntad y hablando con un lenguaje obsceno propio de las casas de citas. Las chicas corrían por las calles, atrayendo a quienes quisieran hacer uso de su virginidad; llevaban al elegido hasta el portal más cercano, y se entregaban a él en cualquier cama sin dueño conocido.

Mujeres bebidas organizaban fiestas en los sótanos saqueados, y no les preocupaba que por el suelo hubiera cadáveres sin recoger.

Todo ello se agravaba progresivamente con la aparición de más y más casos de la enfermedad imperante. Pero lo más lamentable era la situación de los niños, abandonados por sus padres en manos del destino. Algunos eran violados por ominosos depravados, otros sufrían torturas a manos de sádicos, cuyo número había crecido repentina y significativamente. Los niños morían de hambre en las guarderías, de vergüenza y sufrimiento tras las violaciones; los mataban tanto a propósito como por falta de cuidado. Se asegura que surgieron monstruos dedicados a cazar niños, con cuya carne pretendían satisfacer los instintos caníbales que afloraban en su interior.

En este último período de la tragedia, Horace Divill no pudo, como es natural, ayudar a toda la población. Habilitó el edificio del Ayuntamiento como refugio para los que quedaban sanos. La entrada estaba protegida con barricadas y permanentemente vigilada por agentes de guardia. En su interior se almacenaban provisiones de agua y comida para 3000 personas y cuarenta días, pero solo se reunieron allí 1800 ciudadanos, hombres y mujeres. Se sabía que en la ciudad aún quedaban muchas personas no contaminadas, aunque no sabían de la existencia del refugio y permanecían encerradas en su casa. Muchos ni se atrevían a salir de ella y ahora se estaban encontrando en las viviendas cadáveres de gente que había muerto de hambre y en soledad. Era admirable que entre los confinados en el Ayuntamiento hubiera tan pocos casos de la denominada «contradicción». Divill sabía mantener la disciplina en su pequeña comunidad. Hasta el último día fue anotando todo lo que sucedía en un cuaderno, y estas notas, junto con los telegramas que enviaba, son la mejor fuente de información con que contamos sobre la catástrofe. La libreta se encontró escondida en un armario del Consistorio, donde se guardaba otra serie de valiosos documentos. La última anotación es del 20 de julio. Divill informa de cómo la turba enloquecida intentaba asaltar el edificio y él se vio obligado a repelerla con salvas de revólver.

«Qué esperanzas puedo tener —escribe Divill—, no lo sé. Esperar ayuda antes de la primavera no es realista. Y sobrevivir hasta entonces con las provisiones que tengo a mi cargo es imposible. Lo que sé es que cumpliré con mi deber hasta el final». Éstas fueron las últimas palabras de Divill. ¡Nobles palabras!

Es de suponer que el 21 de julio la multitud tomó el Ayuntamiento al asalto y que sus defensores fueron asesinados o se dispersaron. El cuerpo de Divill no se ha recuperado por el momento. No disponemos de testimonios fiables sobre lo que sucedió después de aquel 21 de julio. Por los restos que van apareciendo al limpiar la ciudad, se deduce que la anarquía alcanzó su último estadio. Podemos imaginar las calles en penumbra, tenuemente iluminadas por el resplandor de las hogueras formadas por

muebles y libros apilados. Conseguían hacer fuego a base de golpear objetos de hierro con pedernal. En torno al fuego se divertía salvajemente una sarta de locos y borrachos, que iban pasándose todos el mismo vaso en rondas. Bebían hombres y mujeres. Se veían escenas de auténtico desenfreno animal. Ciertos oscuros y atávicos sentimientos revivían en las almas de esos habitantes de la gran urbe, que semidesnudos, sucios y desgredados ejecutaban a coro las danzas de sus más remotos ancestros, contemporáneos del oso de las cavernas, y coreaban los mismos cánticos primitivos de las hordas que atacaban con hachas de piedra a los mamuts. A las canciones, los discursos sin sentido y las estúpidas risotadas se unían los sordos gritos propios de la locura de los enfermos, que ya no eran capaces de expresar con palabras ni siquiera sus delirantes visiones, y los lamentos de los moribundos, que se retorcían de dolor entre los cadáveres descompuestos. A veces las canciones se convertían en reyertas: por un tonel de vino, por una mujer bonita o simplemente sin motivo alguno, en el paroxismo de la enfermedad que los empujaba al sinsentido, a comportarse contradiciéndose. Ya no había adónde huir: por todas partes se sucedían las mismas imágenes espeluznantes, orgías, riñas, diversión brutal y furia ciega; o por el contrario, absoluta oscuridad, lo cual era aún más aterrador, más insufrible para la desbocada imaginación.

En esos días la Ciudad de las Estrellas era una enorme caja negra, donde algunos miles de criaturas pseudohumanas habían sido arrojadas al hedor de cientos de miles de cadáveres putrefactos; un lugar donde no quedaba nadie entre los vivos que fuera realmente consciente de su situación. Una ciudad de locos, un gigantesco manicomio, el más grande y repulsivo Caos que haya conocido nunca la humanidad. Y esos desquiciados se exterminaban unos a otros, se rebanaban las gargantas con *kinzhales*, morían de pura locura, de terror, morían de hambre y de todas las enfermedades que impregnaban la enrarecida atmósfera.

Era de suponer que el gobierno de la República no se quedaría de brazos cruzados, como testigo mudo del desastre que estaba asolando la capital. Pero pronto no tuvo más remedio que perder toda esperanza de ofrecer su ayuda. Los médicos, las hermanas de la caridad, los miembros del ejército y los empleados públicos en general se negaban rotundamente a viajar a la Ciudad de las Estrellas. Una vez se interrumpieron los trayectos a través de las vías férreas eléctricas, la conexión directa con la ciudad se esfumó, ya que la severidad del clima local no permitía otro tipo de comunicación. Por añadidura, toda la atención del gobierno se centró en los casos de «contradicción» que empezaban a aflorar en otras ciudades de la República. En algunas de ellas, la enfermedad también amenazaba con adquirir carácter de epidemia y comenzaba a cundir el pánico al recordar los sucesos de la metrópoli. Eso condujo a una emigración generalizada desde todos los puntos de la República. Se paralizó la producción en todas las fábricas y se estancó toda la actividad industrial del país. Sin

embargo, gracias a las decisivas medidas tomadas justo a tiempo, se logró frenar la epidemia en las demás ciudades y en ninguna parte llegó a alcanzar las proporciones de la capital.

Se sabe de la enorme atención y alarma con que el resto del mundo siguió la situación en la joven República. Al principio nadie imaginaba las desmesuradas dimensiones que alcanzaría la tragedia y el sentimiento predominante era la curiosidad. Los principales periódicos de diferentes países (incluido nuestro *Noticiario Vespertino de Europa del Norte*) enviaron corresponsales especiales a la Ciudad de las Estrellas, para informar del curso de los acontecimientos en lo relativo a la epidemia. Muchos de esos intrépidos caballeros de la pluma se convirtieron en víctimas de sus obligaciones profesionales. Cuando las noticias que llegaban empezaron a adquirir un cariz amenazante, los gobiernos de numerosos países, así como distintas asociaciones privadas, ofrecieron sus servicios al gobierno de la República. Unos propusieron enviar destacamentos del ejército, otros organizaban equipos médicos para desplazarse a la ciudad y también los había que efectuaban donaciones para colaborar, pero los acontecimientos se sucedían con tal precipitación que la mayor parte de estas iniciativas no pudieron llevarse a cabo. Después de la interrupción de las comunicaciones ferroviarias, la única fuente testimonial de la vida en la Ciudad de las Estrellas eran los telegramas del nombrado jefe de la localidad. Estos mensajes se enviaban simultáneamente a todos los confines del globo y se difundían por millones de ejemplares. Después del apagón eléctrico, el telégrafo aún continuó funcionando varios días, ya que las estaciones telegráficas disponían de generadores. El motivo exacto del cese total de las comunicaciones telegráficas se desconoce; quizá los aparatos fueron estropeados adrede. El último telegrama de Horace Divill data del 27 de junio. Desde ese día y durante el mes y medio siguiente, todo el planeta se quedó sin noticias de la República.

A finales de agosto llegó hasta la Ciudad de las Estrellas el aeronauta Thomas Billy en su máquina voladora. Pudo rescatar de una de las azoteas de la ciudad a dos personas, medio muertas de frío y hambre, que parecían haber perdido el juicio hacía tiempo. A través de las turbinas, Billy veía las calles sumidas en la más impenetrable oscuridad, y oía gritos desgarradores que indicaban la presencia de seres aún vivos. No se decidió a tomar tierra.

A principios de septiembre se consiguió restablecer el tráfico de una de las líneas férreas eléctricas, hasta la estación de Lissis, a 150 km de la capital. Un grupo de hombres bien pertrechados, con víveres y medios para proporcionar los primeros auxilios, entró en la ciudad por la Puerta Noroeste. Sin embargo, la avanzadilla no pudo ir más allá de las primeras manzanas, por la pestilencia que impregnaba el aire. Se veían obligados a avanzar paso a paso, limpiando las calles de cadáveres y purificando el aire por medios artificiales. Todas las personas que iban encontrando

vivas habían enloquecido. Por su ferocidad, parecían animales salvajes, y solo era posible capturarlas por la fuerza. Finalmente, a mediados de septiembre consiguieron enviar un mensaje inteligible desde la Ciudad de las Estrellas y empezaron a restaurar sistemáticamente todas las comunicaciones.

Actualmente, la mayor parte de la ciudad se halla limpia de despojos humanos. La luz y la calefacción han sido restablecidas. Siguen deshabitadas únicamente las manzanas del barrio americano, aunque se cree que no queda nadie vivo en él. Se han podido salvar hasta 10.000 personas, si bien la mayor parte de ellas se ve afectada por desórdenes psíquicos incurables. Los que a duras penas van recobrando la salud son muy reacios a hablar de lo que vivieron en esos días trágicos. Además, sus relatos se muestran repletos de contrasentidos y a menudo no están confirmados documentalmente. Se han encontrado en diferentes puntos ejemplares de diarios publicados en la ciudad hasta finales de julio. El último hasta la fecha pertenece al 22 de julio, incluía una referencia a la muerte de Horace Divill y hacía un llamamiento para volver a tomar el Ayuntamiento a modo de refugio. A decir verdad, aparecieron unas páginas fechadas en agosto, pero por su contenido es inevitable tomar a su autor (que a todas luces narraba sus propios desvaríos) por un individuo totalmente enajenado. En el Consistorio apareció el diario de Horace Divill en el que da cuenta del panorama en las tres semanas que iban del 28 de junio al 20 de julio. Por los macabros hallazgos en las calles de la ciudad y en el interior de las viviendas, se puede tener una clara idea de la brutalidad de los actos cometidos en los últimos días. Por todas partes cuerpos horriblemente mutilados: gente que había perecido por hambre, personas estranguladas y torturadas, víctimas de los dementes en pleno acceso frenético y finalmente cadáveres que habían sido parcialmente devorados. Los restos aparecen en los lugares más inesperados: en los túneles del metro, en el sistema de canalización, en las despensas, en las calderas. Por todas partes la gente buscaba enloquecida la salvación ante el horror circundante. El interior de casi todas las casas se encontraba destruido, y muchos enseres que no habrían tenido valor alguno para los ladrones aparecían en cuartos ocultos o en sótanos.

Sin duda, habrán de pasar aún varios meses antes de que la Ciudad de las Estrellas sea de nuevo habitable. Por el momento, en una ciudad que podría albergar 3.000.000 de almas, viven de momento 30.000 trabajadores ocupados en la limpieza de calles y casas. Por otra parte, han regresado algunos antiguos vecinos, en busca de los cuerpos de sus amigos y familiares, y de lo poco que queda de sus bienes tras la destrucción y el saqueo. También han llegado algunos turistas atraídos por el insólito espectáculo de una ciudad deshabitada. Dos empresarios han abierto ya sendos hoteles, con bastante éxito de clientela. Próximamente se abrirá un café de variedades, para cuyas actuaciones ya se ha seleccionado una troupe.

El *Noticiero Vespertino de Europa del Norte*, por su parte, ha enviado a la ciudad

un nuevo corresponsal, el señor Andrew Evalda, con cuyas detalladas crónicas dará a conocer a sus lectores cualquier nuevo descubrimiento que se haga en la desafortunada capital de la República de la Cruz del Sur.

El misterio de las paredes

(1906)

Serguéi R. Mintslov

Uno de esos oscuros días de Petrogrado^[1], cuando todas las viviendas son lo más parecido a una cueva y sus habitantes a trogloditas perdidos entre tinieblas, yo estaba en mi despacho y a la luz de una lámpara me dedicaba a medir los cráneos que había traído de mi última expedición.

Las piezas tenían un interés extraordinario y pertenecían a una época sin duda no posterior a los siglos V o VI a.C.

Una llamada a la puerta y la posterior aparición en su umbral de cierto señor de mediana estatura, cabellos elegantemente desordenados y gafas, interrumpieron mi concentración.

—Disculpe... ¡Buenos días!... —dijo, mientras me tendía su mano con los dedos abiertos, en una posición forzosamente elevada—. ¡Mucho gusto!... —añadió, estrechando efusivamente la mía.

—¿En qué puedo ayudarle? —me ofrecí, invitándolo a pasar y sentarse, sin encontrar nada que me fuera familiar en su rostro.

Unos inquietos y albinos ojos se posaron en mí. Y, por el modo en que la aguda nariz enrojecida de mi invitado olfateaba el aire, cualquiera habría dicho que mi habitáculo estaba saturado de miasmas. Pronto comprendí lo que sucedía: su dueño poseía un olfato capaz de percibir los olores incluso de los objetos inanimados; primero los iba descartando con la nariz y luego elegía lo que le parecía interesante con la vista.

—¡Perdone!... He venido para tener una charla con usted... —aclaró, mientras husmeaba una antigua ánfora que había en un rincón y sus ojos saltaban del objeto hacia mí—. ¡Qué piezas tiene usted aquí!... —se admiró—. ¡Todo antigüedades!

—¿Qué es lo que andaba buscando?

Los ojos del visitante brincaron unos instantes recorriendo mi rostro.

—¿Usted es un estudioso de la Antigüedad? —preguntó, decidido por fin a ir al grano.

Asentí con la cabeza.

—Yo también... —recalcó con energía—. ¡He hecho un pequeño descubrimiento!

...

La delgada y pecosa mano de mi invitado se deslizó bajo la axila y sus largos dedos extrajeron del fondo de su chaqueta una especie de disco abocinado, parecido al auricular de un teléfono^[2]. De su borde sobresalían unos cortos y finísimos cables a modo de rayos.

—¡Helo aquí! —anunció con solemnidad—. Ni más ni menos.

Y el hombre soltó una carcajada algo forzada, se agitó nervioso y pareció como si le hubiera tragado el sillón, de cuyas profundidades únicamente asomaban sus manos frotándose nerviosas.

—De aparatos no entiendo lo más mínimo —objeté, examinando el ingenio—. ¡Y

debo reconocer que los inventos no me atraen en absoluto!

Los tics cesaron en el sillón, del cual surgió una nariz primero, y luego toda la pálida y deslucida fisonomía de mi interlocutor.

—¡Eso no puede ser! —objetó—. Pero ¡si usted ha publicado el libro *Lo extraño* sobre la influencia de los nombres en el destino de las personas! Y el entorno que nos rodea, ¿tiene también alguna influencia sobre el destino?

—¡Y cómo! ¡Realmente grande!

—¿Y por qué es así?

—Bueno, eso requeriría largas explicaciones...

—¡Claro, claro!... —me interrumpió con sorna mi invitado—. El problema social, Karl Marx, el trabajo y el capital, el agua de borrajas... ¡Tonterías! ¡No se trata de eso!

—Entonces ¿de qué se trata?

—Usted sin duda habrá frecuentado edificios antiguos, en ruinas.

—Sí, a menudo.

—¿Y ha percibido alguna influencia en usted? Si está en una antigua taberna, procura pisar con sigilo y hablar en voz baja. Siente una especie de veneración, ¿no es así?

—Sin duda.

—¡Ajá...! ¡Incluso en una taberna! ¿Y eso por qué?

—En general, cualquier cosa antigua actúa de ese modo sobre las personas...

—¡Olvídese de hablar *en general*! Usted dígame concretamente, ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Pues ¡yo lo he con-cre-ta-do!... —pronunció expresivamente—. ¿Usted cree en el hipnotismo y en la transmisión del pensamiento a distancia?

—Creo.

—¿Y en la electrificación de los cuerpos y la acumulación de energía, o dicho de otro modo, en las impregnaciones...? También, espero... En Italia tuve ocasión de ver algunas estatuas antiguas asombrosas —continuó mi invitado, mirando a alguna parte por encima de mi hombro—. A lo largo de los siglos, miles de personas han rezado con fervor ante ellas un día tras otro: eran millones los que volcaban su atención y voluntad sobre la piedra, y esta absorbió parte de esa acción y actúa sobre nosotros como una «botella de Leiden»^[3]. ¡Eso es indiscutible! En algunos castillos y edificios en ruinas entraba alegre y ruidoso, y la alegría me desaparecía al momento. En los baños romanos experimentaba lo mismo que en los templos. Llegué finalmente a la conclusión de que no era su apariencia exterior lo que me afectaba, sino algo diferente, oculto entre sus paredes. Habían asimilado el pasado que tuvieron ante sí: en sus piedras sin vida, en el cobre, la madera, el hierro, en todas partes habían quedado atrapados discursos y sombras de las gentes que en un tiempo

vivieron allí. Por eso enmudecemos en los edificios antiguos: irradian energías, sentimos su pasado, agazapado en uno u otro de sus rincones. ¿Recuerda el cuento de la princesa que dormía en su ataúd de cristal en medio de un reino petrificado?^[4] Esa princesa del pasado, dormida, ¡fue hechizada con el sueño de las piedras!

—Es usted todo un poeta —dije sin querer.

—No, yo soy Iván Tsarévich^[5] —dijo con orgullo, golpeándose el enjuto pecho con el puño—. ¡Yo he roto el sueño encantado!

La nariz picuda y enrojecida de mi contertulio no era muy acorde con la figura de Iván Tsarévich; tenía la impresión de encontrarme más bien ante un hombre que había perdido la cabeza.

—¡Sííí...! —dije alargando la palabra y apoderándome de un voluminoso cenicero que había junto a él, como medida de precaución—. Todo esto, desde luego, es muy curioso...

Creo que ni siquiera un rey Lear habría sido capaz de levantar sus posaderas con tanta grandilocuencia como mi acompañante desconocido.

—¿No me cree? —preguntó con un matiz de soberbia—. Por otra parte, es lógico... Mejor que hablar, si lo desea podemos realizar un experimento. —Dijo esto aferrándose a su artilugio—. Hay que pegarlo a la pared. Se fijará con ventosas y la pared nos contará lo que sabe.

No se debe llevar la contraria a un loco, siempre y cuando sus fantasías no sean malintencionadas, de modo que, como no tenía ni un hueco libre en las paredes de mi despacho, tuvimos que quitar una malla de hierro. En ese hueco, presionando con una mano, dejó pegado su artefacto.

Unas chispas de color azul pálido apenas visibles empezaron a saltar de los extremos de los filamentos. El invitado unió algunos de ellos en medio de un tenso silencio, oí claramente los pasos de un hombre cargado con un gran peso, que se acercaba a nosotros desde algún lugar por debajo de la agrietada tarima.

—¡Sh...! Ahora va hablar —susurró mi desconocido, llevándose el índice a los labios y acercando el oído al aparato.

—¡Trae los ladrillos más deprisa, diantre! —bramó de repente una ruda voz procedente de la pared—. ¡Maldita sea tu estampa, estás dormido!

—Ya vaaaa... —respondió otra voz en tono ronco y apagado, venida del subsuelo.

Todo quedó en silencio, solo se oía el ruido de las fuertes pisadas.

Yo, estupefacto, miraba alternativamente al aparato y a mi invitado. Él, de brazos cruzados, sonreía; su ojos brillaban.

—¡Increíble! —articulé.

Mi invitado despegó su invento.

—¡Es una casa nueva! —explicó a modo de disculpa, por lo que había expresado

la pared—. Son obreros... ¡es evidente! Hay que ir a algún otro edificio más antiguo...

Y así lo acordamos.

Justo un día después de lo descrito, el inventor y yo tomamos un tren para ir a ver a uno de mis conocidos, en cuya finca se conservaba una antigua casa de los tiempos de Catalina^[6] que ya estaba predestinada a una inminente demolición.

Mi estado de ánimo era expectante. Mi acompañante, además del aparato que había tenido ocasión de ver, llevaba en una caja especial otros artilugios que permitían ver el pasado.

¡Ver y oír a los muertos!... Era algo inquietante y que acrecentaba la impaciencia por llegar a nuestro destino.

Esa misma tarde, en un trineo de campesinos que habíamos tomado en la estación, hicimos nuestra entrada en una inmensa y señorial explanada cubierta de nieve; en su centro se veía oscurecida una enorme construcción de dos plantas, otrora pintada de un color chillón, con las ventanas condenadas. Parte de su balcón superior se había venido abajo y estaba suspendido en el vacío lo que quedaba de él. No había tejado. La pintura se hallaba en algunas partes enmohecida y en otras se había desprendido, dejando agujeros al descubierto. Todo producía una impresión de completo abandono.

El cochero se desvió hacia una pequeña casita de piedra, que servía como vivienda temporal a mi amigo.

A nuestro encuentro salió un anciano lacayo que me conocía desde hacía mucho tiempo y al cuarto de hora estábamos en una cálida y alfombrada sala del piso bajo, tomando el té. El dueño de la casa no se presentó.

El sirviente que le sustituía escuchó sin entender del todo mi petición de pasar una noche en la vieja casa.

—¡Válgame Dios, si hace cien años que no se calienta aquello! —advirtió, mientras servía el té—. ¡Se van a congelar!

—No pasa nada, llevamos abrigos y *válienkí*^[7]. Además, encenderemos las chimeneas. ¿Cree usted que funcionarán?

—¿Y qué, si es así?... Poder encenderse, se podrá, hagan lo que quieran, pero ¡no está bien!

—¿Qué es lo que no está bien?

—La casa es enorme, y está desierta... ¡Da repelús! Y por si fuera poco, se les puede caer algo encima, Dios no lo quiera. Estarían mejor aquí: les prepararé la cama, se está calentito, tienen una lámpara... ¡Es ya de noche, piénsenlo bien!...

Mi acompañante se echó a reír, mientras se frotaba las manos.

El anciano le dirigió una mirada de reprobación.

—Por supuesto, la gente hoy en día no cree... —añadió—. ¡Lo que ustedes

manden, faltaría más!...

—Bien, entonces tenga la bondad de instalarnos en la casa...

—¡Sí, señor! —dijo retirándose. Después de descansar del viaje y cenar, nos dirigimos al patio en compañía del sirviente y dos trabajadores más.

La noche silenciosa y estrellada se extendía sobre la tierra, cubierta con un inmenso manto blanco. Como dos negras jorobas se perfilaban la casa y el ángulo del jardín... Había helado. La nieve crujía; al ruido de nuestros pasos respondió en alguna parte el ladrido de un perro y el tintineo de su cadena.

La puerta de entrada a la casa estaba abierta de par en par; el umbral quedaba por encima de nuestras cabezas, ya que había desaparecido la escalinata; en su lugar se había colocado una pequeña escalera de mano.

El anciano mayordomo se introdujo primero, y dándonos la mano nos ayudó a subir. Entre dos luces, un farolillo en el suelo se destacaba como una mancha amarilla en medio de las abultadas sombras. Casi a tientas, nuestro guía buscó una gran puerta que se hallaba cubierta de una maraña de suciedad, como un perro callejero lleno de mechones de pelo enredados, y consiguió abrirla.

—Por favor... —dijo, cediéndonos el paso.

Nos invadió un olor rancio. Hacía casi tanto frío como en la calle. El anciano cogió una lámpara de queroseno que había sobre un arca y alzándola por encima de su cabeza nos condujo más allá de la zona habilitada para la servidumbre.

Entramos en una enorme sala decorada en dos colores. Las oscuras paredes reflejaban fugaz y aisladamente restos dorados de tapices y diversos adornos; se extendía en la penumbra una mortecina hilera formada por mullidas, pero raídas y ruinosas sillas. La barandilla que rodeaba el estrado reservado a los músicos resaltaba sobre el suelo como una corona; éste se había venido abajo: las tablas se amontonaban por toda la sala y bloqueaban hasta media altura una de las puertas.

Aunque todos calzábamos *válienki*, nuestras pisadas resonaban por los rincones; la vieja tarima crujía y se quejaba de su vetustez.

Cruzamos la sala, chirrió la puerta desconchada y nos invadió una oleada de aire más cálido, procedente del lúgubre espacio que teníamos delante. La sala de los retratos... Desde todos los rincones nos miraban rostros importantes, imponentes o sonrientes. Todos habían abandonado hacía tiempo el mundo de los vivos.

Mi amigo, el heredero de la finca, no se interesaba en absoluto por sus antepasados ni por las antigüedades, y las telarañas, cual negro velo, cubrían tupidamente muchos de los cuadros.

Los sillones se veían desteñidos y hechos jirones; algunos tenían a sus pies mesitas de café color caoba. Después de la sala de los retratos, pasamos por el antiguo recibidor de color azul claro, y cuando nuestro cicerone empujó la siguiente puerta, nos envolvieron una fuerte luminosidad y el calor auténtico de una

confortable habitación.

Estábamos en un rincón acogedor, que en otro tiempo debió servir como tocador de señoras: de ello daban fe los muebles, que aun descoloridos, dejaban entrever sus tonos pastel, las paredes empapeladas de color rosa, que en su día hicieron juego, y el baño, con su espejo empañado.

La chimenea, con unos enanos de bronce a cada lado, estaba repleta de leña y ardía con tal fuerza que casi hacía innecesaria la lámpara encendida sobre la mesa. Dos divanes habían sido dispuestos a modo de camas, y las mantas se habían cubierto con colchas de fieltro.

El mayordomo echó otro vistazo para comprobar que todo estuviera en orden, nos advirtió de que por la noche hacían guardia los vigilantes de la finca, nos deseó buenas noches y se retiró.

Mi compañero aflojó las correas de su caja y después las de su pequeña maleta. De la primera extrajo dos extraños aparatos, parecidos a una linterna mágica: en un extremo tenían una lente de aumento y del otro partían gruesos cables acabados en ventosas que se adherían a la pared. Por otra parte, en la maleta se guardaban nada menos que cuatro receptores auditivos.

Después de pensarlo, decidimos colocar estos últimos en el gran salón, la sala de los retratos, el recibidor y el tocador; los instrumentos de visión, en la primera y en la última de estas dependencias.

El inventor, con gesto concentrado y nariz aún más colorada, se apresuró a fijar las ventosas en la pared del tocador. Yo le ayudaba en lo que podía.

A pesar de todos mis esfuerzos por controlarme, estaba cada vez más nervioso; era comprensible: ¡estábamos a punto de convocar a los muertos! Una vez concluidos los preparativos, dejé a mi compañero en el salón principal, y yo me dirigí a paso rápido hasta el tocador: tenía ganas de calentarme junto al fuego, pues un frío interior se había adueñado de todo mi cuerpo.

Al abrir la puerta, me quedé clavado en el sitio: delante del espejo y de espaldas a mí, había una mujer con peluca empolvada y llena de tirabuzones; un ondulante encaje cubría su pomposo vestido rosa. Debajo de él, se adivinaban las rosadas medias y los zapatos sembrados de auténticas perlas.

Me faltaba el aire. Me senté, casi cayéndome en la silla que había junto a la puerta; ésta crujió y la desconocida se volvió. Pude ver entonces un hermoso rostro ovalado con dos lunares postizos en la mejilla izquierda. Sus ojos castaños se posaron sobre mí como si miraran un espacio vacío. Es decir, ¡yo era invisible para ella! Recobré el aliento y en ese momento noté un sorprendente cambio en el tocador. Toda la estancia apareció revestida de raso; en los apliques dorados de las paredes ardían las velas; el espejo, el baño, los muebles... todo estaba nuevo, con su lustre dorado, lujosas alfombras y terciopelos. Nuestras camas habían desaparecido.

—¡Arisha! ¡Chicas! —gritaba la mujer del espejo.

La puerta se abrió de par en par y entró impetuosamente una lozana joven morena con un cuello de encaje recién planchado en las manos. Detrás de ella irrumpió como una bomba una segunda, de pelo castaño claro, con un cofrecillo de nácar.

—¡Deprisa, deprisa...! ¡No os entretengáis! —apremió caprichosa la dama a sus doncellas, mientras ellas le ajustaban el cuello y las joyas—. ¿Ha llegado ya Vasili Petróvich?

—¡Ha llegado!... ¡Hace rato!... —respondieron a coro las muchachas.

En un diminuto recipiente de loza se veía un montoncito de hollín, en el cual la dama aplicó una pluma, para después pintarse los ojos con su extremo, como requería la etiqueta del momento.

En el recibidor se oyeron risas y voces masculinas. Eché una ojeada pero no había ni un alma. El mobiliario y todos los enseres seguían en el mismo estado deteriorado y caduco, pero se dejaba oír una animada charla: era como si estuvieran hablando dos de los sillones altos, con su relleno asomando entre la tela. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—¡Me alegro de todo corazón, su excelencia, le agradezco el honor que representa para mí! —podía oírse desde uno de los sillones, con una voz pastosa, apopléjica y aduladora.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué más tenemos aquí?... Entonces, ¿qué tal va tu rosal? ¿Está sano y florido? —se oyó decir en un bisbiseo senil desde el otro sillón, separado del primero por una mesa de juego.

Volví la cabeza.

La dama y su doncella también estaban escuchando la conversación y en el rostro de la primera se dibujó una mueca de desagrado. Casi al momento las dos criadas corrieron hasta la puerta: una pegó el ojo a la cerradura y la otra el oído a la ranura que dejaba ésta. Por el camino se toparon de frente conmigo, pero no sentí que me tocaran.

—¡El príncipe y nuestro señor están sentados uno frente a otro!... —susurró la joven morena volviéndose.

—¡Se refiere a usted, a usted... el muy zalamero! —dijo la de pelo más claro, moviendo la cabeza y tapándose la boca para contener la risa.

Se oyó cómo alguien llamaba a la puerta suavemente con los nudillos.

—Ya voy... —respondió la hermosa mujer. Su cara tenía una expresión fría, casi glacial.

Las doncellas se hicieron a un lado, abrieron la puerta y la dama salió por ella con la cabeza ligeramente levantada. Al cruzarla se esfumó. En la habitación desierta se percibió el vaivén de unos pasos, un forzado y petulante «je, je, je» y largos, sonoros besos en la mano.

Unas torpes pisadas se dirigieron con apremio a la sala de los retratos y resonó el golpe de la puerta que en realidad estaba cerrada e inmóvil.

—¡Florece... claro que florece... está hecho un auténtico pimpollo!... —dijo la voz, con la senectud propia de la edad.

En la sala empezó a sonar una polonesa, que me hizo dar un respingo por lo inesperado.

—¡Venga, adorada mía!...

Los pasos empezaron a alejarse.

Las doncellas se lanzaron hacia mí; instintivamente me protegí con el brazo, pero me atravesaron y se disolvieron al unísono en la oscuridad del recibidor: corrían a espiar lo que iba a suceder. Y yo fui tras ellas.

La sala de los retratos se encontraba en penumbra... Olía a humedad y a moho. Por debajo de la puerta que daba al gran salón se filtraba una potente luminosidad.

—¡Es buena chica Masha, pero no es para nosotros! —declaró de pronto con un matiz de envidia uno de los rincones vacíos.

—¡Veremos con quién acaba! —pronunció una voz de barítono joven y agradable.

Abrí la puerta del gran salón y por un momento me quedé aturdido: toda la estancia, del suelo al techo, relucía cegadoramente con centenares de luces. La ocupaban un sinnúmero de personas de todas las edades, ataviadas con levitas de seda y vestidos de terciopelo adornados con resplandecientes brillantes. Lo más impresionante era ver ese mar de cabezas plateadas repletas de bucles y la interminable sucesión de rostros perfectamente afeitados.

En el estrado que había detrás de la dorada balaustrada, tocaba una pequeña orquesta formada por campesinos.

Las sillas tapizadas de raso en una combinación de blanco pastel con dorado, se veían vacías: el conjunto de invitados se movía al son de la polonesa, formando una guirnalda multicolor.

A la cabeza iba el príncipe, senil y encorvado, intentando aparentar la juventud perdida; inclinándose con afectada cortesía, le susurraba algo con vehemencia a la dama de rosa que formaba su pareja, la misma que yo había visto antes en el tocador. Ella escuchaba en silencio, arqueando casi imperceptiblemente sus oscuras cejas.

En la segunda pareja marchaba un tipo rechoncho, colorado como una remolacha, de nariz chata y con expresión de altivez en un rostro enmarcado por un cuello de triple capa. En su voz reconocí al señor de la casa, el que había estado conversando con el aristócrata.

La polonesa concluyó.

La gigantesca serpiente que se deslizaba por la sala clamó ruidosamente y se descompuso; los lacayos arrinconaron las mesas de juego y los invitados de cierta

edad se sentaron tras ellas a jugar al *boston*^[8]. Las fuentes se llenaron de dulces y frutas. A lo largo de las paredes se sentaron las madres y abuelas que habían traído a sus niñas. Las madres se llenaban los pañuelos de bombones y los escondían después en sus bolsos, en un gesto mezquino.

Ahí fue cuando caí en la cuenta de que yo seguía con mi abrigo de piel y las *válienki*. Me sentí ridículo. Pero acto seguido recordé que era invisible y que lo que estaba viendo no existía realmente. ¡No tengo palabras para describir mi turbación! Sentía punzadas en las sienes; los escalofríos alternaban con oleadas de calor que recorrían todo mi cuerpo.

—¡En mi habitación! ¡Ahora!... —me dijo ella a la cara, y seguidamente se mezcló con la nutrida concurrencia.

A mi espalda tintinearón unas espuelas. Me volví. Contra la pared había un atractivo oficial, con su blanco uniforme cortado según el patrón de la época de la emperatriz Catalina II.

Después de esperar un poco, se encaminó al otro lado de la sala y desapareció tras la puerta que daba al recibidor.

Yo corrí al tocador.

La bella dama ya estaba allí: se paseaba de un lado a otro, haciendo trizas su pañuelo, cuyos pedacitos destacaban como copos de nieve sobre la rosada alfombra de pelo.

Alguien llamó levemente a la pequeña puerta trasera. La dama corrió impetuosamente a abrirla y se hizo visible el blanco uniforme del oficial. Entró éste tendiendo sus manos, pero ella le recibió dándole manotazos con los restos de su pañuelo.

—¡No, no!... ¡Pueden entrar!... Quédate ahí, en la puerta... Escucha...

Casi echó a empujones al invitado, dejando la puerta abierta. Más allá del umbral todo estaba oscuro y desierto. El oficial desapareció, se disolvió, y solo pude ver su mano apoyada en la puerta, como si se la hubieran cortado.

Era algo completamente terrorífico.

—El príncipe me ha hecho una proposición... ¡Y mi padre ha aceptado! —exclamó ella con gran agitación.

—¡Así que ésas tenemos!... —dijo la familiar voz de barítono—. ¿Y tú qué piensas hacer?

—¿Yo? ¡No, dime tú qué piensas, dímelo! —replicó la dama.

Una cabeza sin tronco se asomó al umbral. La mirada de sus ojos negros era dura y decidida.

—Mis pensamientos son muy simples: mi cochero es el único que sigue sereno. A mis caballos, ya los conoces... ¡Dentro de dos horas estaríamos ante el pope!

La joven se sentó y se cubrió el rostro con las manos.

—Dejarlo todo... ¡y a mi padre!... ¿Y qué pasará después?

—¡Ya discutiremos todo eso! ¡Decídete, el tiempo se nos va!

Ella se levantó impetuosamente, arrojando al suelo el pañuelo que estrujaba entre sus manos.

—Parece que no hay otra salida... ¡Está bien! —decidió.

—¡Mi vida! —exclamó el barítono. El oficial entró rápidamente, la abrazó y a toda prisa se aventuró de vuelta a las tinieblas.

Apareció entonces la doncella de pelo moreno, y se arrojó al suelo, a los pies de su ama.

—¡Mi señorita! —empezó a sollozar mientras se abrazaba a sus rodillas—. ¡Lucero nuestro! ¿Y qué va a ser de mí? ¡Me azotarán... me molarán a palos hasta matarme!...

La temblorosa dama le sonrió.

—¡Has estado escuchando! —dijo—. ¡Realmente mereces que te azoten!

—¡Señorita, lléveme con usted! ¡La serviré en cuerpo y alma hasta la muerte! —se desgañitaba suplicando la doncella, golpeándose la cabeza contra el suelo.

—Está bien, basta ya... ¡Recoge todo de prisa! —le ordenó su ama—. Pero que no se den cuenta; saca los bultos por el vestíbulo trasero... Que sea lo que Dios quiera: ¡te llevaremos con nosotros!

La muchacha dio un grito de alegría, se puso en pie de un salto con el pelo todo alborotado, se precipitó hacia la puerta y se desvaneció al traspasar el marco.

Me empezaba a sentir muy mal, como si mi corazón estuviera a punto de pararse. Apoyándome en el quicio de la puerta, salí al recibidor: tanto allí como en la sala de los retratos se oían bromas, risas y una algarabía de voces ruidosas.

En el salón continuaba el baile. Las empolvadas figuras azules, rojas, blancas o verdes se hacían reverencias unas a otras, con inclinaciones exageradas y bailando en círculos. Desde el estrado fluía un minueto.

Mis ojos escudriñaron toda la escena en busca de mi compañero. Enfundado en su abrigo, con un gorro de piel calado hasta la nuca y sus *válienki* por calzado, estaba apoyado en un saliente de la pared, abarcando con su mirada la multitud de visiones. Tenía la boca entreabierta y sus pálidas facciones semejabán una máscara de yeso.

Tambaleándome, conseguí llegar hasta él y asirle por el brazo.

—¡Ya es suficiente!... ¡Vamos!...

—Tenemos que desconectar los aparatos, acostarnos, dormir bien...

Eso es lo que reclamaban ávidos nuestras mentes y nuestros cuerpos extenuados. El inventor no parecía comprender mis palabras; probé a quitar sin su ayuda las ventosas de la pared de la sala, pero mis manos cada vez más débiles no quisieron obedecerme. Había que dejarlo todo como estaba y acostarse a toda costa.

Entre ruidos y voces llegamos hasta el tocador. No había nadie. Me derrumbé en

el diván de terciopelo; mi compañero se sentó en una de las sillas, pero luego resbaló hasta caer sobre la alfombra.

Desde la sala llegaba el sonido de la música. Empezaba a caer bajo los efectos del sueño...

—¿Qué ocurre? —resonó una voz ronca y algo malhumorada por encima de mí.

Abrí los ojos y vi al rechoncho dueño de la casa. A su lado, el encorvado y canoso mayordomo.

—¡Señor, debo atreverme a comunicarle una desgracia! —masculló el anciano.

—¿Qué pasa? ¡No me asustes, viejo estúpido! —le gritó el gordinflón.

—Se han llevado a la señorita...

—¡¿Quéee...?! —rugió el amo; los ojos se le salieron de las órbitas, como a un cangrejo—. ¡Estás mintiendo!... ¡¿Quién, cuándo?!

—Hace un minuto, señor: el teniente Bielski la montó en su trineo de caballos y huyeron...

—¿A la fuerza? ¿Y cómo no lo impediste? ¿Dónde estaban todos?

—Es que no fue por la fuerza... Ella misma se fue... ¡y se llevaron con ellos a Arisha!

—¡Oh, ohhh!... —el obeso señor levantó los puños al cielo zarandeándolos; su cara adquirió una tonalidad azulada. Y de repente, como si una mano invisible lo hubiera golpeado en la oscuridad, su cabeza se venció hacia delante, sus labios se contrajeron y con un gruñido se desplomó a nuestro lado; el anciano mayordomo intentó sostener el pesado cuerpo de su amo, pero no pudo.

—¡Ay, ayyy!... —gritó con voz llorosa, y salió corriendo al recibidor, atravesando el cuerpo de mi colega, que se estaba incorporando—. ¡El señor se muere!... ¡Venid aquíii!...

La música cesó... Se oyó el rumor de cientos de pies... y entonces perdí el conocimiento.

Hasta al día siguiente no volví en mí; me encontraba desnudo en la cama. Al cabo de otra jornada me contaron que mi compañero y yo nos habíamos quemado, y que a él no habían conseguido reanimarlo. Aquella noche, en la casa, se había producido un incendio por un mal funcionamiento del tiro de la chimenea y la construcción acabó reducida a cenizas, al igual que todos sus enseres y nuestros aparatos. Apenas tuvieron tiempo de sacarnos a nosotros y algunos cuadros. Pero a mi compañero ya lo recogieron sin vida.

Entre los retratos salvados, reconocí el de la bella dama de rosa; me sonreía con picardía.

Con mi conocido, al que pertenecía la casa, estuve a punto de llegar a las manos.

Este señor, con total seriedad, empezó a darme las gracias por haberle librado —aun sin querer— de esa «vieja ruina».

—Lo único que me faltaba era valor para hacerlo —decía como si tal cosa—, pero yo mismo pensé en más de una ocasión que sería bueno... ¡prenderle fuego, por los cuatro costados!

Y, de esta forma, ¡se perdió sin remedio aquel asombroso invento!...

Alekséi Nikoláievich Apujtin. (Boljov, 1840-San Petersburgo, 1893) nació en el seno de una familia noble, pero con una posición económica no muy elevada. Durante sus estudios de Derecho trabajó amistad con Chaikovski, y juntos trabajarían más tarde en el Ministerio de Justicia, llevando un modo de vida un tanto «alegre» y no exento de escándalos sexuales. Como estudiante fue un alumno destacado con excelentes calificaciones. Su pluma juvenil ya dejaba ver su calidad literaria, con un fino sentido del humor y una ingeniosa sátira, si bien se dedicó principalmente a la poesía. Desde 1862 vivió en su región natal de Orlov, como funcionario de la administración de esa gobernación y más tarde lo sería del Ministerio del Interior en San Petersburgo. Continuó su estrecha e íntima relación con Chaikovski, se visitaban con frecuencia e hicieron juntos algunos viajes. Alejado de la política y declinando la carrera militar, vivió entregado a las musas y a los placeres de la vida. En 1886 se publica una recopilación de su obra poética bajo el título Poemas. En prosa destacaron El archivo del conde D. (1890) y El diario de Pávlik Donskói (1891). Murió en San Petersburgo, tras sufrir largas enfermedades en sus últimos años.

Su relato «Entre la vida y la muerte» (1892) es atípico y singular dentro de su producción literaria. Quizá se inspiró en alguna experiencia personal o de alguien cercano, pero también pudo ser simplemente fruto de las reflexiones de un hombre que intuye la proximidad de la muerte. Fue publicado en San Petersburgo, como parte de un volumen recopilatorio de sus obras, en 1905.

Porfiri Pávlovich Infántiev. (Varnakovo, 1860-Nóvgorod, 1913) nació en una pequeña aldea de los Urales, hijo de un sacerdote de la Iglesia ortodoxa. Estudió Derecho en Kazán y San Petersburgo. Participó en los movimientos estudiantiles revolucionarios, elaborando índices bibliográficos y viajando al extranjero para importar literatura «prohibida». Fue encarcelado en 1889 en la tristemente famosa prisión de Kriesti como sospechoso de actividad político-terrorista. Una vez liberado por falta de pruebas, volvió a su tierra natal y se dedicó al periodismo. Tras el verano de 1892 empezó a interesarse por la etnografía, gracias a diversas expediciones que le llevaron a establecer contacto con distintos pueblos de los Urales y Siberia; publicó esos años muchas obras de carácter etnográfico y en algunas de ellas afloró su fantasía por influencia de las leyendas populares que recopilaba.

En 1896 viajó a Suiza, donde escribió ese mismo año su mejor obra, Los habitantes de Marte, que no sería publicada hasta 1901 en la ciudad de Nóvgorod bajo el título de En otro planeta y tras sufrir el rigor de la censura. Anticipándose en el género de la ciencia ficción «marciana» al que era considerado pionero en tierras rusas (La Estrella Roja, de Aleksandr Bogdánov, 1908), este relato no solo constituye una fábula optimista y utópica de la sociedad futura, sino que también articula una vía de escape, a través de la imaginación, de una realidad convulsa, difícil e incierta,

como la que se vivió en las dos décadas que precedieron a la revolución bolchevique. Repleto de premoniciones del futuro, se adelanta en décadas y hasta siglos a algunas de ellas: las proyecciones holográficas y de diapositivas; nuestros actuales CD, DVD y GPS; la grabación musical en estudio y el uso del playback; la elaboración de comida artificial cultivada y su distribución con un sistema inverso al de nuestra recogida neumática de basuras; la aplicación de placas solares en las bombas de extracción de agua; la telepatía y la sugestopedia; y otras muchas, incluida la crionización completa de seres humanos, aún no alcanzada por el hombre. Estamos sin duda ante una obra que podemos calificar de «inspirada» y curiosamente la única de este género en el haber del autor, que continuó ocupado en su labor periodística hasta su muerte en 1913.

Serguéi Rúdolfovich Mintslov (Riazán, 1870-Riga, 1933) vino al mundo en el seno de una culta familia de origen lituano. Sus padres deseaban para él un puesto notable como militar o funcionario en San Petersburgo; él, sin embargo, decidió cumplir el servicio militar en Lituania. Se interesó por la historia y cultura de ese país, se aficionó a realizar experimentos científicos en ruinosas mansiones y coleccionó toda clase de rarezas. Completó su formación en Moscú y después ingresó en el Instituto de Arqueología de Nizhegorodsk. Desde ahí emprendió expediciones bibliográficas por toda Rusia para reunir ejemplares para su magnífica biblioteca. En la década de 1890 ocupó puestos burocráticos, al tiempo que desarrollaba su actividad literaria. En 1904 se publicaría su obra más conocida, *Tras las almas de los muertos*. Al término de la Primera Guerra Mundial, se instaló entre la diáspora rusa de Riga, donde viviría tranquilo y dedicado a la literatura hasta su muerte. En su obra encontramos relatos autobiográficos, aunque destacan las novelas históricas: *En la oscuridad* (1908), *En los bosques de Lituania* (1911), *Los fugitivos* (1912), *Zar de zares* (1912)... Sus estudios científico-técnicos, sobre los que experimentó de forma autónoma, y sus expediciones arqueológicas propiciaron la creación de relatos más cercanos a la ciencia ficción, como «El misterio de las paredes», escrito en 1906 pero publicado por primera vez en Trebisonda (Turquía) en 1917.

Valeri Yákovlevich Briúsov (Moscú, 1873-1924) nació en una familia de comerciantes de ideas revolucionarias, se crió alejado de la religión e influido por el materialismo y darwinismo de sus padres, cuya falta de atención no les impidió proporcionarle una selecta educación en los principales centros de enseñanza moscovitas, enriquecida por Briúsov de forma autodidacta. Desde joven sintió inclinación por la poesía y empezó a componer versos y escribir relatos. Desde la década de 1890 se sintió atraído por los simbolistas franceses y más tarde por los

futuristas. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Moscú estudió historia, filosofía, literatura, arte, idiomas... Tras su licenciatura, coincidiendo con el cambio de siglo, se dedicó de pleno a la actividad literaria. Experimentó continuamente con su poesía y frecuentó los ambientes e instituciones culturales más prestigiosos de Moscú. Fue un hombre prolífico y versátil, de precoz despertar literario: poeta, novelista, dramaturgo, crítico literario, traductor, historiador, y considerado uno de los fundadores del simbolismo ruso.

En su obra se oponen principios antagónicos: la lucha por la supervivencia y la esperanza vital, frente al pesimismo más trágico y las situaciones caóticas y catastróficas. Caída y renacimiento, luz y tinieblas; ruptura apocalíptica y refundación de la sociedad, reflejadas en una prosa de corte futurista plasmada a la perfección en «La Montaña de la Estrella» (1899), relato que no vio la luz hasta 1975 (editorial Molodaia Gvardia, Moscú).

Entre 1900 y 1916 formó parte del equipo directivo de la editorial moscovita Scorpión, en la que publicó sus principales relatos fantásticos agrupados en la colección El eje de la Tierra (1907). En ella se incluía «La República de la Cruz del Sur» (1905), que representa al mismo tiempo una certera visión futura de la dictadura soviética del proletariado y la que podría ser primera historia de zombis del siglo XX. Le seguirían La rebelión de los automóviles (1908), Viaje nocturno (1913), El mundo de siete generaciones (1923)... Su novela histórica El ángel de fuego (1908) sirvió de inspiración a la ópera homónima de Prokófiev.

Notas

Entre la vida y la muerte

[¹] Fallecí un sábado, a las seis de la mañana. [Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique lo contrario, es del traductor.] <<

[2] Nuevos Tiempos (Nóvoe Vremia), importante periódico ruso editado en Petersburgo entre 1868 y 1917. <<

[3] No puedo soportar esa palabra. Ponga. <<

[4] Gaceta de San Petersburgo (Peterbúrgskaia Gazeta), periódico editado en San Petersburgo entre 1867 y 1917. <<

[5] Diminutivo de Nastasia. <<

[6] Salmos, 39, 10-11. <<

[7] Increíble, asombroso. <<

[8] Troika: literalmente «trío»; en este caso se refiere al típico carro ruso tirado por tres caballos. <<

[9] Enrique de Artois, conde de Chambord, nieto del rey Carlos X de Francia, tras las disputas monárquicas llegó a ser el último miembro de la rama legitimista de los Borbones con aspiración al trono, aunque nunca puso gran empeño en cumplir tal pretensión; murió finalmente en el exilio. <<

[10] Paseo. <<

[11] Donde se rendían honores. <<

[12] Los estanques. <<

[13] Inclino mi estandarte ante el vencedor. <<

[14] Vodka de abedul. <<

[15] Salmos, 30, 10. <<

[16] Salmos, 91, 13. <<

[17] Pero Zoe, mi pequeña... sé fuerte. <<

[18] Sí, tía, me mantendré firme. <<

[19] Mateo, 25, 13. <<

[20] De los muertos, o se habla bien o no se habla. <<

[21] De los muertos, o se habla bien o se habla mal. <<

[22] Aquí reposa una dama de la más alta cuna... <<

[23] Aquí descansa el corazón del marqués... <<

[24] ¡A los aposentos del rey! ¡A los aposentos del rey!... <<

[25] Hasta 1917, moneda equivalente a medio kópek. <<

[26] 1 rublo son 100 kópeks. <<

[27] Tipo de daga usada en Rusia y Ucrania, en especial entre los cosacos. <<

[28] Gesto típico de la superstición rusa: se escupe tres veces por encima del hombro para conjurar todos los males. <<

En otro planeta

[1] El manuscrito del autor es de 1896, con el título inicial de *Los habitantes de Marte*, si bien no se permitió su publicación mutilada por la censura y con el título *En otro planeta* hasta principios de 1901. El texto fue rescatado entre los fondos del Archivo Histórico de Leningrado en 1970 por el doctor en filología A. Blium, y la fecha del manuscrito fue confirmada por Elena Pávlovna Bulánova, directora de la Biblioteca del Museo del Escritor de los Urales (Ekaterimburgo), al estudiar la correspondencia familiar del autor conservada en la Casa Museo D. N. Mamin-Sibiriak, en la misma ciudad.<<

[2] *Le Matin*: periódico parisino fundado en 1882 que se publicaría hasta 1944.<<

[3] En el artículo publicado en la revista *Nature* en agosto de 1892, se describía la observación de fuertes destellos en el borde del disco marciano. Ese mes, Marte se encontraba en su máxima aproximación a la Tierra en quince años, y la captación de esos destellos desató una auténtica fiebre marciana, especialmente en Francia. La lectura del artículo inspiró en parte *La guerra de los mundos* (1898) de H. G. Wells.

<<

[4] El calendario ruso juliano, con doce días de diferencia respecto al gregoriano extendido ya entonces por Europa, fue sustituido por este último en febrero de 1918 con un decreto del propio Lenin.<<

[5] La información vertida por el autor en esta introducción no es en absoluto ficticia. El caso remite a una de las observaciones que fueron más difundidas en su época: Andrew Ellicott Douglas, del Observatorio Lowell en Flagstaff (Arizona), captó efectivamente en diciembre del año 1900 —en la zona límite que separaba el día de la noche marcianos— un fuerte destello luminoso. El propio Percival Lowell, que había dado nombre al mencionado observatorio, había tenido ocasión de ver extraños fenómenos sobre la superficie del planeta rojo, durante la «semana de observación de Marte» (una especie de «alerta ovni» mundial con la vista puesta en ese planeta). En 1896, el astrónomo aficionado británico J. M. Offord detectó un brillante punto luminoso similar a una estrella, emergiendo de la región de Hellas. Los avistamientos se reanudaron décadas después el 30 de mayo de 1937, el reputado astrónomo amateur Lattimer J. Wilson, de Nashville (Tennessee), captó una serie de brillantes destellos en la zona del casquete polar, cerca del borde sur del disco. Véase Thomas A. Dobbins y William P. Sheehan, «Solving the Martian Flares Mystery», publicado en la revista estadounidense *Sky & Telescope* en su número de mayo de 2001.<<

[6] En adelante, los puntos suspensivos entre corchetes indicarán los fragmentos censurados.<<

[7] Versta: antigua medida rusa equivalente a 1,06 km.<<

[8] *Vershok*: antigua medida rusa equivalente a 4,4 cm.<<

[9] En 1899, el genial y enigmático inventor croata Nicola Tesla (1856-1943) acababa de instalar su laboratorio en Colorado Springs (Colorado, EE.UU.), desde donde dijo haber recibido señales procedentes de Marte, a través de un transmisor inalámbrico de su propia invención que denominó «Teslascopio». Éste tenía forma de tubo cilíndrico y actuaba transformando una señal auditiva en rayos cósmicos, de modo que, al hablar por un extremo del tubo, la señal era emitida al espacio por el otro extremo en la dirección orientada. La noticia no se conoció hasta la publicación de su artículo «Talking with the Planets» en el semanario *Collier*, en marzo de 1901, un lustro después de que Infántiev concluyera su relato y meses después de salir a la luz la primera edición impresa. ¿Estamos ante una premonición al estilo Jules Verne?<<

[10] Nicolas Camille Flammarion (1845-1925): astrónomo francés, autor de obras como *La pluralidad de los mundos habitados* o *Cartografía de la Luna y del planeta Marte*. Estaba convencido de la existencia de seres inteligentes fuera de la Tierra y prácticamente obsesionado con la observación del planeta rojo.<<

[11] Tierra.<<

[12] Marte.<<

[13] Plato típico ruso, importado del Imperio bizantino, consistente en un caldo de verduras frescas con base de col y a menudo carne de ternera o cerdo.<<

[14] Así comienza la canción popular rusa *De un país, de un país lejano*.<<

[15] *Sazhen* (pl. *sázheny*): antigua medida rusa equivalente a 2,134 m.<<

[16] Es necesario apuntar que el año marciano no dura 365 días, sino 687, es decir, que casi duplica el año terrestre. Por otra parte, los días son de 24 horas, 37 minutos y 23 segundos... La vida media de un habitante de Marte alcanza los 100 años, lo cual equivale casi a dos ancianos terrestres centenarios. Aquí se tiene en cuenta el cómputo de años marciano, no el terrestre. *[N. del A.]*<<

[17] La Gulf-Stream o Corriente del Golfo es la gran masa de agua cálida que se desplaza desde el golfo de México hasta el Atlántico norte, alcanzando una profundidad de 100 metros y una anchura de más de 1.000 kilómetros.<<

[18] Por desgracia los capítulos XIV y XV fueron eliminados en su totalidad por los censores, que seguramente vieron en ellos ideas cercanas a las propuestas utópico-sociales de los revolucionarios de la época. No sabemos, pues, cómo proseguía la descripción de lo que podría ser una primitiva sala de supercomputadoras de un edificio oficial, una imagen que no veríamos realizada hasta la década de 1960.<<

[19] Aguarde, iré a buscarlo en mi biblioteca.<<

La Montaña de la Estrella

[1] El origen del término está en los grupos étnicos batsuana que emigraron desde la zona oriental africana hacia el centro del continente en el siglo XIV. Más tarde se denominó «tswana» a todas las etnias que compartían la lengua setsuana. Se extendieron hacia el sur, conformando la mayor parte de la población de lo que fue Botsuana (hoy Botswana), así como de la actual Sudáfrica. En la Europa del siglo XIX se referían a ellos comúnmente como los «bechuana».<<

[2] Nombre local que se da a las cataratas Victoria.<<

[3] Antigua medida rusa equivalente a 0,71 m.<<

[4] Palabra de origen zulú, que designa el recinto dentro del poblado en el que se reúnen los jefes de la tribu para la toma de decisiones.<<

[5] *Desiatin* (pl. *desiatiny*): antigua medida rusa equivalente a 1,09 hectáreas.<<

[6] Caramillo típico de Rusia.<<

[7] *Pud* (pl. *puđı*): antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kg.<<

El misterio de las paredes

[1] Fundada a principios del siglo XVIII por el zar Pedro el Grande con el nombre de San Petersburgo, fue denominada Petrogrado entre 1914 y 1924, como ya se la conocía entre el pueblo desde hacía décadas, Leningrado entre 1924 y 1991, y de nuevo San Petersburgo tras la desaparición de la URSS en 1991.<<

[2] Téngase en cuenta la forma de algunos teléfonos de principios del siglo XX, con un auricular receptor y otro emisor separados y con forma de trompetilla, integrado el último en la caja del aparato.<<

[3] Dispositivo inventado a mediados del siglo XVIII en la Universidad de Leiden (Holanda), capaz de almacenar cargas eléctricas a través de una botella de vidrio, a modo de primitivo condensador.<<

[4] Se refiere a *El cuento de la princesa muerta y los siete caballeros*, de Pushkin, basado a su vez en la Blancanieves de los hermanos Grimm.<<

[5] Héroe del folclore ruso y protagonista del cuento aludido.<<

[6] Emperatriz de Rusia entre 1762 y 1796, año en que falleció.<<

[7] Botas típicas rusas, hechas de lana de oveja en una sola pieza y embutidas a su vez en calzado de goma.<<

[8] Juego de cartas inventado en la ciudad del mismo nombre a finales del siglo XVIII y exportado después a Europa.<<